







DISCURSOS Y MEDITACIONES

SOBRE LOS MISTERIOS

DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.



DISCURSOS Y MEDITACIONES

SOBRE LOS MISTERIOS

DE

CRISTO NTRO. SEÑOR,

ESCRITOS EN LATIN

POR

EL V. P. TOMÀS DE KEMPIS,

CANÓNIGO REGLAR DE S. AGUSTIN;

Y TRADUCIDOS AL CASTELLANO

POR

D. ENRIQUE RUIZ Y ROJAS, PRO.

Van añadidas unas Oraciones muy devotas  
del mismo Autor.

*Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.*

SEVILLA: 1882.

FRANCISCO ALVAREZ Y C.<sup>a</sup>, IMPRESORES

Tetuan 24.

BIBLIOTECA  
Facultad de Teología

Nº 172172

Compañía de Jesús  
GRANADA

276-7  
K 32 t  
1882  
31 t  
2  
b.296

---

Es propiedad del traductor.

---

---

---

## AL PIADOSO LECTOR.

---

Despues de haber traducido y publicado *El Huertecillo de Rosas, El Valle de Lirios, El Soliloquio del Alma* y *Los Tres Tabernáculos*, te ofrezco este precioso tratado de los Misterios de Cristo Señor Nuestro, uno de los mejores, sin duda, que escribió la devotísima y nunca bien ponderada pluma del autor de la *Imitacion de Cristo*. No he de detenerme en hacer el elogio de esta obra, porque ni mis fuerzas lo permiten, ni ello es menester, habiendo dicho que es parto de tal ingenio; pero sí diré, que entre tanto y tan bueno como se ha escrito sobre esta materia, no he leído nunca ideas más peregrinas, más tiernas, más devotas y conmovedoras, que las que con la mayor naturalidad y sencillez expone aquí el Venerable Autor, habiendo experimentado en su traduccion las más dulces y consoladoras emociones.

Y no se diga que estas obras se escribieron para otros tiempos y otras gentes que ya pasaron, y que la generacion actual no entiende este misticismo propio del más austero cenobita. Porque si bien es cierto que estos tiempos no son aquellos, y que hoy no existe por lo general el espíritu religioso de otras generaciones, este debe ser un motivo poderoso para divulgar estos devotísimos escritos, que aviven la piedad amortiguada en este siglo. Cuando el error, la duda, la indiferencia y la impiedad inundan como un nuevo diluvio toda la haz de la tierra; cuando el densísimo humo del pozo del abismo extendido por todas partes en periódicos, revistas, folletos y libros impíos, trata de oscurecer la luz brillantísima de la Fé en el entendimiento humano; cuando fanatizado el hombre por la seductora figura de este mundo, y deslumbrado con los adelantos de la materia, ha llegado á creer que no hay más vida que la presente, ni otra felicidad que la de poseer y gozar, ¿quién podrá desconocer los inmensos beneficios que estas obras reportarán á las almas? ¿Quién por incrédulo ó indiferente que sea, al ver probada y confirmada la verdad de la Encarnacion del Divino Verbo con tan poderosas razones y brillantísimos testimonios del antiguo y nuevo Testamento, no creerá en la Divinidad de Jesucristo, cautivará su entendimiento en obsequio de la Fé y abrirá su corazon al amor de lo celestial y divino? Tal es el inmediato resultado de la lectura de estos incomparables escritos.

Cuando traté de publicar en castellano, estas obras del V. Kempis, inútilmente las habia buscado con gran diligencia por todas partes, pues yo no conocia más que el original latino; sin embargo, no negué que existiesen en castellano, como equivocadamente me atribuyó cierto periódico (1), el cual censuró hasta el precio de esta publicacion, como si se tratara de algun negocio. Lo que habia yo dicho en el prólogo del *Huertecillo de Rosas*, era: *Que no sabia se hubiesen publicado en castellano, &c.*; de esto á negar que existan, va una diferencia que cualquiera puede apreciar. Hoy que ya las conozco, merced á un amigo que las posee, veo que es una traduccion hecha á fines del siglo XVI por el P. Ramon Vergara, monge Premostratense, é impresa en Valladolid á fines del siglo XVIII; pero no son todas las obras de Kempis, como dijo muy ufano mi competidor: esto sucede cuando no se conocen las obras más que por el título, y hay el prurito de contradecir. Entre lo mucho que el citado P. Vergara no tradujo al castellano, está el presente tratado de *Los Misterios de Cristo Señor Nuestro*, y las devotas oraciones que van añadidas. Tampoco tradujo *El Soliloquio del Alma*, que tengo publicado, y otros muchos opúsculos que seria largo referir.

Ahora, pues, sólo resta que dejando á un lado cuestiones inútiles que sólo sirven para fomentar la vanidad y disipar el espíritu, te apliques á nu-

---

(1) *La Fé* del 27 de Mayo de 1879.

trirlo y recrearlo con la lectura y consideracion de *Los Misterios de Cristo*, expuestos místicamente por este alma tan llena del Espíritu de Dios. Nada más sencillamente enérgico; pero nada más dulce é insinuante: su lenguaje tiene la fuerza de la uncion y de la santidad; el alma que se habitúe á esta santa lectura, no dejará de conseguir muchos auxilios celestiales para progresar en la virtud y aficionarse al trato íntimo con Dios. ¡Ojalá que yo pudiera con este pequeño trabajo, fomentar en el corazon de todos los Cristianos la verdadera, eficaz y sincera devocion á Jesucristo! A lo ménos estas son mis intenciones, y este quiero que sea el único objeto de este trabajo, que desde luego consagro y dedico á mi Señor Jesucristo, á quien sea gloria y alabanza por todos los siglos. Amen

---

---

---

## DISCURSOS Y MEDITACIONES.

---

### I.

De la Encarnacion de Cristo, segun los testimonios de las sagradas Escrituras del antiguo y nuevo Testamento.

1. *Escudriñad las Escrituras*, dice el Señor. Oh dulcísimo Señor Jesús, concédeme á mí tu indigno siervo considerar devotamente el misterio de tu Encarnacion, investigarlo con sutileza, comprenderlo con sublimidad, venerar humildemente lo que no entienda, y darte siempre gracias por tanta dignacion, y tan inefable caridad. Pues me deleita sobremanera considerar este misterio, y entre todas tus maravillas me sabe con más dulzura, me mueve con más vehemencia, me estrecha con más fuerza y arrebatá todo mi espíritu hácia tí. Dame, pues, meditar en esto con más frecuencia, y examinar diligentemente de qué manera fué previsto y vaticinado por los Santos Profetas. *Quita el velo de mis ojos, y consideraré las maravillas de tu ley.*

Porque tú eres el autor de la ley. Tú, el inspirador y ordenador de los Profetas, con cuyos admirables oráculos y de muchas maneras fuiste anunciado y prefigurado, ya explícita, ya implícitamente, como lo declara con evidencia toda la historia del antiguo Testamento. Porque en él nada hay sin misterio; sino que allí se contienen los más fieles testimonios, no sólo de tu Divinidad, sino también de tu Humanidad. Y aunque el testimonio del hombre no haya sido necesario para tí que eres la verdad, y cuando quieres haces á los hombres Profetas; sin embargo, para nuestra enseñanza y confirmación en la fé, quisiste que mucho antes fuesen estas cosas anunciadas y escritas por tus Santos, y también dar á sus palabras tanta autoridad, que de ninguna parte se atreviese nadie á contradecirlas; y en cuanto te presentases en carne, pudieses ser reconocido por Rey de Israel y Salvador del mundo, el anunciado por tantas escrituras que habia de venir. Y esto es lo que presencialmente respondiste á los incrédulos doctores de la ley, que te observaban con curiosidad, y con astucia te tentaban: *Escudriñad las Escrituras en las que vosotros creéis tener la vida eterna; porque ellas son las que dan testimonio de mí.*

2. Dan testimonio de tu Encarnacion los Patriarcas, lo dan los Profetas y los demás justos. Porque Abraham, el primero de los Patriarcas, por el mérito de su fé y la obra de su perfecta obediencia, recibió esta promesa: *En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra.* En la cual p

simiente fuiste en verdad designado y profetizado tú, que naciendo de la Virgen María, traes verdadero origen de la carne de Adán, y de la estirpe de Abraham: tambien enviaste á todas las gentes tu bendicion cuando dijiste: *El que creyere y fuere bautizado será salvo.* Esta no es bendicion terrena, sino promesa celestial; no es abundancia transitoria, sino felicidad perpétua; vida inmortal con los Ángeles, no longevidad temporal. La cual bendicion, como fué prometida al fiel Abraham, así tambien fué dada por tí á él y á todos los que profesan la verdadera fé. Pues no se han de juzgar hijos de las promesas solamente aquellos que han nacido de Abraham segun la carne; sino que gozan de tal bendicion todos los que imitan los ejemplos de su fé, ya desciendan de él carnalmente ó de la gentilidad, y fueren regenerados en el espíritu; y por eso fué llamado padre de muchas gentes, no tan sólo de los judíos, sino de todos los que habian de creer en tí por el orbe de la tierra.

3. Tambien da preclaro testimonio de tí con sus obras, Isaac, hijo de Abraham. Porque su nacimiento, anunciado por el Ángel, es una figura de tu natiuidad, la cual, sin embargo, sobreexcede y aventaja en gran manera al nacimiento de todos los infantes. Isaac, por la promesa de un Ángel, nació de madre estéril; pero tú, prometido desde el principio del mundo, naciste de una Madre Virgen del modo más inefable, para nuestra salud. Él, habiendo sido engendrado, fué la alegría de sus padres y amigos; pero tú, naciendo, regocijaste en

gran manera á los Ángeles y á los hombres. De gran firmeza en la fé el parto de una Vírgen, y el mismo milagro obrado en el útero de la ancianidad. Pues si hiciste esto en tu pequeño siervos, ciertamente cosas mayores pudiste hacer en tu mismo. Porque siendo tú el Autor de la naturaleza, todas las cosas están bajo tu potestad, y no eres impedido por la ley ó el imperio de nadie. Tambien resplandece en Isaac una figura de tu Pasión, cuando mandaste que fuese sacrificado por su padre, recibiendo este antes la divina respuesta por medio de un Angel. Isaac llevó la leña del holocausto; tú llevaste el madero de la Cruz para borrar la escritura del primer pecado. Él fué después ligado y puesto sobre el ara; tú fuiste atado y herido cruelmente, levantado, por último, en la Cruz, para atraer todas las cosas á tí mismo. Él fué obediente á su padre Abraham; y tú obedeciste á Dios tu Padre, hasta la muerte de Cruz. Él fué inmolado sin ser muerto; porque él era la figura, y tú la realidad; él la señal, tú el verdadero sacrificio. Él no debió morir, porque no fué Redentor del mundo; pero tú debiste morir, no por tus propios pecados, sino por los nuestros; porque eres el verdadero Redentor del mundo, para esto naciste, y este mandato recibiste del Padre.

4. Tambien da muy verdadero testimonio de tí el Patriarca Jacob. Este, ilustrado con espíritu profético, anunció á sus hijos muchas cosas venideras. Porque designó la tribu de la que habias de nacer, y el tiempo en que habias de venir, cuan-

lo bendiciendo á su hijo Judá, entre otras cosas, dijo: *No será quitado de Judá el cetro, y de su muslo el caudillo, hasta que venga el que ha de ser enviado, y él será la expectacion de las gentes.* El cual testimonio rectamente entendido, demuestra, sin duda alguna, que tuvo en tí su verdadero cumplimiento; porque tuviste dignísimo origen de la tribu de Judá, y viniste á este mundo en aquel tiempo cuando faltaba en la Judea el legítimo caudillo, y Herodes, rey extranjero, tenia allí el alcázar de su principado. No has de ser esperado como delira el Judío, sino que se ha de creer que ya viniste Dios en carne, como confiesa el Cristiano, y como enseña la Fé católica. Faltó ciertamente, el Caudillo en la Judea, cesó en ella la ley, enmudeció el sacerdocio, cayó el templo, pereció el reino, se dispersó aquella gente por el mundo, para que todo el mundo conozca que tú, el Salvador de Israel, la expectacion de las gentes y el deseado de todas ellas, viniste ya. Debíó, pues, cesar la ley antigua despues que, apareciendo tú, brilló la nueva gracia y la verdad; porque toda aquella antigua institucion sirvió para dar testimonio de tí.

5. Con esto concuerdan las voces de los Profetas, que conociendo anticipadamente tu venida, anunciaron los dias de gracia en que nos hallamos. Pues Moisés, legislador y caudillo del pueblo de Israel, da un testimonio sobremanera creible cuando dice: *El Señor tu Dios levantará para tí de tu nacion, y de entre tus hermanos un Profeta como yo.* Habiendo de hablar Moisés á un pueblo rudo, te

llamó simplemente Profeta, pues acaso este pueblo no podría concebir nombre más alto, ni aún se hallaba dispuesto. Lo cual también se colige bastante del Evangelio, donde habiendo hecho el Señor aquel gran milagro de los cinco panes y dos peces, levantó la voz el pueblo entusiasmado y dijo: *Este es verdaderamente el Profeta que ha de venir al mundo.* Pero nosotros muy seguros ya de la verdad, y nuestros entendimientos ilustrados con la luz divina de la Fé, te confesamos y creemos, no sólo verdadero Profeta, sino Señor de los Profetas y verdadero Hijo de Dios. No es de admirar que hayas hablado á aquel pueblo por Moisés tu siervo muchas cosas oscuras, y á nosotros nos hables tú mismo cosas claras y manifiestas; porque así convenia al órden de la justicia, también á la ley, y por último á la gracia. Por lo cual este Moisés con gran deseo de tu venida oró y dijo: *Ruégote, Señor que envíes al que has de enviar.* Este es Moisés, que para libertar á los hijos de Israel se dirige á Egipto, á quien también se le da la facultad de obrar prodigios y maravillas. Los hizo tan grandes y extraordinarios, que oídos ó leídos causan poca admiración. Pero entendidas estas cosas místicamente, y referidas á tí en debido modo, producen en las almas piadosas y fieles los más elevados sentimientos y saludables frutos. Moisés sacó á Israel de la tierra de Egipto; Tú libertaste á tus escogidos de la antigua servidumbre, de la cautividad del diablo y de las puertas del infierno. Él, después de ser sumergido Faraon en el mar

Rojo, hizo entrar á su pueblo en la tierra prometida; Tú, extinguiendo el pecado original por las aguas del Bautismo, haces entrar á tus fieles en el reino de la celestial mansion. Él recibió en el monte Sínai la ley del decálogo escrita en tablas de piedra, y la entregó al pueblo para que la observase; Tú, constituido mediador del Nuevo Testamento, predicaste á tus discípulos en el monte la ley de gracia, que imprimiste hondamente en sus corazones por el espíritu de amor. Él anduvo cuarenta años por el desierto con los hijos de Israel, obrando entre ellos muchos prodigios y maravillas; Tú te dejaste ver en la tierra por treinta y tres años, y viviste con los hombres, obrando tantos milagros de tu divina omnipotencia, que si todos se hubiesen escrito, apenas cabrian en el mundo los libros. Él ejecutaba como siervo fiel; Tú, obraste como único Hijo de Dios, á quien el Padre habia dado todas las cosas en las manos. Y por eso ni Moisés puede ser comparado contigo, ni ninguno de los Ángeles ó de los hombres. Porque á todos se les dió el poder con medida; pero tú siempre permaneces igual al Padre en potestad. Eres tambien muy superior á todos los Santos segun la humanidad, excelencia singular de la dignidad, que no es comunicable á criatura alguna. *¿Porque á quién de los Ángeles se ha dicho jamás: Tú eres mi Hijo, yo hoy te he engendrado? ¿Ó á cual de los Santos ha dicho el Padre: Siéntate á mi derecha?* Cosa muy alta es para el Ángel ser ministro. Muy grande honor es para cualquiera de los Santos sentarse á

la mesa en el reino de tu Padre; pero *á tí se ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra*. Y aunque apareciste mortal en la sustancia de nuestra carne, eres, sin embargo, sobre todas las cosas, Dios inmutable, recibiendo nuestra naturaleza sin dejar la tuya propia. Indudable, pues, y constantemente te confesamos el Cristo, el Unigénito de Dios, el Salvador del mundo y el Santo de los Santos, el prometido en la ley, el deseado de los Patriarcas, el previsto y vaticinado por los Profetas. Si á pesar de estos testimonios alguno tuviese dificultad en creer, él mismo se priva de la luz de la verdad, no conservando el fundamento sobre el cual ponga el pié de la fé, ni atendiendo á la antorcha que luce en el lugar tenebroso. Porque la ley es una luz, y la profecía una preciosa antorcha que nos conduce á tí, verdadera luz del alma, en quien los que creen son hechos salvos por la fé. Porque sin fé y sin conocimiento de tu nombre no se encuentra esperanza alguna de vida, ni medio de conseguir la salvacion. Tú, ciertamente, eres nuestra salud, nuestra esperanza y nuestra redencion, á quien esperaban los primeros Santos que recibieron esta promesa.

6. Pero esta redencion por tí prometida en muchas señales y maravillosas visiones, se dilató y ocultó por largo tiempo; mas celebrado el misterio de la Encarnacion y Pasion, estos secretos se manifestaron y cumplieron. Te prefiguró, pues, aquel Cordero pascual que se mandó inmolar cada año en memoria de la antigua libertad de los he-

breos saliendo de Egipto. Te prefiguró la oblacion de los becerros y carneros, el fuego de los timi-  
nas, la varia celebracion de los sacrificios y la  
frecuente aspersion de la sangre. Tú estás místi-  
camente prefigurado en el candelero de oro adorna-  
do con siete antorchas. Tú, en el gran Pontífice,  
que una vez al año entra en el Santo de los Santos.  
Pero todos estos sacrificios de la ley tú los consu-  
maste plenamente, ofreciendo una sola vez en el  
ara de la Cruz el único sacrificio de tu cuerpo. Y  
por eso ya es inútil el antiguo culto, porque todas  
las cosas que él significaba, nos las declaraste tú,  
verdad eterna. Mas tambien están explicadas espi-  
ritualmente por los Doctores Católicos, y expues-  
tas útilmente para nuestra edificacion, agrada su  
sentido místico; pero la observancia literal no puede  
admitirse. Y si en otro tiempo te agradaron tales  
sacrificios, esto lo hizo la fé que se habia de manifes-  
tar. Pero ahora finalizaron aquellas cosas antiguas,  
porque ya vino el verdadero sacrificio, que con fiel  
devocion frecuente por todo el orbe la Santa Iglesia.  
Tambien te prefiguró perfectamente la piedra del  
desierto, que manaba dulces aguas para el pueblo  
sediento. El maná, manjar admirable dado á los  
hambrientos. La serpiente de metal exaltada, cu-  
rando de las mordeduras. La vara florida del sacer-  
dote Aarón, produciendo nueces. Te declaró admi-  
tablemente Josué, ilustre por sus hechos y por su  
nombre. El victoriosísimo Gedeon. El fortísimo  
Sansón. El fidelísimo Profeta Samuel, y el laudable  
valor de cada uno de los Nazareos y Jueces.

7. David, insigne Rey y Profeta, elegido segun el corazon de Dios, y excelente Salmista, claramente canta, ardientemente desea y devotamente ruega diciendo: *Señor, inclina tus cielos y descende. Excita tu poder, y ven á hacernos salvos. Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salud. ¿En dónde están tus antiguas misericordias, Señor, como juraste á David tu siervo?* Repetidas veces cantando al son del arpa, descubre con estas y otras súplicas el deseo de su pecho. Mas tambien asegura, que los más altos misterios fueron patentes á los ojos de su corazon, para dar testimonio de tí. Este es el Santo David, á quien manifestaste los arcanos y secretos de tu divina sabiduría, y le prometiste que de su extirpe habias de tomar carne. Este es David, hermoso en la figura, vigoroso de mano, pródigo en el consejo, sábio en las palabras, manso en las injurias, humilde en sus ojos, observador de la divina ley, primer cantor del Evangelio y testigo veráz de tu venida. Él vaticinó muy cumplidamente de tu natividad, pasion, resurreccion y ascension. Tú eres, pues, de quien dice: *En el sol puso su tabernáculo, y él es como esposo que sale de su tálamo. Dió saltos como gigante para correr e camino, su salida es de la una extremidad del cielo. Tú eres la verdad nacida de la tierra. Tú eres la justicia que mira desde el cielo, y nos reconcilió con Dios Padre, despues de la caída. Tú eres el más hermoso entre los hijos de los hombres, en cuyos labios se derramó la gracia. Antes bien, de tí salió la gracia y la misericordia para todos. Tú eres nuestro Dios, n*

*nuestro Rey antes de los siglos, que pusiste por obra la salud en medio de la tierra. Tú, el hombre que nació en la Judea, cuyo nombre permanece antes de los siglos. Tú descendiste á María como la lluvia sobre el vellocino, y como llovizna que gotea sobre la tierra, esparciste la saludable doctrina del Evangelio. Tú, engendrado del Padre antes del lucero, y cubierto con la vestidura de nuestra mortalidad, eres constituido por Dios Sacerdote eternamente segun el órden de Melchisedech. Tú, del torrente bebiste en el camino por nosotros la indigna pasion de la muerte, padeciendo como verdadero viador. Por lo cual, en el dia de la resurreccion fuiste vestido de fortaleza y hermosura. No experimentaste como nosotros la corrupcion de la carne; sino que resucitaste á vida inmortal aquella misma carne en que padeciste; con la cual te elevaste en júbilo entre coros de Ángeles; habiendo de venir con voz de trompeta en el último dia. Y así se han cumplido los fieles cánticos de David en los varios pasages de los salmos citados.*

8. ¡Oh Jesús, único deseo de los Profetas! Tú eres el Emmanuel á quien concibió una Vírgen, parió una Vírgen y despues del parto quedó Vírgen. De quien Isaias vaticinó con brillante estilo: *Ha nacido un Chiquito para nosotros, y un hijo se ha dado á nosotros, y el principado ha sido puesto sobre sus hombros; y será llamado su nombre, Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo venidero, Principe de Paz. Se extenderá su imperio, y la paz no tendrá fin. Tú, la raíz de Jessé que está puesta*

*por bandera de los pueblos, á quien invocarán las naciones, y será glorioso tu sepulcro, como se ve hasta hoy. Tú, la flor que sube de la raíz de Jessé, sobre el que reposa el espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad y le llenará el espíritu del temor del Señor. Tú, el Cordero dominador de la tierra, enviado de la Piedra del desierto al monte de la hija de Sion. Tú, el monte de la casa del Señor, preparado en la cumbre de los montes, elevado sobre los collados, á quien corren todas las gentes, para que reciban de tu plenitud. Tú, la luz de Jerusalem y la gloria de Israel, cuyo oriente y esplendor ilumina al mundo. Tú, la piedra escogida, angular, preciosa, fundada en el cimiento de Sion. Tú, el pimpollo del Señor en magnificencia y gloria, y el fruto de la tierra elevado, que sentándote ahora á la diestra de Dios Padre, sujetaste á tí todos los príncipes y potestades. Este es Isaias, que con gran espíritu vió las cosas futuras, y consoló á todos los que en Sion suspiraban por tu venida, por lo cual tambien dice: Consolaos, consolaos, pueblo mio, dice el Señor vuestro Dios; porque yo, el mismo que hablaba, vedme aquí presente. ¡Oh con qué ardiente anhelo deseó se cumpliese la promesa de tu Encarnacion, cuando lleno de santo atrevimiento exclamó: ¡Oh, si rompieras los cielos y descendieras, á tu presencia los montes se derretirian. El cual, no pudiendo templar el ardor de su deseo antes bien, deseando comunicarlo claramente á todos, tambien decia: Por Sion no callaré, y por Jerusalem no sosegaré, hasta que salga su Justo como*

*resplandor, y su Salvador sea encendido como antorcha. ¿Y quién puede indagar todas las misteriosas profecías que escribió, principalmente de tu Encarnacion, pasion, glorificacion y expectacion del juicio, como tambien de la vocacion de la gentilidad y predicacion del Santo Evangelio? Así narra las cosas futuras, como si las tuviese presentes; de tal modo las cuenta, en particular, que parece las vió todas con sus propios ojos. Ciertamente vió; pero con los ojos del entendimiento, no con los del cuerpo. Porque con los ojos del espíritu se ven los divinos misterios, que el hombre animal no puede percibir. Por eso los Fariseos, que sólo exteriormente consideraban en tí la presencia corporal, no pudieron remontarse á la magestad de la divinidad. Pero Isaias, divinamente iluminado y elevado, dió verdaderos testimonios de una y otra naturaleza. Porque de la Divinidad dice así: *Ví al Señor sentado sobre un solio alto y elevado, y toda la tierra estaba llena de su gloria. Y de la humanidad dice: Le vimos y no era de mirar. Y nosotros le reputamos como leproso, y herido de Dios y humillado. Mas él fué llagado por nuestras iniquidades, quebrantado fué por nuestros pecados.**

9. Del mismo modo tambien el santísimo Profeta Jeremías da testimonio de tí, cuando describe de este modo el gran misterio de nuestra herencia: *Pues el Señor ha criado (dice) una cosa nueva sobre la tierra: una hembra rodeará al varon. ¿Qué cosa tan nueva, mi Señor Jesús, como tu Concepcion por obra del Espíritu Santo, y tu nacimiento de una*

Vírgen? Esta es la novedad no oída en los siglos, que ni antes ni despues tendrá ejemplo. ¡Oh verdaderamente dichosa novedad! por la cual fué expulsada la iniquidad antigua, é introducida la santidad nueva. Ea pues, alégrate, María, nueva Madre. Porque tú eres aquella bendita mujer de quien habla esta Profecía, que tambien mereciste gozarte con el felicísimo parto de esta novedad. Porque aquel que no puede ser contenido por criatura alguna, tú, la más excelsa de las criaturas, rodeaste en tu immaculado seno. Y aunque llevaste por mucho tiempo encerrado en tus virginales entrañas un tiernecito infante, era sin embargo hombre, y tambien Jesús, aún no nacido; no por la virtud del cuerpo ni la medida de la edad, sino por la perfeccion de la sabiduría, tanto antes como despues, segun fué concebido lleno de gracia y de verdad. Entendiéndolo, pues, así, se prueba que fué grande el misterio anunciado por boca de Jeremías.

10. Por eso aquí tambien se pone aquel memorable testimonio de Baruch: *Este es nuestro Dios, y no será reputado otro delante de él. Despues de esto fué visto en la tierra y conversó con los hombres.*

11. El Profeta Ezequiel que vió muchas cosas celestiales, esto dice claramente de tí: *Y sobre la semejanza del trono habia encima de él una semejanza como aspecto de hombre. Y además: Habia tambien en medio de ellos un hombre vestido de lienzo y traía un tintero de escribiente á sus riñones.* Toca tambien al Sacramento admirable de tu natividad sacrati

sima, cuando mereció oír la divina respuesta acerca de la puerta oriental: *Esta puerta está cerrada: no se abrirá, y hombre no pasará por ella; porque el Señor Dios de Israel ha entrado por ella, y quedará cerrada para el príncipe.* Tú eres este Príncipe, María es también esta puerta cerrada, que concibiendo y pariendo permaneció siempre Virgen intacta.

12. Daniel, varon de deseos y conocedor de sublimes secretos, habiendo declarado sabiamente al Rey Nabucodonosor su sueño, predice en verdad tu venida. *Así la veias tú (dice) cuando sin mano alguna se desgajó del monte una piedra: é hirió á la estatua en sus piés de hierro y de barro, y los desmenuzó. Pero la piedra que habia herido á la estatua, se hizo un grande monte, é hinchió toda la tierra.* Tú estás figurado por esta piedra que se desgajó del monte, esto es, del reino de los Judíos; sin mano alguna, es decir, engendrado de una Virgen sin concurso de varon. Que heriste á la estatua en sus piés, esto es, que abatiste maravillosamente la condicion de la soberbia mundana, para que se obedezca á la fé con palabras y obras, áun entre los peligros de las persecuciones. Y te hiciste como un grande monte, y henchiste toda la tierra. Porque tú, que primero fuiste conocido de pocos en la Judea, despues brillando la gracia del Evangelio te revelaste á todo el mundo. Otro testimonio presenta el mismo Daniel, diciendo: *Miraba yo en la vision de la noche, y hé aquí venía como Hijo de Hombre con las nubes del cielo, y llegó hasta el anciano de días, y presentáronle delante de él. Y dióle la potestad,*

*y la honra y el reino: y todos los pueblos, tribus y lenguas le servirán á él: su potestad es potestad eterna que no será quitada: y su reino, que no será destruido.* ¿Qué cosa más clara que este testimonio, en el que manifestamente se anuncian tus dos venidas, la una en carne, y la otra para juicio?

13. Miqueas, tal testimonio da, que ni los Escribas y Fariseos pudieron ocultarlo al ser consultados. Porque preguntándoles el Rey Herodes ¿dónde habia de nacer el Cristo? Ellos respondieron segun las palabras de esta Profecía: En Bethlehem de Judá. Pues así dice el mismo Santo Profeta: *Y tú, Bethlehem Ephrata, pequeña eres entre los millares de Judá; mas de tí saldrá el que sea dominador en Israel; y su salida desde el principio, desde los dias de la eternidad.* En las cuales palabras se enlaza claramente la verdad de tus dos nacimientos, cuando se anuncia una salida eterna del Padre, y otra temporal de la Madre.

14. El Profeta Habacuc está sobre su guarda, y afirma el pié para oír lo que se le diga de las cosas futuras, y contemplarte á tí en la Cruz. *Porque la vision (dice) aún está lejos; mas al fin aparecerá, y no faltará. Si tardare, espéralo; que el que ha de venir vendrá, y no se tardará.* Y de tu Pasion dice: *Su claridad será como la luz: rayos de gloria en sus manos. Allí está escondida su fortaleza. Delante de su rostro irá la muerte. Saliste para salud de tu pueblo, para salud con tu Cristo.* Este, entre todos los Profetas, pronuncia peculiarmente tu dulcísimo nombre, que es sobre todo nombre, diciendo: *Mas yo me*

gozaré en el Señor: y me regocijaré en Dios mi Jesús.

15. Sofonías escribió una consoladora Profecía y levanta el alma á la alegría espiritual, cansada ya de tan larga expectacion. *Da loor* (dice) *hija de Sion: canta, Israel: alégrate y regocíjate de todo corazon, hija de Jerusalem. El Señor Dios de Israel está en medio de tí, él te salvará.*

16. Aggeo tambien predijo: *Aún falta un poco, y yo conmovaré el cielo y la tierra y la mar, y todo el universo. Y moveré todas las gentes: y vendrá el Deseado de todas las gentes.*

17. Zacarías, con muy alegre corazon, y por ciertos indicios de cosas, da testimonio, diciendo: *Da loor y alégrate, hija de Sion, porque mira que yo vengo, y moraré en medio de tí. Y otra vez: Regocíjate mucho, hija de Sion, canta, hija de Jerusalem: Mira que tu Rey vendrá á tí justo y Salvador: él vendrá pobre y sentado sobre una asna, y sobre un pollino hijo de asna.* Esta Profecía tuvo su cumplimiento, cuando sentado sobre un humilde borriquillo, entraste en Jerusalem. Y para que nadie dude que estas cosas se predijeron de tí, añádese, de lo que ya no se puede dudar por haber tenido su cumplimiento: *Y hablará* (dice) *paz á las gentes, y su dominio será de mar á mar, y desde los rios hasta los términos de la tierra.* Lo cual consta que se verificó fielmente por los predicadores del Santo Evangelio, que anunciaron la paz, tanto á los que estaban cerca, como á los que estaban lejos. De aquí se vuelve el Profeta á contemplar tu Pasion, mani-

festando que con tu sangre habias de redimir el mundo: *Tú tambien por la sangre de tu testamento, hiciste salir tus cautivos del lago en que no hay agua.* Y en verdad, otros muchos testimonios dieron este y los demás Profetas, muchos de los cuales se citan en el nuevo Testamento. Y no ha de ser motivo de duda para nadie, si alguna vez oye que algunos testimonios se leen de un modo en los Evangelistas, y de otro en los Profetas. Porque los Evangelistas afirman con más concision y claridad, como que fueron ilustrados con más patente enseñanza del Espíritu Santo, en aquello que los Profetas muchas veces dijeron en largos discursos, y oscuramente.

18. Habiendo, pues, oido tantos testimonios de la verdad, no quieras desconfiar más, oh Judío ó Gentil. Reconoce la Encarnacion de Cristo anunciada por boca de los Profetas, y cumplida. Si bien no crees á nuestras letras, consulta tus libros, y ciertamente así lo hallarás. Deja tan sólo tu sentido carnal, y no quieras defender con loco atrevimiento la letra desnuda; busca el espíritu, y vuelve tu corazon á los misterios de Cristo, si quieres tener sana inteligencia de las santas Escrituras. Por el contrario, si fuera de Cristo te glorías en la ley ó en los Profetas, vana es tu jactancia y ciega la inteligencia que sigues. No te aprovechará Moisés, si no oyes á Cristo, de quien Moisés escribió. Ni te servirán los Profetas, si no recibieres al Señor de los Profetas. En vano procuras ser justificado por la ley, cuando muchos Padres

antes de darse la ley fueron hallados justos. Noé fué llamado justo por la fé. Y Abraham creyendo á Dios, áun antes de la circuncision, recibió la alabanza de la justicia. No te gloríes, pues, de la nobleza de tu origen, ni de las virtudes de tus Padres, ni de las divinas palabras á tí entregadas, llenas de promesas celestiales; porque Dios mira á los corazones de los humildes, y atiende á la fé de los que creen rectamente. Y por eso serás más glorioso y aceptable á Dios, si creyendo en Cristo, imitares la fé y las costumbres de los antiguos Padres. Los cuales, ciertamente, esperaban el mérito, no de la observancia de la ley, ni de la multitud de víctimas, ni de los propios actos; sino de la sóla gracia de nuestro Salvador Jesucristo. Porque así lo prometió Dios por el Profeta Isaias: *De balde fuisteis vendidos, y sin plata sereis redimidos.* Mira, Judío, mira, y conviértete á Jesucristo, verdadera luz del mundo. Él es *el Señor dominador y el Ángel del testamento*, como dice Malaquías. Él vino á salvar todas las gentes, enviado especialmente para tí. Pero ¡oh dolor! ni fué conocido ni recibido de muchos hijos tuyos. Ciertamente si crees que vino, serás salvo; pero si no crees, vendrá contra tí y te condenará. Porque dice: *Si no creyereis que yo soy, morireis en vuestro pecado.* ¿Qué excusa podrás alegar en defensa de tu error? Tienes la ley y los Profetas; pero son acusadores más bien que defensores, los cuales permanecerán en testimonio contra tí, porque no quisiste creer. Moisés dice: *Oid, rebeldes é incrédulos. Aun viviendo*

yo y conversando con vosotros os habeis siempre portado contenciosamente contra el Señor: ¿cuánto más despues que yo hubiere muerto? Continúa este endurecimiento hasta hoy en tí, y en tu descendencia. Convirtiéndote, Dios te perdonará como á las demás gentes. Conviértete, conviértete, Israel, á nuestro Señor Jesucristo, y no serás el oprobio en el mundo. Pues dos son principalmente los motivos que te detienen en la perfidia: el amor de las cosas temporales y el sentido carnal en las Escrituras. Sin embargo; alza, Jerusalem, tus ojos al rededor y mira, Israel, el número de los fieles de Cristo, extendido por todo el mundo, y avergüénzate de hallarte siempre errante, cuando creyendo podrias alcanzar la eterna salud. No te detenga la multitud de los que viven negligentemente, que pronto pueden corregirse por la penitencia; sino contempla más bien los ejemplos de los buenos Cristianos, miles de los cuales, aunque ocultos á la mirada humana, sin embargo nunca faltarán en la Iglesia.

19. Abatida ya la turba de los Judíos, vuélvete á Cristo, alma mia, porque él es tu salud y redencion. Si el Judío no quiere creer, tú permanece firme en la fé que Jesus es Hijo de Dios, de quien dan testimonio todos los Profetas divinamente instruidos é inspirados; á quiénes si creyesen los Judíos, creerían tambien al Evangelio de Cristo, como él mismo les decia: *Si creyéseis á Moisés, tambien me creeríais á mí; pues él escribió de mí.* Pero no es maravilla si rehusan creerle los carnales que sólo siguen las cosas visibles; siendo la n

ley espiritual, á ninguno admite á su inteligencia, sino al espiritual. Mas porque nuestro Señor Jesucristo vino humilde, no fué conocido de ellos, aunque lean en los Profetas que de tal modo habia de venir. Pero miserables, chocaron en la piedra de tropiezo, y piedra de escándalo, despreciando al humilde y blasfemando al que obraba maravillas. Habiendo oido estas cosas, alma mia, has de ser como la prudentísima abeja, detestando la locura de los pérfidos Judíos, y siguiendo siempre con humildes pasos la fé de los buenos Cristianos. No te espante la maldad de muchos y la piedad de los pocos; siendo sentencia del Señor: *Que muchos son los llamados, mas poco los escogidos*. Ni á tí te pertenece este exámen, porque esto es cosa propia de sólo Dios. Vuelve la mirada hácia tí misma, y considera los muchos dones que has recibido de Dios, é insiste cuanto puedes en dar gracias por tu vocacion é iluminacion. Alégrate, y de todo corazon regocíjate en Dios tu Salvador, que se dignó visitarte descendiendo de lo alto. Pues todo fué una prueba de la gracia y eximia caridad, que así quiso venir, el que pudo subvenir. Y aunque se habia hecho deudor por la promesa, sin embargo, no se privó por eso de la gracia de la liberalidad; porque sin mérito alguno precedente, se dispensaron sus dones.

20. ¡Oh en verdad, grande y venerable misterio! escondido en los siglos, prometido por muchos testigos, por largo tiempo esperado, ardientemente deseado, y por último manifestado al mundo

y fielmente alabado. Pocos del vulgo habian entendido este gran Sacramento de la Encarnacion, y parece que casi sólo los Profetas, á quienes por especial revelacion se concedió preconocer y escribir, penetraron en su interior. Porque á ellos, como especiales amigos de Dios, se les permitió entrar en el secreto de tan celestial consejo, para que entendiesen que el género humano por la culpa de la prevaricacion primera, cayó en tan gran miseria, que no podia borrarse de otro modo, sino por la gracia del mediador, el cual habiendo encarnado y padecido, recibiese el hombre la redencion. Esto no podia entenderlo claramente aquel pueblo, para quien todas las cosas sucedian en figura. Para ellos era grande, si recibian un don de promesa terrena. Mas para los Profetas nada parecia grande ni alegre sino lo que olia á la dulzura de la eterna bienaventuranza. Por lo cual, uno de los más elevados Profetas, volando por encima de todas las cosas terrenas, manifestó lo que más propiamente amaba, cuando dijo: *¿Qué hay para mí en el cielo, y fuera de tí, qué he querido sobre la tierra? Dios de mi corazon, y mi porcion, Dios, para siempre.* Pero este amor de las cosas del cielo, y esta esperanza de las cosas futuras no se hallaba en todos, y muchos ignoraban la diferencia que habia entre la sombra y la verdad, hasta que descendieses del cielo, para verdadera, y entrases, oh buen Jesús, en el valle de este mundo, para iluminar á todos los hombres. Mas despues que se lee que el Verbo fué hecho carne, y el Criador del hombre se dignó aparecerse

entre los hombres, principió á manifestarse por tí, lo que por tanto tiempo estaba oculto; y lo que para el entendimiento era difícil, se hizo inteligible; y lo que parecia increíble para muchos, por tu saludable presencia volviste visible, y en cierto modo (por decirlo así) palpable.

21. Por último, algunas cosas cumpliste humildemente, como literalmente suenan, manifestando que de tí estaban escritas. Pero otras no las cumpliste á la letra, sino que las referiste mejor al sentido místico, enseñando que no todas las cosas se habian de tomar á la letra como oráculos de los Profetas; las cuales, sin embargo, segun el sentido espiritual siempre son verdaderas é íntegras. Pues que, como atestigua el Evangelista, se cumplió en tí literalmente, esta escritura del Cordero pascual: *No quebrantareis hueso de él.* Pero esta otra, espiritualmente: *Y el cordero será sin mancha, macho, de un año.* Porque el cordero sin mancha te designa á tí, inocente y sin culpa alguna. Pues con las profecías claras instruyes en la fé á los sencillos; pero con las oscuras entretienes á los más ingeniosos indagando los altos misterios. Una clara profecía es esta: *Horadaron mis manos y mis piés: contaron todos mis huesos.* Oscura es esta otra: *Yo soy gusano, y no hombre.* Profecía clara es: *Verán en él que traspasaron.* Oscura es esta: *Sobre esta única piedra hay siete ojos.* Segun esto, se hallan tambien otros muchos testimonios dichos de tí con mucha verdad, que no podrá destruir toda la falacia de los Judíos. Porque ellos se esforzaban por pre-

sentar algun falso testimonio contra tí; mas no concordaban sus testimonios. ¡Ay de tí, pérfido! que eliges perecer, antes que creer. Reconoce las palabras de la verdad, no sea que se te diga lo que á los carnales Saduceos, ciegos en la ley y en los Profetas, se dijo: *Errais, no sabiendo las Escrituras, ni el poder de Dios.* Porque toda profecía tiene por fin á Cristo, y recibe su cumplimiento en Cristo.

22. Pero Señor mio Jesús, no solamente pensaste en la salud de los Judíos cuando vivias en carne, sino tambien en la de aquellos que habian de creer en tí por la sagrada predicacion de los Apóstoles, á quienes particularmente elegiste para este ministerio. Los cuales aunque primero fueron hombres sencillos y sin letras, no obstante, con tus cotidianas pláticas, y despues la plenísima infusion del Espíritu Santo, como les prometiste, fueron introducidos al conocimiento de toda verdad, de modo que comprendiesen el sentido de toda la Escritura. Y es tanto más de admirar la predicacion de los Apóstoles, y se le ha de dar más entera fé, cuanto más verdaderamente consta que de ningun modo hubieran obrado por sí mismos tan grandes maravillas, si no los hubiera fortalecido tu omnipotentísima mano; siendo cosa enteramente árdua, y obra verdaderamente divina haber sugetado todo el mundo á las sagradas leyes de la fé. ¡Oh Sabiduría de Dios que saliste de la boca del Altísimo, cuánto has hecho por nuestra salud, para volvernos al estado de donde caimos! Enviaste Patriarcas y Profetas que nos anuncia-

sen tu venida. Despues designaste Apóstoles y Evangelistas, que enseñasen haberse cumplido todas las cosas. ¡Oh inefable misericordia la tuya, Señor, que se ha manifestado superior á lo que se puede imaginar! Porque buscaste solícitamente á los que no te conocian; no desamparaste á los que te abandonaban; perdonaste benignísimamente á los que contra tí pecaban; mostraste el camino de la eterna salud, á los que muy lejos de tí se extrañaban. Si tan piadoso te has hecho para los enemigos, ¿qué serás para los amigos? ciertamente todo en todas las cosas, para que nada falte á los que contigo comen y se gozan en el reino de tu Padre. Amen.

### SIGUEN LOS TESTIMONIOS DEL NUEVO TESTAMENTO.

23. Pocos son ya los testimonios que aún se han de buscar en el nuevo Testamento. Pues todo lo que allí veo escrito, creo indudablemente, que son testimonios tuyos. Y no como en otro tiempo en figuras y en enigmas; sino que con claras y patentes palabras te publican Cristo Hijo de Dios. En primer lugar atestigua esto el Arcángel Gabriel, enviado á la Vírgen María, diciendo: *Lo Santo que nacerá de tí, será llamado Hijo de Dios.* Tambien atestigua el Ángel hablando á los pastores: *Que hoy os es nacido el Salvador, que es el Cristo*

*Señor, en la ciudad de David.* Atestiguan también aquellos devotísimos Magos, que del Oriente vinieron á Jerusalem, de donde fueron dirigidos á Belen, y honraron con místicos dones al que habia reconocido en la estrella. Atestigua esto mismo aquel memorable Simeon, justo y temeroso de Dios, que esperaba la consolacion de Israel. Pues este habiendo recibido respuesta del Espíritu Santo, que él no veria la muerte, sin ver antes á Cristo del Señor, vino por espíritu al templo. Recibiendo, pues, los miembros de tu cuerpo infante en sus brazos; pero conociendo con acción de gracias la magestad interior, devotamente cantaba: *Ahora, Señor, despides en paz á tu siervo segun tu palabra.* Terminado este cántico, dice también á venerable Madre: *Hé aquí que este es puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel; para señal á la que se hará contradicción. Y una espada traspasará tu alma, para que sean descubiertos pensamientos de muchos corazones.* ¡Oh devota y sincera fé de este beatísimo anciano! Porque él adoró infante, á quien despreciaron los Escribas y Fariseos, haciendo milagros. Él te confiesa verdadero Dios y hombre; ellos te llaman seductor y endemoniado. Por eso este se tiene por digno de veneracion y alabanza; y aquellos justamente son rechazados como hijos de perdicion. Atestiguan también el venerable Juan Bautista, que fué enviado divinamente al mundo para dar testimonio de tí; y clamaba diciendo: *En pos de mí viene el que ha sido engendrado antes de mí, del cual yo no*

*digno de desatar la correa del zapato.* Mas viéndote morar entre los hombres, dijo: *Hé aquí el Cordero de Dios, hé aquí el que quita el pecado del mundo.* Él era una antorcha que ardía y alumbraba. Pero Tú la luz verdadera que alumbrá á todo hombre, que viene á este mundo. Él era el pregonero; pero Tú el Juez. Él era humilde siervo; y Tú Señor de todo. Él era el amigo del Esposo; Tú, el Esposo de la Iglesia. Él era Profeta del Altísimo; Tú, Hijo unigénito de Dios, coeterno con Dios Padre. Él como lucero de la mañana te precedió, preparando el camino; Tú como sol resplandeciente le seguiste, cumpliendo toda justicia; y tambien enviaste tus Apóstoles como rayos solares por todo el mundo, á predicar la luz del Evangelio, para la salud de las gentes. Todavía tienes otro testimonio mayor que el de Juan. Porque el Padre desde los cielos atestigua diciendo: *Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido.* Y apareciendo el Espíritu Santo en figura de paloma, descendió y posó sobre tí. Tú, estando presente en carne, declaraste muy altamente á tu fidelísimo amigo Juan tu gloria y poderío, de tal modo, que por la grandeza de la revelacion que entonces se le hacia, teniendo más bien por ignorancia el primer conocimiento de tí que habia recibido, dijo: *Y yo no le conocia.* ¡Oh varon de excelentísima santidad, preelegido para contemplar tan singular y altísimo misterio de la Trinidad; cuya vida y muerte, bautismo y predicacion, ofrece un testimonio muy verdadero de tu venida en carne.

24. Venga ahora el beatísimo Apóstol Pedro, tu verdadero amante, y devoto confesor de la verdad; qué es lo que siente, y de qué manera conviene creer en tí, rechazando las opiniones de los que yerran, claramente lo publica, diciendo: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.* ¡Oh confesión verdaderamente apostólica! que no la enseñó carne ni sangre; sino que la inspiró celestial revelación al hijo de la paloma. Y así por la firmeza de su fe mereció también llamarse Pedro, que se deriva de piedra; porque dejando á los demás, se unió á tí como á sólida piedra. Si alguien admira que un rudo pescador sea hecho Príncipe del colegio apostólico, admire también que el caudillo Moisés y el Rey David fueron antes por algun tiempo pastores de ovejas. Pues el que constituyó á Moisés caudillo del pueblo y Profeta, y sacó á David de los rebaños de ovejas para hacerlo Rey, el mismo ciertamente elevó al bienaventurado Pedro, en otro tiempo pescador, á Príncipe de toda su Iglesia. Proceda ya á dar testimonio de tí Pablo, maestro de las Gentes y Doctor del orbe; vaso de eleccion y luz de la Iglesia universal. *Cuando vino (dice) el cumplimiento del tiempo, envió Dios á su Hijo, hecho de mujer, hecho sujeto á la Ley; para redimir á aquellos que estaban bajo de la Ley, para que recibiésemos la adopción de hijos.* Este es aquel gloriosísimo Pablo, á quien se dijo desde el cielo: *Yo soy Jesús Nazareno, á quien tú persigues.* A este, de perseguidor hiciste predicador, y de Fariseo Apóstol, mandándole que tu Nombre, al que antes perseguía, lo

llevarse por todo el mundo, y no temiese predicarlo ante los Gentiles, los Reyes y los hijos de Israel. El cual cumpliendo valerosamente el cargo de Apóstol tuyo, y discurriendo por diversas partes del mundo, tocó la trompeta Evangélica; y llegó el sonido de tu Nombre por la boca del gloriosísimo Pablo hasta los confines del orbe de la tierra. Porque ya no hay en el mundo Iglesia alguna, que no se mantenga con la doctrina de San Pablo en la paz católica. Confundió á los Judíos, y los convenció vigorosamente, confirmando con la autoridad de las Santas Escrituras, que Tú eres el Cristo Hijo de Dios. Convirtió á los Gentiles, y enseñó que nada eran sus ídolos. Subyugó á los Bárbaros. Refutó á los Filósofos, y á todos los atrajo igualmente á la luz de la fé. Este es aquel divino Pablo, que arrebatado á los secretos del tercer cielo, aprendió, no de los hombres, ni por hombre, sino por revelacion tuya, Jesucristo, el Evangelio que predicó. Y por eso pudo predicarlo con la mayor seguridad, y escribir de él muy magníficamente, como tambien lo hizo. *Grande es (dice) el sacramento de la piedad, en que Dios se ha manifestado en carne, ha sido justificado en espíritu, ha sido visto de los Angeles, ha sido predicado á los Gentiles, ha sido creído en el mundo, ha sido recibido en gloria.*

25. Diga tambien Andrés, hermano de Simon Pedro, ardentísimo amador de la Cruz, uno de los discípulos del bienaventurado Juan, mas despues te siguió cuando lo elegiste para el Apostolado;

pronuncie, digo, el testimonio de tí, para que oigamos y creamos. *Hemos hallado* (dice) *al Mesías, que se llama Cristo*. ¡Oh fé sencilla y firme, digna de ser imitada por todos los Cristianos! Pues te siguió con dócil corazon y confesion de boca, despues manifestó á su hermano Simon la fé que habia bebido de tí, fuente de verdad. Y llevó á su hermano Pedro á la presencia de Jesús. Porque esto es haberte encontrado verdaderamente: mirar por la salud de los hermanos, y manifestarles el camino de la vida celestial. No así los Judíos, que tentándote, decian: *Si tú eres el Cristo, dinoslo claramente*. ¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos, que ni por los milagros ni por las palabras de Cristo habeis creido! Andrés, hombre sin letras, oyendo una sola vez hablar á Cristo, le siguió y creyó. Vosotros conociendo la Ley y los Profetas, y además oyendo la verdad de la boca de Cristo, viendo tambien sus milagros y maravillas que ninguno otro hizo, ni aun así le creísteis. Por eso tendreis más grave juicio, y os juzgará la piadosa simplicidad de los fieles, con aquellos que dijeron: No hay Dios; y son vanos los que le sirven.

26. Hable tambien aquel predilecto Apóstol Juan, que en la cena, Jesús, Señor mio, se reclinó sobre tu pecho. *En el principio* (dice) *era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios*. Y más abajo dice: *Y el Verbo fué hecho carne, y habitó entre nosotros: y vimos la gloria de él, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad*. Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas, y

las escribió; y sabemos que su testimonio es verdadero. Mas, oh dulcísimo Juan, ¿cuál es la causa de esta descripción Evangélica? *Esto se ha escrito para que creais que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que creyendo, tengais vida en su nombre.* Este es Juan á quien muchas veces llamó Pedro para que le acompañase, y con igual constancia resistió á los Príncipes y magistrados. Que áun herido y maltratado por estos no calló; sino que sufrió con gozo contumelias y azotes por tu nombre Jesús. Despues enviado por los Apóstoles con Pedro, fué prontamente á Samaria, y rogó é impetró que los creyentes recibiesen el Espíritu Santo. Este es el Teólogo Juan, clarísimo inspector y celador de la altísima Trinidad, columna de la primitiva Iglesia y Fundador de toda el Asia; que por la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo fué arrojado al destierro, donde escribió el libro del Apocalipsis, lleno de visiones celestiales, afirmando en el principio y en el fin, que el espíritu de esta profecía es el testimonio de Jesús. Este Apóstol entrelazó algunos bellísimos testimonios de tu Encarnacion en sus epístolas inflamadas en caridad divina; diciendo: *Todo espíritu que confiesa que Jesucristo vino en carne, es de Dios. Y todo espíritu que divide á Jesús, no es de Dios.*

27. Alegra oír tambien el testimonio de Felipe, que encontrando á Nathanael, le dijo: *Hallado hemos á aquel, de quien escribió Moisés en la Ley, y los Profetas, á Jesús el hijo de Joseph el de Nazareth.* Porque entonces así permitias ser llamado y tenido

por muchos, antes de darte á conocer al mundo. Pues en verdad no eres hijo de José; sino Hijo de la intacta Madre y siempre Virgen María, de la cual fuiste concebido por obra del Espíritu Santo y engendrado sin mancha alguna de pecado. Muy alto testimonio dan de esta verdad Nathanael, verdadero Israelita, en quien no hay engaño, y dice: *Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel.* Si tambien se busca el testimonio de un legislador, está el de Nicodemo, Príncipe de los Judíos, que dice: *Rabbi, sabemos que eres Maestro venido de Dios; porque ninguno puede hacer estos milagros, que tú haces, si Dios no estuviere con él.* Desde ahora considerad y ved, oh Judíos, cuantos testigos tiene Cristo, á quien vosotros no temísteis negar. Si aun deseais mayor número, os argüirá la fé del buen Ladron, y la confesion del Centurion, quienes conocieron á Cristo, aquel pendiente de la Cruz, y este espirando con un gran clamor; y dijo: *Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.* Luego es falsa la objecion vuestra que presentásteis contra Cristo, diciendo: *Tú das testimonio de tí mismo; tu testimonio no es verdadero.* Porque ciertamente á Cristo no le faltan testigos en el viejo y nuevo Testamento, si quisiéreis reconocerlos. Mas porque á vosotros os falta la caridad, no teneis al Verbo de Dios morando con vosotros, por eso no puede enseñaros ninguna autoridad. ¿Qué tengo yo que ver con estos Judíos? ¿O qué parte tiene el fiel, con el infiel? No otra más que la concordia de la luz con las tinieblas. Sin embargo, mientras más

se demuestra su evidente error, más se consolida nuestra fé en tí, Jesús, Señor mio. Me es provechosa su necia argumentacion, para cautela. Aprovecha mucho más fuertemente tu dulcísima respuesta, para la verdadera doctrina. Y así les dijiste: *Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no anda en tinieblas, mas tendrá la lumbré de la vida.* Gustosamente oigo á los Profetas que hablan de tí; pero con más dulzura resuenan en mis oidos las palabras de tu boca. Grato es el testimonio de los Profetas; pero con más agrado recibo el que ha sido pronunciado por tí. Porque si se recibe el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio tuyo: pues eres la verdad, que no engaña; la sabiduría que todo lo conoce. Sin embargo, para fortalecer nuestra flaqueza te valiste de los Profetas, que ciertamente fueron de gran provecho para nosotros; no para tí. Como tambien respondiste á algunos: *No ha venido esta voz por mi causa, sino por causa de vosotros.* Me alegro, pues, amantísimo Jesús, por todas las cosas que anunciaron los Profetas, me gozo tambien por las que nos enseñaron los Apóstoles y Evangelistas. Todos los cuales tuvieron una fé, un espíritu y un sentido sumamente concordés entre sí. Porque el Espíritu Santo llenó sus corazones, para que comprendiesen los arcanos de las cosas pasadas, y tambien de las futuras. Y así cuando leo ú oigo estas escrituras, las abrazo con toda la devocion de la fé, y me enciendo, aunque pecador indigno, en el amor de tu nombre. A mí me sirven las palabras de los Profetas, sus vi-

siones y celestiales coloquios. A mí me aprovechan los escritos de los Evangelistas, y la mirada, oído y tacto corporal de los discípulos que moraron contigo. Por mí vieron los que fueron dignos. Por mí oyeron los que debieron contar. Por mí palparon los que me habian de confirmar en la fé.

28. Los gloriosísimos Mártires dan consiguientemente muy poderoso testimonio de tí. Pues ellos dieron testimonio, no solamente con la confesion de boca, sino tambien con la efusion de su preciosa sangre; á quienes ni la acerbidad de las penas, ni la suavidad de los halagos pudo de ningun modo apartar de la verdadera fé. El protomartir San Estevan da tal testimonio: *Hé aquí que veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre que está en pié á la diestra de Dios.* El bienaventurado mártir San Lorenzo, estando en los tormentos, dijo estas palabras: «Señor mio Jesucristo, Dios de Dios, ten misericordia de mí tu siervo; porque cuando fui acusado, no negué tu Santo Nombre; y siendo interrogado, te confesé Señor.» El glorioso Levita, y mártir magnánimo San Vicente, aunque todo su cuerpo fué estirado en el ecúleo, no por eso se quebrantó su corazon; sino que con viva é intrépida voz exclamó: «Esta es la gloria del nombre Cristiano: soy siervo de Cristo, y estoy pronto para todo.» San Ignacio, discípulo del bienaventurado Apóstol San Juan, azotado con plomo, despedazado con uñas de acero y echado sobre carbones encendidos, dió gran testimonio de la fé; y cuánto se inflamó su corazon en el amor fuerte como

la muerte, lo manifestó con ferviente respuesta diciendo: «Ni el fuego ardiente, ni el agua hirviendo »podrán extinguir en mí la caridad de Jesucristo.» ¡Oh insigne Mártir, cuya constancia llenó de admiracion al emperador Trajano! ¿Quién de los Griegos, dice, padecería tanto por su Dios? ¡Oh! cuánto conviene que sea venerado, y en todas partes alabado por devotos predicadores de sus virtudes, el que entre tanto género de tormentos nunca se lee que dejase de invocar tu dulcísimo nombre Jesús. Y preguntado sobre esto dijo: Tengo este nombre escrito en mi corazon; y por eso no puedo cesar de pronunciarlo. Por lo cual, despues habiéndosele sacado del cuerpo el corazon y partido por medio, se halló que tenia, JESUCRISTO, escrito con letras de oro. ¡Oh buen Jesús, cuán amable y alegre es tu nombre para el corazon de los que te aman! ¡Oh cuán necesaria es tambien para mí la frecuente invocacion de tu melífluo Nombre, hallándome rodeado de tanto género de tentaciones! Dígnate, pues, Señor mio Jesús, escribir en mi corazon, como memorial perpétuo, tu dulcísimo Nombre; y enciéndelo con tan gran fervor de caridad, que ni la tristeza, ni la alegría, puedan separarme de tu amor.

29. Tambien dan muchos y laudables testimonios de tí los venerables Confesores y Doctores con sus hechos y doctrinas. Porque estos son los que fueron puestos para la defensa de la Iglesia, y dieron fortísimos ladridos contra las astucias de los herejes. A estos pertenece el glorioso presbí-

tero San Jerónimo, el egregio Doctor San Ambrosio, el bienaventurado Obispo San Agustín, el dulcísimo Papa San Gregorio, el devotísimo San Bernardo, el Venerable Beda y otros célebres y famosos varones; activos en las obras, elocuentes en las palabras, católicos en la fé, ricos en las ciencias, edificantes para sí y para muchos, y dejando á su posteridad digna memoria de erudición divina. Pues el glorioso Padre San Jerónimo ya cercano á la muerte, estando para recibir el Santo Viático, dijo: «Tú eres aquel, que siendo Dios, sólo  
»antes de todos los tiempos, y sin principio engendrado de Dios Padre por eterna é investigable  
»generacion, te encerraste dentro del cuerpecito  
»de una doncella, esto es, de la Vírgen gloriosa,  
»hecho hombre. Así, pues, recibiste la naturaleza  
»humana en el útero virginal, por lo que ni eres  
»Dios sin ser hombre, ni hombre sin ser Dios. Tú  
»ciertamente eres la vida, por la que vive toda  
»criatura, y sin la cual muere. Tú eres la vida  
»vital, dulce, amable y alegre. La suavidad de tu  
»olor recrea á los enfermos y débiles á quienes  
»vuelves sanos y muy robustos.» Dice el himnólogo orador San Ambrosio: «¡Oh admirable dignación de tu piedad para con nosotros! ¡Oh inestimable dilección de caridad! que por redimir al  
»siervo, entregaste tu propio Hijo.» Dice el eruditísimo entre los Doctores San Agustín: «Nuestro  
»Redentor y Criador siendo antes de los siglos  
»Hijo de Dios, se hizo al fin de los siglos Hijo del  
»hombre, para que el que nos habia criado por el

»poder de su Divinidad, para gozar la bienaven-  
»turanza de la vida eterna, el mismo por la fra-  
»gilidad de nuestra humanidad nos restaurase,  
»para conseguir la vida que perdimos.» Aquí está  
sublime aquel contemplador Agustín, cuyo cora-  
zon de tal modo habia sido herido por la caridad  
de Cristo, que llevaba sus palabras como agudas  
saetas en las entrañas: quien desde el principio de  
su conversion no se saciaba de considerar con ad-  
mirable dulzura la profundidad del divino consejo,  
sobre la salud del género humano. Por lo cual, in-  
flamado tambien en el deseo del divino conoci-  
miento, buscando sobre sí la inconmutable verdad,  
prorumpió en esta voz de júbilo: «¡Oh eterna ver-  
»dad, y verdadera caridad, y amada eternidad! Tú  
»eres mi Dios, por tí suspiro dia y noche.» Dice el  
preclarísimo Papa San Gregorio: «Cristo Jesús,  
»mediador de Dios y de los hombres, vino hecho  
»hombre entre los hombres; vino sencillo, para  
»dar á los hombres ejemplo de vida; vino recto,  
»para no perdonar á los espíritus malignos; te-  
»miendo á Dios, para destruir la soberbia; apar-  
»tándose del mal, para limpiar en sus escogidos  
»las inmundicias de la vida.» El mismo: «¡Oh  
»cuánta es la misericordia de nuestro Criador! No  
»somos siervos dignos y nos llama amigos.» Oríge-  
nes dice: «El Hijo Unigénito de Dios, que antes  
»de los siglos nació inefablemente de sólo el Pa-  
»dre, acercándose ya el fin del siglo, vino entre los  
»hombres, por la voluntad del Padre, en cuerpo  
»humano, cooperando el Espíritu Santo.» Dice San

Isidoro: «Viendo Dios que el mundo no reconoció los errores por sus avisos, envió á su Hijo, para que vestido de carne, apareciese entre los hombres y sanase á los pecadores.» San Leon dice: «El Hijo de Dios, bajando de la mansion celestial, sin dejar la gloria del Padre, toma la flaqueza humana, engendrado por un nuevo orden, y nueva natividad. Por nuevo orden, porque invisible en su naturaleza, se hizo visible en la nuestra; siendo incomprendible, quiso ser comprendido; permaneciendo antes de los tiempos, quiso nacer en el tiempo.» El Obispo San Máximo dice: «El Salvador del mundo recibió por la madre el tiempo de nacer, que del Padre no tiene tiempo de nacer. El morador del cielo vino á la tierra, para llamar á los desterrados en la tierra, al cielo. El Verbo fue hecho carne, no para que Dios fuera evacuado en el hombre; sino para que el hombre fuese glorificado en Dios.» El Obispo San Fulgencio escribe: «Cristo Hijo de Dios, Dios verdadero de Dios verdadero, y uno con el Padre naturalmente Dios siempre alimenta de sí mismo á los Santos Angeles; pero con todo eso, el Hijo de Dios no tomó la naturaleza Angélica. Mas para que Dios hiciese brillar su caridad en nosotros, su Hijo recibió nuestra naturaleza de nosotros; para que Dios Unigénito, que es el pan de los Angeles, se hiciese también á sí mismo pan del hombre, juntamente recibió el alma y la carne del hombre. Una y otra las recibió verdaderas, una y otra santas, una y otra limpias. Recibió nuestra alma sin malicia

»Recibió nuestra carne con la mortalidad, para  
»que muriendo segun la misma, venciese á la  
»muerte. Recibió un alma justa, por la cual resti-  
»tuyese á nuestras almas la justicia.» El Crisós-  
tomo escribe: «Cristo vino á tomar nuestras flaque-  
»zas, y á comunicarnos su virtud; vino á buscar lo  
»humano, y á adquirirnos lo divino; á recibir inju-  
»rias, y á devolver honores; á sufrir enfermedades,  
»y á restituir sanidades. Padeció todos estos tra-  
»bajos, para que se probase con sus actos huma-  
»nos, que era verdadero hombre.» El Venerable  
Beda dice: «El Verbo fué hecho carne, esto es,  
»Dios se hizo hombre, y habitó entre nosotros;  
»para que siendo semejante al hombre, y morando  
»con nosotros, nos hiciese conformes á él; hablando  
»nos instruyese; viviendo nos mostrase el camino;  
»luchase por nosotros contra el enemigo, y pudiese  
»destruir nuestra muerte muriendo y resucitan-  
»do.» Escribe San Bernardo: «El Ünigénito de  
»Dios, sol de justicia, habiendo de iluminar la  
»cárcel de este mundo, fué encendido como un cirio  
»de inmensa y clarísima luz; para que todo el que  
»quisiere ser iluminado se acerque á él y se le una,  
»de modo que nada separe al uno del otro.» El  
mismo Santo dice tambien: «Yo creo que el ser  
»Dios invisible, fué la causa por qué quiso ser visto  
»en carne, y morar con los hombres; esto es, para  
»atraer primero todas las afecciones de los car-  
»nales, que no podian amar sino carnalmente, al  
»amor saludable de su carne, y así conducirlos por  
»grados al amor espiritual.»

30. Dan tambien muy ilustre testimonio de tí, María y Marta, hermanas de Lázaro, que con muy particular devocion te siguieron cuando vivias en carne mortal. Esta María es la devotísima lavadora de tus piés, que presentó para lavarlos, no aguas externas, sino lágrimas de su contrito corazon, extendió sus cabellos para enjugarlos, aplicó sus labios para besarlos; preparó sus manos y brazos para ungirlos. Porque convirtió para la piedad, todo lo que antes habia juntado para la vanidad del mundo. ¡Oh feliz contricion la de esta mujer! á la que inmediatamente sigue la remision de todos sus pecados. Pues la que habia venido angustiada, volvió libre y en paz. Ella es más justa que el Fariseo, más fiel que Simon el leproso; porque él duda, esta cree; aquel reprende, esta venera y ama; aquel pretende la falsa justicia, esta muestra en todas partes la verdadera humildad. Ella es gratísima y familiar amiga tuya, la que despues de prestarte muchos obsequios de humanidad, mereció tambien ser el primer testigo de tu resurreccion, y primera mensagera. Pero Marta su hermana, afanándose de continuo en las haciendas de la casa, te da un testimonio de perfecta fé. *Yo, (dice) he creido que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido á este mundo.* Esta es aquella amada huéspedeta tuya, que con esmero repetidas veces te recibió corporalmente en tu casa; pero en la morada interior de su alma, te preparó más agradable mansion; donde reposaste espiritualmente, congratulándote en la fé, la esperanza y

el amor. Tambien cierta mujer de la turba, celosa de esta perfecta fé, clamaba con alta voz: *Bienaventurado el vientre que te trajo, y los pechos que mamaste.* Se conoce haber sido de gran devocion y fé esta mujer que confiesa con tanta sinceridad el misterio de tu Encarnacion, cuando te blasfemaban los Escribas y Fariseos.

31. Tambien dan testimonio de tí las sagradas Vírgenes, de quienes te dignaste ser Esposo y consolador. La bienaventurada Santa Águeda, Vírgen de noble y esclarecida familia, dice: «Mi alma está firme y fundada en Cristo.» Esta es la que muy alegre y gozosa caminaba á la cárcel por causa de tu Nombre. Esta es la que despues de la tortura y cortarle sus pechos, no admitió ninguna medicina carnal. Mas tengo, dijo, á mi Señor Jesucristo, que con una palabra restaura todas las cosas. La devota Vírgen Santa Lucía, preparándose en su virginidad una deliciosa morada, manifestó la gran virtud de su fé, diciendo: «Yo por tres años he sacrificado á Dios vivo. Ya, porque nada queda, me ofreceré á mí misma, hostia viva en sacrificio á Dios.» Y siendo empujada por el incendio, orando contuvo la vehemencia del fuego, y dijo: «He rogado á mi Señor Jesucristo, para que este fuego no tenga poder en mí.» La beatísima Vírgen Santa Inés, tu especial y escogida esposa, da tan evidente testimonio de tí, que todo lo que dijo parece haber sido un oráculo, no humano, sino divino. Supera la naturaleza y la edad, lo que esta ilustre virgencita decia de la fé y cas-

tidad, del amor y hermosura de su Esposo. «Yo  
 amo (dice) á Cristo, en cuyo tálamo he entrado,  
 cuya Madre es Vírgen, cuyo Padre no conoce mu-  
 jer. A él solo cumplo la palabra; á él me entrego  
 con toda devocion; á quien sirven los Ángeles  
 cuya hermosura admiran el sol y la luna.» Y se  
 gloriaba como que era cosa muy digna diciendo:  
 «Me dió en arras su anillo mi Señor Jesucristo, y  
 como á esposa me honró con la corona.» La muy  
 célebre Vírgen Santa Cecilia, llevando en su pecho  
 las palabras Evangélicas, y deseando agradarte á  
 tí sólo, no entregó su espíritu á ningun placer ni  
 vanidad; sino que dedicada á los ayunos y ora-  
 ciones, repetia en su corazon diciendo: «Sea, Señor  
 mi corazon y mi cuerpo sin mancilla, para que no  
 sea yo avergonzada.» Mas preguntada sobre la fé  
 con gran constancia respondió: «Nosotras, que co-  
 nocemos el santo nombre de Jesús, no podemos en  
 manera alguna, negarlo.» Igualmente las demás  
 Santas Vírgenes, Catalina, Bárbara, Úrsula,  
 Cristina, firmes en la fé y encendidas en tu amor,  
 despreciando los halagos de la carne, amando la  
 pureza Angélica, vencieron su sexo en el mundo  
 y merecieron un nombre sempiterno en el cielo.

32. Dan tambien testimonio de tí, los mismo  
 elementos que criaste. Porque fué conveniente que  
 las criaturas irracionales conociesen á su Criador  
 y mostrasen con extrañas señales al que no podia  
 anunciar con palabras. Porque toda criatura está  
 obligada á servirte á tí, como á su Criador; pues  
 prestando un obsequio de extraordinaria novedad

manifestaron ciertamente con los hechos, que ellas habian conocido al Señor. Pues el firmamento te reconoció por Señor de los cielos, porque para la manifestacion de tu Natividad envió prontamente una estrella. La tierra te conoció, porque al eco de tu voz devolvió á Lázaro, muerto de cuatro dias. Mas tambien en tu Pasion tembló y se estremeció. El mar te conoció, porque presentó á tus piés muy sólido camino. Y para el Apóstol San Pedro fué senda segura, por donde volver á tí. El aire te conoció, porque á tu voz cesó inmediatamente su soplo impetuoso. El sol tambien te conoció, porque en el tiempo de tu Pasion ocultó los rayos de su luz, para no ver moribundo al artífice de su belleza. Las piedras y las rocas te conocieron, porque á tu muerte se partieron, y te sostuvieron al subir á los cielos. Pues cuando todos estos elementos proclaman que su Dios y Señor vino en carne, no quieras tú, oh hombre, criatura racional, tener duda ó pereza para confesar el misterio de la Encarnacion de Cristo, obrado únicamente por tu salud, lleno de divinos milagros, y confirmado de todas partes con testimonios de la Sagrada Escritura; no sea que te hagas más insensible que los necios, y más incapaz que los jumentos. Como truena el Señor por el Profeta Isaias contra la perfidia judaica: *El buey conoció á su amo, y el asno el pesebre de su dueño; mas Israel no me conoció, y mi pueblo no entendió.* Pues escudriñadas ya estas cosas bajo magisterio, séante dadas infinitas gracias y alabanzas, mi Señor Jesús, y á tu Nombre se doble

*toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra, y en los infiernos; y toda lengua confiese que tú estás en la gloria de Dios padre. Amen.*

---

## DISCURSO II.

---

Del deseo de los Profetas, y la devota preparación para la venida de Cristo.

1. *Hé aquí que vendrá el deseado de todas las gentes. Atended y oid, fieles todos y devotos, lo que de Cristo hablan los libros de los Profetas. Conviene, pues, ahora en tan santo tiempo de Adviento del Señor, hacer especial memoria de las profecías de la Encarnacion de Jesucristo. Pues por eso se nos lee públicamente cada dia lo que escribieron los Santos Profetas acerca de Cristo; fin de que oyendo la voz de los antiguos Padres todo el afecto de nuestro corazon se encienda más y más en el amor del Verbo encarnado. ¡Oh, con cuánto ardor suspiraban en otro tiempo los Santos Patriarcas y Profetas, sólo por el cumplimiento de las promesas! Gran vergüenza es para nosotros si ahora tenemos menor deseo de la presencia d*

Cristo manifestado ya en carne; cuando aquellos de tal modo se inflamaban á la s3la memoria del Verbo que habia de encarnar. Abraham, padre de todos los creyentes, dese3 con ansia ver el dia de Cristo, á quien habia visto en esp3ritu que naceria de su extirpe. Y se goz3 grandemente por la esperanza cierta que recib3 del Cristo que habia de nacer. Pues igualmente otros muchos antiguos Santos, tambien desearon con frecuencia esto mismo, de lo cual tuvieron anticipado conocimiento por el esp3ritu, deseando el pronto cumplimiento de tan gran misterio, que nosotros vemos ya con gozo haberse cumplido. Lo cual muy claramente manifest3 el Se3or, cuando viviendo en carne, dijo á sus disc3pulos: *Muchos Profetas y Reyes quisieron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron.*

2. Luego poco amor demuestra tener á Cristo cualquiera que no reflexiona con afectos de su alma, cu3n divino misterio, cu3n gran beneficio se dispens3 al hombre, por haber querido el Verbo encarnar. Pero el benign3simo Se3or, acostumbra dar gustosamente la gracia de la devocion á los que meditan en 3l, pues para dar bendiccion vino á este mundo. Porque Cristo no est3 sin uncion, ni puede imaginarse á Jes3s sin dulzura. Y no se ha de dudar, que á las almas fervorosas ocurrir3n abundantes, dilatadas y hermosas materias de santa meditacion, que para las desidiosas y negligentes estar3n ocultas y apartadas. Porque no son dignos de entender los misterios de Cristo, los que no los investigan con humildad y deseo. Por

eso el mismo Señor dice á sus discípulos: *A vosotros es dado saber el misterio del reino de Dios; pero á los demás por parábolas.*

3. Mas el amor de Jesús, impulsa fuertemente á sus amadores á rumiarse las melífluas palabras que salen de su boca, y á meditar sus obras divinas hechas en carne; para cuya digna consideracion, no bastan todos los tiempos ó momentos. Pues es cosa familiar á tales amadores, recurrir á su dilectísimo amigo y consolador Jesús en todos los casos y necesidades. Porque él es la fuente de todas las gracias y virtudes, quien con sólo una palabra ó señal, puede corregir todas las cosas desordenadas. Mas de diversos modos reciben de él la consolacion; y algunas veces merecen muy grandes ilustraciones del alma, los que así acuden á él devotamente y humildemente. Y cuanto más íntimamente se convierten á él, tanto más elevados raptos de la mente sobrevienen al ser visitados por él mismo. Mucho se ha de meditar en estos devotos dias, y se ha de traer continuamente en el corazon algun pensamiento saludable de la ley ó los Profetas, del deseo de los antiguos Padres, de la profundidad de los celestiales misterios, de la manifestacion de las cosas futuras; pero mucho más del cumplimiento de todas las promesas.

4. Tambien se ha de pedir con instancia y fervor, que nuestro afecto sea llevado fuertemente á Cristo y se nos declare con los Profetas la inteligencia de las cosas espirituales. Porque así podremos crecer más en las virtudes, y aprovechar

en el conocimiento del Hijo de Dios, que por nuestra salud se dignó hacerse hombre. ¿Qué excusa podrás alegar, alma mia, si descuidares considerar tanta gracia? ¿Qué responderás, digo, á Cristo en lo futuro, si no fueres agradecida á tantos beneficios con que te distinguió entre muchas naciones y lenguas? Porque ¿cuántos ha habido que no conocieron á Cristo ni oyeron hablar de él? ¿Cuántos tambien que lo despreciaron, y no quisieron creer? Pero á tí se ha dado, no sólo creer y oír, sino tambien leer y entender lo que de Cristo se ha escrito y profetizado. Seas, pues, agradecida á Dios por la manifestacion de tales beneficios, y aplicada á la consideracion de las obras divinas. Cualquiera cosa que de Cristo se escribe ó se canta, todo ciertamente está lleno de espíritu y verdad; todo lleno de amor y suavidad. No falta materia para ejercitar la devocion, ni tiempo para la sagrada meditacion.

5. Tambien los libros se han abierto y se han multiplicado los dichos de los Santos, y todo se halla bien ordenado por los Padres para practicar los divinos ejercicios. ¿Para qué, pues, has de decir no puedo tener buena meditacion habiendo tantas cosas dispuestas para consolacion de todos los fieles? Tambien este tiempo de invierno es muy propio para ejercitar la devocion y gozar de la union con Dios. Porque si bien es frio, sin embargo no puede impedir ni apagar el incendio del interno amor. Y siendo tambien las noches más largas, prestan ocasion de orar y salmear por más

tiempo. Además la abundancia de la lluvia, el ímpetu de los vientos y el rigor del frío, quitan la oportunidad de vagar. Pues parece que ahora todo nos dice: estése quieto cada uno consigo mismo, y ocúpese tan sólo con Jesús, de día y de noche. Ninguno salga fuera de la puerta de su casa, porque el tiempo no lo permite; mas guarde el sábado del alma, y prepare en sí una muy hermosa morada para el Señor. Porque cuanto más encerrados y contenidos estuvieren los sentidos exteriores, tanto más libre se hace interiormente el espíritu, y más capaz de contemplar las cosas divinas. Pero ya no parece resta más que la gracia y virtud del Espíritu Santo, sin la cual, pobre es nuestra vida y muy débil cualquiera diligencia del hombre. Mas si asiste esta gracia, lleva con gran prontitud hácia lo alto; y ella basta para el amante, aun cuando no conozca las letras. Pues al que sabe letras, es necesario el espíritu para la inteligencia; porque sin espíritu son vanas las letras, así como todas las preces son insípidas.

6. Dedicáte, pues, á la mayor devocion en tan santo tiempo del Adviento del Señor; pero especialmente desde aquel dia en que se canta: *¡Oh Sabiduría!* Entonces con mayor afecto hemos de levantar muy alto el corazon y el alma á Cristo, porque Él es á quien desea la Santa Madre Iglesia. Ciertamente esta exclamacion de los Santos Profetas mueve un gran deseo, y tambien el afecto del alma fiel que suspira por la venida de Cristo, como si dijese entre votivas súplicas: *¡Oh mi aman-*

tísimo y buen Jesús, verdadera y eterna Sabiduría del Padre, que admirablemente nos criaste! ven y salva ya de un modo todavía más admirable á los caidos. Ven á visitarnos en la cárcel de la carne, naciendo sin el contagio de la carne; para que sean libertados tus escogidos, á quienes oprime el peso de los pecados, y affige gravemente el horror de la muerte. Ven á desterrar las tinieblas del mundo, y á purificar las tenebrosas conciencias; para que libres de las prisiones de los pecados, nos alegremos en tu misericordia, y alentados con tu gracia, seamos consolados con la esperanza de los bienes eternos. Por tí, Jesucristo, verdadera luz del alma, engendrado del Padre antes de los siglos. Amen.

---

### DISCURSO III.

---

Del encuentro y recibimiento del Rey celestial.

1. *Decid á la hija de Sion: Hé aquí tu Rey viene manso para tí.* Habiendo hablado Dios en otro tiempo á los Patriarcas y Profetas, envió muchos testigos de su Encarnacion; y ahora, casi con las mismas palabras, anuncia á cualquiera alma fiel

el tiempo de su venida. Decid, dice, á la hija de Sion, vosotros, que sois espirituales y teneis espíritu de profecía; ó vosotros, que habeis leído los Profetas, y conocísteis las Escrituras; decid, digo al alma que espera, y desea muy mucho mi venida, que abra los ojos de su fé, y me vea presente al instante. Porque á tal alma busco yo, que desea verme, y frecuentemente piensa en mí. A esta mando y vuelvo á mandar, que no desfallezca de tedio; sino que vele, se levante y espere. Ore por lo tanto, y lea mis letras remitidas á ella de los cielos, aplíquese á su lectura con frecuencia; y hasta que yo venga, recréese en ellas, y consuéllese grandemente; no ceses de pedir y desear, *porque yo que he de venir, vendré, y no tardaré*. Mucho prolongué la tardanza, no quise venir repentinamente; sin embargo, hice preceder muchos y solemnes mensajeros, por medio de los cuales mandé y anuncié, á fin de excitarles el deseo, y magnificar el gozo de mi venida.

2. Porque habiendo de venir el gran Rey á la tierra, ha de ser recibido con gran deseo. Pues el que con ferviente anhelo me desea, se gozará más con mi presencia cuando yo viniere. Mas aquel que se ha entregado al mundo, no puede desearme. El que en verdad menosprecia todo consuelo mundano, y huyendo de las distracciones del corazón se recoge en el interior, deseando las cosas eternas y desdeñando las presentes, este suplica que acelere el día de mi aparición y la hora de la venida del Santo de los Santos y la gloriosa presencia del

Rey celestial, diciendo: Ven, Señor, visítame en paz, para que de todo corazón me alegre en tu presencia. Ven, deseo y paz de mi corazón, luz de mis ojos. Tú eres mi esperanza, expectación de Israel. En tí, Señor, esperé, no me avergüences de mi esperanza; porque á tí elevé mi alma con gran deseo. Pronto apareceré, y yo mismo me manifestaré á tal alma que así desea y me busca de día en día. Porque yo soy el Señor su Dios que hablé por los Profetas, y hasta ahora hablo á todos; pero sin embargo, más especialmente á mis fieles amigos, y en particular á aquel que me busca con mayor afecto que los demás, y con más reverencia desea recibirme é introducirme en sí. Y ahora estoy cerca, dice el Señor. Ya mi tiempo se ha cumplido; no me retardaré más. Cumpliré mi palabra, satisfaré mi promesa; no dilataré el deseo del alma, tendrá lo que pidió; se hará lo que deseó; porque yo, el mismo que hablaba, vedme aquí presente.

3. Alégrate y regocíjate, alma fiel, porque el Rey de los cielos viene para tí. Este es el Señor tu Dios, tu Criador y Redentor, por mucho tiempo esperado, ardientemente deseado y ya dispuesto para venir. No temas, hija de Sion, hé aquí que viene tu Rey. Mira el cielo, de donde sale. Mira el mundo donde entra. Mira en su derecha la ley de fuego. Mira en su izquierda las riquezas y la gloria. Mira en su rededor Ángeles y Arcángeles, delante de él Profetas, junto á él Apóstoles, detrás de él innumerables coros de Santos. Mira cuán grande es este que entra; á quien reciben las Do-

minaciones y sirven las Virtudes de los cielos. Mira que viene piadoso y manso, pobre y humilde en la humanidad, el Rey que ha de juzgar en equidad la redondez de la tierra. Bienaventurados los ojos que ven estas cosas, y contemplan las obras del Rey eterno para su edificacion; porque no verán en ellas la pompa de este mundo; sino que hallarán en la venida de tan gran Rey toda humildad y mansedumbre. Bienaventurados todos los que tienen ojos de penetracion espiritual, y miran la luz, en la luz de la fé de la verdad eterna.

4. Este mundo visible se ve con los ojos de la carne, aún por los infieles y paganos; pero el mismo Criador invisible del orbe, es visto con los ojos del alma por todos los fieles de Cristo que le aman de corazon. Porque creer en Cristo es verle con el espíritu, y amar ardientemente, es poseerle. Así, pues, le veian los Santos Patriarcas y antiguos Profetas, que largo tiempo antes de su venida, predijeron y vaticinaron muchas cosas de él. Por eso los Profetas otras veces eran llamados videntes; porque preveian al que no conocian los demás, y cuidaban de manifestarlo con sus palabras y escritos á otros que lo ignoraban. Así tambien nosotros vemos á Cristo con los ojos del alma, los que hemos venido á la fé despues de su Encarnacion; porque retenemos firmemente en la memoria lo que de él leemos ú oimos, y confesamos, alabamos y predicamos, lo que con verdad fué vaticinado por los Profetas, y valerosamente confirmado por los Apóstoles. Bienaventurados, pues, los ojos de

aquellos, que aunque no vieron á Cristo en carne, sin embargo, fielmente creen en él, devotamente le veneran, castamente le aman y ardentemente desean recibirle.

5. Hé aquí á nuestro Rey que viene de los cielos, salgamos gozosos á su encuentro, y recibámosle con devotos abrazos. Alégrense los cielos, esto es, los altos contemplativos; y regocíjese la tierra, esto es, los sencillos, dados á la vida activa, ante la vista del Señor, que viene; porque viene para salvarnos, y darse á nosotros. Montes, cantad alegres alabanzas, y destilad, oh Doctores, la dulzura de la palabra, y manen los collados leche y miel, para consolacion espiritual de todos nosotros. Tocad la trompeta en Sion; excítense todos los tardos; congréguese los dispersos en uno; cónfórtense los pusilánimes; consuélense los tristes; fortalézcanse los débiles, todos concurren, apresúrese cada uno por venir; porque llegó el dia grande en Israel, el dia santo del Señor, el dia festivo del Rey eterno. Alégrate Jerusalem, y haced junta los fieles todos, que amais á Jesucristo, gozo de todos los que le aman; porque no aparecerá con tumulto, ni con aparato visible; sino que lo vereis desde vuestro interior, en espíritu de suavidad y mansedumbre. Gócese, pues, y prepárense todos los pueblos, tribus y lenguas. Pero tú, alma devota, hija de Sion, cuyo deseo todo se dirige á Dios; tú, digo, regocíjate más. Porque á tí te habla el Señor por el Profeta, á tí en particular se te manda; tú eres de las llamadas cariñosamente por tu nombre,

para que oigas y veas quién es el que ha de venir á tí. Hé aquí á tu Rey que viene para tí. Hé aquí á tu Rey, no terreno, ni temporal, ni mortal; sino celestial, eterno é inmortal. Hé aquí que viene, no á reinar en el mundo; sino á salvar al mundo con su sangre. Hé aquí el Rey, no de los Romanos ó de los Francos; sino el Rey de reyes, y el Señor de señores. Por él reinan los reyes en el mundo; y sin él nadie será coronado en el cielo. Este es el Rey del cielo; y viene, no á tomar la tierra; sino á dar el reino celestial. El que quisiere servirle, hará que este reine consigo; y cualquiera que desdeñare obedecerle, será excluido de su reino. Hé aquí tu Rey, á quien deseas, á quien amas, en quien crees y en quien esperas. Ciertamente es Rey general para todas las criaturas, mas para tí es particular por el amor, como propio esposo y familiar amigo. Tuyo, digo, porque por tí está más solícito, á tí se aplica con más vigilancia, se inclina á tí con mayor afecto, y se une más particularmente; de modo que puedes decir con verdad: *Rey mio, y Dios mio*. Pues te amó desde la eternidad; y ahora baja del cielo desde sus reales asientos, para redimirte y salvarte. En lo cual si quisieres gloriarte, no sé cómo te podrás affigir ó desesperar.

6. Él es, pues, Rey y Gobernador de todas las cosas, y lo que poderosamente hizo, sapientísimamente gobierna; para que con razon deba decirse Rey y Señor de todo; y sin embargo es tuyo, por especial gracia de donacion. De él depende el cielo y la tierra, y por su imperio se rige toda criatura.

Nadie puede resistir á su poder; por su sabiduría se ordenan todas las cosas. Con él está su sabiduría y su poder; y él lo hizo todo, y su grandeza no tiene límite. Oh cuánto más elevado é inmenso es este que todos los Reyes y Príncipes de quienes habla el Profeta en el Salmo: *Mas el Dios, Rey nuestro antes de los siglos, puso por obra la salud en medio de la tierra.* Hé aquí que viene; no con oro y plata, ni vestido de púrpura y Holanda, no en caballos ricamente enjaezados, ó con armas relucientes; ni al sonido de clarines y cítaras; sino con humildad y pobreza; con mansedumbre y caridad; para ser amado mejor que temido; para atraer á sí á los pecadores, más que para ahuyentarlos.

7. Pero ¿por qué viene? Viene por su extremada caridad con que te amó, para redimir al que veía perdido. Viene por tu necesidad é imperfeccion, que era de muchos modos, y grande sobre manera. Viene á librarte de los pecados, y á purificarte con la efusion de su preciosa sangre. Viene á ilustrar tu ignorancia, y á mostrarte el camino de la verdad. Viene á auxiliar tu flaqueza, y á enseñar la paciencia en las adversidades. Viene á retraer del apetito de las cosas terrenas, y á elevar al amor de las celestiales. Viene á predicar las virtudes, y á poner fin á los vicios. Viene á comunicar la gracia, y á alegrar con la dulzura del celestial consuelo. Viene á colmarte de todos los bienes, y á librarte de todos los males. Viene á darte la eterna bienaventuranza, y á padecer por tí la pena temporal. Viene á entregarte todas sus cosas, y sobre

todos los dones darse él mismo á tí, para perpétua fruicion. Pues para que tú te alegres eternamente, viene él á recibir el trabajo y el dolor. Para que tú te enriquezcas, viene á hacerse pobre. Para que tú reines, viene á estar desterrado. Viene á ser camino para el que yerra, verdad para el que ignora, vida para el muerto, luz para el ciego, médico para el enfermo, consolador para el desolado, libertador para el condenado, consejero para el seducido y Salvador para el desesperado. Hé aquí por qué viene, y cuánto te dispensó con su saludable venida.

8. No envió un Ángel, ni un Arcángel, ni un Patriarca, ni un Profeta; sino que vino á librarte el mismo Rey de los Ángeles y Señor de los Profetas, porque él es el Señor tu Dios, que te hizo. Pues que todos los Reyes y Profetas que vinieron antes de él, no pudieron librar á nadie de manos de la muerte, ni llevarlo á la vida eterna; pero este Rey potentísimo y magnífico por los siglos, salvará á su pueblo de la eterna muerte, destruirá los grillos del infierno y conducirá á sus escogidos al paraiso.

9. ¡Oh si entendieses bien, y con diligencia observases de cuánta grandeza y magestad es este Rey de la gloria! cierto que alzarías con grande afecto las puertas de tu corazon, é introducirías en tí al Rey de la eterna gloria. Pues con sumo regocijo, con grande honor y solemne preparacion, conviene recibir á tan gran Rey. Porque si algun rey terreno, ó uno de sus príncipes te avisase: Ma-

ñana iré á verte, prepárame hospedaje, quiero estar á tu lado, ¿qué solicitud tendrías, y cuánta sería tu admiracion? Mas ahora hé aquí que te encarga el Rey del cielo por boca del Profeta: *Aparéjate, Israel, para salir al encuentro á tu Dios; por que yo vendré y habitaré en medio de tí.* Adorna por eso el tálamo de tu corazon para recibir á este huésped: porque no sólo desea venir á tí, sino tambien morar en tí, y suavemente descansar como en un tálamo. Feliz el alma que merece la venida de tan gran huésped á sí misma; y aquel á quien ninguna criatura puede contener dignamente, ella con amorosos deseos atrae á su más escondido retrete, para descansar interiormente con tanta más felicidad, cuanto ménos la deleite por defuera. Ciertamente es dichosa el alma á la que se digna venir de los cielos el altísimo Señor, Rey de reyes; no para juzgarla ó aterrarla; sino para visitarla y consolarla dulcemente, como muy conocida y elegida para sí. Viene, pues, el Rey manso á visitar y consolar á todos los que lloran en Sion; á dar la paz á los moradores de la tierra; á suspender el riguroso juicio, á impetrar la misericordia, á conceder el perdón á los que pecan, á recibir á los penitentes, á nadie negar su gracia, y por último, á dar la gloria sempiterna, á cuantos le esperan en salud. Amen.

---

## DISCURSO IV.

Esta meditacion ó discurso puede acomodarse á cualquier fiesta. De la Natividad de Cristo y de las fiestas del alma.

1. *La luz vino al mundo.* Ayúdame, Padre omnipotente, para que segun el deseo de mi corazon me ocurra meditando alguna dulce y devota materia de la presente festividad de tu dilectísimo Hijo y Señor nuestro Jesucristo, la cual excite mi tibieza á la devocion y accion de gracias. Ilustra mi corazon con la luz invisible de tu sabiduría, que hiciste brillar en esta sacratísima noche por el nacimiento de la luz verdadera, y ordenaste que este solemne dia se celebrase con alegría y regocijo. Pues no tendré cosa alguna alegre ó festiva, si tú mismo no alumbras antes mi mente, y así libre de toda confusion y tumulto, sea llevada á la contemplacion de tan gran solemnidad. Felice regocijo, cuando se experimenta la alegría del espíritu, y el alma convidada por tí, se repona cumplidamente con manjares espirituales. Porque no hay fiesta para mí si no está en el corazon. Sin embargo, por eso muchas veces se solemniza exteriormente, para que en el interior se celebre con más gusto y alegría. Porque las fiestas exteriores

son estímulos de las interiores, y como ciertos presagios de los gozos eternos. Pues cuando mi hombre interior concuerda bien y se alegra con las fiestas exteriores, no me parece ya que es una fiesta simple, sino doble; porque aquello que por defuera se hace, se posee más santamente por dentro.

2. Hay tambien fiesta doble mayor, y solemne. La cual el alma espiritual y devota entiende mejor, pues acostumbrió á celebrarlas en espíritu y verdad. Porque la espiritual todo lo juzga; y cuánto discrepa una fiesta del corazon de la otra, y aventaja en especial alegría. Ella, á la que Jesús se digna venir y manifestarse en el dia de fiesta, lo conoció muy bien, instruida por la dulce experiencia. Porque él es de quien se solemnizan las principales fiestas; y feliz aquel alma, á quien viene, y le concede verlo alegremente. Mas yo creo que el alma no siempre es atraida hácia Dios, con un sólo é idéntico afecto de devocion, ni sea visitada por su amado en igual forma. Y por eso, puede sin inconveniente conocerse la variedad de las fiestas, segun las visitaciones menores ó más altas; de modo que, entonces hay fiesta doble en el alma, cuando segun el Profeta David, el corazon y la carne juntamente se regocijaron en el Dios vivo; sintiéndose tanta alegría dentro del corazon, que sea preciso manifestarla con voces y movimientos exteriores, y deleite aclamar á Dios devotamente con himnos y cánticos. Mas celébrase doble mayor, cuando es tanta la embriaguez del

hombre interior, y cierto gozo sensible del exterior, que la humana flaqueza no le puede contener ni sufrir por el fuego de la caridad; pero ni puede explicarse con palabras lo que el alma siente hacerse consigo al ser visitada por Dios en tal fiesta. Ha de ocultarse más con el silencio, si en algun tiempo se le concede experimentar alguna de estas cosas. Pero ella habla muy en secreto á sólo Dios, que la entiende mejor en su silencio, y sin la palabra. Porque así conviene que toda criatura calle, cuando Dios habla al alma sobre la natural inteligencia. Y entonces es instruida perfectísimamente, cuando de tal modo conversa con sólo Dios. ¡Oh Doctor de la verdad! cuán pronto y perfectamente la enseñas á quien tú mismo te manifiestas. Ábrense las tablas del Altar en esta fiesta y se ostentan las reliquias de los Santos; porque á esta alma amante, se descubren los secretos de las Escrituras, y por especial consolacion se le revelan los arcanos de la celeste patria, el estado de los Santos y los premios eternos.

3. ¡Oh grande y alegre fiesta! cuya celebracion no se concede á todos, sino á pocos. Cuán lejos están estas santas solemnidades de los amadores del mundo, que solamente gustan de las cosas terrenas, y miran tan sólo las exteriores. Cosa tonta es para ellos, y les parece una nada, todo lo que no brilla exteriormente. Se admiran por lo comun, cómo los buenos pueden vacar á Dios y abstenerse de los deleites carnales; porque ignoran cuanta consolacion de espíritu tienen y sienten en su in-

terior, los que renuncian por el amor de Dios á todos los placeres mundanos. Pues estos tales ignoran y yerran, que siguen y aman tan sólo las cosas visibles.

4. Pero, ¿cuándo se celebra la fiesta solemne del alma? ¡Ojalá que haya quien lo diga, y lo haga llegar hasta mí! si, nó obstante, puede decirse lo que tan alto se apartó, para que estuviera alejado de todos los antedichos mundanos. Pues si alguna vez el alma fué arrebatada en éxtasis, se olvidó de todo lo presente, y tambien de sí misma, acordándose de sólo Dios, y libre de toda imágen corporal, penetró en el abismo de la divina luz, contemplando las cosas eternas. ¿Quién rehusará celebrar esta solemne fiesta, que ilustrada con los rayos del sol eterno permanece elevada tan elegantemente sobre todo lo criado? Pues todo esto parece que mira á la gloria de la eterna bienaventuranza, más que á la miseria de la presente vida. Así es que ahora poseemos el nombre y la memoria de la solemne fiesta, más bien que la verdadera experiencia; porque su perfecta claridad se reserva á los Santos en el cielo. ¡Oh festividad de las festividades, donde los Ángeles y los hombres congregados, juntamente alaban á Dios Trino y Uno! ¡Oh cuán solemnemente cantan allí, cuán dulcemente aclaman, donde siempre tienen presente á Dios, claramente le miran, y alegremente le contemplan! En verdad, por la memoria de aquel júbilo, y perpétua solemnidad del cielo, me disuena toda alegre festividad de la presente vida.

5. Así pues, siempre que en la tierra se celebran solemnemente fiestas, debe todo el afecto de nuestra devociou encenderse y estimularse con vehemencia, hácia aquella solemne y eterna fiesta, que por su grandeza no puede concebirse ni explicarse. Por lo cual, todas nuestras fiestas más bien son ciertos preámbulos de aquella eterna festividad, que verdaderas fiestas. Pues aquí se comienzan en la luz de la fé; pero allí todas se perfeccionan en la luz de la gloria. Porque allí está la Angélica alabanza y el suavísimo canto de todas las almas santas. Allí en presencia del Criador todos unánimes se alegran. Mas en nosotros se celebra bien, si alguna vez se nos da á gustar algun poco de lo de allí. ¿A quién no deleitaria estar en medio de los coros hímnicos de los Ángeles, donde no hay disonancia alguna de voces, ninguna ligereza que disipe, ninguna ocupacion que impida, ninguna necesidad que urja, ningun afecto que manche, ninguna idea que distraiga, ninguna materia que turbe, ninguna ocasion que tiente; ninguna negligencia, ni confusion, ni trabajo, ni tedio, ni fatiga; sino suma paz y tranquilidad; suma alegría y melíflua dulzura; suma concordia y Deífica claridad; plena felicidad y perfecta seguridad?

6. ¡Oh cuán breve y escaso es lo que nosotros hacemos festejando; cuán imperfecto y oscuro lo que nosotros recordamos! Pues mientras que sufrimos las tinieblas de la corrupcion, en tanto que vivimos en cuerpo mortal y en espíritu limitado, apenas comprendemos claramente algo de la luz de

la inmortalidad. Así es, que nuestra solemnidad casi dura una noche ó un día; porque nuestra flaqueza no puede detenerse por mucho tiempo en la devoción. Y ojalá que se gastase la mayor parte del tiempo en las espirituales armonías, y ménos en los actos exteriores. Considerada la verdad, es evidente, que aquí nuestras solemnidades son imperfectas, por mucho que se cante ó se toque con sublimidad; por más que se alegre ó regocije interiormente; porque la presente alegría se disipa muy pronto por varios obstáculos. Ni es mucho de admirar, siendo nosotros extranjeros y peregrinos sobre la tierra, y todo el tiempo de nuestra peregrinacion sea más propio para el llanto, que para la alegría: y el celebrar fiestas toca más bien á los ciudadanos del cielo, que á los desterrados hijos de Eva.

7. Mas para que no seamos abatidos y agravados por nuestras propias miserias, ni seamos ingratos á los divinos beneficios, lo dispuso la eterna sabiduría de Dios, é instituyó la Santa Madre Iglesia; á fin de que celebrando con fervor cada año las solemnidades de Cristo y sus Santos, se excite la devoción, se aumente la fé y se encienda más la caridad. Porque tanto más devotamente celebra uno las fiestas, y más dignamente honra á Dios en sus Santos, cuanto más aprovecha en espíritu, y se extiende más largamente al amor de la eternidad. Pues por esto vino la luz al mundo, para mostrarnos el camino del cielo; para inflamar nuestro corazón en su amor y desasirlo de todo lo ter-

reno; para darnos la luz de la sabiduría y disipar las tinieblas de la ignorancia; para hacernos una misma cosa consigo mismo, partícipes del reino, hijos de la gracia, y compañeros de la eterna gloria. ¡Oh gloriosa Luz, engendrada abeterno del Padre! ¡Oh ínclita Sabiduría de Dios, nacida de una Vírgen en esta noche! Concédeme darte gracias devota y dignamente; dame salmear altísimamente á tu Nombre, inclinarme con reverencia, doblar mis rodillas con humildad, adorarte con respeto, y cantarte solemnemente con los Santos Ángeles gloria en las alturas. Porque á tí corresponde el honor y la alabanza, Señor, que te dignaste encarnar por nuestra salud. Amen.

---

## DISCURSO V.

---

De buscar al Niño Jesús en la noche de su Nacimiento.

1. *Buscad al Señor mientras puede ser hallado: llamadle, mientras está cerca.* Levantáos, fieles todos de Cristo, concurrid á esta solemnidad del nacimiento del Señor. Porque ha llegado la sacratísima

noche, en la que, el Redentor del mundo, Jesucristo, quiso nacer de la gloriosa Virgen María. Levantáos, pues, todos y velad; preparad vuestros corazones, y orad. El Señor viene, venid y adoradle. Buscad á Jesús, y le hallareis; llamad á la puerta, y se os abrirá, entrad en la casa, y le vereis. Nuestro Rey ha venido. Cristo ha nacido para nosotros. Venid, adorémosle y postrémonos en su presencia, porque él es quien nos ha criado. Venid, Ángeles y Arcángeles, cantad, regocijáos y tañed salmos. Alegráos, justos, en el Señor, entonad himnos á nuestro Dios, anunciad entre las naciones sus obras. El Señor está con nosotros, no temais. Viene Dios con nosotros en carne de humanidad, que nunca estuvo separado de su divinidad. Venid, pequeños y grandes, viejos y decrepitos, jóvenes y vírgenes, cantad al Señor un cántico nuevo, porque hoy ha hecho maravillas. Levantad vuestros corazones y vuestras manos al cielo, y sobre todo regocijo dad la gloria á su alabanza. El Señor está con nosotros, no os contristeis. Ataviáos, vosotros los escogidos de Dios, con vestiduras de gozo y alegría; desechad las obras de las tinieblas, y vestíos las armas de la luz; como de día claro, así velemos en esta santa noche. Alegrémonos, regocijémonos y entonemos himnos; cantemos alegre á Dios, Salvador nuestro. Ofrezcámosle nuestros votos, démosle los obsequios de nuestra boca. El Señor está con nosotros, no os retireis, no os canseis; sino permaneced varonilmente, y cantadle con alegría.

2. ¿Quién puede ya dormir, cuando los Angeles cantan en el cielo, y voz de alabanza resuena en las alturas? ¿Quién permanecerá en su lecho, cuando todos desean con ánsia estar junto á Jesús en el regocijo pastoril. ¿Quién no se levantará en esta noche con anhelo, cuando todo parece estar de fiesta? Por eso gózate y alégrate, hija de Sion, canta alegremente, hija de Jerusalem, porque hoy descende de los cielos la paz verdadera, para pacificar y restaurar en Cristo, así las cosas que hay en el cielo, como en la tierra. Hoy brilla sobre la tierra la luz verdadera, para alumbrar á todo hombre que cree. Hoy celébrase una gran fiesta en Israel; porque ha nacido Cristo en Belen de Judá. Hoy los cielos destilan miel por todo el mundo; porque de la boca de los predicadores salen palabras suavísimas, con las que se confortan los débiles, se consuelan los devotos, se instruyen los ignorantes, se estimulan los flojos, se animan los fieles y se avergüenzan los incrédulos.

3. Hoy se regocijan los Ángeles, se alegran los Arcángeles, y todos los justos están con devocion y gozo espiritual. Hoy la noche se convirtió en día de gran claridad; porque en las tinieblas nació la luz á los de corazon recto, el Señor misericordioso y compasivo. Sea esta noche bendita para siempre, y contada entre los más solemnes dias. Bendíganla los que suelen bendecir el dia, y alábenla todos los hijos de la luz porque nació en ella Cristo, Hijo de Dios, luz de eterna luz. No sea solitaria esta noche, ni ajena de alabanzas.

No sea oscura; sino iluminada con luz de lo alto, y en toda la Iglesia se enciendan muchas luces. Nada se omita en ella de lo que pertenece á su decoro; sino que persevere su alabanza hasta el amanecer de la aurora. Y cuando sea claro el dia, brille el Sol de justicia que nació en los corazones de todos los que le aman; y otra vez comiẽnce nueva devocion en las almas de todos los que festejan. Hoy nos alumbra un dia santificado: alégrense todos los fieles; porque Dios en otro tiempo predijo: *Hágase la luz; y la luz fué hecha.* ¡Oh noche verdaderamente dichosa! iluminada con el nacimiento de la verdadera luz, y hermoſeada con resplandores angélicos, con cuyos cánticos y alabanzas se hace más alegre para todos los fieles del orbe. ¡Oh en verdad felicísima noche! más luminosa que todas las noches de los siglos, que mereció saber el tiempo y la hora en que salió del claustro virginal el Hijo de Dios, vestido de nuestra frágil carne. ¡Oh sagrada é intacta natividad dada por la virginal fecundidad! ¡Oh fecundidad sobrenatural! á la que adornó la pureza virginal, y eligió la Magestad suma para que fuese salvo el género humano. ¡Oh bendita y gozosa Natividad! que convirtió la maldicion de nuestros primeros padres en celestial bendicion, y mudó su pena en gozo sempiterno. Con razon esta noche es venerable y amada para todos los hombres, en la cual Cristo se dignó nacer por redimirlos á todos.

4. Bendita sea, pues, la Santísima Trinidad, por cuya bondad y consejo fué reparada la dig-

nidad del hombre, y burlada la astucia del diablo. Bendígote, Padre Celestial, que enviaste tu amado Hijo al mundo, para nuestra redencion. Bendígote, Hijo Unigénito de Dios, Jesucristo, que por redimir á nosotros los hombres, tomaste nuestra naturaleza. Bendígote, Espíritu Santo Paráclito, que gloriosa y admirablemente consumaste todos los Sacramentos de nuestra redencion, desde el principio hasta el fin. Sea para tí la eterna alabanza y gloria; sea para tí el honor y el imperio, ¡oh suma y sempiterna Trinidad! por cuya providencia y ordenacion se hizo para nosotros tan alegre y solemne festividad. Amen.

---

## DISCURSO VI.

---

De la devota visita al recién nacido Niño Jesús.

1. *¿Visteis por ventura al que ama mi alma?* A vosotros hablo, Angeles santos: decidme de mi Jesús lo que sabeis. ¿Dónde está el Chiquito que ha nacido para nosotros? Mostradme á quien ama mi alma. Que si á mí no me lo quereis indicar,

decidlo al ménos por aquellos que juzgáreis dignos. A vosotros hablo, Pastores, contadme de mi Jesús lo que sabeis. ¿Dónde está el Niño que ha nacido para nosotros? ¿Qué os dijo el Ángel? *Os anuncio (dice) un grande gozo, que hoy os es nacido el Salvador, que es el Cristo Señor, en la ciudad de David.* ¿Y qué señal os dió? *Hallareis (dice,) al Niño envuelto en pañales, y echado en un pesebre.* ¿Y qué cantaron los Ángeles santos? *Gloria á Dios en las alturas* cantaron. Y despues de esto, ¿qué hicisteis vosotros? Al punto con celeridad y gozo pasamos hasta Belen, y hallamos á Jesús echado en el pesebre. Oh! mi dicha, lo que oigo! ¡Cuán dulce y alegre es lo que entiendo! Bástame ya; iré y veré al Niño, antes que me muera. Mas esperad un poco; iré con vosotros, y todos tendremos un mismo albergue. Y vosotros, Ángeles todos de Dios, venid y guiadme por camino recto al pesebre de Cristo.

2. Abridme, José y María, abridme la puerta de mi amado, para que entrando en su tabernáculo, adore yo sus santas huellas. *Los reyes de la tierra deseaban ver á Salomon, y oír su sabiduría; y hé aquí al que es más que Salomon.* Dejadme, pues, entrar para que bese el escabel de sus piés. Porque este es de quien hablaron los Profetas, el que anunciaron los Ángeles y visitaron alegres y devotos los pastores. Este es á quien yo busco, á quien amo y á quien deseo ver.

3. ¿Qué temes, alma mia? Clama, pide y llama, hasta que se te abra la puerta. Entra en el

lugar del tabernáculo admirable, hasta la casa de Dios. Acércate con confianza y únete cordialmente al Niño recién nacido; porque no te desechará ni ahuyentará; sino que te admitirá silenciosamente y te mostrará su gracia. No temas delante del que da vagidos en el pesebre; llora tus pecados, no sus molestias. Porque viene á buscarte, no á perderte. Viene á salvarte, no á juzgarte. Viene á desatarte, no á ligarte. Viene á sufrir males, no á imponerlos. Desea libertarte, no aprisionarte.

4. ¿Por qué temes á un pobrecito Niño? Es Dios, dices, y en su mano está el poder y el imperio. Es verdad. Pero ahora no viene á juzgar; sino á perdonar pecados. Ostenta la misericordia, suspende la venganza. Ofrece la gracia, contiene la ira. Muestra el amor, excluye el temor. Desea más ser amado, que temido. Dí, pues: Señor y Dios mío, tú eres mi Salvador y mi Redentor, bien venido seas en este día. ¡Oh Niño deseado y sobre manera amable! Muéstrame tu misericordia, que todavía no merezco ver tu gloria. Alárgame tu diestra, que no puedo soportar tu justicia, Por tu inmenso amor, borra toda mi iniquidad. Estoy enfermo y llagado, sana mi alma. Estoy ciego y desnudo, ilumina mis tinieblas y adórneme con verdaderas virtudes. Seco y paralítico me encuentro, riega mi rostro con lágrimas y dirige todos mis pasos en tus senderos. Contigo habla mi corazón, mi rostro te busca, tu rostro, Señor mío Jesús, deseo ver, y visitar devotamente con los Ángeles y los pastores. Porque tú eres la salud de mi rostro y

mi Dios, digno en verdad de ser amado sobre todas las cosas.

5. Nadie más hermoso que tú, nadie más amable, nadie más noble, nadie más santo. Tú eres más sábio que todos los sábios, más rico que todos los ricos, más grande que todos los grandes. *Tuyos son los cielos, y tuya es la tierra, el mar y todas las cosas que hay en ellos. Tuyo es el día, y tuya es la noche, tu fabricaste la aurora y el sol, el estío y la primavera tú los formaste, y todo lo ordenaste en tiempo oportuno,* y quisiste nacer en oscura noche del frío invierno. ¡Oh maravillosa é inefable caridad de Dios y de mi Señor Jesucristo, llorando en un pesebre aquel á quien alaban y adoran todos los Ángeles en el cielo! ¡Oh cuántas gracias debo dar á mi amantísimo Señor, Salvador y Redentor mio, nacido por mi salud; que no rehusó el albergue de un establo entre animales, como el más pobre de los hombres! En verdad que nada tengo digno de alabanza; mas con todo, te ofrezco gustoso la buena voluntad, en señal de amor y agradecimiento. ¿Qué más? ¿Cantaré con los Santos Ángeles? ¿Os lloraré de compasion contemplando las lágrimas del Niño que llora? De cualquier modo agrada; una y otra cosa consuela, llorar con Jesús, y con los Ángeles alabar á Jesús. Y yo deseo hacer todo esto para gloria de Dios; y anonadarme ante los ojos de su Magestad, que se humilló á sí mismo hasta tomar la forma de tierno Niño.

---

## DISCURSO VII.

De la mansion junto al venerable pesebre  
de Cristo.

1. *¡Oh cuán venerable es este lugar! No hay aquí otra cosa, sino casa de Dios y puerta del cielo.* Entra, entra, alma mia, en este pobrecito domicilio del Rey. Pide aquí hoy hospedaje, coloca aquí tu mansion, permanece con Jesús y María, y celebra con ellos la presente festividad. No te vayas á otra parte; sino asiste hoy aquí, ó siéntate humildemente junto al pesebre de Jesús. Bueno es que te estés aquí, y mucho mejor que morar en los dorados salones de los reyes. Mucho te debe agradar la habitacion de esta casita, y la compañía de estos tres que juntamente se albergan en ella; porque si bien ofende á los que se espantan de su vileza, son, sin embargo, sus moradores muy nobles por su paciencia y magnanimidad. Aquí, pues, habitarás hoy, aquí te detendrás, aquí has de perseverar.

2. Por lo tanto, mejor es que entres y contemples con gran diligencia la estructura de este lugar. Investiga y observa donde está puesto aquel venerable pesebre que contiene al Criador del mundo, que guarda al Dios Niño, al celestial te-

oro, al precio de la redencion, al gozo de los Ángeles y de los hombres. Considera cómo nace el Hombre-Dios, yace fajado en el pesebre y sin hablar palabra; cuán oculta y pobrísicamente vive en albergue ageno, el que abundantemente da todas las cosas con su Padre en los cielos. Estrecha con amorosos abrazos este santo pesebre, y bésalo con frecuentes ósculos; y despues póstrate humildemente á los piés de Jesús. Aquí adora á Dios, aquí llora de devocion, aquí vela, aquí ora, aquí lee, aquí canta, aquí tañe salmos, aquí entona dulces pastorelas con alegres instrumentos, aquí danza con afecto del corazon. Manifiéstale á este Niño tus amarguras y pesares; descúbrele tus deseos, y consúltale todas las cosas. El dulce y amable Niño, enseñará á los mansos sus caminos, y recibirá las preces de los humildes. Él sabe curar á los enfermos, sanar á los contritos de corazon, y átar sus quebraduras, dar el consuelo á los que lloran y librarlos de todas sus penas. Entrégale tu corazon, y pídele que escriba en él su dulcísimo nombre. Ofrecele todo lo que tienes, y sé todo de él, ahora y para siempre. El amor de Jesús eterno é inmenso hará que te olvides de tí mismo, y ames á Jesús, sobre todas las cosas.

3. Ahora mira y considera, alma mia, cuántas riquezas y gloria hay aquí. No veo tesoros perecederos, ni alegrías del siglo; sino á la Sabiduría de Dios encarnada, á la Vírgen Madre recién parida, á José ministrando, á la milicia Angélica cercana. Verdaderamente el Señor está en este lugar,

y yo te aconsejo que de ningun modo te vayas de aquí. ¿Dónde encontrarás lo que aquí has hallado? Si recorrieses todo el mundo, no encontrarías tal compañía, tan santa comunidad y tan unánime congregacion. Los más santos en el cielo y en la tierra están aquí reunidos; aunque de los mundanos sean muy despreciados y tenidos en nada. Pues en todo el orbe no se han obrado tantas maravillas, ni se han visto tan raras novedades, ni se han oido tan alegres melodías, como en este pequeño establo, donde moran José y María y el Niño reclinado en el pesebre. Aquí se han juntado Dios y el hombre, la madre y la vírgen, el viejo y el niño.

4. Considera lo que significa esta dignacion, tanta piedad, tanta dileccion, tanta humildad, tanta pobreza, tanta dulzura, tanta gracia y tan copiosa misericordia. Repasa todos los antiguos hechos que anunciaban á Cristo, y mira como hoy se cumplen los testimonios de las Escrituras y los ardientes deseos de los Santos Profetas. Contempla tambien los piadosos obsequios de la beatísima Vírgen María, cuán inmenso gozo experimenta con su divino Hijo; cuán elevada contemplacion. Ver al Hijo de Dios que es engendrado abeterno del Padre, nacido de ella y puesto en un pesebre. Así has de repasar y considerar todas las cosas, como si te hallases presente á cada una de ellas. Porque no ha de ser menor la devocion y afecto en la meditacion de estas cosas ya pasadas, que si hoy las vieses suceder en tu presencia. Dure, pues, siempre en tí la santa memoria, renovada todos los

años, y no sólo una vez al año se recuerde á Jesús nacido y puesto en el pesebre; sino que muchas veces la frecuentes en tus ejercicios. Gran sabiduría se aprende de este Niño, gran pureza y sufrimiento, que bastan para edificar toda tu vida. Porque en verdad, toda accion de Cristo es tu instruccion; y toda su pasion es tu consuelo. Porque él se ha hecho para tí y para todo el pueblo, salud y redencion. Te enseña con su ejemplo más que con la palabra; más eficazmente persuade con sus propias obras, que con las acciones ajenas.

5. Siempre, pues, sea nueva para tí la sagrada Natividad de Cristo; no pase jamás tan santa festividad sin atenta consideracion. Aunque la exterior veneracion pasa con el tiempo, no pasará, sin embargo, del alma la diligente consideracion. No seas, pues, pobrecilla alma mia, ingrata para con Dios por esta gracia; tú que con tanta solicitud has sido buscada, con tanta misericordia atraida, con tanta benignidad llamada, con tanta dulzura visitada, y hoy tan copiosamente regocijada. Porque no es justo que tú estés triste donde está el nacimiento de la vida; pues en todas partes celébrase este dia con gran contento. Para tí ha nacido hoy el Niño Jesús, y un hijo se ha dado á tí; para que con el párvulo te hagas párvula, con el pobre pobre, con el humilde humilde, con el paciente paciente, con el manso suave y mansa. Inclínate, pues, á él humildemente, bájate de buena gana; para que así merezcas ser exaltada con él eternamente; que por recoger á los pequeños, descendió

de los altos asientos del cielo, Jesucristo el Hijo de Dios.

6. Recoge ahora en este breve espacio de tiempo lo que te aproveche para toda la vida. ¿Quién sabe si esta sea tu última fiesta en el mundo? Y ojalá que ahora la celebres tan devotamente, y con tanta diligencia la solemnices, que concibas gran confianza para con Jesús; hasta que en el fin de la vida merezcas pasar con él á la eterna festividad. Y no hay duda que rigurosamente se exigirá de tí, cuánto te has ajustado á él en la vida. Pues cuando todavía queda tiempo y aprovecha el deseo de ejercitarlo, procura que no se pase sin fruto; sino establece con él igual amistad, hasta que seas conocido entre sus escogidos amigos. Si agradó á Cristo hacer patentes estas cosas por tu salud, no seas remiso en meditarlas atentamente. Cristo calla con la boca, mas habla con las obras. Calla su lengua, mas hablan sus tiernos miembros. Habla su humildad, habla tambien su gran pobreza. Calla igualmente la bienaventurada Vírgen María; pero no callan los elementos. Se oculta en un pesebre; pero es dado á conocer por los Ángeles. Vil y abatido aparece entre pañales; pero es declarado magnífico en los prodigios. Se turba Herodes; pero lo buscan los pastores. Se desdeñan los Escribas y Fariseos; pero lo adoran los tres dichosos Magos.

7. Por tanto considera en él, no tan sólo las cosas grandes y sublimes, sino tambien las pequeñas y humildes; porque en una y otra naturaleza

se ostenta el Señor grande, y muy digno de alabanza; elevado sobre todos los Ángeles, y el más abatido entre los hombres. Unido está lo humano y lo divino, lo supremo y lo ínfimo, lo precioso y lo vil, lo magnífico y lo humilde, y han de ser veneradas con digno honor por todos los fieles. No te escandalicen, pues, los pañales, que predicán la humildad del Hijo de Dios. Ni te conturbe el pobrecito pesebre que eligió para sí el Rey de reyes, y el Señor de los Ángeles. Contempla, no lo que brilla á los ojos de la carne; sino cuán gran misterio de salud se obra aquí. Considera á Jesús y María, al Señor y la Señora del mundo, que no tienen cuidado alguno de las cosas del siglo. No hay aquí grandes palacios, sino celestiales consuelos. No resuenan aquí los ecos del clarín ó de la cítara; sino que se oyen voces de celestial melodía. Ojalá que sintieras en el espíritu hallarte presente á todas estas cosas, para que no pudieras parar en otra parte. Cerca está ahora el Verbo Divino de tu boca, tan sólo con que lo busques con recto corazón. Porque se halla en el regazo de la Madre, el que antes de los siglos estaba en el seno del Padre. Tan parecido á tí se ha hecho, que puede ser tenido como un chiquito, y llevado como un infántico; porque *El Verbo fué hecho carne y habitó entre nosotros*. Vé aquí al que todo el mundo no puede contener, reclinado como pobre en un pesebre. Y el que todo lo sostiene con la palabra de su virtud, es sostenido en los brazos de la Madre. Y al que alaban los Querubines y Serafines, ali-

mentarse con escasa leche. ¿Cuál de estas cosas no es admirable? ¿cuál no es amable?

8. ¿Qué más quieres tener? ¿Cómo pudo ser más cercano y semejante á tí? Hé aquí tu hueso y tu carne: tu Dios, se ha hecho tu hermano. ¿Quién vió cosa igual á esta? ¿O quién oyó jamás tal cosa? ¡Ay de tí, si te alejares de él! y ¡bien por tí, si de todo corazon te acercares á él! *Llégate confiadamente al trono de su gracia*; que aunque sea pobre de bienes terrenos, sin embargo, *en él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios*. Por lo tanto, prepara tus labios con limpieza para besarlo; lava tus ojos con lágrimas para mirarlo; purifica tus manos para tocarlo; extiende tus brazos para abrazarlo; dobla humildemente las rodillas para adorarlo. ¡Oh si tuvieras ahora una hermosa cuna guarnecida primorosamente por todas partes de oro y piedras preciosas, para que colocases en ella al Niño Dios recién nacido! Pero ninguna cuna hay tan proporcionada y digna de recibir al Niño Dios, como tu corazon limpio de toda mancha. Porque él no busca el ornato exterior, sino lo que con los adornos exteriores místicamente se significa: esto le es en gran manera querido y agradable.

9. Mas ¿cómo serás apta para recibirlo dignamente? Eres negra y fea, y él es muy blanco y hermoso. ¿Qué harás, pues? Alejarse de él, no conviene; y acercársele con el rostro súcio, no es decente. ¿Cómo te limpiarás estando metida en muchos vicios? Pero no temas demasiado, ni deses-

peres de tus llagas. Desagrédete que seas tal. Lloras las manchas de la culpa. Lava con íntima contrición el reato de la conciencia, y pídele el óleo de la misericordia, la concesion de plenaria indulgencia y la restitucion de nueva gracia. No perderás la esperanza, por más que te veas muy manchada. Este Niño sabe purificar lo inmundo, blanquear lo negro, serenar lo turbado, endulzar lo amargo, aligerar lo pesado, extirpar todo lo vicioso y dar prontamente el gozo y la paz del corazon. Tal es el que no puede mancharse; con cuyo contacto se curan las enfermedades y convalecen los enfermos. Ahora, pues, prepara en tu interior un hermoso pesebre en el cual coloques á Jesús, Hijo de Dios.

---

## DISCURSO VIII.

---

De los gozos de este dia, y del devoto obsequio para Jesús.

1. *En gran manera me gozaré en el Señor, y me regocijaré en Dios mi Jesús. ¡Oh dulcísimo Jesús y amantísimo Niño, mi gozo y mi corona, mi alma te desea cantar y aclamar con alegría. Déjame pasar*

un dia alegre contigo, y emplear este santo dia en gozos espirituales. Pues aunque sea breve el dia, y transitoria la noche de tu Nacimiento, es grande, sin embargo, la materia para ejercitar la devocion, y como el fuego indeficiente del altar. Quisiera, pues, que este dia hubiera de ser más largo y de más devocion para mí que otras veces; para que el fervor no pasara con el tiempo, sino que se aumentase más con la diligente meditacion. ¡Oh dia de alegría, dia del Rey eterno, no me dejes tan pronto, sino permanece conmigo, para que sea causa de gozo perpétuo! ¡Oh, cuándo vendrá aquel dia al que no se sigue noche, que no conoce la alternativa de los tiempos, sino que siempre brilla y resplandece su luz! Donde se ve á Dios cara á cara. Donde perfectamente se ama y se alaba á Jesús. Donde la atencion nunca se separa de él, ni se mancha el afecto del corazon, sino que es él todo en todas las cosas. Por aquel dia de la eternidad, celébrase este dia temporal; y para que yo siempre viviese allí con Jesús, quiso él hacerse aquí uno de los mortales.

2. ¡Oh venerable y sumamente amable Jesús! ¡Oh ilustrísimo Niño, digno de ser dulcemente abrazado, rendidamente adorado y siempre alabado! Tú eres el único amado mio, entre todas y sobre todas las cosas escogido; á quien todo me debo, y cuanto puedo añadir ó anhelar no satisface mi deseo. Porque tú eres más excelente que todas las cosas; y todo cuanto puedo recibir ó dar es muy poco, ó casi nada. Yo sé y fielmente creo que por

mí viniste al mundo, y por mí quisiste ser puesto humildemente en un pesebre. Pues hiciste todo esto por mi eterna salud, y para hacer brillar más amorosamente tu inmensa caridad para conmigo.

3. ¡Oh cuán obligado estoy á amarte, cuánto debo alabarte y bendecirte con los Ángeles y Arcángeles, con los Santos y todos los hombres de buena voluntad, por haberte encarnado, y hecho hombre por mí. Maravilla será si yo pudiere jamás apartar mi pensamiento de tí, y despues de gustar tu dulzura, volverlo á ninguna otra cosa. Tú eres en verdad, el maná escondido que tiene en sí toda dulzura, y supera á toda otra suavidad. Tú eres paraíso de deleite. Tú, huerto de delicias. Tú, fuente de sabiduría, sol de justicia, luz del mundo, gozo del cielo, paz del corazon, consuelo del alma, esperanza en la tribulacion, refugio en la tentacion y auxilio en toda necesidad. Tu presencia causa mi alegría; tu ausencia me ocasiona muchas veces llanto. Mas todo esto lo hace el amor, que no deja al que ama descansar en las cosas exteriores; sino que le obliga á gozarse en tí, ó á llorar dulcemente por tí. ¿Quién me ha puesto aquí sino el amor? ¿Y quién te trajo á tí del cielo, y te inclinó á mí, sino el amor? ¡Oh amor y amor, cuán dulce y fuerte es este amor! De ahí se forma tan gran aclamacion interior, y nace tan vehemente ardor, al que nada gusta ni agrada sino Jesús eterno amor. Este hace menospreciar el mundo, y reputar todas las cosas como nada. Este hace dejar las propiedades, y vivir bajo el yugo de la obediencia. Este hace rechazar

las delicias de la carne, y desear con ánsia el rigor de la penitencia. Este hace huir del tumulto del siglo, y vacar á Dios en silencio. Este hace morir para el mundo, y vivir para sólo Dios.

4. El amor de Jesús atrae mi corazon al pesebre: quiere que le presente devotos obsequios. Y ahora, ¿qué ofreceré á mi amado Niño, á mi Señor y Dios hecho Parvulito por mí? ¿Por ventura, necesitas de mis dones, tú que tienes á tu voluntad el cielo y la tierra? Y aunque no necesitas de mis servicios, yo, sin embargo, necesito de tí, y estoy obligado á servirte con todas mis facultades; cuando de tí recibo aumento de gracia y de virtud, y todo el bien mio depende de tí. Ojalá que yo pudiera ofrecerte algo aceptable, porque este es mi mayor deseo. Y aunque yo no te pude servir cuando vivias en carne, ni fuí digno de ser admitido á esto, puedo, sin embargo, practicarlo todo en espíritu, con afecto del corazon y deseo de la buena voluntad. Porque tambien sirviendo á mis hermanos en tu nombre, puedo cumplir muchas obras de piedad, que tú las consideras como hechas á tí.

5. Deseo, pues, en verdad excitar mi devocion á tu Santa Infancia con palabras amorosas. Y por lo tanto de aquí no me iré, sino que aquí me sentaré junto á tí y contemplaré mientras tanto tu amable rostro, para que así me olvide mejor de mi miseria. Aquí meditaré en tus mandamientos, y me ejercitaré en tus maravillas. Aquí me elevaré de las cosas terrenas, y me juntaré á las celestiales. Aquí pensaré en los dias antiguos, y tendré en la

mente los años eternos. Aquí consideraré mis pos-  
trimerías y mis años con gemidos. Aquí aplacaré  
tu rostro con súplicas, y rogaré con instancia á mi  
Juez. Aquí me acordaré de tus obras y de los in-  
numerables beneficios concedidos al género hu-  
mano. Aquí hallaré mi corazon; aquí me dejaré  
todo. Porque mejor es que mi corazon lo tenga Je-  
sús, que yo; porque con él está en paz; pero con-  
migo turbado. Aquí dormiré, aquí descansaré, y mi  
sueño será dulce. Aquí me levantaré á media no-  
che para alabarte, y rogaré por mis pecados. Muy  
de mañana madrugaré á tí, y todo el dia cantaré  
alabanzas á tu Nombre. Si saliere, diré, pronto  
volveré; y si me tardare mucho, impetraré perdon.  
De nuevo rogaré y aplacaré tu rostro, no cesaré de  
dar gracias. Me levantaré con grande admiracion,  
y alabaré tu melífluo nombre bendito en los siglos.  
Me sentaré otra vez en mi pobreza, sabiendo que  
no soy digno, ni suficiente para meditar tan ine-  
fables bienes, mucho más suaves que las cosas más  
codiciadas del mundo. Despues te adoraré reveren-  
tamente, y te presentaré todos tus bienes, que-  
riendo y deseando que todas tus obras te alaben;  
aunque cumplidamente no te puedan alabar. Por  
eso, ruego, que tú mismo te alabes; porque si no te  
alabares tú mismo, nunca serás entera y digna-  
mente alabado. Alaba ahora, alma mia, al Señor,  
alaba, Sion, á tu Dios. Alaba á Jesús tu Salvador,  
y si no le puedes alabar perfectamente, con todo,  
no ceses de alabarle en parte, segun tus fuerzas.

6. Te alabaré, buen Jesús, dulce y amado

Niño de mi vida, salmearé á mi Dios mientras yo tenga ser. Porque tú me llamaste á tu santísimo pesebre, en el cual te dignaste estar reclinado por mí, indigno. ¿Quién me podrá retirar de aquí? Nadie, Señor mio Jesús; porque tú eres mi amado, de quien no quiero separarme eternamente. Permaneceré, pues, aquí, al cuidado de mi Señor y de mi Señora Santa María, y de San José tu nutricio, por si fuere necesario servirles en algo. Encenderé un poco de fuego, lo soplaré con diligencia, prepararé la mesa y traeré agua. Limpiaré el terreno, barreré la casita, taparé las rendijas y agujeros por la fuerza de los vientos y la lluvia. Arreglaré este noble y real pesebre, compondré en él de un modo conveniente el heno y la paja, porque aquí no hay ningunos lienzos preciosos. Despues cogere rosas y azucenas, traeré lises y grama, y adornaré este santo lecho, que para mí no es vil como un establo; sino más delicioso que un palacio imperial. Abriré tambien la ventana para que brille dentro la claridad del dia, y los Santos Angeles vuelen desde lo alto, y llenen toda esta estancia de dulce júbilo. Guardaré cuidadosamente la puerta, no sea que entre Herodes para matar al Niño, á quien tomé á mi cargo para custodiarlo fielmente. Porque primero me dejaria matar, que permitir se pongan en él manos sacrílegas. Y si fuere necesario huir, y él así lo quisiere, estaré dispuesto para pasar tambien al Egipto.

7. Mas en viniendo los pastores, les abriré con gozo la puerta, y los introduciré en este pala-

cio del sumo Rey. Porque ellos son á quienes el Angel anunció este misterio, y los encaminó al portal para que lo visitasen, los cuales acudieron con devocion, y regresaron cantando las divinas alabanzas. Despues acercándose los Santos Magos de las regiones Orientales, alegremente saldré al encuentro de tan ilustres huéspedes, Reyes y comitiva; y saludándolos á todos con reverencia, como es justo, los invitaré á entrar en esta corte, para ver el rostro del Rey y de la Reina, cuyo admirable anuncio brilla en el cielo. En entrando ellos, entraré yo tambien, y adoraré cuando ellos adoran, y cuando ofrecen sus dones, yo me ofreceré á mí mismo enteramente; y cuanto pudiere tener, todo lo daré en holocausto al Señor. Mas en volviéndose ellos á su tierra, yo permaneceré aquí en la corte, y serviré al Señor mi Rey y á su bendita Madre la gloriosa siempre Vírgen María: nadie me podrá retirar de esta córte; ni podrá ahuyentarme ningun mandato, ninguna autoridad, ningunos dones ó promesas. Aquí decretaré mi testamento: aquí firmaré el pacto eterno: aquí viviré, aquí moriré y aquí he de hacerlo todo.

8. Séate agradable, te suplico, mi Señora Santa María, que yo permanezca en tu servicio y en el de tu Hijo y mi Señor, con toda devocion y reverencia. Porque más me deleito en estar aquí y mendigar con vosotros, que divertirme con los Reyes y Príncipes del mundo. Que si fuere necesario, tambien saldré al punto á mendigar y pediré la limosna suficiente para nosotros. Y si nadie quisiere dar nada,

rogaré humildemente á los Santos Ángeles, y ellos nos servirán de el cielo suficientemente. Porque por el pan terreno, lloverá tambien para nosotros el maná celestial. ¡Oh Jesús maná de los corazones, que tiene en sí toda dulzura! Tú eres nuestro alimento y consuelo. Aquí habla el afecto de devoción y al amante le sabe muy bien todo cuanto aquí se guisa. Ruégote tambien, venerable Padre José (que así te llamas por la dignidad de tu ministerio, y para la ocultacion del sagrado secreto) que te dignes admitirme por ayudante tuyo. Mándame auxiliarte en algo para consuelo de la Madre y del Niño, que yo así estaré pronto á obedecerte.

9. Oh si yo hubiera sabido cuando primero vinísteis aquí, ciertamente hubiera ido con vosotros, y hubiera conducido el buey y la mula. Hubiera yo llevado gustosamente los pobres pañales de María y el taleguito de José por tan dilatado camino, ó tambien les hubiera procurado hospedaje. ¡Ojalá hubiera yo estado tan cerca, que hubiera oido cantar á los Santos Ángeles, y se me hubiera anunciado este grande gozo! Oh! cuán alegre y apresurado pasaria hasta Belen; y si hubiera podido hubiera corrido con más prisa que los mismos pastores, para que así hubiera yo merecido ver primero á mi Señor recién nacido. Y si ellos volvian á su ganado; yo sin embargo hubiera permanecido con Dios Niño. Más bien quisiera yo perder todas las ovejas, que abandonar á mi Jesús: ó tambien vender todo el ganado, para despues sustentar á mi Señor con su Sagrada Familia. Pero no es dado á todos ver al

Verbo de Dios encarnado y tan inocentemente puesto en un pesebre. A todos, sin embargo, se ha predicado por ahora, y se ha divulgado á todo el mundo; de modo que si alguno quisiere creer, y pidiere ser salvo, é igualmente con íntegro y puro corazon se acercare á este Niño, recibirá de él la remision de todos sus pecados; y dándola él mismo, despues de esta mortalidad, poseerá la vida eterna. Amen.

---

## DISCURSO IX.

---

Del deseo de ver y besar á Jesús.

1. *Muéstrame tu rostro: suene tu voz en mis oídos; porque tu voz es dulce, y tu rostro hermoso.* Estas son las palabras que te dirige el alma amante, dulcísimo Jesús. Mas te ruego, buen Niño, que á mí pecador me concedas decir tambien estas mismas palabras con afecto del alma. Porque ¿cuándo podré cansarme de meditar y hablar de tí? Porque tú eres la salud de mi rostro, y mi Dios. Muéstrame, pues, tu rostro, y será salva mi alma. Siempre que me qallare triste, mírame y apiádate de mí, y mi alma

será consolada. Porque tú eres mi esperanza desde mi juventud, y hasta la vejez y edad decrépita, no me desampares. ¡Oh cuán amable y dulce eres para los hombres, por quienes te has dignado hacerte Niño tierno! Pues con tal amor me atraes á tí, y me estrechas fuertemente en tu dileccion.

2. ¡Oh dulcísimo y amantísimo Niño Jesús! dignate recrearte conmigo un poco en este dia. Mi alma te ama, porque tú me amaste primero. Pues por tu extremada caridad é incomparable dulzura con que me amaste, descendiste de aquella oculta mansion celestial á la cárcel de este mundo para visitarme y consolarme. Bien has hecho en venir ahora, y has obrado muy sábia y dulcemente apareciendo de tal modo. Tomaste la forma de hermosísimo Niño, vistiéndote de la naturaleza humana, que en la divina, permaneciendo puro y simple, sin figura alguna, excedes á toda inteligencia. Pero yo rudo, no pude comprender tal sustancia, que supera á toda forma; y por eso, descendiendo á mí, uniste á tí mi naturaleza, ostentando la forma conocida de hombre; para que así, por la propincuidad de la naturaleza, manifestases mayor afecto; y por el aspecto visible de hombre llevases de la mano hasta la sustancia invisible de la Deidad.

3. ¡Oh dulcísima Sabiduría de Dios encarnada, cuán dulce y sabiamente me atraes con tu amable infancia! Vuelve ahora tu rostro hácia mí, buen Jesús, y no quieras excluirme del número de tus siervos; sino muéstrame tu dulce aspecto; para que viéndote se alegre mi corazon, y sienta desde

entonces nuevo gozo. ¡Oh feliz hora, cuando me miras con los ojos de tu piedad, y me concedes la gracia deseada! Porque esto es señal de clemencia; esto me presta confianza y consuelo. Esto tambien convida á llegarse para besar tus piés, tus manos y tu bendita boca. ¡Oh sagrados, y dignísimos de todo abrazo, pequeñitos y tiernos piés de mi Señor Jesucristo, oprimidos en la estrechura de un pe-sebre; que áun andareis por mí y con frecuencia os cansareis! ¡Ay! que padeceis no poco frio, porque acaso no teneis una manta para abrigaros, ni fuego para calentaros! Estos son los tierne-citos y amados piés de mi Señor y Salvador, que todavía han de ser taladrados con agudos clavos en la Cruz. Y entonces sereis fieramente desangrados, que ahora sufrís pacientemente el rigor del hielo. Estos son los piés muy derechos para evangelizar la paz, dis-puestos á pisar el camino áspero, y destinados para mostrar al mundo la senda de la eterna salud. Estos son los piés de la misericordia y la justicia, ante los cuales se postrarán los Etiópes, huirán los demonios y adorarán los Reyes y Prín-cipes. Entonces se le acercarán los pecadores ha-ciendo penitencia, y besándolos tiernamente, conse-guirán el perdon y la gracia.

4. ¡Oh amable Niño! no solamente los piés, sino tambien las manos y la cabeza, y los demás miembros, dame para besarlos, bendecirlos y alabarlos. ¡Oh hermosísimas y purísimas manos, verdaderamente torneadas, que nada tienen de grande ó diminuto! Estas, Señor, son tus manos,

que me hicieron y me formaron; y ahora han venido á repararme. Estas me ayudaron á obrar fielmente, y me fortalecieron con vigor contra varias tentaciones. Estas me sostendrán en el bien, para que no caiga, y me levantarán del mal, para que no desespere. Estas bendecirán á los niños, y darán la salud á muchos enfermos. Estas pelearán contra el diablo, y reducirán á la nada todo su poder. Estas, despues de algunos años, serán clavadas en la Cruz, y entonces arrojarán copiosos arroyos de sangre. Estas, cuando estén extendidas en la Cruz, pedirán por mí, y taladradas, me alcanzarán el perdon de los pecados. Estas abrirán las puertas del Paraiso, romperán los cerrojos del infierno, y serán libertados de allí sus cautivos. Estas se manifestarán con sus cicatrices á los hombres en el juicio; y demostrarán claramente todo lo que Dios hizo y padeció por la salud de ellos. *Esté esta izquierda debajo de mi cabeza, y esta derecha me abraze.* ¡Oh, si yo mereciese tanto bien, cuán feliz y dichoso seria!

5. Desde ahora ya me atreveré á llegar más confiado al beso de la boca, y con la osadía de la caridad imprimir mis labios en tus santos labios. Pues si aterra la grandeza de la Divinidad, sin embargo, convida en gran manera la semejanza de la humanidad, y la admirable dulzura del pequeño Infante. ¡Oh sagrada y pura boca de mi Señor, llena de sabiduría y de gracia! Tú me enseñarás los caminos de la vida. Tú me llenarás de júbilo. Tú me has de consolar con santas palabras. Porque si algunas veces agrada la conversacion del hombre

docto, ¿cuánto más gustará la palabra de gracia de tu boca? ¡Oh melíflua boca de mi Señor! cuán hermosos son tus labios, cuán blancos tus dientes, cuán suavemente destilarán tus palabras. Pues esta boca del Señor hablará juicio y justicia; herirá con sus labios al impío, y quebrantará á los malvados de la tierra. Explicará los secretos de las Escrituras, y declarará los misterios celestiales. Manifestará los designios de los corazones, y destruirá la sabiduría y los consejos de los hombres. En tu presencia callarán las islas, y se admirarán los Reyes y Príncipes de la tierra. Se convertirán los nobles y plebeyos, y los sábios se impondrán silencio. Porque en hablando Dios, enmudecerá la tierra y el orbe; y todo el poder de los cielos obedecerá al imperio de tu boca.

6. ¡Oh preciosa y áurea boca del Santo de los Santos! ¿quién será digno de besarte siquiera una vez, ó de tocar el vértice de tu cabeza? Sin duda el alma pura y santa que dice: *Bésame él con el beso de su boca.* La que ama, pide el ósculo; mas la que teme, recela llegar. Nada reconcilia de tal modo, nada aplaca á Dios tanto, como el puro amor de Dios, y el desprecio de sí mismo. Ruégote, amable Infante, dulcísimo Jesús, chiquito y grande Niño, hagas con tu siervo esta gran misericordia; que con humilde dignacion me permitas tocarte, abrazarte y besarte con ósculos de amor, mientras que eres párvulo, y yaces en el pesebre. Porque así eres más dulcemente amado, más estimadamente poseído, más ligeramente llevado y ménos temido. Pero

hombre hecho, no es lícito ya tratarte así, sino que se ha de proceder con más gravedad. *Todas las cosas tienen su tiempo.* Ahora es el tiempo de abrazar; despues será el tiempo de gemir; cuando por beso de boca, se te dará bebida de amarguísima hiel. Ahora sabe mejor el gozo de tu Natividad; mas despues, cuando desnudo seas extendido en la Cruz, se sentirá mayor dolor de compasion, que ahora al verte ceñido con fajas y puesto en un pesebre.

7. Dame, pues, amantísimo Niño, el beso de tu caridad, y recibe el obsequio de mi humildad. Mira mi deseo, y dame el sagrado beso de tu boca; y sea esto para mí una señal de paz, y un vínculo indisoluble de mútua dileccion. Sé y creo, que tu tacto sana, tu abrazo une, y tu beso imprime amor. Al que tocas interiormente, lo sanas del afecto carnal; al que tú abrazas, lo unes íntimamente á tí; y al que dulcemente besas, lo haces encendido en tu amor. Ahora dime lo que te parece, y hazme experimentar lo que se ha dicho: *Recibe* (dice este Niño) *y entiende el misterio, porque no lo sabe ninguno, sino aquel que lo recibe:* nadie lo recibe, sino el que haya aprendido á andar en espíritu. Entonces te beso, cuando te infundo el don de mi amor. Entonces te abrazo cuando atraigo á mí todas las afecciones de tu corazon; de tal manera, que nada haya en las criaturas que te pueda seducir, ó halagar. Mas entonces tú me besas, cuando te compunges con sincero amor, y no buscas consuelo de criatura alguna. Besas mis piés, si sigues las huellas de mi humildad, más por amor, que por temor. Besas mis manos, si

todas las buenas obras que has hecho, ó has de hacer, las atribuyes enteramente, no á tí, sino á mí. Y entonces me abrazas, cuando sientes que estás unido á mí con íntimo afecto del corazón, y tan ardientemente te estrecha, que quieres ser todo mío, y no conservas nada de amor propio. Entonces podrás decir con la Esposa de los Cantares: *Mi amado es para mí y yo para él, que apacienta entre los lirios.* Si de grado te negaras á tí mismo y menospreciaras todo lo terreno, yo te recibiría por familiar amigo, y re haría rico en virtudes. Porque aquel que estuviese del todo consagrado y entregado á mí, yo á mi vez estaré para él todo enteramente manifiesto. Pues por eso soy Dios hombre encarnado, para que el hombre fuese en mí perpetuamente feliz. Me entregué enteramente al hombre, para que el hombre se diese del todo á mí. Porque *mis delicias son estar con los hijos de los hombres,* á los que vine para dar también el Reino de los cielos; y por el menosprecio del mundo llevarlos al eterno consorcio de los Ángeles.

---

## DISCURSO X.

A la Beatísima Virgen, para que nos muestre á Jesús su Hijo.

1. *Mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador.* Regocíjate hoy, Santa María, produciendo los gozos de la nueva salud. Regocíjate, Madre intacta, que para tí se reserva la florida gloria de la virginidad. Regocíjate, Vírgen recién parida, porque eres libre de la maldición y del oprobio de las demás mujeres. Con razon puedes regocijarte en Jesús tu Salvador; porque al que no cabe en los Cielos, tú lo sustentas en tu regazo, y con tus santas manos lo colocas en el pesebre. Dignamente adoras nacido de tí en el tiempo, al que además de tí, sabes que tiene á Dios por Padre. Con razon se regocija tu espíritu en él sobre todas las cosas, con cuya gracia has sido hecha tan sublime y celestial. Alábate el cielo y la tierra, y todo su ornato te dé acciones de gracias. Alábetes el alma mia, Señora amadísima; y todas mis entrañas salten de alegría delante de tí con suma reverencia. No puede la lengua publicar tus alabanzas; ni el entendimiento meditar tus grandezas. Por eso me inclino á tí con grande humildad, sagrada Madre de Dios, Ma-

ría. Recibe mis votos, y con piadoso afecto atiende á los deseos de mi corazon.

2. Procura el alma mia ver á Jesús, porque sé que él es mi bien. Muéstrame el tesoro escondido, que tienes en tu poder guardado. Yo creo que Jesucristo es Hijo Unigénito de Dios, y Primogénito de tu fecunda Virginitad. A él lo confieso mi Dios, mi Criador y Redentor, nacido hoy por mi salud. A este mismo procuro por tu mediacion ver, y devotamente adorar. Tú lo envolviste en pañales, y por eso no puede ser visto fácilmente, ni conocido por los extraños. Porque á no ser que tú, Madre Santa, tengas á bien manifestarlo, ¿quién será digno de mirar? Pues por tí tenemos entrada al Hijo, y por el Hijo al Padre. Muéstramelo, pues, á mí, y me basta para lo primero. No pido ni busco otra consolacion sino á Jesús tu Hijo, mi especial refugio, y tu singular contento. Mi Señora Santa María, deseo con grande anhelo ver á Jesús, al que sé que tú tambien amas entre todas y sobre todas las cosas. Mi corazon desea á Jesús, mi afecto clama en pos de Jesús. Si quieres, dice, ver á Jesús, entonces conviene que tengas los ojos puros y claros. Si quieres ver á Jesús, es menester que procures conducirte en todas las cosas devota y humildemente. Si quieres ver á Jesús, debes dejar las cosas terrenas, y despreciarte á tí mismo. Oh dilectísima María, me reconozco demasiado impuro, y sobre manera indigno de ver á tu Hijo. Pero con todo, no quiero descansar, si no es que primero lo vea. No puedo callar enteramente, sino que el excesivo

afecto me obliga á ser porfiado. Yo sé que él quiere ser rogado con instancia, y tú quieres con gusto auxiliar al que ora, por eso no debo fácilmente cesar de pedir.

3. Jesús, Hijo de Dios, ruégote que te apiades de mí: muéstrate al alma que te busca, y desea con ánsia ver tu rostro. ¿Por qué quisiste venir al mundo si no quieres ser visto de los hombres? ¿Por qué te dignaste nacer, si no quisieras también ser conocido? ¿Y por qué elegiste ser puesto aquí (en un pesebre) sino para que pudieses mejor ser hallado, y más claramente visto y poseído? Yo no pude subir al cielo hasta tí para verte; y por eso tú bajaste al mundo hasta mí, para tenerte en mi presencia. No quieras, pues, negarte á mi deseo, porque de otro modo me obligas á llorar. Si no quieres ser visto, ¿por qué te manifestaste á los pastores? Y así ellos vinieron apresurados y te vieron. Si quieres ocultarte, ¿por qué llamaste á los Magos del Oriente guiándolos una estrella á tu pesebre? Pues en verdad quieres ser visto, porque haces que muchos te busquen. Pues yo también quiero verte. Y aunque no soy Pastor ó Rey; sin embargo soy uno que de buena gana fuera de tus ovejas, y desea ser conducido por sus Prelados. Porque si no te viere, no descansaré; y mientras no te posea no callaré. Concédeme, pues, la gracia de verte, y me verás callar en paz. Porque tú eres aquel amado, á quien deseo ver. Yo no procuro mirar el cielo, la tierra, el mar y las cosas que hay en ellos, á fin de que pueda yo verte á tí siquiera una vez. Todas

las cosas son para mí estrechas y pequeñas en comparación de tí, hasta que te merezca ver y gozar. Una vez hablo; pero siempre observo. Poco ruego; pero deseo que sea á lo alto. Pues ahora satisfaz mi deseo, y lléname de alegría con tu rostro. Si esto me niegas, sabe que me contristas no poco. Y si tú me afliges, ¿quién habrá que me consuele? ¿Acaso no he venido para ser consolado por tí, para verte y alegrarme mucho con tu vista?

4. Ven, dice, buen deseador, ven y verás. Yo soy Jesús á quien tu buscas. Pues si me buscas á mí, deja ir á todo lo demás. Aplica tu corazón y verás á tu Señor. Mira en espíritu, al modo que en otro tiempo vieron los Santos Profetas, los cuales iluminados por la fé, predijeron que yo naceria de una Vírgen. Pues aquí se exige el ojo del corazón, y tal ojo me contempla; pero el ojo del cuerpo, además de no ser aquí necesario, es muchas veces nocivo. Porque el que cree en mí, me vé, y el que me ama, me posee. Pues creyendo me verás, y amando me poseerás. Mira, pues, ahora diligentemente y considera, y se consolará tu alma. Mira mi humildad y mi pobreza, y hallarás gran edificacion. Mira todas las cosas que están junto á mí, y no encontrarás ninguna curiosa. Mira cómo siendo yo rico y opulento, por tí me hice pobre y necesitado. Mira cómo vivo sobre la tierra á la manera de peregrino, que nací, no en propia casa, sino en un establo. Mira bien todo esto.

5. ¡Oh!, Señor mio Jesús, por eso tambien se compadece de tí mi alma, en vista de tu pobreza,

y mi conciencia se arguye bastante sobre mi impaciencia y superfluidad. Si de este modo es tu principio, ¿cuál será todavía el fin? Mas porque has venido á padecer, has elegido la pobreza y abyección, en lugar de las riquezas y los honores. Mira tambien mis manos y piés, porque estoy ligado como hombre débil, que está bajo el cuidado de la madre, y que llora como uno de los hijos de los hombres. ¿Cómo puedes reir tú, que contemplas á Dios llorando por tí? Mira mi rostro hermoso, alegre y gracioso, que puede ahuyentar toda tristeza y turbacion. No quieras, sin embargo, considerar tan sólo esta hermosura exterior, que puede ser vista igualmente de los buenos y malos, y que aún ha de ser deshecha por los enemigos; sino dirige la vista del corazon á la interior y permanente hermosura. Mira, pues, qué caridad tuve contigo, que por tí quise hacerme hombre mortal. Mira mi sabiduría que observé; porque tomé la naturaleza sin vicio, y sufrí la pena sin culpa. Mira la plenitud de gracia que traje al mundo, y la sobreadmirable luz que deseé infundir en todos los creyentes. Ninguno de los Santos ó de los hombres tuvo tanto deseo de mi Encarnacion, como tuve yo de encarnar por su salud. Porque luego que llegó el tiempo preordinado, anunciando el Ángel, y María dando su consentimiento, sin tardanza fuí concebido Dios hombre. Mira, pues, mi inestimable caridad, porque todo me inflamé por la salud y redencion del hombre y nada útil ó necesario pude negarte á tí.

6. ¡Oh, si vieses ahora mi ardentísimo Co-

razon, y experimentases, siquiera un poco, aquel divino amor que te profeso! nunca me dejarias de amar y alabar; nunca ponderarias tu trabajo ó dolor. Contempla con los ojos interiores de la fé á la humana y divina naturaleza subsistir en una sola persona divina, y permanecer inseparablemente esta excelentísima union; y considera en ambas naturalezas todo cuanto te agrade y sea posible. Porque en mí están escondidos todos los tesoros de la sabiduría de Dios; y fuera de mí no hay salud para ninguno que vive, ni esperanza de vida eterna para el que muere. Estén, pues, siempre tus ojos fijos en mí, y tu corazon permanezca conmigo, y descansará en mí, sobre todas las cosas apetecibles. Porque yo soy el Señor tu Dios, que te crié y tomé tu naturaleza para atraerte á mí. Ven confiadamente á mí; soy tu hermano, y aún estoy dispuesto á morir por tí. ¿Por qué te detienes? Llégate, apresúrate, y da de mano á todas las cosas extrañas que te puedan estorbar. Si así lo hicieres, hallarás á tu amado, en quien te regocijarás felicísimamente, y llevarás con más facilidad todo lo adverso. Guárdate sobre todo, no entre en tu corazon alguna cosa frívola ó deleznable, que te dañe, ó te perturbe, ó te ocupe vanamente, ú oscurezca el interior. Entre nosotros dos nada se ha de interponer que impida la union, ó disminuya la caridad, ó quite la libertad, ó manche la limpieza, ó estorbe el retiro del corazon. Y quien consigue esto, que nada piensa le satisface sino el sumo bien, que soy yo, de quien procede todo bien, y en quien

están todos los bienes en el cielo y en la tierra, en el mar y en todos los abismos; que ante todas y sobre todas las cosas, únicamente á mí me busca, y siempre me lleva en la memoria; que se menosprecia por mí, y me ama puramente por mí: este me puede contemplar y alabar, y regocijarse con María en el Espíritu Santo, ahora y eternamente. Amen.

---

## DISCURSO XI.

---

De la pérdida y hallazgo de Jesús en el templo.

1. *Se quedó el Niño Jesús en Jerusalem, sin que sus Padres lo advirtiesen.* Has oído, alma fiel, que pocos días há, el amabilísimo Jesús se manifestó á los pastores y Reyes, y cuánta alegría tuvieron entonces sus Padres; mas tambien á tí no te causó poco gozo al oír tantos bienes. Pero, ¡ay! que hoy ha ocurrido un hecho sobremanera infausto y doloroso, que con razon conmueve los corazones, y llena de estupor á cuantos le oyen. Porque se refiere que el amado Jesús se perdió á sus Padres, y en el tiempo que, ¡oh dolor!, con motivo de la festividad

subieron sus Padres al templo. ¡Oh súbita mutacion de la diestra del Altísimo! Porque si Jesús se ha perdido, ¿qué alegría podrá haber ya en el corazon del hombre? Pues en verdad, quien perdió á Jesús, perdió más que el universo mundo. ¿Acaso no hubiera sido mejor haber permanecido en casa, que haber perdido á Jesús en el camino? ¡Oh!, ¿Qué festividad es esta, á la que anubla tanta desdicha? Porque no hay mayor pesadumbre, que decir haberse perdido la alegría de los tristes. Ningun devoto dudará que María fuese contristada sobre manera en esta pérdida de su Hijo. ¿Por ventura, no le hubiera ocultado gustosamente en Nazareth más bien que presentarlo hoy en Jerusalem? Pero quiso la Santa Madre observar la práctica de la sagrada ley, y dar á todos ejemplo de perfecta obediencia. Por eso dejó su casa y ciudad, y visitó el templo de Dios con su Hijo y José. Mas para la manifestacion de su paciencia, y para nuestro gran provecho, Dios permitió llegase á suceder, que María perdiese á su Hijo, y con dolor le buscase perdido; y despues de tres dias lo encontrase en el santo templo, y más alegre volviese consigo el tesoro hallado.

2. Mas, oh buenos Padres, ¿cómo pudo suceder, que permitiéseis se alejase de vuestro lado tan amado Niño? ¿Dónde estaban vuestros ojos cuando no estaban fijos en Jesús? ¿Cómo os excusaré de negligencia tanta? ¿Acaso perdisteis justamente al que guardásteis con ménos cuidado? Pero además, ¿cómo me atreveré á reprender en

nada á los que conocí ser Santos y devotísimos en todas las cosas? ¿Y cómo se determinaba tambien este buen Niño á ir á parte alguna, sin vuestro mandamiento y licencia? ¿Por ventura, no parece que dió á vosotros motivo de gran tristeza, cuando se ausentó por tanto tiempo de vuestra presencia? ¿Acaso le fué permitido hacer todo lo que quiso porque lo trató con Dios? Me agrada que lo haya querido así; porque es Dios á quien nadie puede contrariar. Porque no pudo la eterna sabiduría del Padre hacer algo neciamente, que gobierna el orbe de la tierra en equidad. Pues hizo bien todas las cosas, no sólo manifestando su presencia á los amigos, sino tambien alguna vez por ciertas causas, ocultando su rostro á sus amados.

3. Subió, pues, Jesús á la solemnidad de la fiesta legal, no para santificarse segun la ley, ó purificar la conciencia con súplicas, el que habia nacido Santo; sino para impetrarnos el perdon, y enseñar que la iglesia ha de ser frecuentada con el fin de alcanzar los dones celestiales. Entró en el templo para oír á los maestros y doctores, el que fué Maestro y Señor de todos; para que aprendan los niños y jóvenes desde la primera edad á seguir las letras, frecuentar las escuelas, aplicarse á la doctrina, prestar atencion á los maestros; no vagar por calles y plazas, ni ocuparse en juegos vanos. Porque hermosea mucho á la edad juvenil el deseo de aprender las artes, con lo cual se ayuda el entendimiento para perfeccionarse en las Escrituras divinas; á fin de que por este medio sea Dios

más amado, se oiga con más frecuencia la palabra de Dios, se exponga por los doctores con más claridad, y se consigne con más firmeza en los libros para la buena memoria. Dió, pues, Jesús ejemplo á los niños y ancianos para proseguir el estudio de la sana sabiduría; á fin de que nadie emperezca con el ócio, ni se ocupe en cosas vanas; sino que los niños oigan humildemente á sus maestros, investiguen con diligencia y aprendan con toda disciplina. Mas los ancianos enseñen con prudencia segun la gracia que se les ha dado, y la capacidad de los jóvenes, y trasmitan fielmente las reglas de fé dadas por los Santos Apóstoles y Profetas; á fin de que todos los que oyen la enseñanza, reconozcan á Jesús sentado en medio de los doctores, y siempre adelanten en lo mejor, y juntamente alaben á Dios con devocion, que tal gracia concedió á los doctores. Y como los maestros aventajan á los demás en doctrina y sabiduría, así deben ir delante de todos con el mérito de la vida y la disciplina de las costumbres. Procuren, pues, los doctos, igualmente que los indoctos, imitar tantos ejemplos de santa humildad y obediencia de Jesucristo, y sujetarse á la divina voluntad. Pues de ambas cosas dió ejemplo en sí mismo Cristo, Niño de doce años, y Doctor celestial, miéntras que á la manera de párvulo escuchó á los maestros y con reverencia inclinó la cabeza; y reprendido benignísimamente por la beatísima Madre, al punto sujetóse gustosamente á sus Padres y se fué con ellos. Como afable en las costumbres, así tambien

fué sumiso á las leyes, tanto divinas como humanas, segun convenia y era justo, en lo que habia de hacer ú omitir.

4. Ojalá, Señor mio Jesús, que me concedas considerar con más cuidado la historia de este hecho tuyo. Porque siento representarse frecuentemente en mi espíritu, lo que viviendo en carne mortal hiciste una vez con tu Madre, cuando te perdió y te volvió á encontrar. ¡Oh!, cuántas veces te pierdo por exigirlo mis pecados! cuán triste ando, cuando hubiere sido desamparado de tu gracia, y abandonado sin consuelo á mi propia indigencia! ¿Qué extraño es si entonces padezco, y exhalo tristes gemidos, privado de tu saludable dulzura, y casi destituido de toda esperanza de recuperar la suavidad? ¡Oh cuán larga espera y molesta hora me parece aquella en que carezco de la consolacion divina! porque está ausente el amado Jesús mi Consolador, y no sé cuándo haya de volver de nuevo. ¿Qué haré? ¿O dónde iré á buscar á Jesús á quien ama mi alma? ¿Dónde está ahora aquel que acostumbra alegrarme con gran gozo? Sé muy bien, que si él quisiere ocultarse, nadie le hallará, nadie le tocará, nadie le asirá, porque todavía no ha llegado su hora. Y si se digna manifestarse, al punto déjase ver en la entrada, se introduce cerradas las puertas, visita la casa del alma, y se hace ver con indicios tan ciertos, que no es necesario preguntarle: *¿Tú quién eres?* porque el fuego del amor infundido en el corazon, declara que vino Jesús, y él hizo todo esto. En este artículo de prueba, mu-

chas veces me conturbo y aflijo en mí mismo, y me admiro bastante, Jesús dulcísimo, acerca de tu oculta dispensacion. ¿Por qué, pregunto, me pruebas así en el combate, tantas veces y de improviso, siendo tú, sin embargo, todo suave y sin amargura? Los experimentados han conocido lo que he dicho: experimentará y en breve, cualquiera que desee ser tu discípulo. Esto no procede de engaño, ni de ignorancia; sino de buen celo por nuestro oculto provecho. Y por eso lo que no comprendo perfectamente, todo lo remito más bien á tu sabiduría, que nada hace sin verdadera razon, aunque la causa sea para mí desconocida. Tengo, sin embargo, en este particular, no pequeño consuelo para mi miseria; porque tambien mi dulce Señora María, perdió en un tiempo á Jesús, y se dolió en gran manera de haber perdido al Hijo: y no se contentaba con volver á la casa, mientras no encontrase á su singular gozo, Jesús. Al que no habiendo hallado donde pensaba, lo encontró donde no conjeturaba. Porque si hubiera sabido que él estaba sentado entre los doctores, con tanta admiracion de todos, se hubiera dolido ménos de tal suceso, ó se hubiera congratulado de acto tan solemne, en las respuestas de su benditísimo Hijo. Por lo tanto, no siempre se halla Jesús allí donde se busca. Sino que con frecuencia permanece donde ménos se imagina.

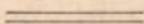
5. Nadie, pues, presuma de sí mismo, que él sólo tenga á Jesús. Nadie menosprecie á otro, porque ignora cuánto agrade alguno á Dios en secreto, aunque se oculte á los hombres, y parezca abatido

de dolor. Porque tambien el mismo Jesús era entonces desconocido para muchos, y cuál y cuánto fuese, á pocos se les habia dado á entender. A quien queria se presentaba, y cuando queria se ocultaba; porque todo lo hacia distributiva y útilmente. Pues cuando yo perdiere á Jesús, no será esto nuevo ni maravilloso; siento, no obstante, que esto ha de ser para mí nocivo, y muy doloroso para mi corazon. Mas confiésome culpado y digno de graves castigos, porque no guardé bien mi corazon: sino que anduve muy tibio y negligente. Por eso perdí la gracia de Jesús, y no sé quién me la restituya, á no ser que él se digne otra vez tener piedad de este su pobre. Socorre esta mi desdicha, clementísima Madre de Dios; ven, Señora mia; déjate ver, amadísima Virgen María, puerta de la vida, muéstrate ahora. Consuelo busco, auxilio te pido. Tú has conocido mejor cuán doloroso sea haber perdido á Jesús, y cuánta alegría haberle hallado. Si á tí, oh Beatísima Virgen, sucedió así, que fuiste sin culpa, ¿qué se ha de admirar si á mí pecador no me asiste su gracia segun mi deseo? ¿Qué haré, pues, para encontrarle de nuevo? Porque si hay alguna esperanza de hallarlo, será ciertamente por tu consejo; tambien se hará por tus méritos, que eres la más próxima y amada de todas las criaturas. Enseña, pues, el modo de recuperar al amado, y acompáñame hasta que lo encuentre. Al cual en viéndole y hallándole, cantaré gozoso contigo: *Dadme todos el parabien, porque he hallado al que ama mi alma*: él es, pues, á quien tú pariste, castísima Virgen María.

6. A esto dice ella: Oye un buen consejo, imita mi ejemplo y se consolará tu alma. Si alguna vez perdieres á Jesús, no desconfies, ni te turbes demasiado: no empereces, ni dejes de orar, no quieras volver á las consolaciones terrenas; sino busca el retiro, láméntate á tí mismo, y en el templo de tu corazon hallarás á Jesús, que perdiste por tus pecados, deleitándote en cosas vanas. Porque no se halla Jesús en las plazas de la ciudad, ni en la junta de los que juegan, ni en la tierra de los que viven deliciosamente; sino en la congregacion de los justos, y en la Iglesia de los Santos.

7. Con gemido se ha de buscar, al que se perdió por la disipacion. Con gran cautela se ha de conservar, al que se huyó por descuido. Con temor y reverencia se ha de suplicar, al que detesta los perezosos é ingratos. Con suma humildad se ha de llamar, al que se ahuyentó por la soberbia. Con frecuente y atenta oracion se ha de aplacar, al que no oye el susurro de la plegaria, por la disipacion del espíritu. Con grande accion de gracias se ha de alabar, al que está dispuesto á conceder su gracia. Con ardentísimo amor se ha de abrazar, al que á todos perdona, de todos se compadece, de balde reparte con abundancia sus dones y á nadie que le busca se demuestra que haya faltado. Porque si alguna vez tarda, sin embargo, no abandona al que persevera en la oracion; sino que mientras no lo conoce, lo vuelve á visitar, lo ilumina más claramente y enseña con más cuidado á no presumir de sí en nada; sino á confiar en él humilde y devotamente. Pues si

consideras bien esto, pronto aplacarás á Jesús, hallarás á Jesús en Jerusalem; porque en la paz está hecho su asiento. Jesús en el templo de tu corazón predicará las sagradas palabras de su boca. Jesús estando contigo todo el día, morará como en su tálamo. Jesús te enseñará todas las cosas que son de salud. De quien es ciertamente todo lo que hay de gracia y de virtud en los Angeles y en los hombres, y también cuanto bueno brilla en las criaturas. Jesús, pues, siempre ha de ser invocado, siempre buscado, siempre deseado, siempre recordado, siempre alabado, siempre venerado, siempre amado, y en nada ofendido; sino con toda santidad y pureza honrado y adorado, que es sobre todas las cosas Dios bendito en los siglos. Amen.



## DISCURSO XII.



De cuatro modos de ver á Jesús, según el afecto de la devoción.

1. *Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis.* Esta dulce palabra de mi Señor Jesucristo, se ha de traer frecuentemente á la memoria;

á él se han de levantar en espíritu los ojos interiores del alma, en quien desean mirar los Ángeles. Porque su vision alegra sobre todas las cosas; su fruicion llena todo el deseo del alma; su rostro beatifica en el cielo á todos los Santos. Mas ¿qué harán los que todavía peregrinan en la tierra, y no pueden gozar de la gloria de la eterna claridad? Lo verán; pero no ahora. Lo verán de lejos; pero aún no de cerca. Porque lo ven ahora por fé; pero todavía no por vision. Ven tambien ahora como por espejo y en enigma; pero entonces cara á cara. Ven ahora apresuradamente; pero entonces de continuo. Ven ahora imperfecta y oscuramente; pero entonces con evidencia y claridad. Ven ahora en verdad, porque creen firme y rectamente; pero entonces la palabra sin velo y todas las cosas con perfeccion. Bienaventurados, pues, estos ojos, que ahora ven á Jesús con la luz de la fé, para que despues lo vean en su reino con los Angeles de Dios. Mas la morada de estos está en los cielos segun el espíritu, aunque en el cuerpo sean detenidos todavía en la tierra.

2. Mas ahora dime, alma devota y fiel, que amas á Cristo con todo el afecto del corazon, y procuras seguir sus pisadas; dime, te ruego, si se te diese á elegir, y fuese posible, ¿en qué forma quisieras y desearas ver á Jesús? ¿Qué te agradaría más, si te fuere dado verlo, acaso reclinado en el pesebre, ó sentado en medio de los doctores, ó predicando á los pueblos ó tambien pendiente de la Cruz? ¿Cuál de estos misterios te gusta más? ¿cuál

te sabe más dulcemente? ¿cuál conmueve más? No quiero, dice, elegir en esta parte; no quiero que sea de mi potestad; no quiero seguir mi inclinacion, ni guiarme por mi gusto; sino que quiero de todos modos contentarme con el beneplácito de mi Señor Jesucristo, que sabe escudriñar é invisiblemente penetrar los secretos de mi corazon; para que él sea para mí todo en todas las cosas, segun lo exige mi fragilidad. Haga libremente lo que más le agrade; cual quisiere él mostrarse, tal se me presente, porque todo cuanto él hiciere, me será grato. Todo él es para mí en particular cuando bien lo reflexiono, y ninguna diversidad de forma ó edad podrá alterar la fé de la verdad; porque Cristo no está dividido, y en todos estos modos debe ser adorado en verdad. Porque juzgo que ha de ser cosa muy segura para mí haber de estar á su arbitrio, sin mi voluntad. Tengo sin embargo, un continuo y ardiente deseo de contemplarlo amablemente. Grande en verdad y precioso donativo de su gracia, si me concediese observar á lo ménos uno de estos misterios que he pedido. El que más me agrada de todos es su querer y no querer, para que se haga en mí segun su palabra, en todo asunto agradable ó triste sin culpa. Tan solamente él quiera y se me declare á sí mismo, no pondré obstáculo por la cualidad de la forma humana, con tal que me sea permitido contemplarlo en la Deidad. Mas porque este modo de mirar es muy alto y propio de los bienaventurados, me contentaré mientras tanto con la costumbre de todos los fieles, si yo me-

reciera ver á Jesús, en la forma de la humanidad, segun que algunas veces se manifestó á algunos devotos, en retirada vision. Por lo cual si se mostrare chiquito reclinado en el pesebre, adoraré absolutamente á Dios Niño en carne, anonadado por mí. Le alabaré y me congratularé por el don de tanta piedad, y de su pequeñez, no oido desde los siglos, lleno de tanta dulzura y gozo. Porque ¿á quién no deleitaria ver á tan gracioso Infantito, celebrado con Angélicas alabanzas; abrazar á tan Santo y pequeñito Niño, puro de todo contagio, visitado por los santos pastores, y adorado con veneracion por los nobilísimos Magos? Hé aquí que esto sabe con más suavidad, y excita con más ternura. Esto informa con más amor mis primeros principios, que sus demás acciones y prodigios, con los que se mostró al mundo verdadero Dios y hombre, llorando en un humilde pesebre. Para la contemplacion de este género se requiere ojo limpio, alma humilde, fé constante, conciencia pura, para que sea visto el Dios de la gloria en frágil carne, y el Criador del cielo y tierra en forma de siervo.

3. ¡Pero qué, la Sabiduría del Padre en medio de los doctores, oyéndolos, y respondiendo á sus preguntas! Ciertamente agrada mirar al hermosísimo Jovencito, á la edad de doce años, floreciendo en toda honestidad de costumbres, sin mancha alguna desde la planta del pié hasta la coronilla; que ya puede hablar perfectamente y dar respuestas, y descubrir señales de bondad natural, de tal modo que los ojos de todos estuviesen fijos en

él por la súbita admiracion; y todos buscaban su presencia para ser recreados con sus dulces palabras. Por eso yo tambien con un poquito de más curiosidad, quiero acercarme á la presencia de Jesús, y escuchar las palabras de sabiduría que salen de su boca, y son de gran edificacion.

4. Hé aquí que se sienta en medio de los doctores el Niño Jesús, el Señor de los Ángeles. Oye á los maestros en la tierra, el que enseña á los Ángeles en el cielo. Pregunta á los ancianos, para que aprendan todos los jóvenes á respetar á los mayores, y callar en su presencia. Así es que está con mucho recato, permanece sentado tranquilamente, calla con modestia. Cuando es preguntado, responde con discrecion, sin mostrar nada de ligereza en sus acciones ni en sus palabras. Y entre los sábios representa en los años de la puericia la imagen de la perfecta madurez. Si álguien recorriese toda Jerusalem, ¿piensas que podría encontrar un niño igual, tan hermoso y sábio? De ningun modo. Pero ni en todos los confines de Israel, otro semejante, aunque se presentasen Salomon y todos los hijos de los Reyes. En verdad que no hay otro como él, ni en el cielo, ni en la tierra, ni en todos los legisladores y maestros. Por lo cual no era de admirar si María se dolió mucho cuando perdió tan amado Hijo, más hermoso que todos los hijos de los hombres. Porque su rostro era sereno con maravillosa alegría, sus ojos claros, sus labios puros, su habla dulce, su respuesta llena de sabiduría. Mientras calla, edifica; cuando responde instruye;

ejemplo de virtud es todo cuanto hace ó dice. Si tan dulces frutos produce en la flor, ¿cuántos producirá en la abundancia de la cosecha?

5. ¡Oh cuán deleitable es para el alma amante contemplar á Jesús Nazareno, al varon aprobado por Dios, que brilló en el pueblo con milagros y maravillas, y que predicó á los discípulos palabras de vida, más dulces que la miel y el panal! Si á mí se me concediese por un sólo dia morar en el mundo con mi Señor, me juzgaria feliz, y nunca deberia olvidarme de este dia, por la sublime doctrina y humilde trato del Hijo de Dios con los hijos de los hombres. Que no rehusó comunicar con los pobres ó débiles, sino que tambien solia comer con los publicanos y pecadores. ¡Oh!, cuánto delira el que áun por breve momento aparta los ojos del corazon de este santísimo ejemplar que brilla en el mundo! Se ha de pensar que mucho tiempo permanecerá ignorante y necio el que no conforma su vida con la humildad del humilde Dios. Muy bien pensó y escribió el gran Pablo iluminado por Dios, diciendo: *Para mí el vivir es Cristo, y el morir ganancia.* Así pues, mis ojos siempre fijos en Jesucristo mi Señor, porque él es mi norma y mi sabiduría. Porque en él resplandece la perfeccion de todas las virtudes, como en un purísimo espejo: y no se puede hallar, saber ni contemplar en ningun libro ni ciencia, cosa mejor ni más perfecta, que en este libro de vida y luz verdadera que ilumina á todo hombre, y principalmente á los pobres de espíritu, inflama en su amor.

6. Mas sobre todos los preciosos unguentos, despide suavísimo olor la Pasion de mi Señor Jesucristo, que contiene en breve suma el conjunto de todas las gracias. Por eso me deleita mucho ver á Jesús pendiente en la cruz, y mostrándome las sacrosantas llagas de su cuerpo, amoratadas en verdad por el dolor; pero resplandecientes por el amor, y más conmovedoras que todos los hechos; de tal manera, que fuera de Jesucristo y este crucificado, nada le agrada á mi espíritu meditar, ni leer, ni hablar, ni oír. Esta gracia me conceda y aumente el Señor, que no niega la misericordia á los pecadores, y escucha y favorece benignamente los deseos de los devotos; para que nunca se vaya de mi memoria la sacratísima Pasion de mi Señor Jesucristo; sino que el dolor y el amor del amantísimo Crucificado hieran y penetren mi corazon, y firmísimamente lo unan y lo enciendan; á fin de que todo el mundo sea despreciable para mí, y sólo Jesús Crucificado me guste sobre todas las cosas, y me introduzca en los íntimos secretos de su Pasion, más secreta y frecuentemente.

7. Puede tambien el amado Jesús manifestarse maravillosamente de otros muchos modos, segun el deseo del alma amante, é informar más cumplidamente de su preciosa muerte y de la gloria de su resurreccion; para que aquellas cosas que enseñan los Santos Evangelios, y explican exteriormente con palabras, llegando Jesús en espíritu, él las explique espiritual y diestramente en el interior, sin ruido de palabras, con mucha luz de

la suma verdad, para comprender tambien la gloria de la Deidad, como alguna vez se concede á las almas puras gozar por el arrobamiento del espíritu, para consolacion de la humana fragilidad; segun lo que el mismo bendito Jesús prometió diciendo: *Yo soy la puerta; quien por mí entrare será salvo: y entrará, y saldrá, y hallará pasto.* Amen.

---

### DISCURSO XIII.

---

De la sagrada institucion del ayuno, segun la forma de Jesucristo.

1. *Hé aquí ahora el tiempo favorable, hé aquí ahora el dia de la salud.* Ha llegado el santo tiempo de Cuaresma, instituido útilmente por la Iglesia, y se ha de recibir con devocion por todos los fieles de Cristo; pero en particular por los religiosos. Prepárate, pues, siervo de Dios, en este tiempo á vivir con más enmienda, ayunar con más rigor, á orar con más frecuencia, á salmear con más cuidado; hasta que llegue el dia de la Resurreccion, en el cual merezcas gozarte en el Señor tanto más, cuanto con mayor abstinencia vivieres ahora.

Recibe con alegría la Cruz del Señor, que voluntariamente llevó por tí el Salvador del mundo. Porque es cruz toda aflicción de la carne, y cualquiera mortificación de la sensualidad, que siempre debe reprimirse, no sea que prevalezca contra el espíritu. A esta cruz la hace ligera y dulce el amor y la gracia de Cristo, que con su ejemplo y el de sus Santos enseñó la forma de la abstinencia. No temas, pues, hombre frágil, no seas pusilánime para el ayuno. Cristo lo estableció, Cristo dió el ejemplo, Cristo, que instituyó tan sagradas prácticas, también ayudará para cumplirlo perfectamente. Porque es en provecho tuyo lo que haces, y por tu salud trabajas cuando ayunas.

2. ¿Por qué tiemblas, carne y sangre? Los primeros santos varones que por mucho tiempo vivieron en la abstinencia, también tuvieron carne y sangre. Si no fuera doloroso para el cuerpo, ni pesado para la naturaleza, ¿cómo se llamara y fuera tiempo de penitencia? Debes, pues, hacer penitencia en este breve intervalo de la Cuaresma, para reparar las negligencias de la vida pasada, y affigir tu alma por Dios, para satisfacer á la divina justicia con vigiliass y ayunos, con oraciones y trabajos, con el silencio y guarda de la celda, y con otras prácticas sagradas, segun la costumbre de la Iglesia, que ahora insiste más en la maceración de la carne. Pues ahora en todo lugar dilata las vigiliass, multiplica el canto, prolonga las preces, dóblanse las rodillas con más frecuencia, la inclinación es más profunda, la celebración más fervorosa,

la adoracion más reverente, el ayuno más prolijo, la leccion más atenta, la predicacion más vehemente, y todo lo reviste de más gravedad; ostenta la devocion, conserva la modestia, guarda la disciplina, y aumenta toda observancia de santidad. Porque toda alma que no fuere afligida en este tiempo, perecerá de su pueblo; porque no es digna de ser contada en la congregacion de los Santos, la que no quisiere imitar sus ejemplos por la abstinencia.

3. Ahora se ha de mejorar toda la vida antigua, y la carne ha de ser refrenada con dignos castigos, hasta que al tiempo de la Resurreccion reflorezca en novedad de vida. Se han de redimir los dias de nuestra negligencia, y se ha de ganar algo más en fervor del espíritu por la afficcion de la carne. Porque *el espíritu es el que da vida, la carne nada aprovecha*; esto es, la delectacion de la carne. Por lo cual pon tu pensamiento en el Señor, y él te sustentará, más con la palabra, que con los manjares. *No de sólo pan (dice) vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*. El temor que sientes, es el amor de tí mismo, que espanta más de lo que conviene. Muchas veces affige más el excesivo temor y la solicitud del corazon por la flaqueza del cuerpo, que la misma fatiga del trabajo que está presente. Si no fuese un poquito penoso, ¿qué tendria entonces de grande? Vivir segun la comodidad de la naturaleza, no es vida de penitente. Mas al espíritu fervoroso y que desea obrar varonilmente, poca cosa le parece todo cuanto hace.

Porque procura cortar no solamente las cosas superfluas y nocivas, sino tambien abstenerse de muchas lícitas. Así, pues, esté el ánimo fuerte y la voluntad pronta para ayunar; porque tienes muchos ejemplos de ayunadores en personas iguales á tí. Propon ahora ayunar un dia, y mañana añade otro más devotamente, y así consumirás los restantes en el nombre de Dios. ¿Acaso no llevarás tan santo ayuno, enteramente ligero y corto, por el reino de Dios y el amor de Cristo? No há lugar á decaer; y agitarse mucho por eso, ¿á qué conduce? Le basta á cada dia su propio afan, para que no dupliques tus males: pues prepárate más para sufrir cosas más difíciles. Cuanto más dispuesto estuvieres, tanto más ligero se te hará, y más aceptable será para Dios. Acaso este será tu último ayuno en esta vida, y te dará gran contento bien consumado. ¿Cuántos ayunaron en el año pasado, que han partido ya de este mundo? Será muy grato á Dios, si voluntaria y alegremente se hace, lo que tal vez convenga hacerse por necesidad.

4. Desechado, pues, el temor carnal, emprende alegre y varonilmente el saludable ayuno. Camina con espíritu de libertad, y no preocupará el cuidado de la carne. Observa con atencion los ejemplos de los Santos Profetas Moysés, Elías y Daniel, cuya abstinencia de manjares y amor á la soledad fué admirable por mucho tiempo. Atiende tambien al beatísimo Juan Bautista, niño de muy buena vida, lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre, y conducido al desierto por el mismo Espí-

ritu en su tierna edad; donde por largo tiempo vivió solitariamente con grande abstinencia y austeridad de vida. Despues más que á todos los Santos, contempla á Jesucristo nuestro Señor, y lo has de tener presente como singular ejemplo de abstinencia: de qué manera el mismo Santo de los santos, Rey de reyes, Criador de los siglos, Consagrador y Fundador de todos los tiempos, llevó á cabo el ayuno de cuarenta dias y otras tantas noches, sin comer nada entre tanto: enseñándote con su santísimo ejemplo á ayunar, y á combatir valerosamente contra las tentaciones del diablo. Porque ¿qué cosa no se hará tolerable, qué no se hará amable con su ejemplo? que ciertamente se ha de creer haber ayunado más por tí que por sí. Y no tan sólo debes considerar su ayuno, sino tambien has de procurar imitar el ejemplo de su larga soledad: cómo se ocultó en el desierto retiradamente, y vivió con mucha paz entre las bestias, y fué tentado de tres modos por el diablo; enseñando la forma de la vida solitaria, la huida del mundo, el retiro del bullicio, la frecuencia de orar, la aptitud de contemplar, el vacar á Dios y la reclusion y guarda de tí mismo.

5. ¡Oh si por un poco de tiempo hubieras morado allí con Jesús, segregado de todo humano consorcio! ¿por ventura no hubiera sido muy dulce para tí no haber comido nada en aquellos dias? ¡Oh cuán feliz hubieras sido si hubieras podido hacer vida eremítica con el Hijo de Dios, y gozar de la compañía de aquel á quien servian los Angeles! ¿Dónde piensas que estaba su casita ó la cueva que

lo resguardase; ó qué clase de estera extendida para su cuerpo? En la tierra se sienta, en la tierra duerme y descansa el que gobierna el cielo y la tierra. Míralo ya sentado, ya de pié, ya dobladas sus rodillas en oracion á Dios su Padre omnipotente. Júntate pues, á él en gracia de la devocion, y permanece de grado sólo con él solo, teniendo únicamente á Jesús por consuelo; porque mejor es para tí tener por compañero á sólo Jesús, que todos los coros de Angeles en el cielo. En verdad, nunca está solo ni del todo abandonado, aquel con quien está el dulcísimo Jesús. Porque sin Jesús todo el mundo es tedio y pesadumbre. Aprende de él cuán paciente y manso sea en esta vasta soledad: cuán claro camino descubre á los religiosos para lugar retirado; manifestando que primero se ha de vacar á Dios y á sí mismo, antes que se haya de proceder en público.

6. Pregúntale, sin embargo, á él la causa de este género de vida, y dí: ¿Qué haces aquí, Jesús Señor mio? ¿Por qué huyes de los hombres tú que no puedes hallar obstáculo en los hombres? ¿Por qué te retiras de las turbas, tú que no puedes ser turbado por nadie? ¿Por qué tambien ayunas tan rigurosamente, y así castigas tu santa carne, cuando nada hay en tí que deba refrenarse? ¿Acaso haces esto por nosotros y por nuestra salud? Así es en verdad. Todo lo hago y padezco por mis escogidos, para que ellos alcancen tambien la salud. Porque he venido á dar á todos ejemplo de vida, mostrando en mí mismo por qué camino, con cuánto trabajo

y aún con qué fruto se llegue á mi reino para gozar sin fin.

7. Mas te ruego, Señor, que no me dejes en el desierto de este siglo, sino que me seas durante el dia, nube para la sombra contra el ardor de las tentaciones, y columna de fuego por la noche, para desterrar las tinieblas del espíritu. Precédame siempre mi Señor ó su Angel, y me introduzca en la tierra que mana leche y miel; esto es, á gustar la dulzura interior. Yo (dice) accederé á tu peticion, si tú siguieres mi ejemplo. Te he mostrado el camino de la penitencia, por el que se va á la eterna gloria. Sígueme por el trabajo y la tribulacion, si quieres tener descanso y consuelo. Ayuné, tuve hambre, fuí tentado y resistí; menosprecié el mundo y su gloria, vencí al diablo y su consejo; para que tú tambien á mi ejemplo, sepas ayunar, velar y orar, despreciar el mundo, resistir al diablo, subyugar la carne y perseverar en la obediencia hasta la muerte. Si, pues, por tu salud tanto trabajé, y tanta abstinencia guardé yo, que siempre estuve y viví limpio de pecado, ¿cuánto más debes macerar tu carne y cortar toda ocasion de pecar, tú que has nacido en pecado y tienes aún el fômes del pecado? Aplícate, pues, segun tus fuerzas, á cumplir la regla del ayuno, detestando más la concupiscencia del vientre, que la necesidad de la naturaleza. Yo recibiré gustoso tu voluntaria oblacion, y aunque sea poco lo que haces; porque la ofrenda humilde y pura, siempre fué grata para mí.

## DISCURSO XIV.

De emprender ahora la más fervorosa enmienda de la vida.

1. *Han llegado para nosotros los días de penitencia, para redimir los pecados y salvar las almas.* Sea Dios bendito, que nos ha concedido tiempo y forma para hacer alguna penitencia por los pecados. Porque así merecemos su misericordia, y también la más abundante gracia y gloria. Oh sagrado tiempo de penitencia dado para la salud de todos los hombres; que intima el fin á los vicios, prepara el camino á las virtudes, engendra la compuncion, fomenta la devocion, destierra la tibieza, renueva el fervor é impele para todo lo bueno. ¡Oh fervor de la devocion! ¡oh deseo de la enmienda! Manifiesta ya tu poder, y aparezca en las obras lo que primero concebiste en la mente. Ojalá que ahora venzas perfectamente siquiera un vicio, ú olvides alguna mala costumbre. ¡Oh si al ménos subieses ya un grado de virtud, ó lograses del Señor alguna especial gracia! Si ahora no trabajas en el aprovechamiento, entonces ¿cuándo adelantarás y te enmendarás de algun defecto? Porque rara vez se muestra religioso en otro tiempo, cual-

quiera que en este no se halla más religioso. En otro tiempo guardarse de lo ilícito es cosa laudable; ahora no contenerse de lo lícito, es vituperable. El tiempo santo requiere santa vida; y muchos miles ejemplos de fieles se acercan más para la imitación. Si conviene que todo cristiano ahora viva más santamente, ¿cuánto más el religioso, que debe dar á todos ejemplos de santidad y abstinencia? Se ha de adquirir nueva devoción, se ha de tener mayor recato en los sentidos, y se ha de buscar la perfecta enmienda de todo el hombre interior y exterior. Sea la mente devota, la oración pura; frecuente la meditación, atenta la lección; la conversación poca y útil, la soledad grata y estable; el trabajo en las manos, la piedad en la intención; Cristo siempre en el corazón. Porque ahora se ha de velar con gran cuidado contra las asechanzas del enemigo, que ya suele acometer y tentar más fuertemente á los devotos; por si acaso los puede volver tibios, ó impacientes, para que el trabajo se les haga inútil, ó la penitencia pesada y el coro molesto. No es de extrañar que se atreva á tentarnos, el que no temió tentar á Cristo nuestro Señor. Pero aquel miserable fué vencido y se retiró confuso, para que se nos diese la esperanza de vencer, y no temiésemos al diablo, teniendo con nosotros á Cristo vencedor. Resistamos, pues, varonilmente, y permanezcamos firmes en todas las adversidades.

2. En verdad que sin causa no se canta en la Iglesia tan á menudo: *Recomendémonos á nosotros*

*misimos en mucha paciencia por las armas de justicia de la virtud de Dios.* Es ahora muy necesaria la paciencia, porque ocurren muchas cosas contrarias á la naturaleza, que no se pueden soportar bien sin la gracia interior. Pero uno pondera más esto, y otro aquello, segun que siente oponerse más á su naturaleza ó costumbre. Y por eso, feliz y sábio el que ya es varonil, y se ha fortalecido con la paciencia. Porque es muy buen remedio no rendirse al temor, ni volyer la espalda al adversario; sino obrar con fortaleza, y querer sufrir gustosamente por el Señor, áun las cosas más difíciles. Así, pues, obraron los santos varones, nuestros gloriosos Padres, inflamados en el amor divino, los cuales lo instituyeron y nos lo dejaron para cumplirlo del mismo modo. Finalmente, Jesucristo Señor nuestro padeció los graves tormentos de la Cruz, y nos mostró primero su paciencia para nuestro consuelo y continúa imitacion. Pues cualquiera que ahora obre con más devocion en todas las cosas, ciertamente recibirá con mayor gozo el dia santo de la Pascua. Cualquiera que ahora sea más abstigente y más solícito de su interior aprovechamiento, en verdad, resucitando el Señor, se regocijará en él con más alegría.

3. Oh buen Jesús, dulce huesped y amigo fiel, atiende á mis deseos y gemidos. Conforta mi pequeñez en este santo ayuno, consagrado justamente por tí. Dame la constancia de ánimo y la gracia de la fortaleza interior, para que este ayuno corporal venga á ser la purificacion de mis pecados. Haz

que de tal modo me abstenga del alimento corporal, que ayune en el espíritu á todos los vicios y pasiones. Guárdame del astuto enemigo que de todas maneras se empeña en estorbar el concebido propósito, y detener el santo fervor. Alarga tu diestra, buen Jesús, para que sin tibieza, sin presuncion, sin distraer el corazon cante en el coro ante tu acatamiento durante estos dias santos, y te ofrezca devoto con toda fidelidad el diezmo de mis dias. Amen.

---

## DISCURSO XV.

---

De la subida de Moisés al monte Sínai.

1. *Subió Moisés al monte, y estuvo allí cuarenta dias y cuarenta noches.* ¿Qué piensas que hizo allí con el Señor este santo hombre? ¿Quién me revelará este secreto? ¡Oh si yo hubiera estado presente para haber merecido oír á Moisés hablando con el Señor! Porque Moisés hablaba, y el Señor respondia. Pues estando allí solo, gozaba de los coloquios divinos, muy retirado de la compañía de

los hombres. Allí recibió la ley del Decálogo. Allí conoció los arcanos de Dios y muchos misterios de nuestra fé. Allí aprendió en secreto lo que despues habia de enseñar al pueblo. Allí fué instruido en la obra del Tabernáculo, en el rito de los sacrificios y en el órden sacerdotal. Allí en espíritu conoció y entendió lo que estas instituciones exteriores y visibles significaban, y lo que místicamente anunciaban de las futuras. Allí, libre de todos los cuidados del mundo, vacaba y veia cuán suave es el Señor; cuán bienaventurado es el hombre que reposa en su monte santo. Allí no padece fatiga alguna del cuerpo, confortado con el pan de vida y de entendimiento. Allí en silencio percibió su oído la vena del divino susurro, y mereció ser lleno del espíritu de sabiduría. Por lo cual, de la larga cohabitacion y frecuente plática con el Señor en el monte, le sucedió aquella maravilla, que se hiciese su rostro resplandeciente de la mirada de Dios, y apareciese con dos rayos de luz á los que le observaban; de tal modo, que no podian acercársele los hijos de Israel, sino que espantados se alejaban; hasta que cubriéndose con un velo, mitigó así la claridad de su rostro para los que le miraban. ¡Oh varon de Dios, glorioso y esclarecido, bañado y penetrado con la luz de la divina claridad por dentro y por fuera!

2. De este modo, tambien algunos devotos amadores de Cristo cuando están con el Señor en secreta contemplacion, se transforman á veces en claridad de nueva vida, y tanta copia de gracia re-

portan consigo, que causan admiracion y temor á los demás por el celo de fervor y la abundancia de doctrina celestial que difunden. Mas para que no parezcan demasiado insoportables á los débiles, ocultan prudentemente la gracia de la divina visitacion: tan sólo dicen humildemente aquellas cosas que pueden aprovechar y comprenderse mejor; pero las que son oscuras y altas, las conservan guardadas en el pecho, deseando que sólo sean conocidas para sí y para Dios, á quien tributan conti-nuas gracias de todo corazon.

3. ¡Oh si tú tambien pudieses subir con Moisés al monte de las virtudes, y ahora en este santo tiempo detenerte allí un poquito con el Señor, para oír la voz de Dios que habla de en medio de la nube y de la oscuridad! acaso tambien á tí se daría alguna gracia especial del divino conocimiento é ilustracion de la mente; con la cual embriagado y satisfecho menospreciases todo lo terreno y sólo amases lo celestial; de tal modo, que reparases poco en la necesidad del cuerpo; antes bien gustases en tí experimentalmente, cuán ciertas son aquellas palabras de Moisés: *Que el hombre no vive de solo pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.*

4. Pero, ¿qué es esto, que á solo Moisés se manda subir, y con él á pocos de los ancianos de Israel? En esto ciertamente se declara el corto número de los perfectos, y la excelencia de la vida contemplativa; porque la gran muchedumbre de los hombres quiere más vivir cerca de las cosas terrenas y sensibles. Mas ninguno subió á la cum-

bre del monte, ni entró en medio de la oscuridad en la que Dios estaba, sino solo Moisés, llamado por Dios, y mandado entrar hasta él, por especial gracia. A quien se dijo: *Sube á mí al monte, y estate allí*. Es llamado por gracia, sube por obediencia, permanece por la firme perseverancia. No conviene subir sino previniendo la gracia, que eleve la mente de toda ínfima delectacion; y entonces debe seguirse el impulso de la gracia hasta la perfecta union con Dios, y allí cesar de toda consideracion, hasta que de nuevo, mandándolo el Señor, se descienda á las obras de caridad. Porque tambien al mismo Moisés, despues de tan larga habitacion con el Señor, se le manda descender, á causa de la instruccion del pueblo, al que gobernaba con pastoral solicitud. Para que se manifieste, que todo el que sublime y dulcemente vaca á Dios, despues de experimentada la suavidad, debe otra vez volver útil y humildemente á las obras de piedad. Y de este modo subiendo y bajando, siempre hallará provecho; para que así nunca esté ocioso, sino que atienda, ó interiormente á Dios, ó exteriormente á la utilidad del prógimo.

5. *Baja* (dice el Señor) *ha pecado tu pueblo*. La devocion lo detenia con Dios; el peligro del pueblo le obligaba volver á las cosas exteriores. Subió por la contemplacion, bajó de nuevo por la compasion. La caridad de Dios le llevaba hácia arriba, la caridad del prógimo le llamaba hácia abajo. En el monte sólo meditaba las cosas celestiales; abajo componia pleitos y contiendas. Allí contemplaba

claramente al Señor; aquí rara vez estaba libre del tumulto del pueblo. Allí era arrebatado en espíritu fuera de sí; aquí era molestado muchas veces con grande aburrimiento por ellos. Allí se deleitaba en las cosas espirituales; aquí se agravaba con las carnales. Allí recibia divinas revelaciones; aquí abajo con frecuencia oia murmuraciones. Allí estaba devoto y tranquilo; aquí procuraba ser manso y sufrido. ¡Oh, cuán bueno y cuán gustoso es estar con el Señor en el monte, y no cuidarse de las cosas exteriores! ¡Oh, cuán infeliz y miserable es la situacion del que está en medio de los rumores del siglo, embarazado en asuntos transitorios! Feliz el alma á la que ningun accidente del mundo retiene, ni afeccion alguna de la carne inclina; sino que siempre eleva sin demora la pura intencion á Dios.

---

## DISCURSO XVI.

---

De las palabras de Jesús, y la limpieza del corazon.

1. *Las palabras que yo os he dicho, son espíritu y vida.* Si deseas comprender las sagradas palabras de Jesús, conviértete á las cosas interiores, y aprende á andar en espíritu. Porque se vive de las palabras de Jesús y en ellas está la vida de tu

espíritu. Es en verdad Jesús la luz de la ignorancia, y el único alivio del dolor. Oye, pues, la palabra que sale de la boca de Dios, y de los labios del bendito Jesús. Porque dice el limpísimo Jesús: *Bienaventurados los de limpio corazon, porque ellos verán á Dios.* Alta palabra, porque ha sido pronunciada por el Altísimo. Gran promesa; pero asegurada por la suma verdad.

2. *Bienaventurados los de limpio corazon.* ¡Oh dulce palabra, que justamente convida al alma á la promesa de la bienaventuranza! Porque Dios es el premio, y nada de la tierra suena aquí. Si agrada la promesa de la bienaventuranza, agrade tambien la limpieza del corazon, para que veas en Sion al Dios de los dioses. La limpieza del corazon debe ser el objeto de todos tus cuidados, y el fin de tu frecuente y fervorosa oracion. Porque está prometido al corazon puro un bien infinito. Desprecia, pues, al mundo, y obtendrás el cielo. Deja las criaturas, y hallarás al Criador. Abandona las cosas temporales, y se te darán las eternas. No se pueden pesar en igual balanza el cielo y la tierra; ni se puede juntamente gozar de Dios y de la criatura. El que descansa en las cosas criadas, es impedido para vacar á Dios. El que está limpio de las cosas mundanas, y libre de las pasiones, se hace digno de la vision celestial. Porque cuanto más limpio esté alguno, tanto más grato será á Dios. Dios es luz, y ama á los lúcidos. Dios es pureza, y reprueba á los impuros. Vano es el amor del mundo, insaciable es el uso de todas las cosas; mas lo que dura para

siempre es el verdadero bien del alma. Crece el amor del sumo bien cuando se menosprecia toda cosa mundana. Nacerá para tí el gozo interior, si resistieres fuertemente á los vicios. Y en tanto que nada transitorio se apetece de afuera, brilla más claramente el resplandor de la luz eterna. Para el varon santo es cosa pesada la necesidad de la naturaleza; mas para el corazon puro el deleite de la carne es una calamidad infernal. Porque ninguna otra cosa producen los halagos de la carne, que el fuego eterno del infierno. Dios nos conceda precaver esto, y conservar el mérito de la pureza Angélica.

3. Aprovecha sobre manera para la limpieza del corazon, el perfecto menosprecio del siglo, la abnegacion de sí mismo por el amor de Cristo, y la frecuente meditacion del Verbo encarnado. Por tanto, limpia el espejo del corazon si deseas mirar á Dios. Es sumamente deleitable, contemplar á la verdad y sabiduría eterna. La perfecta reforma del hombre interior, conduce al estado de la vida más pura. Pero se engaña y perturba el alma que sigue curiosamente las cosas sensibles. Atráigate ansiosamente á gustar las cosas internas, la apetecible tranquilidad del espíritu; porque gozan dulcemente los que con pureza pasan la vida. Si quieres tener dulzura en las obras de esta pureza, guárdate del desórden, y descubre cual sea su causa. No desees cosa alguna alta, ni delicada, ni curiosa, ni transitoria, y has cortado grandes inquietudes. Porque apartado de todo lo mundano, se camina libre-

mente á Dios. Pues el que no es retenido por cosa alguna, facilmente sube al cielo mientras que ora. Ni los obstáculos del mundo, ni los halagos de la carne, pueden retener á este. Penetra tambien seguro las potestades aéreas el guardador de la pureza de la conciencia. Mucho se ha de desear esta pureza de corazon, que se hace amigos á Dios y á los Ángeles. Por esta gracia de la bienaventuranza se ha de luchar con valor, se ha de orar con frecuencia y se ha de obrar sin pereza. La bienaventuranza de la limpieza se funda en el valle de la humildad, se adquiere con las súplicas, y se nutre con el llanto.

4. ¡Oh, cuán agraciada y hermosa es esta virtud, que se sobrepone á todas las pasiones, y desea unirse á Dios impassible! Porque de la pureza huye todo lo nefando, y le está sujeto todo lo criado. Porque clara y sencillamente trata con Dios, y por eso no pudo ser vencida; sino que todo lo superó en el Omnipotente. A ella le sirven las cosas más altas, y las ínfimas contribuyen al bien. De ella huyen los demonios, á ella aman los Ángeles, la respetan los hombres carnales, y la abrazan los espirituales. El Santo David, despues de la humilde confesion de los pecados, pide se le conceda la limpieza del corazon, diciendo: *Cria en mí, oh Dios, un corazon puro*. Llora los pecados pasados; se acusa á sí mismo de haber obrado neciamente, y pide verse libre de los estímulos de la carne, para que pueda otra vez ser hallado limpio en la presencia de Dios, ser lleno de saludable alegría y nunca más volverse á las obras ilícitas.

5. Esta limpieza del corazon es una escala rec-  
tísima, clarísima y firmísima, que toca lo más alto  
del cielo y llega hasta la vista de la gloria de Dios.  
Esta gloria es para todos sus Santos. ¡Oh hermosí-  
simo Jesús, autor de toda pureza, que á los limpios  
de corazon prometiste los eternos gozos! dame que  
yo posea perpetuamente esta singular y excelente  
virtud, más brillante que el oro y las piedras pre-  
ciosas; para que apartado todo contagio de pe-  
cado, te sirva con puro espíritu en carne frágil,  
segun te agrada, y rechace enteramente todo lo  
que pueda impedir la pureza; procure con todos  
mis deseos unirme á tí, mientras que miserable  
vivo entre los torbellinos del mundo, hasta que me  
mandes venir á tu presencia, y entonces, segun tu  
gran misericordia, te dignes serme propicio.

---

## DISCURSO XVII.

---

Del amor de Jesús, y la propia abnegacion.

1. *Quien ama su alma, la perderá.* Esto dice el  
amantísimo Jesús, queriendo separarte de los cui-  
dados y atractivos del mundo. Hé aquí el amor y  
la perdicion. El Verbo eterno del Padre dice esto;  
no te engaña, sino que mira por tu salud. El amor

del mundo es perdicion; el amor de Jesús es redencion del alma. El amor de la carne es necesidad; el amor de Jesús es sabiduría. El amor de la criatura disminuye el amor del Criador; el amor del Criador da á todas las criaturas licencia de retirarse. Porque no gustan cosas semejantes, ni con razon convienen. El amor propio está lleno de temor y congoja; la propia abnegacion, de inefable paz. El amor propio es un mal interior que raramente se vence si Dios no es perfectamente amado. El desprecio de sí mismo es señal de salud; y el que principia por el propio desprecio, acabará por el perfecto amor de Jesús. El amor propio oscurece el corazon, ocasiona pendencias é impide el aprovechamiento. Mas el que por Jesús se niega á sí mismo, se hace libre y pacífico. El amor de Jesús es seguro y fuerte, no conoce á los flojos, ni á los que se buscan á sí mismos. El amor de Jesús da todo lo que es y tiene; no busca sino lo que sabe que agrada á Dios.

2. Si quieres ser bien purificado y clarificado en el espíritu, menospréciate á tí mismo y á todas las cosas por Jesús. Todo lo grande que hay en el mundo, sea para tí como nada; todo lo agradable te sea amargura; para que sólo Dios y el dulce Jesús te sea dulce sobre todas las cosas. ¿Qué es en verdad el amor de Jesús, sino el menosprecio de tí mismo y de todo, por su amor? y este es el que se halla á sí mismo, y á todo lo bueno en Dios. ¿Quieres salvar tu alma? menosprecia ahora la vida presente. Si emprendieres ahora el áspero ca

mino, llegarás á la vida eterna. Duras parecen al hombre carnal y mundano las palabras de abnegacion y pérdida de la vida presente; pero á los que aman á Cristo, saben con más dulzura, que la miel y el panal; porque la verdadera abnegacion de sí mismo por Dios, prepara un reino eterno. El amor de Jesús sabe padecer los males presentes, y puede rehusar las comodidades temporales. No teme ser vilipendiado, ni pretende los honores. Sabe callar á las injurias, y no piensa en vengarse del injuriador.

3. El amor de Jesús lleva consigo el consuelo invisible, y espera el fruto inmarcesible. Yo, dice, os escogí del mundo, llamándoos por mi gracia; para que vayais á vosotros mismos, dejando la propia voluntad; y lleveis fruto de caridad, amándome sobre todas las cosas; y que permanezca vuestro fruto en la eterna bendicion, reinando conmigo. Mas el fruto de la carne es la muerte, á la que sigue el gusano que no ha de morir, y el fuego eterno. De lo que nos guarde el que enseñó á menospreciar el mundo y á domar la carne, Jesucristo, nuestro amor y redencion. Amen.

---

## DISCURSO XVIII.

Cómo se ha de seguir la pobreza de Cristo,  
y dejar los cuidados de las cosas  
temporales.

1. *Las raposas tienen cuevas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del hombre no tiene donde recline su cabeza.* Estas palabras de Jesús deben ser meditaciones por tí con frecuencia, y grabadas diligentemente en tu corazón, pues que deseas llevar vida religiosa. Te recomienda Jesús la excelencia de su santa pobreza, con la que se compra el reino de los cielos; la que él, pobre en el mundo, eligió, y muy rigurosamente guardó. Y aun quiere que tú no busques ningún consuelo terreno; porque él no tuvo aquí descanso temporal, ni estableció en la tierra casa material para su morada. Tienen los animales sus guaridas para esconderse, y las aves, nidos ó agujeros para descansar; pero Jesús no levantó absolutamente habitación alguna para sí, ni por medio de otra persona procuró cuarto ni mesa. Mas vivió como pobre mendigo. Pasó el camino del mundo como un ligero peregrino, se alejó como un huésped extranjero. La eterna Sabiduría no edificó para ís casa hecha de manos en pueblos ni en ciudades;

ni fuera de la ciudad la tomó á renta en sitios deliciosos; sino que contento con el albergue comun de los suyos, siguió en todo la sencillez de los pobres, sin gozar en parte alguna de las ricas moradas de los pecadores. Mas aquellas limosnas que le daban para su sustento, las distribuía entre todos, y las daba á guardar á otro. Nada queria tener propio para sí, y usó parcamente de aquellas cosas que exigia la necesidad natural. Si por acaso llegaban á sobrar algunas monedas ó manjares, hacia que esto se repartiese entre los pobres. Por eso prohibió á sus perfectos imitadores el supérfluo cuidado de las cosas. Mas á los discípulos débiles concedió con benignidad lo necesario á la vida clemente.

2. Pedro en cierta ocasion le aconsejaba construir tres tabernáculos, cuando extasiado en el monte, gozaba de celestial vision, deleitado con la muy resplandeciente presencia de Jesús en medio de los Santos Moisés y Elías. Pero no fué atendido en esta súplica, porque pedia lo que era ménos conveniente. Porque la habitacion de Cristo y de los bienaventurados, no se funda en tabernáculos terrenos, ni en figuras corporales, sino en la feliz mansion del reino celestial, que sobrepuja todo entendimiento y consideracion de los mortales. Y en verdad que el Artífice del cielo y tierra, Jesús, llamado el hijo del artesano, fácilmente podia construir una casa, ó un templo á su nombre, áun sin hacha ni azuela; pero el celestial Maestro y Hacedor de todos los poderíos, no bajó á la tierra para reformar las cosas corporales: no tuvo solicitud por los leños y piedras; ni

por los bueyes y jumentos; ni por las heredades y rentas; sino por curar, instruir y redimir las almas. Y así demostró su omnipotencia con hechos muy poderosos, restituyendo la salud con un leve tacto, ó con una sola palabra. También enseñó la sabiduría con el ejemplo y la buena doctrina, hablando del reino de Dios, disuadiendo de los gozos perecederos del mundo; recogió á los humildes y sencillos, y á los ricos desdeñosos los despachó vacíos.

3. Deja, pues, tú también todo inútil cuidado de las cosas temporales, ocupándote únicamente en tu futuro destino: dirige, pues, tu pensamiento al Señor, meditando en las cosas celestiales. No trabajes con avaricia por las cosas necesarias de la vida, con el fin de ser rico en lo venidero. Deja á los demás que también trabajen para sí, á fin de que tengan con qué vivir. Trabaja por tu alma, y por adquirir la gracia, antes que por sustentar bien la carne, que ha de ser corroida por los gusanos. Mira no te afanes mucho por las cosas temporales, y te descuides en los ejercicios espirituales. Bueno es buscar el bien comun; pero el espiritual más que el terreno. Bueno es comer el pan con el sudor del rostro; mas no quieras olvidarte del pan celestial. *Disfruta de tu trabajo en los dias de tu vanidad* (dice el Sábio), *no sea que dejes todo lo adquirido á un hombre ocioso é ingrato.* Tú solo no puedes enriquecer á todos tus descendientes, ni precaver todos los daños. Procura dejar en pos de tí ejemplo de virtud, más bien que títulos de posesiones terrenas. ¿Qué sabes tú si es útil para tí y para los otros el tener

más? No quieras desear lo peligroso. Porque nunca estarás satisfecho; ni se estingue la codicia con el valor de las cosas.

4. Tú, sigue la pobreza de Cristo, y conténtate con la medianía de tu estado, por el amor de aquel que no quiso tener ni heredades, ni rentas, ni arcas, ni casas. Mas, ¡oh dolor! muchos consumen su vida con vanos cuidados: poco, ó rara vez se vuelven á las cosas interiores, y se hacen muy insensibles de corazón. Levanta tu espíritu á lo alto, y no quieras estar con las bestias apegado á las cosas terrenas. Has de ser alimentado con manjar de Angeles, la palabra de Dios es el sustento de las almas. Este es el pan de vida que te dará Jesús, para que no desfallezcas en el desierto. El bueno y piadoso Señor que prometió las cosas eternas, no negará las temporales. Tú, busca las celestiales, y él, sin duda alguna, añadirá las necesarias, mientras que estás en esta vida.

---

## DISCURSO XIX.

Del cansancio de Jesús, y de su saludable doctrina.

1. *Jesús, cansado del camino, estaba sentado sobre la fuente.* El pacientísimo Jesús se dignó cansarse por nosotros. Mientras andaba por la tierra no usó litera, ni carroza, ni caballo; sino que caminó á pié en el nombre del Señor. Una vez se lee haber montado en un jumento, y caminado corta distancia, más para ejemplo de humildad, que para uso de comodidad. No para buscar honor, sino para cumplir las palabras proféticas. Buen ejemplo presenta á los santos predicadores y personas religiosas, para que no cabalguen con pompa; ni hagan suntuosos gastos en el camino; ni den escándalo á los seglares, ni motivo de murmuracion en sus concurrencias.

2. Atiende á esto, hermano religioso, que Jesús cansado del camino, no pasa á espaciarse por recreacion. Asi pues, si tú necesitas recrearte, no ha de ser en público, ni salir muy lejos, no sea que con tu vagancia escandalices á los demás. Retírate, pues, á la porcion de la suerte de los Santos, donde oigas la palabra de Dios, ó veas ejemplos

de santidad. Malamente busca la recreacion, el que pierde la alegría de la conciencia. Muy vano es en el interior y de muy poca devocion el que siempre se halla pronto para las excursiones. Esaú, hombre muy práctico en la caza, mientras andaba por fuera en el campo, fué privado del derecho paterno. Pero Jacob, hombre sencillo, y recogido en su casa, en tanto que obedece humildemente á su madre, y se abstiene de andar vagando, recibe con admirable prontitud la bendicion paterna. El hombre astuto se engaña en sus caminos, teniendo su esperanza en el arco y la aljaba; el varon sencillo y aplicado á Dios, el hombre sin queja, es auxiliado en sus necesidades. Suelen ser más descuidados para los asuntos y negocios del siglo, aquellos que atienden con más diligencia á su provecho espiritual. Pero las almas negligentes decaen de dia en dia, y se conducen á la impotencia por los continuos cuidados, ó la violencia de las turbaciones. Queriendo sanar de esta vagancia y recobrar la luz del corazon, esté pronto para la clausura, considere el fin de sus dias y la hora del riguroso juicio.

3. Aprende, aprende tambien en esta obra de Jesús haber de practicar juntamente la virtud con discrecion. Porque cansarse con el trabajo comun aconsejándolo la caridad, ó dictándolo la obediencia, es indicio de virtud, y de no pequeño mérito. Pensar, pues, á tiempo conveniente, en alimentar el cuerpo con manjar, ó instruir el alma con sagrada leccion, ambas cosas pertenecen al gobierno discreto del hombre. Y así el tolerable can-

sancio por el nombre del Salvador no se ha de rehusar por los devotos, cuando son casi innumerables los que se cansan por el mundo. Pero ha de ser el trabajo prudente, á fin de que no sea nocivo al débil, ó vuelva inepto para las cosas divinas. Porque lo que es moderado, mejor persevera. Bien se puede alguna vez caminar un poco sentado, por la reparacion de las fuerzas, teniendo en cuenta la propia fragilidad. Porque el mismo Jesús, despues del cansancio del camino, estaba sentado sobre la fuente, esperando trajesen de comer, y pidiendo humildemente agua para beber.

4. Se ha de considerar tambien en este lugar de la fuente, la doctrina de Jesús, útil para la vida mortal. Te enseña lo que debes hacer cuando dejas el trabajo, y qué clase de recreacion has de buscar. Porque si no puedes trabajar por más tiempo, no conviene dedicarse á las fábulas, ni entregarse al sueño, ni vaguear por las oficinas. Pues entonces, ¿qué? Te has de sentar sobre la fuente, buscando el consuelo del espíritu, y pedir ansiosamente con la Samaritana los dones de la saludable sabiduría. Atiende á las corrientes de la Sagrada Escritura, y repasa lo leído; para que repongas tu alma, sacudas la pereza, evites el ócio y adquieras nueva compuncion. Calle la lengua por fuera, para que el espíritu se alimente por dentro. No se canse de orar muchas veces, y de meditar en el piadoso Jesús. Aprende á pasar de las cosas materiales á las interiores; y de las criaturas subir á la alabanza del Criador. Porque así lo hizo tambien el mismo

Jesús. Pues con ocasion de esta fuente terrena, y con la pregunta de la mujer que se acercó, empezó á predicar la palabra de salud, y á ofrecerle el agua celestial de la gracia. Ella buscaba el agua de la fuente; mas volvió gozosa con la doctrina de vida del arroyo celestial. En tanto grado fué recreada y regocijada con las palabras del melífluo Jesús, que olvidando su cántaro, corrió á la ciudad para anunciar á sus vecinos las maravillosas obras de Dios. Y esta es la señal de haber conseguido grande gracia, cuando alguno leyendo, orando y meditando, de tal modo se compunge, que olvidado de las conveniencias presentes, se inflama todo en el amor de la fuente viva. De la cual el Santo David con pecho sediento así cantaba: *Sedienta está mi alma del Dios fuerte vivo.*

5. Despues viniendo los discípulos de la ciudad, como le rogasen que comiese, él manifestó que se habia de preferir á todo alimento corporal el pan de la obediencia, que nutre graciosísimamente al alma sumisa á Dios. Porque ninguna bebida hay más dulce que la gracia celestial, que lava lo manchado, riega lo seco y consuela al tentado. Ni se gusta manjar alguno más sabroso; ni se pone mesa más espléndida ante los ojos del amante, que el cumplimiento del mandato divino, como lo asegura el mismo obedientísimo Jesús: *Mi comida es, que haga la voluntad del que me envió.* Por eso el buscar la voluntad de Dios en lo que se hace, es sabroso más que todas las cosas para el amante, nutre bien al discípulo obediente, y recrea con gozo espiritual

por el mérito de la obediencia. Así Elías, penetrando en un dilatado desierto, y morando sin temor en la soledad, se levantó llamado por un Ángel, y comió y bebió; y habiendo cumplido la palabra del Angel, confortado con aquella comida, caminó hasta llegar al monte de Dios. Porque la verdadera obediencia conduce por un breve trabajo á la cumbre de la perfeccion, y al monte del eterno descanso. Donde está el perfecto reposo de toda inquietud y fatiga, y la posesion de toda felicidad, en la presencia del Padre y de su Hijo Jesucristo, con la fruicion del Espíritu Santo. Amen.

---

## DISCURSO XX.

---

De la escritura de Jesús y de su misericordia con la pecadora.

1. *Mas Jesús, inclinado hácia abajo, escribia con el dedo en la tierra.* Del amable Jesús, Doctor piadoso, Maestro veraz, Juez recto y Salvador misericordioso, se refiere que fué escritor, que escribia en tierra, no con tinta, sino con el dedo. Buen escritor, que escribió la misericordia para el pobre, y concedió el perdon á la pecadora. No obró contra la ley,

cuando templó el rigor de la ley. Porque necesitan de misericordia los miserables, y con razon se debe perdonar al que con verdad se arrepiente. ¡Oh cuán hermosa escritura y cuán primoroso es este dedo de Dios, cuando tranquiliza con dulces palabras á la pecadora llorosa por la contricion; y á los malignos insidiadores, inclinados á la venganza, y duros á la misericordia, convenció sábiamente; y mostró con sus palabras que eran dignos de confusion, diciendo: *El que entre vosotros esté sin pecado, tire contra ella la piedra el primero.* Esto dijo contra los acusadores, y por librar á la penitente de la boca de los lobos.

2. Y ahora, buen Jesús, ¿qué dices á la mujer? Espera la rea de crimen una palabra buena; dí tu dictámen; ella se sujeta á tu juicio; da respuesta consoladora. Al modo que siempre acostumbraste ser misericordioso, así tambien ahora. *Y dijo Jesús: Ni yo tampoco te condenaré.* ¿Quién más clemente y generoso para conceder el perdon? Consuélate, rea cómplice, habiendo oido palabra de tanta piedad. Si Dios es por tí, ¿quién estará contra tí? Cristo Jesús es el que justifica; ¿quién es el que condenará? ¿Qué harás despues? ¿Qué ofrecerás en compensacion del delito? Te arrepientes del crimen perpetrado; mas se ha de proceder con mayor cautela en lo venidero, antes que recaigas. *Vete* (dice el clementísimo Jesús) *y no peques ya más.* ¿Qué cosa más breve y más cumplida para la absolucion, y para la satisfaccion de la perfecta penitencia? Aquel que conocia los corazones, sabia cuánta contricion tuvo

la pecadora. Usó, pues, Jesús de muy grande clemencia, para que no se consumiese de excesiva tristeza, la que al ser públicamente acusada, padeció mucha vergüenza por su pecado.

3. Has oído la clemencia del Salvador, con mucho consuelo de los pecadores. Procura tú tambien reconocer tus culpas, y llorarlas dignamente, antes que cogido por los perversos espíritus, te veas obligado á dar cuenta de todas en el juicio futuro. Di con el publicano: *Oh Dios, muéstrate propicio á mí pecador*. No dudes de la misericordia del Redentor, con tal que en adelante quieras evitar con todas tus fuerzas nuevas culpas, y enmendar perfectamente la vida.

4. Considera tambien en este hecho de Jesús, lo que dirian las palabras que escribió. No te admires de que supiera escribir; ni preguntes con los Judíos: ¿cómo sabe este leer y escribir no habiendo aprendido letras de ningun hombre? Nécia es la tal pregunta, y mentirosa la incertidumbre fingida de la escuela de Jesús. Porque la sabiduría de Dios no necesitó del magisterio humano; pues para iluminar á todos los hijos de los hombres nació el Maestro en el mundo. Para quien no sólo fué cosa fácil leer y escribir por sí; mas tambien á hombres sin letras, hacerlos repentinamente y sin ruido de palabras Apóstoles, esto es, peritísimos en todo conocimiento de lenguas. Y qué extraño es si el autor de la vida conoció con distincion los caractéres inventados por los mortales, cuando siempre ve clarísimamente lo más secreto de los corazones,

y los misterios escondidos en los siglos? Deleitá, pues, oír que Jesús sabía leer y que escribió; para que agrade más el arte de escribir, y el deseo de leer sagrados libros. Lo cual aprendieron muchos Santos, y con suma diligencia ejecutaron de boca y de mano mientras vivieron en carne, y con sus escritos ilustraron en gran manera á la Iglesia. Fué, pues, Jesús Doctor magnífico, Predicador óptimo, Autor y amator de las escrituras, Modelo de costumbres, edificante en las palabras y admirable en las obras. Agrádetes, pues, imitar á Jesús leyendo, escribiendo y observando otras prácticas de la Santa Religion; para que edifiques á los demás viviendo dignamente para Dios, que no eres idóneo para predicarlo.

5. Muy buena obra es el escribir libros, que ama Jesús, en los cuales él es conocido, leído y predicado. No hay duda que serás amado de él y copiosamente remunerado, si con diligencia escribieses libros devotos para el honor de Dios y utilidad del prógimo. Si no perderá su recompensa el que da al sediento un vaso de agua fria; ¿qué gran galardón no recibirá el que escribiendo, suministra al alma el agua de saludable sabiduría para su perpétuo refrigerio? Porque cuantas letras formas debidamente, tantas hostias de alabanza ofreces á Dios. Es, pues, cosa meritoria y devota el trabajar en escribir libros, y conservarlos con gran reverencia y cuidado en el armario, con los cuales se celebra el oficio divino cada dia, y despues se siembra abundante doctrina.

6. Porque en verdad, los libros sagrados son las armas de los clérigos; los ornatos de las iglesias; las riquezas y tesoros de los doctores; las trompetas de los Sacerdotes; los consuelos de los Religiosos; los manjares de los devotos; los testamentos de los Santos; las lumbreras de los fieles; los semilleros de las virtudes y los órganos del Espíritu Santo. Pues el escribir libros es para Dios obra aceptable, leer útil, enseñar recomendable, y predicar saludable. Mas ¿quién leería ó predicaría si no conociera los escritos de los Santos, y el autor no hubiera escrito primero? Bendita sea, pues, la mano del escribiente, y benditos los dedos ocupados en tal obra. Jesús te enseña con su ejemplo, escribiendo con el dedo en la tierra; para que tú también escribas con gusto la palabra de Dios, que mientras otro la lee, otro también la predica, y conseguirás un gran galardón por el copioso fruto del trabajo de tus manos. Concediéndolo el mismo Jesucristo Señor nuestro, remunerador de toda obra buena, ante quien están contados todos los cabellos de la cabeza, y no se podrá perder ninguna de las letras escritas. Ea pues, felizmente. Amen.

---

## DISCURSO XXI.

De la guarda de la humildad, y consideracion de la propia flaqueza.

1. *Cuando hiciéreis todas las cosas que os son mandadas, decid: Siervos inútiles somos.* Estas palabras de Jesús Señor nuestro, nos instruyen mucho para la guarda de la humildad, y la exclusion de toda vanagloria y arrogancia. Principalmente aconsejan á los deseosos de elevacion, que se acuerden de la propia fragilidad y negligencia, no se engrían de sus obras, aunque segun el humano juicio estén bien hechas; sino que temerosos del juicio de Dios sobre ellos, pidan humildemente su misericordia, antes que presumir de sus propios méritos. Así, pues, el santo y humilde David, temeroso clamaba á Dios: *No entres en juicio con tu siervo; porque ningun viviente será justificado en tu presencia.* Hé aquí cuán bajamente tienes que sentir de tí mismo, cuán gravemente te has de estremecer del divino juicio, tú que tanto distas de la santidad del gran Rey y Profeta David. Tú no eres Rey, ni Profeta, ni santo, ni escogido segun el corazon de Dios, como tambien él mereció ser llamado en algun tiempo. Sin embargo, él cumplió el precepto del Señor, confe-

sándose siervo inútil; llamándose tambien mosquito, perro y gusano, no sintiendo de sí mismo nada superior, despues de tan maravillosos hechos.

2. Trae á la memoria los males pasados, los vicios presentes, los peligros futuros, y nunca juzgarás de tí altamente, sino más bien temerás, y te llamarás despreciable é inútil. No necesita Dios de tu servicio, áun cuando obrares rectamente; ni le agradarás dignamente, si no te reconocieres indigno é inútil siervo. *Cuando hicieris* (dice) *todas las cosas que os son mandadas, decid: Siervos inútiles somos.* Si esto lo debes decir habiendo cumplido todos los mandamientos, no tienes derecho de gloriarte en algo. ¡Cuán baja é indignamente has de sentir de tí mismo, cuando cada dia faltas y pecas, y casi nada haces con perfeccion! ¿Cuándo has podido vivir por un dia ó una hora delante de Dios y de los hombres, pura y recogidamente, de tal modo, que no descuidases nada de lo que debiste hacer, y como convenia? Tanta es la flaqueza humana, que no carecen de contagio, áun aquellas cosas que por el humano juicio se alaban como justas. Deja, pues, toda vana complacencia y arrogancia, y advierte el conjunto de la propia inutilidad.

3. Examina la malicia é inconstancia de tus pensamientos, y te hallarás no sólo inútil para las cosas buenas, sino inclinado á muchas malas, y digno de afrentas y castigos. Mas este es el único remedio y consuelo del espíritu atribulado: que por tan innumerables negligencias y manchas de pecados, cualquiera se humille en verdad, y se

considere el más bajo é inútil de todos; redimiendo cuidadosamente los pecados pasados y las negligencias cotidianas, y ejercitándose con frecuencia en devotas oraciones. Resiste, pues, varonilmente á las sugerencias viciosas. Porque tanto aprovecha uno en las virtudes, cuanto más fuertemente odia y vence sus vicios. Y aunque con frecuencia seas tentado y caigas, debes, sin embargo, procurar levantarte de nuevo, y con mayor cautela acometer el buen propósito, y decir con el Profeta: *Juré y determiné guardar los juicios de tu justicia.* Pues por más que faltes muchas veces al propósito intentado, y no te halles con fuerzas para cumplirlo, de ningún modo desesperes ni te abatas; sino confiando en el Señor, con toda humildad y grande instancia, clama y ruega: *Ayúdame y seré salvo, y meditaré siempre en tus justificaciones.*

---

---

## DISCURSO XXII.

## DOMINGO DE PASION.

Del llanto sobre la Pasion del Señor.

1. *Oh vosotros, todos los que pasais por el camino, atended y mirad si hay dolor como mi dolor.* Ahora se ocupa la Santa Iglesia en la memoria de la Pasion del Señor; y es justo que los hijos de la Iglesia se compadezcan de su Señor, que por ellos se dignó morir corporalmente, para que viviesen para siempre juntamente en el cuerpo y en el espíritu. No sean, pues, ingratos, ni se consideren extraños; sino acuérdense piadosamente, porque ellos son la Iglesia y la Esposa de Cristo, que se llaman hijos, si es que se unieren á Cristo con amor filial y única profesion de fé. ¡Oh cuánta caridad del Eterno Padre, cuánta dileccion del Unigénito Hijo, cuánto amor del Espíritu Santo sobreabundó en todo el género humano! ¿Qué dices á esto, alma mia? ¿Por ventura, serás ingrata, ó podrás olvidarte de tanta caridad? ¿Cómo podrás desatender á aquel que con tanta diligencia te buscó? ¿Cómo no corresponderás con amor al que tan ardientemente te amó? Ama al amante que

tanto te ama, el cual eligió sufrir la muerte, antes que tú percieses. Esta fué una caridad, que nadie la tuvo mayor, y por eso satisfizo plenamente por todos.

2. Mas ¿qué harás, y qué retribuirás al Señor por su muerte? Algo corresponde hacer, aunque no puedes ofrecerle digna retribucion. Porque todas las criaturas y todos los Santos no son suficientes para darle dignas gracias por la muerte que libremente recibió por tí. Acuérdate, pues, de su sagrada Pasion, y segun tus fuerzas, procura imitarla; por que esto es tributarle cumplidas gracias, querer sufrir de grado tribulaciones por él. Y así aparta tu mente de los cuidados exteriores, y lleva todo tu pensamiento á la imágen de tu Señor Crucificado. Pues por él podrás desechar mejor de la mente las extrañas imágenes: tambien con la impresion de esta santa imágen, sufrirás con más paciencia cualquier género de dolores corporales. Y porque segun los tiempos de la Iglesia conviene ya pensar en la Pasion del Señor, debes dirigir á ella tus ejercicios con más atencion. Si los dias precedentes de ayuno han pasado con negligencia, por lo ménos ahora en esta quincena, te inflame nueva devocion por la Pasion de Cristo. Y si recuerdas que has hecho algo bueno, añade cosas mejores que las primeras. Sé más diligente y fervoroso ahora; porque así lo exige la especial memoria de la Pasion del Señor, y la general compasion de la Iglesia, por la muerte de su Redentor.

3. No sea cosa grave ni molesta la frecuente

meditacion de la amarga Pasion de Cristo, quando él estuvo pronto para sufrirla por tí. En cada uno de estos dias recoge y lleva un hacecito de mirra de la viña del Señor del Sabaoth, que guardes en tu pecho para custodia del corazon, porque de él exhala olor de vida; y si bien lo masticares, conseguirás admirable fortaleza, en medio de las adversidades y las afrentas. Pues que se ha probado y gustado por muchos, que ejercitándose con frecuencia en la Pasion del Salvador, tan dulcemente les supieron sus santas llagas y benditas heridas, que del vehemente dolor corrieron las lágrimas; y por el excesivo sentimiento de amor y compasion, se inflamaron tambien en gran manera, para sufrir contumelias y trabajos por el amor de Cristo. ¿Qué más diré? que algunos llevados fuera de sí y mudados enteramente del amor propio, deseaban penetrar en lo más interior de Jesús, para sentir su desolacion hasta la muerte de Cruz; anhelando ser humillados hasta el corazon, y afrentados por todas las criaturas; para que sólo Cristo fuese magnificado en sus corazones, y tan solamente ellos despreciados.

4. De tal modo está encendida la sangre de Jesús, derramada á impulsos del amor, que hace arder con vehemencia al que de todo corazon medita; y en tanto grado se olvida de sí mismo, que el menosprecio lo tiene por alegría, y lo que es trabajoso para el cuerpo, lo juzga como nada. Porque de este modo el vehemente amator principia á ser hecho conforme á su dilecto amado por los padeci-

mientos; con tal que se entregue entera y libremente al que por redimirlo, en nada se perdonó á sí mismo. De aquí nace muy grande amor, se recibe gratísimo consuelo; crece en gran manera la singular devocion, muere el afecto carnal, se eleva el espíritu á Dios, se ilumina el entendimiento y se gusta la palabra del Profeta que dice: *Y mi cáliz que embriaga, ¡qué excelente es!* Mas porque esto es sobremanera grande y difícil, y no es de suyo asequible para álguien, por eso pide, busca y llama, alma mia, hasta que el benignísimo Jesús, lleno del Espíritu Santo y de poder, rico para con todos los que le invocan, te descubra este precioso tesoro que tiene oculto en sí mismo; y haga destilar en tí de sus sagradas llagas, el preciosísimo unguento de devocion, para que tambien tú aprendas á *chupar la miel de la piedra, y el aceite de la roca muy dura*, que se esconde á los soberbios; pero se descubre á los humildes y devotos corazones: se oculta á los carnales y sábios en las cosas terrenas; pero con frecuencia se da á gustar á los puros y sencillos. Esta es admirable dispensacion de Dios, que los mansos y humildes reciban, lo que no pueden recibir los soberbios y curiosos.

5. Mira cuán grande es el número de los que leen muchos tratados, escudriñan las cosas altas y buscan las sublimes; pero que tienen poca ó casi ninguna devocion á la Pasion de Cristo; porque se derraman á las cosas exteriores, y buscan la consolacion terrena; y por eso se ha hecho su corazon en lo interior árido é insipiente, y no pueden sentir

lo que es de Jesucristo. Se ocupan en muchas cosas, y se edifican en pocas. Descuidan las provechosas, omiten las necesarias, aman las sutiles, desprecian las sencillas, se cautivan de las variadas, escudriñan cada una de las nuevas, y ni aún así hallan descanso por cierto, ni se sacian de oír cosas; por que mientras no busquen á Jesús por la Pasion y la Cruz, de ningun modo llegarán á la verdadera dulzura interior, y al conocimiento de su Deidad. Porque sólo Jesús por su santísima Humanidad, da entrada á la Divinidad. Lo cual supo bien el bienaventurado San Pablo cuando dijo: *Que en él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios.* Y por eso desechando las palabras de la mundana sabiduría, se ejercitaba en la vida y Pasion de Cristo, diciendo: *Porque yo no he creído saber algo entre vosotros, sino á Jesucristo, y este crucificado.*

6. Considera bien esto, alma mia, y dejando todas las cosas curiosas y vanas, dirige la vista interior del corazon á Jesús Crucificado. Vela cuidadosamente en este tiempo, y ora con Jesús al Padre en el monte Olivete; para que como á él se le dió á beber el cáliz de la bendita Pasion, así también á tí se te conceda un vehemente afecto de amorosa compasion para con él. Porque más hallarás en las heridas de Jesucristo, que en la posesion de todo el mundo. Y la sola Pasion de Cristo causará en tu alma mayor asombro, que la contemplacion de todas las cosas criadas. Digo esto, para que más te inflames en la devocion de la Pasion de

Cristo, y despues medites con más diligencia, y ni un dia, ó una hora dejes pasar sin su recordacion. Porque todo quanto leas ú oigas en los diversos dichos y hechos de los Santos, lo hallarás mucho más abundante y sabroso en la vida y Pasion de Cristo. Ciertamente aventaja de muchos modos la veneranda Pasion de Cristo, á todas las pasiones de los Santos; porque todas estas pasiones fueron santificadas por la sola Pasion de Cristo; y así por su muerte se hicieron aceptables y meritorias. Por que él es el Santo de los santos, que tiene potestad de perdonar á los hombres sus pecados, que remunera todas sus buenas obras, y se entregó á sí mismo en ofrenda santa á Dios, por la redencion de todos los pecados.

7. Pues de tres modos especialmente aventaja la Pasion de Cristo, á las pasiones de sus escogidos; es á saber: en dignidad, en acerbidad y en fruto ó utilidad. En la dignidad, excede la persona del paciente, porque era el Hijo de Dios. En la acerbidad, se considera el gravísimo daño del cuerpo, que fué de nobilísima y tiernísima complexion. Mas en el fruto, aparece la redencion del género humano; porque por su muerte, que sufrió sin culpa, nos libertó de la eterna muerte, y nos mereció la entrada y la gloria de la celestial bienaventuranza. Y por eso así exhorta por el Profeta á todos sus fieles, para que consideren la grandeza de su dolor, diciendo: *Oh vosotros, todos los que pasais por el camino, atended y mirad si hay dolor como mi dolor.*

8. ¡Ay, ay, Señor! Cuántos pasan sin conside-

racion por delante de tí; conducen en público tu imagen con los ojos enjutos y el corazon insensible. Apenas miran de lejos al Crucifijo, corren por las iglesias sin reverencia ni genuflexion. Se apresuran por salir, más que por entrar; les gusta conversar, más que orar; el mundo los atrae á la plaza con más suavidad, que el canto celestial y divino al coro. Con dificultad pueden detenerse un poco de tiempo en tu alabanza; cuando tú, por espacio de largas horas lleno de muchos dolores y oprobios, estuviste pendiente de la Cruz, por la salud de ellos. ¿Dónde están, Señor, nuestros ojos, y en qué lugar hemos dejado nuestros oidos, para que no te atendamos? Conviértenos á tí, porque muy pronto nos hemos apartado de tí. Prontamente nos olvidamos de la gran caridad, que nos mostraste en tu sagrada Pasion. Siendo tú inocente, tantos tormentos, tan graves y tan indignos padeciste, de los hombres y por los hombres que tú mismo criaste; de tu misma gente y pueblo, á quien dispensaste tan innumerables beneficios desde los dias antiguos, hasta los presentes; y todavía permanecemos duros; y conmoviéndose por cierto los elementos insensibles en tu muerte, no se enternecen los corazones de los hijos de los hombres.

9. ¡Ay miserable y desdichado de mí, por la esterilidad y dureza de mi corazon; que tan presto me inquieto por una leve injuria, y por tantas contumelias de mi Señor Jesucristo nada me conmuevo! Siento una pequeña lesion del cuerpo, y no pondero las gravísimas penas de mi Señor. Cuán poca

caridad aparece, porque la cabeza es gravemente punzada, y el corazon no se duele de ello. Si somos miembros el uno del otro, ¿por qué no me compadezco? ¿y por qué no se parte el corazon de dolor? Señor mio, ¿qué diré á esto? ¿y qué haré, miserable de mí? ¿Por qué algunas veces me conmuevo por el hombre mortal más prontamente que por tí, Criador mio, Esposo inmortal? ¿Por qué la curiosidad de las cosas vanas me estimula más que tu suspension en la Cruz por mí? Por esto me duelo vivamente, porque estas cosas no pasan más al corazon, ni me hieren del todo, como justamente debieran. ¡Oh, qué vergüenza! que tan fácil soy para la risa, tan sensible para el propio daño; y tan tardo y árido para lamentar la amarguísima Pasion de mi Señor. Porque si alguna vez siento la compuncion, muy pronto la pierdo de nuevo; por eso no adelanto, ni llego perfectamente al sabor interior. ¡Ah, Dios mio! ¡que tantos bienes oigo de tí, y nada hago dignamente! Leo que tú has padecido cosas tan graves, y todavía me siento más duro que tierno. No es esta una señal de perfecto amor, ni un indicio de amorosa compasion. ¿Hasta cuándo seré insensible, y no me compadeceré del que padece?

10. ¡Oh dulcísimo y fidelísimo Jesús, que ahora pálido, acardenalado y pendiente de la Cruz, eres la única aspereza del alma desolada! concédeme en tan santo tiempo hacer dignamente memoria de tu Pasion, y por la amorosa compasion, penetrar en tus profundas heridas; donde olvidado de mí mismo, y acordándome de sólo tus dolores, no

desfallezca más en ninguna tribulacion; sino que me resigne libremente con tu voluntad. ¿Cómo puedo yo saber ó pensar que te amo, sino por el sufrimiento de las tribulaciones por tu Nombre? Porque padecer gustosamente de amor, y poder llevar todo trabajo sin queja es la retribucion más estimada que el hombre te puede presentar. Porque en esto se conocen los verdaderos amadores de la Cruz; es á saber: en el voluntario sufrimiento de cualquier penalidad. Y aunque ya seas impasible, y no estés sujeto á ningun padecer, sino que te hallas coronado de gloria y honor, y exaltado sobre todos los cielos, sin embargo, me es provechoso y de gran consuelo en mis sufrimientos el recuerdo de tu sagrada Pasion; que te contemple como si áun vivieras en carne pasible, es decir: preso y atado, desnudo, burlado, escupido, abofeteado, azotado, coronado de espinas, crucificado, amargado con hiel y vinagre, traspasado con una lanza, condenado con los ladrones, escarnecido, blasfemado, despreciado, desamparado, reprobado de todos, y por último muerto en la Cruz y con lamentos sepultado. No debo suprimir ni un solo punto; sino que de la selva Evangélica juntaré fielmente todas tus palabras y hechos; y no consideraré tan sólo tus obras maravillosas, sino que meditando abrazaré mucho más afectuosamente tus tormentos y vituperios, porque estas cosas me son más necesarias para la salud.

11. Tus prodigios, ínclito Jesús, me instruyen acerca de la fé y de la veneracion de tu santo Nombre; pero tus afrentas y duros azotes recibidos

por mí, me estimulan y encienden más á la benigna paciencia, á la humildad y á la perfecta caridad. Pero mucho ha de precaver el que tan sólo venera los prodigios, y únicamente considera en tí las cosas grandes, no reciba escándalo con la meditacion de tu ignominiosa muerte. Eres en verdad digno de admiracion en las obras hechas con divina virtud, y has de ser alabado en ellas sobre todas las cosas; mas con todo, no te desdeñaste sufrir pacientemente improperios y maldiciones, y por este motivo has de ser mucho más amado.

12. Considera, pues, estas cosas, alma fiel, y sé agradecida á Dios por todas ellas. En toda angustia y tribulacion debe ser tu consuelo el pobre y humilde Jesús, que en la mayor necesidad fué abandonado de Dios y de los hombres. No eres mayor que tu Señor, siervo perezoso é inútil, ni más inocente que Cristo, cristiano. Si él tanto padeció por tí, ¿qué harás tú por tí mismo, y qué retribuirás á él dignamente? Si así fué desamparado y entregado al desprecio el que era Hijo carísimo, ¿por qué llevas á mal si alguna vez eres desamparado y despreciado, tú que tan indigno siervo eres? Mira tu modelo celestial y memorial perpétuo. ¡Oh hermoso y muy amado Jesús Hijo de Dios! ¿qué admiraré más en tí, lo alto ó lo humilde? ¿Y qué observaré más, lo digno ó lo indigno? Empero ambas cosas á una, mejor y con más verdad. Hermoso y elevado te contemplo en la naturaleza Divina; pero deforme y despreciado en la figura humana, Aquello siempre lo conservas; esto lo padeciste por cierto

tiempo. Además, también para mi espíritu eres bello interiormente y amable, puro é inviolable; porque eres libre de culpa, aunque por fuera estés muy afeado, y aparezcas llagado. Por mis culpas has sido acardenalado, herido y crucificado.

13. Acaso se escandalicen los ojos corporales de los nécios y soberbios; pero no los de los amantes y devotos; pues más compadecen y lloran los que te aman en verdad. Con estos deseo vivir, que amándote de todo corazón, te siguen hasta la ignominia de la Cruz. No es escándalo para mí, sino grande honor y gozo. Porque tu fealdad, es mi hermosura; cada una de tus llagas y heridas, la sanidad de mi alma, y tu muerte, mi vida. En estas cosas vivo, y en ellas está la vida de mi espíritu. Me reprenderás si no me acordare de tí, si no me pusiere á la vista tu Pasion en el principio de mi alegría. Porque sé que eres el Santo de Dios, que quisiste padecer estos tormentos; y creo que por mis pecados de buena voluntad los padeciste.

14. Así pues, lloraré amargamente dia y noche, y mis lágrimas surcarán mis mejillas por el quebrantamiento y amarga Pasion de mi Señor. Lloró David con muy grandes lamentos sobre Saul y Jonatás su hijo, ¿y yo no lloraré la muerte de mi Señor y de mi Rey? Viendo Jacob la túnica de José su hijo, rasgó sus vestiduras con amargo llanto; ¿y yo podré enjugar las lágrimas, considerando la dolorosa muerte de mi Señor? Viendo José en su presencia á Benjamin su hermano uterino, al punto se conmovieron sus entrañas, y se agitó, y alzó la voz

con llanto, no pudiendo contener las lágrimas; ¿y yo, oyendo que mi Señor ha sido cruelmente sacrificado, oraré sin lágrimas? Nadie me lo aconseje, nadie me impida el dolor y gemido, porque de otra manera más me afligirá. Mi Señor derramó por mí su preciosa sangre; ¿y yo no derramaré por él un poco de llanto? Ojalá pudiera lamentarme de tal modo, que aún bastase á conmover conmigo á todos los hombres. No es de todos el llorar; pero es propio del alma devota lamentarse de interna compasion por el Señor; no para buscar la propia complacencia, sino para merecer mayor gracia.

15. ¡Oh amadísimo Jesús, esplendor de la eterna gloria! ¿Cómo mueres así, Sol de justicia? Padezca contigo mi alma, y quebrántese la dureza de mi corazon por el grande afecto de compasion, y esté hoy detenidamente ocupada en la memoria de tu Pasion. Comparezca fielmente en tu presencia con espíritu humillado y corazon contrito, y vaya contigo á todos los lugares de la Pasion y contemple con dolor todo lo que padeces; y tambien desee ardentemente padecer y morir contigo, recordando lo que David decia de su hijo Absalon: *¿Quién (dice) me diera que yo muriera por tí, hijo mio Absalon, Absalon, hijo mio?* Prevalció en David el paternal afecto sobre la muerte de su hijo que le perseguia, de tal manera, que lloraba amargamente su muerte, y deseaba morir por aquel que se habia empeñado en quitarle la vida. ¿Cuánto más debe prevalecer en mí un dolor de extraordinaria compasion, sobre tu inocente muerte, consumada por mí en la Cruz?

Más me debe mover el que por mí hayas sido crucificado y muerto, que si todo el mundo se hubiese dado en precio por mí.

16. Muera, pues, mi alma con la muerte bienaventurada, y mis postrimerías sean semejantes á mi Señor. Concédeme, Señor, la hora feliz de la muerte, y gozar contigo del dichoso descanso. Mayor ventura será para mí el morir ya contigo, que vivir una hora sin tí por más tiempo. Que si me fuere negado, haré lo que acostumbró hacer el devoto afecto. Buscaré el retiro con el fin de llorar más libremente. Haré memoria de tu muerte, y con ósculos íntimos del corazón, besaré muchas veces las señales de todas tus llagas. Nadie me hable hoy, nadie me moleste con algun consuelo, ni me indique alguna ligereza, porque no recibiré consolacion de criatura alguna, ni me impedirá llorar la amarguísima Pasion de mi Señor. Apartáos, apartáos, domésticos y extraños, dejadme estar solo y desolado, para que llore un poquito á mi amado, crucificado por mí. A causa del dolor falten lágrimas á mi cabeza, y no haya quien las enjугue, ni quien me consuele, sino aquel á quien lloro. Llorad conmigo, sol y luna, gemid conmigo, criaturas todas, porque hoy ha sido muerto nuestro Señor. Y es justo que todas estén en afliccion, cuando el Autor de la naturaleza padece; y todas se cubran de tristeza, cuando el Hijo de Dios sufre tantos tormentos. No me agrada hablar más, sino que sólo me gusta llorar, porque mi Dios clamando con grande voz entregó el espíritu. Salid, salid, copiosas lágrimas, y corred

hasta la tierra. Caed sobre el cuerpo muerto de mi amado Señor, y merecedme la vista interior del corazón; para que merezca ver algún día gozoso, al que ahora con afectuosos gemidos lloro crucificado. Sea para mí su sepulcro lugar de paz y descanso; para que su gloriosa Resurrección sea el fin de toda tristeza y dolor. Amen.

---

---

## DISCURSO XXIII.

---

De la Cruz de Jesús, que él llevó por nosotros.

1. *Tomaron á Jesús y le sacaron fuera: y llevando su Cruz á cuestras, salió para aquel lugar que se llama Calvario.* Agrada considerar este doloroso tránsito del Señor, y contemplar ante los ojos de la mente este tan triste espectáculo. Hé aquí el inocente Jesús, agobiado bajo el grave peso de la Cruz, conducido entre dos ladrones, y, ¡ay! arrastrado con vocería al público patíbulo. Él mismo estrecha á su pecho el leño despreciable con los brazos de su caridad; pone debajo de él sus espaldas desgarradas con los azotes, y el hombro santo, también todos los

débiles miembros de su cuerpo. Lleva la carga inmerecida, toma sobre sí el yugo no usado, y lo conduce al lugar que se le designa, para que produzca el fruto de nuestra salud, contra el veneno de la eterna muerte.

2. Gran ludibrio es para los impíos; pero un sagrado misterio para todos los fieles. Para los malos es el testimonio de su perdicion, porque crucifican al inocente: para los buenos es la señal de salvacion, porque le compadecen y lloran. La risa de aquellos se convertirá en llanto; el gemido de estos será en gozo. Anda, pues, el benignísimo Señor muy mansamente por el camino de la confusion. Sale voluntariamente fuera de las puertas de Jerusalem, sobre la que lloró en el día de las palmas. Sufre con paciencia la mofa de su crucifixion, que le hace su propia gente. No se queja de las injurias que recibe, ni se irrita al ser empujado violentamente hácia atrás. No llama á los Angeles en su auxilio, ni busca el socorro de sus amigos; sino que prosigue el camino sin resistencia, y obedece con prontitud á los malvados. Él solo lleva la gravísima carga, solo padece el oprobio de la confusion, mas no quiere sólo para sí el gozo del honor, porque desea conceder á todos los que en él creen el mérito de su Pasion. No se retira del camino de la Cruz por el afecto de su Madre, ni se detiene por las lágrimas de sus amigos, ni se inquieta por el alboroto de las turbas, ni se conmueve por la gritería de los perversos, ni se retarda en la obra comenzada por la falta de fuerzas, ni se confunde con la borrasca

de los escándalos. Con igualdad de ánimo permanece constantísimamente, libre y con tranquilo corazón camina á la lucha del suplicio; al modo que menospreció la gloria del mundo, así tambien sufre con serenidad la ignominia; atendiendo siempre á la gloria de su Padre, á nadie excluye de su caridad; sino que con vehemente anhelo desea cumplir el mandato del Padre decretado abeterno, y por su Pasion y Cruz, consumir la obra de la humana reparacion á él encomendada.

3. Ya demuestra en este preclaro ejemplo lo que útilmente enseñó primero de palabra: *El que quiera (dice) venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame.* Aquí tienes al antecesor en el más áspero camino. A Jesús, Hijo de Dios, al Conductor y Maestro de las gentes, para libertarlas. Sigue, pues, siervo fiel, al Señor; sigue, discípulo, al Maestro; imita á la insigne Cabeza, frágil miembro. Para que guiando él, llegues al reino de la eterna felicidad. Si deseas lo próspero y agradable, no temas lo adverso. Sigue, pecador, al justo; hombre, á Dios; criatura, al Criador; desterrado, al Redentor. Desecha el temor terreno, ármate de valentía, pelea como buen soldado venciendo á la naturaleza. Por la Cruz se va á la salud; por la pena se llega á la corona. No quieras avergonzarte de la ignominia de Cristo, si quieres contemplar el rostro glorioso de Cristo. Por tí lleva esta Cruz; por tí sufre tambien muerte de Cruz. Te da ejemplo de paciencia; con sus piés allana el camino de la aspereza; hace ver que la ignominia de la Cruz no

se ha de huir, sino que se ha de abrazar. Lleva el humilde Jesús la Cruz por los impíos, para santificarlos: padece dolores por los viles siervos, para hacerlos coherederos de su reino. ¿Quién no deseará ya sufrir las injurias y menosprecios de los hombres, habiéndolos soportado el inocente Jesús tan graves é indignos sin culpa? Porque más fácilmente aguanta el militar lo que ve practicar al Rey. Y así sube el Rey excelso, el Rey de reyes y de todos los señores á haber de pelear contra el príncipe de este mundo, no defendido con escudo, ni fortalecido con espada, sino armado y acompañado de la Cruz, el que habia de ser enclavado y muerto en ella por sus amigos. Viniendo, pues, al lugar del Calvario con el estandarte de la Cruz, eligió levantar allí el título de su nombre, y obrar el misterio de nuestra salud; conociendo que aquel lugar destinado á la confusion de los malhechores, habia de ser ilustrado con maravillosos prodigios; y el patíbulo de su Cruz convertido en honor; tambien en breve tiempo predicado por el mundo, y adorado de los Reyes y Príncipes de la tierra.

4. Pues que es el venerable signo de la Cruz una insigne honra en la milicia Cristiana, y singular defensa sobre todo género de armas, y un escudo inexpugnable contra el furor y el espanto del diablo. Allí, pues, Jesús, porta-estandarte de la Cruz, príncipe y patrono de todos los crucíferos, se detuvo en medio del horrendo hedor, que por los cadáveres de los ajusticiados fué aquel lugar muy despreciado é inmundo. Allí luego es despojado de

sus vestiduras, y el desnudo elevó á la carne desnuda, y rogó por los que le crucificaban. Allí el Omnipotente, como si no tuviese ningun poder, permitió ser extendido en modo de Cruz y fijado con clavos, traspasado con una lanza y mofado de los perversos. Allí privado de todo humano consuelo, dejó la forma de la perfecta abnegacion, y el ejemplo de la exterior pobreza. Allí con el contacto de su sagrada carne consagró el árbol de la vida; y con la efusion de su preciosa sangre dedicó el ara de la Cruz. Allí consumó todos los sacrificios del antiguo Testamento, figurativos de su Pasion; y se ofreció á sí mismo al Padre, hostia en olor de suavidad por la salud del mundo. Allí por obediencia terminó su vida en la Cruz con una feliz lucha; muriendo venció por completo á la muerte, abrió las puertas del paraiso, y llevó consigo al Ladron penitente por la tarde, á los prometidos gozos.

5. Puesto que Jesús que fué sin pecado, condujo su Cruz en sus propios hombros, lleva tú tambien tu Cruz, porque muchas veces pecaste gravemente, y mereciste con razon la eterna pena. El camino de la Cruz parece áspero y trabajoso á los de poco espíritu; pero su fin es alegre y provechoso, y para los que aman es dulce y saludable. ¿Acaso, no es mejor ahora llevar la vida triste y penosa por Cristo, y compadecer al Crucificado, que despues de un corto gozar de la corruptible vida, ser atormentado eternamente en el infierno por el diablo? Porque tanto más grato serás á Dios, y digno de mayor gloria en el reino celestial, cuanto más gra-

ves dolores y trabajos padecieres ahora por el nombre de Jesús, no atendiendo á los consuelos temporales, sino á la Pasion de Cristo, y á los penosos caminos de los Santos, que pasaron por muchas tribulaciones. Prontamente pasa como sombra toda pena temporal é injuria sufrida; más durará en el cielo por voluntad de Cristo la gloria perenne del galardón, que se te dé al fin de la vida por la buena paciencia. Procura, pues, seguir el camino de la Santa Cruz, y llevar en el corazón la dolorosa imagen de Jesús crucificado, é imitarla varonilmente en el cuerpo frágil, cuanto puedas. Niégate con gusto á tí mismo, y recomienda confiadamente todas tus cosas á la divina voluntad, que tanto hizo y padeció por tu salud. Pues nunca podrás darle dignas gracias por el menor punto de su Pasion, aún cuando pudieses padecer los tormentos y trabajos de todos los Santos Mártires. Mas ¡ay!, porque tan tibiamente sigues la Cruz del Señor; porque no te compadeces con más vehemencia de los dolores de Cristo; porque no le sirves con más fervor ni le das incesantes gracias, que de tanto precio te estimó, y tanto te amó sobre todas las criaturas, que no rehusó morir por tí, y con su inocente muerte librate de la eterna muerte. Pues estarias eternamente condenado, si Cristo no hubiera sido crucificado y muerto por tí. Porque ¿quién pudo satisfacer por todos los pecados de los hombres, sino Jesucristo, Hijo de Dios, Cordero inmaculado?

---

---

## DISCURSO XXIV.

Del mérito de la Pasion del Señor, y de la dignidad de la Santa Cruz.

1. *Nosotros debemos gloriarnos en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo, en la que está nuestra salud, vida y resurreccion.* Estas palabras se leen y cantan en la Santa Iglesia, en elogio de la Santa Cruz, en las cuales se recomienda el mérito de la Pasion del Señor, que aventaja muy justamente á todos los sacrificios legales, y á todos los trabajos y virtudes de los Santos. Porque en la Pasion y Cruz de Cristo consiste plenísimamente nuestra verdadera salud, y la redencion del género humano; por la cual Cristo nos redimió, y satisfizo por nuestros pecados á Dios Padre, y vencida la muerte nos abrió las puertas del paraiso. Esto se demuestra en el ladron que estaba pendiente de la cruz, á quien se dijo: *Hoy estarás conmigo en el paraiso.* ¡Oh admirable clemencia de Dios! ¡Oh suavísima respuesta! ¡Oh saludable bendicion de la Cruz, que absuelve al ladron de todo reato, y entre los Cristianos lo introdujo primero en el paraiso!

2. Den, pues, á Cristo las gracias todos los fieles, signados con la señal de la Santa Cruz, lavados

y purificados con la sangre de Cristo, redimidos con la Pasion de Cristo, vivificados con la muerte de Cristo, sanados con las llagas de Cristo, mitigados con los dolores de Cristo, honrados con los oprobios de Cristo. Digan todos y cada uno con devoto corazon y voz unánime para honor del Crucificado, para confusion del diablo, para exaltacion de la Santa Cruz, para conseguir la esperanza de la salud eterna, para tener firme confianza en la hora de la muerte: digan, lean, canten, publiquen, piensen y repasen las palabras suavísimas, y en verdad santísimas y más agradables á Dios que todos los aromas: *Nosotros debemos gloriarnos en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo.*

3. Feliz el alma á quien penetra en el corazon la acerbísima Pasion de Cristo, y cada dia se ejercita en ella meditando, leyendo y orando. Bienaventurada la que lleva su cruz, renunciando á todo lo terreno, y cualquiera cosa contraria que le ocurre ya de adentro ya de afuera, todo lo sufre pacientemente y calla por Cristo. Porque esto es gloriarse en la Cruz, gozarse en la tribulacion por Cristo; abstenerse de las delicias de la carne, huir de los honores, dejar la propia voluntad y obedecer humildemente hasta la muerte. Hacer esto es imitar á Cristo por la Cruz, y amarle con verdad. Porque en esto conoce Cristo quién es el que pertenece á él, y quién es el que más le ama; si se esfuerza por conformarse con su Pasion, no sólo con el pensamiento, sino tambien con la cotidiana mortificacion.

4. ¿Y quién es idóneo para esto? ¿Piensas que se hallará álguien pronto á llevar la Cruz? Grande y profundo misterio es la palabra de la Cruz, que no todos comprenden, antes bien muchísimos aborrecen la Cruz y la huyen; sin embargo, ella conduce á la vida eterna. ¡Oh Cruz en verdad bienaventurada, cuánta dulzura tienes en el interior, y cuán gran virtud comunicas contra la enfermedad de todos los vicios y dolencia del corazón! ¡Oh árbol de la vida, precioso, ilustre, salutífero y bendito sobre todos los árboles del paraíso, digno de ser honrado de los Ángeles, adorado de los hombres, besado por labios devotos y abrazado con brazos extendidos. Por tí hemos sido libertados y reconciliados con Dios; pues éramos por naturaleza hijos de ira, y siervos condenados. Por tí vino el gozo al mundo, la tristeza y llanto al infierno. Tú eres la salud de los creyentes, la gloria de los Apóstoles, el escudo de los Mártires, la virtud de los Confesores, la diadema de las Vírgenes, el consuelo de las Viudas, la fortaleza de los ancianos, la enseñanza de los jóvenes, el espejo de los Religiosos y el refugio de los atribulados.

5. ¡Oh Cruz, más brillante que los astros, más hermosa que la luna, más pura que el sol, que iluminas el cielo, penetras en el infierno, ahuyentas á los demonios, protejes á los hombres, aterras á los malos, alegras á los buenos, abates á los soberbios y exaltas á los humildes! ¡Oh Cruz gloriosa, signo admirable, estandarte insuperable, escudo impenetrable! ¡Oh dulce leño, digno

de todo honor! Tú llevaste al Rey de los cielos, y sostuviste en tus brazos al Hijo de Dios moribundo. Por tí se honran y reverencian todas las señales de la Cruz, de cualquier materia que sean, y en cualquier lugar que se hallen. A tí se inclinan el Rey y el Príncipe, el Señor y la Señora, el siervo y la sierva, el rico y el pobre, el monge y el clérigo, el maestro y el discípulo; todo fiel, de toda edad y sexo, te adora, te alaba y te bendice por Cristo, que en tí estuvo clavado y á todos nos redimió.

6. ¡Oh Cruz bendita! pues que por tí se bendicen todos los Sacramentos de la Iglesia, se consagran los Sacerdotes, se ungen los enfermos, se aseguran los sepulcros, se esculpen las imágenes, se pintan las paredes y se adornan los altares.

7. ¡Oh Cruz hermosísima, consagrada con el cuerpo de Cristo, y engalanada con sus miembros, como con preciosas margaritas, enrojecida con su rosada sangre, taladrada con los clavos y fijada en la tierra! Tú extiendes tus brazos por las cuatro partes del mundo, atrayendo á tí y abrazando todas las cosas que están en el cielo y en la tierra.

8. ¡Oh Cruz nobilísima, fortísima sobre todo género de armas, que vences al mundo y á los demonios y no temes ningun suplicio de muerte! Tú, en toda angustia y necesidad, tanto en la vida como en la muerte, eres auxilio segurísimo y consuelo singular.

9. ¡Oh Cruz amantísima, escogida por Cristo, y llevada sobre sus hombros al monte Calvario, no separada de él antes de la muerte; junto á la

cual estaba María, Madre de Jesús, llena de dolor, con el amado discípulo Juan y la piadosa Magdalena! Ruégote que me asistas y protejas siempre, aquí y en todas partes, de dia y de noche: no prevalezca contra mí el enemigo maligno insidiador de las almas; sino defiéndeme y fortaléceme con la sacrosanta señal de tu poder; para que persevere en recta fé, esperanza firme y caridad perfecta, por aquel que murió en tí por mí.

10. ¡Oh Cruz fortísima y muy digna de todo honor! Hé aquí que en tu presencia tiemblan los perversos espíritus infernales; tambien bajo tu poder se encorvan los imperios, á tí doblan las rodillas en los cielos y en la tierra. Porque por tu virtud se obran en muchas partes prodigios y milagros, y cesan los relámpagos y truenos. Tambien es muy buena guarda y firmísima defensa en las guerras y lugares peligrosos, y en los riesgos del mar y del aire.

11. ¡Oh Cruz santísima, digna de ser muy venerada, honrada, íntimamente amada, grabada en el corazon é impresa en la frente y en el pecho! Ruego piadosamente, pido con instancia, que me defiendas en toda tribulacion. Salva, libra, bendice, santifica todos mis miembros; dirige mis sentidos, todas mis palabras y obras mientras estoy en esta vida. Para que por tí me reciba, el que por tí me redimió, Jesucristo mi Señor, por mí crucificado.

12. ¡Oh Cruz, árbol salutífero, elevado sobre todos los árboles! Tú eres más alta que el cedro,

más olorosa que el ciprés, más hermosa que la palma, más preciosa que el bálsamo, más pingüe que la oliva, más fecunda que la vid, más dulce que la breva, más verde que el boj, más encarnada que la rosa, más saludable que todos los aromas y drogas, más eficaz que todos los medicamentos y emplastos. Tú sanas las almas y los cuerpos. Tú mitigas los dolores y enjugas las lágrimas. Tú das esperanza á los pecadores y prometes premios á los justos. Tú concedes el perdón á los penitentes y usas de gracia y misericordia con todos los que recurren á tí. Tú infundes copiosa bendición á los devotos, manifiestas la luz á los que yerran, compunges los corazones, no cesas de llevar por el orbe el óleo del consuelo á todos los fieles, y hasta el fin de los siglos no cesarás de producir fruto de eterna vida, por la virtud de nuestro Señor Jesucristo, crucificado para la salud del mundo.

13. ¡Oh Cruz dulcísima, frondosísima de hojas, cuajadísima de flores, fertilísima de frutos! Tú tienes la primacía y dignidad sobre todas las imágenes que representan la Sagrada Pasion de Cristo, donde quiera que fuere predicado ú oído el nombre de Jesús. Y así por la reverencia del divino poder que en tí se oculta, justamente eres adorada, venerada y honrada de todos. Tú en iglesias y capillas, en claustros y castillos, en ciudades y aldeas, en entradas y puertas, en paredes y ventanas, en torres y tejados, en pavimentos y sepulcros, en altares y artesonados, en casullas

y estolas, en túnicas y capas, en frenos y banderas, en libros y cartillas, en mesas y bancos, en cámaras y celdas, en diversas obras y pinturas imprimes y estampas el sello de tu virtud. Tú tambien eres primorosamente guarnecida de oro y plata, brillantes y piedras preciosas. Tú eres reverentemente compuesta y revestida con púrpura y Holanda, con lienzos y sedas, con guirnaldas y rosas, por la insigne imágen de nuestro Redentor en tí triunfante y pendiente. Todos estos devotos obsequios te son dignamente ofrecidos por los fieles, en reparacion de la gran confusion y mofa que recibiste de los pérfidos Judíos en la Pasion de Cristo. Justo es, pues, oh buena y Santa Cruz, que seas compañera del honor y la exaltacion, puesto que fuiste partícipe de la humillacion y tristeza. Mas ninguno de los mortales podrá ofrecer suficiente alabanza y honor á tu dignidad, áun cuando poseyese las virtudes de todos los Ángeles, ó brillase con los milagros de los Santos. Toda alabanza y honor es inferior y mucho menor en las palabras, que lo que requiere tu dignidad; porque á causa de los beneficios de Cristo dispensados copiosamente á nosotros, y de tu perseverante union con Cristo en el artículo de la muerte, con razon se te deben los mayores elogios de alabanzas.

14. En esto se conoce principalmente la fidelidad de la amistad, cuando alguno asiste, compadece y obsequia á su amigo en la extrema necesidad, y persevera inseparable compañero hasta la muerte. Así lo hiciste ciertamente, oh fidelísima

Cruz, con nuestro Salvador y Señor Jesucristo; que primero te llevó con mucho trabajo sobre sus hombros, y tú á tu vez recibiste benignamente á tu Criador en tus brazos. Mas no abandonaste en el fin á este tu amante, por quien fuiste tan cle-  
mentemente abrazada y muy lejos conducida. Por lo cual tambien te has hecho para los verdaderos Cristianos y crucíferos, espejo de paciencia en la mortificacion de la carne; y los amadores de la Cruz te alaban como la vencedora de todos los trabajos, y dadora de los premios eternos; como aparece bien claro en los bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Andrés, que ambos llegaron á Cristo por medio de la Cruz.

15. ¡Oh Cruz en gran manera venturosa y sobre todos los devotos consuelos, digna de ser amada, de ser tenida siempre en la memoria y tambien ante los ojos! Tú eres el reclinatorio del Santo de los santos; que no teniendo donde reclinar su cabeza dolorosa y enferma, tú fuiste su almohada. Tú eres el lecho de la llagada espalda de nuestro Salvador, no blando, ni florido; sino duro, áspero y muy estrecho. Tú no permitiste que nadie contigo morase, ni descansase, ni se reclinase entre tus brazos, sino el Santo y Deífico cuerpo de Jesús, nacido de la Vírgen, de quien en diversos lugares mereciste ser tocada, rociada y consagrada con su preciosa sangre. Tú, el escabel de los santos piés del Hijo de Dios puesto en agonía. Tú eres el altar del sumo Sacerdote, en el que Cristo se ofreció á sí mismo por nuestros pecados, hostia á Dios

en olor de suavidad. Tú, el arca de la alianza del Señor, que contiene al Autor de ambos Testamentos. Tú, la urna de oro, que conserva el maná escondido, el verdadero cuerpo de Cristo inmolado por nosotros. Tú eres el gazofilacio del Rey altísimo, lleno de tesoros celestiales, en el que se contienen las reliquias más sagradas de toda la tierra; á saber: el cuerpo del Señor, los clavos sangrientos, la corona de espinas y todas las preciosas llagas.

16. ¡Oh Cruz en verdad Santa: cuán magníficamente has merecido ser hermoseedada, enriquecida y honrada por Dios! Porque estás adornada con tantos bienes y sagradas reliquias, que ningun relicario, ningun gabinete, ninguna aula régia, ninguna casa de marfil, ninguna columna de mármol ha de ser comparada á tu dignidad. Con razon, pues, y justamente con toda devocion la tierra toda te adore, y entone cánticos á tí; salmee á tu Nombre por los siglos de los siglos, en honor del Crucificado. Así, pues, lea y medite frecuentemente toda alma fiel, las palabras escritas de la Santa Cruz, y diga con el bienaventurado Apóstol Pablo: *Mas nosotros debemos gloriarnos en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo, en quien está nuestra salud, vida y resurreccion.* Amen.

---

## DISCURSO XXV.

Del copioso fruto que reporta la memoria de la Pasion del Señor, y de su agradecimiento.

1. *Considerad atentamente á nuestro Señor Jesucristo, el cual sufrió contradiccion de los pecadores contra su persona; para que no os fatigéis, desfalleciendo en vuestros ánimos.* Muchos bienes trae al hombre la memoria de la Pasion de Cristo; y cuanto más frecuente y atentamente se piensa en ella, tanto más dulcemente sabe y más fuertemente conmueve. Porque es el incentivo del divino amor; es la enseñanza de la paciencia; es el consuelo en la tribulacion. Es la fuga de la disolucion; es la materia de la santa compuncion; es el ejercicio de la devocion interior. Es la exclusion de la desesperacion; es la esperanza cierta de la remision de los pecados; es la útil recuperacion del tiempo malamente pasado. Es la mayor confianza en el artículo de la muerte, para que no desespere el hombre de sí mismo. Es la reconciliacion del divino rigor, en el juicio futuro. Es la mitigacion de la angustia de la turbacion; es el sufrimiento de la dura reprehension.

Es la expulsion de los malos pensamientos; es la represion de la tentacion carnal. Es la informacion de la humilde sujecion; es la confortacion del dolor corporal. Es la repulsion del honor del siglo; es la reconvencion de la riqueza temporal. Es la deliberacion de la voluntaria pobreza; es la abdicacion de la propia voluntad; es la refrenacion de la supérflua necesidad. Es la excitacion de la vida tibia; es la inflamacion de la fervorosa enmienda. Es la imetracion de la más abundante gracia y la introduccion del celestial consuelo; es la comprobacion de la fraterna compasion. Es la preparacion de la divina contemplacion; es el aumento de la futura bienaventuranza. Es el alivio de la pena presente; es la purificacion del fuego venidero; es gran satisfaccion por los pecados cuotidianos. En estos y otros muchísimos bienes abunda y resplandece la Pasion de Cristo, devotamente considerada, frecuentemente leida, y atentamente meditada. Esto lo conoce y gusta mejor el alma consagrada á Dios, extraña para el mundo, amiga de la soledad, guardadora del silencio, humilde de corazon y tranquila de cuidados. Este santo recuerdo agrada sumamente á Dios, alegra á los Ángeles, edifica á los hombres, purifica la conciencia, desecha el tedio, calma los dolores, endulza las amarguras, reprime la ira, y enfrena la concupiscencia. Verdaderamente la Pasion de Cristo es el tesoro escondido de Dios, la plenitud de todas las virtudes, la perfeccion de la piedad y la suma de toda santidad.

2. Mas ¡ay! cuánta es la ingratitud del hom-

bre, cuántos los deseos del corazón humano, cuánta negligencia en el recuerdo de los beneficios de Dios, que son tantos, tan grandes y preciosos, que no pueden ser estimados ni dignamente explicados por nadie. Entra, pues, en tu corazón, oh siervo de Cristo, y dejadas las cosas vanas y perecederas, recorre los beneficios de Dios, y principalmente medita con frecuencia y detención en la Pasión de Cristo; para que así te inflames grandemente en su amor. Entonces serás agradable á Dios, y tendrás el corazón muy alegre y tranquilo, si te acordares de los beneficios de Dios, de quien recibiste todo bien, y devotamente le dieres gracias. Mucho, pues, te has de doler de esto; porque nunca tributaste dignas gracias á Dios por sus inmensos beneficios. Mas ni aún puedes ofrecérselas suficientemente, aún cuando no vacaras á otra cosa. Debes, sin embargo, procurar levantar el corazón á Dios, y cuanto puedes, considerar con grande atención los divinos beneficios.

3. ¡Oh cuánto te amó, el que manifestó tantas maravillas en la hermosura de las criaturas, para que de las cosas sensibles del mundo tuvieses pronta materia de dar siempre gracias á Dios, que te crió á tí y á estos bienes! Por lo cual, procura servirle con suma reverencia y con alegría del corazón, como los Santos Ángeles en el cielo, según que es posible en frágil cuerpo, y en el estado de la vida presente, que en comparación de la futura bienaventuranza, mejor se ha de llamar cárcel del alma. Pues por esto, Dios se dignó hacerse hom-

bre, padecer y morir crucificado; para que por su pasión, cruz y muerte, te mostrase cuanto te amaba; por lo cual tanto trabajó y sufrió. No seas, pues, ingrato, ni olvides nada de lo que hizo nuestro Señor Jesucristo en la tierra; sino con cuidado repasa las grandes obras de Dios, dadas abundantemente á todo el género humano. Que áun prometió bienes mucho mayores, y te los dará con seguridad en los cielos, siempre que fueres agradecido por los bienes presentes, y permanecieres fiel en lo poco hasta la muerte.

4. Gran vicio es la ingratitud, y muy vituperable con Dios y con los hombres. Pues indigno es del divino beneficio, el que no da gracias á Dios con devoto corazón. Ni merece recibirlos mayores, el que se envanece en algo, ó trabaja con negligencia habiéndosele concedido un solo talento. Cosa grande es en verdad, que Dios se digne dar algo al hombre. Ni debe reputarse poco, lo que tan gran Señor, y excelso sobre todos, da al hombre pobre y pecador, que nada digno tiene para retribuirle. Sea, pues, Dios muy amado, esté siempre su alabanza en la boca, y recíbase lo pequeño como grande. Todo se le remunere, todo se le agradezca, que todo ciertamente lo dió, y favoreció al indigno. Dios no desea otra cosa, sino que puramente se le ame y por todo se le alabe dignamente; hasta que sobre todas las cosas amándole, alabándole, honrándole y dándole gracias, el hombre sea beatificado perpétuamente con Cristo. Amen.

---

## DISCURSO XXVI.

Del útil ejercicio de la Pasion de Cristo.

## LA VOZ DEL ALMA.

1. *Yo para mi amado, y la vuelta de él hácia mí.* Entre los amados agrada la mútua conversacion, y se desea la reunion solitaria, cual tambien sucede muchas veces entre el alma devota y Jesús Crucificado. Esta, pues, dice: Yo para mi amado soy esto que soy, y fuera de él no busco á otro alguno. A él sólo deseo atender, á él sólo totalmente me encomiendo; porque él cuida mucho de mí, y sin duda su vuelta es hácia mí. No quiero, pues, que mis ojos miren á parte alguna; sino que todo mi corazon se convierta á mi amado, que por mí padeci6 y fué crucificado, además todo llagado de amor y cubierto de heridas. En otro tiempo le busqué Niño llorando en el pesebre; mas ahora deseo contemplarlo pendiente en el madero. Porque como entonces me dirigí para adorar al Chiquito recién nacido, así tambien ahora me vuelvo al mismo para llorarle entregado á la muerte por mí.

2. De todas estas cosas es amado para mí, el que todo se dió á mí: por mí ciertamente nació, por mí en verdad padeció y fué sacrificado. Algunas veces derramó lágrimas de compasion; mas ahora da su preciosa sangre. Hé aquí cómo me amaba el que se entregó á la muerte para librarme de la muerte. ¿Acaso no debo yo con razon, dejadas todas las cosas, volverme á buscar, poseer y abrazar á este amado, cuya inefable dileccion me contempla sin cesar? Mas se verifica su vuelta especial hácia mí, cuando con estímulos del amor interno, me excita á renovar la memoria de su Pasion y me pide darle gracias, y conformarme con él de todo corazon, porque en ninguna cosa tanto trabajó por mí. Allí me descubre el misterio de la redencion, y me instruye cumplidamente para gustar las cosas de Dios. Porque está sobre el hombre esta sabiduría que viene de arriba, enseñando y persuadiendo no gloriarse en otra cosa sino en la Cruz de mi Señor Jesucristo, en el que consiste toda mi salud y redencion. *Por el cual tambien el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo; á fin de que guste decirle con fiadamente: Yo para mi amado, y la vuelta de él hácia mí.* Mucha dulzura me parece que hay oculta en esta palabra; y aunque yo no lo percibo todo, sin embargo, no desconfío recibir siquiera un poco. Solamente con que se vuelva el amado hácia mí, y me diga lo que guste, sé que no hablará en vano.

3. Dime, amado Jesús, la palabra de tu misterio, la palabra de tu Pasion y tu Cruz, que manifestamente obraste en carne; porque no todos en-

tienden la palabra de la Cruz; que ciertamente á unos les parece escándalo, mas para otros es necesidad; pero para mí es virtud y sabiduría de Dios, y tambien salud del mundo y vida eterna. Si alguno lo entiende de otra manera, es infiel y mentecato y llevará contra sí el juicio de Dios.

#### LA VOZ DE CRISTO.

4. Mi Pasion, dice el amado, es como una excelente yerba aromática, de muy buen olor y dulcísimo sabor; la cual meditada atentamente en el corazon, y bien desmenuzada como en un morterillo, esparce un olor, que cura la enfermedad y flaqueza de todos los vicios. En ella ciertamente hallarás la medicina de tu alma, y el perfecto consuelo en cualquier afficcion. Mas conviene que procures conformarte á ella, ó con frecuencia te ejercites en esto de todo corazon. Porque entonces principiarás á vivir religiosamente, aprovecharás mucho en las virtudes, y morirás en paz, si me imitares en la vida y en la muerte por la pasion y la cruz. Mas ¡ay dolor! Yo estoy abandonado en mi casa y arrojado hácia atrás. Porque me veo muy lejos y rechazado de los corazones de muchos, para los que mi vida es insípida, á los que mi Pasion no conmueve, ni atrae, ni les llega al corazon como debiera; sino que se embarazan en las cosas vanas y supérfluas. Consideran cuidadosamente su cotidiana miseria y necesidad, y buscan de qué modo eviten los males temporales;

pero rara vez ó muy poco reflexionan cuánto padecí por ellos. Son miserables y dignos de compasion, llenos de cuidados y quejas, que poco pueden padecer por mí; pero desean hacer mucho por su voluntad; que aún no sienten casi ningun trabajo por satisfacer su deseo. ¡Ay de los tales!, no sacan el fruto saludable de mi Pasion; sino que por la excesiva blandura que tienen consigo mismos, incurren en grave ruina del alma. Porque si quisieran sanar perfectamente, y ser libres de las pasiones, acudirian con toda humildad á los verdaderos remedios del alma, escondidos en mi Pasion, y con el mérito y virtud de ella, se harian más fuertes, y aprenderian á sufrir pacientemente todas las cosas contrarias. No es sabrosa mi Pasion, sino á los que la meditan mortificada y detenidamente, y desean con ardor imitarla. Es árbol de vida para los que la alcanzaren, y el que bien la sigue será feliz en su obra. Porque al presente conseguirá mayor gracia, y despues la eterna gloria.

5. Recoge, pues, tus sentidos, y permanece contigo mismo, apartando toda turbacion. Despues toma un breve punto de la Pasion, y con diligencia lo meditas, segun las circunstancias del tiempo. Pues que esto, traído á la memoria cada dia, gustará más y más y confortará é inflamará al que medita. Porque todo el provecho y perfeccion espiritual se encuentra en la Pasion; pero no gustan estos bienes, sino los que la aman y la desean imitar. Para los carnales y mundanos parece amarga y dura; mas para los piadosos y devotos es dulce y consola-

dora. Por los que aspiran á los honores ó la posesion de bienes terrenos, buscando en todas partes la propia utilidad, estos no convienen con mi Pasion ni pueden gustar su interna dulzura. Pero el que procura menospreciar el mundo y tambien crucificar su propia carne con sus vicios y concupiscencias, este halla gran consuelo, y sentirá particular devocion en mi Pasion. Porque á tal alma yo le digo: *Paloma mia, en los agujeros de la peña, en la concavidad de la albarrada.* Tambien á esta le inspiro frecuentemente aquello que dije á cierto amado discípulo: *Mete aquí tu dedo y reconoce los lugares de mis clavos,* y no seas pusilánime y temeroso, sino fuerte y magnánimo en la imitacion de mis padecimientos. Y tendrá seguro refugio en la llaga abierta en mi costado derecho, cualquiera que procure negarse á sí mismo, y desprenderse del afecto á las criaturas. Allí tambien vendrá á ser más libre para visitarme en la profunda llaga del amor, donde ya no tendrá inquietud alguna por el consuelo criado. Porque yo atraigo á mí mismo todo su espíritu, para que en sí no sienta lo que siente mi llagado corazon. Hazte, pues, extraño á todo negocio terreno, desecha los vanos cuidados, aléjate de amigos y conocidos, consérvate puro y libre de todo, para que puedas entrar al amado, por la puerta de la llaga del costado. Lleva tal afecto, cual tuvieron las santas mujeres que me contemplaron pendiente de la Cruz, y amarguísimamente me lloraron como á su hijo unigénito. Porque entonces podrás en verdad conocer y probar, cuánto puede mi Pasion en el co-

razon del que ama, si te revistieres de entrañas de amorosa madre; si juzgares de corazon que nada se ha de amar como á mí; porque de la magnitud del amor se saca la magnitud de la compasion.

## LA VOZ DEL ALMA.

6. Bien y muy bien me deleitan tus palabras, Señor mio Jesucristo. Por lo cual te ruego, que si bien no puedo imitarte perfectamente en todas las cosas, me concedas, no obstante, padecer contigo un poco. Levantaré, pues, los ojos de mi corazon á mi Señor clavado desnudo en la Cruz. Consideraré atentamente cada una de las llagas y heridas de tu cuerpo, y con particular devocion abrazaré y besaré tus manos llagadas y piés taladrados con los clavos. Despues entraré en la llaga abierta de tu costado, como en la cámara de mi amado que duerme; donde viviré ocultamente, y estaré resguardado de todo daño, y reposaré con feliz descanso y paz divina. No temeré los males, cualquiera que sean los que me causen, ni lo que con desprecio se diga ó juzgue de mí; con tal que tú estés y permanezcas conmigo. Yo estaré seguro en tí, y moraré en tu costado dia y noche. Tú eres más fiel amigo que todo este mundo. Tú el muro para la defensa, más fuerte que todo el ejército de los Angeles. Y por eso nunca debo olvidarme de tí; sino que cuando la posibilidad y flaqueza lo permitan, recordaré con dolor tu amarguísima Pasion. De la cual, sin embargo, nin-

guna criatura completa y dignamente puede pensar, hablar y escribir bastante, áun cuando todas ellas no se ocupasen en ninguna otra cosa; porque excede á toda inteligencia de criatura que tú, oh Dios, Criador de todas las cosas, seas hecho hombre, y te hayas dignado morir por el hombre.

7. Ruégote, pues, Señor, humildemente, que á mí pecador me mires con misericordia, y por tu inflexible gracia ilumines mi interior, lo visites con frecuencia, lo riegues con lágrimas, lo muevas y purifiques con la compuncion; para que con la diligente meditacion de tu Pasion, renueves y enciendas, al que con tu preciosa sangre redimiste. Concédeme que aproveche devotamente en ella, y reciba siempre de allí los saludables remedios de todas mis pasiones. Ojalá penetre en mi corazon más profundamente que hasta aquí, y así me excite y mejore, como á muchos santos y santas, que con frecuencia inflamó y compungió; para que tambien refleje en mi vida la semejanza de tu muerte, por la operacion del espíritu y la mortificacion de la carne; y pueda yo decir aquellas memorables palabras del Apóstol: *Estoy enclavado en la Cruz juntamente con Cristo.* Y del mismo modo publicar aquellas afectuosísimas palabras contra todos los carnales y presumidos sábios del mundo: *De aquí adelante nadie me sea molesto; porque yo traigo en mi cuerpo las marcas de mi Señor Jesucristo.* Llevaba el bienaventurado Apóstol Pablo tus gloriosas y preciosas marcas en su cuerpo, cuando además de la cotidiana memoria de tu Pasion, se gozaba con todo el afecto del corazon en

ser exteriormente afligido y vilipendiado por tu Nombre; y cualquiera cosa que sentia grave para el cuerpo, ó molesto para el espíritu, todo esto lo juzgaba leve y muy tolerable, por la amorosa consideracion de tus llagas. Y por eso exhortaba á todos los fieles tus amadores, diciendo: *Traigamos siempre la mortificacion de Jesús en nuestro cuerpo, para que la vida de Jesús se manifieste tambien en nuestros cuerpos.* Procura tú tambien, alma mia, hacer de tal manera esto mismo, principalmente en estos dias en que la Iglesia hace venerable memoria de la Pasion del Señor, y con triste ánimo y devota atencion dirige el ojo de la contemplacion allí donde entendieres que Jesús estuvo por tí en más graves penas. Di afectuosamente con la esposa, acordándote siempre de tu Esposo, por amor del crucificado: *Yo para mi amado, y la vuelta de él hácia mí.*

---

## DISCURSO XXVII.

---

De siete notables puntos para meditar  
en la Pasion de Cristo.

1. *Atended y mirad si hay dolor como mi dolor.* Entre todos los beneficios de Dios dispensados al género humano, la Pasion de Cristo sobresale en gran manera y conmueve más los corazones. Por

eso el alma se debe desvelar por hacer memoria de tan gran beneficio, y meditar atentamente con tiernos afectos del corazon la amarguísima Pasion de Cristo; porque esto es grato para Dios, y provechoso para el que medita. Porque cada una de las llagas son medicina de las almas, y los duros golpes de los azotes son señales del divino amor, y purificacion de nuestros pecados. ¡Oh cuántas gracias debo dar á Cristo por cualquier azote y cruel herida que padeció en su cuerpo, por mi vil pecador!

#### QUIÉN PADECE.

2. Considera, pues, lo primero quién es el que esto padece; lo segundo de quiénes padece; lo tercero cuánto padece; lo cuarto por quiénes padece; lo quinto cuán largo tiempo padece; lo sexto en qué lugares padece; lo séptimo en qué miembros padece. Mucho ayuda, pues, para la íntima compasion, si se consideran por su órden estos siete puntos notables. Porque si atiendes á la persona del que padece, ninguna es más digna, ninguna mayor, ninguna más santa, ninguna más excelente. En verdad este que padece es el Hijo de Dios, Unigénito de Dios Padre, Primogénito de la Vírgen María, concebido por el Espíritu Santo, lleno de santidad y gracia, esclarecido en portentos y maravillas, que vivió en el mundo sin pecado. Él es el verdadero Cordero de Dios sin mancha, prefigurado en la ley, vaticinado por los Profetas y deseado de muchos reyes

y justos, destinado por el Padre al mundo para haber de padecer por la salud del mundo, dispuesto de su voluntad para los tormentos y la muerte, inmolado á Dios Padre en el ara de la Cruz por nuestros pecados. Este, pues, tal y tan grande, verdadero Sacerdote y Pontífice Sumo, santo, inocente, immaculado; Rey de reyes, Señor, Hacedor de todas las cosas, Criador de los Ángeles, Redentor de los hombres; no rehusó ser despreciado de los hombres, preso, atado, azotado, crucificado, muerto y sepultado, como enseña claramente el texto de su Sagrada Pasion.

3. ¡Oh lamentable espectáculo para todo el que pasa por el camino de esta vida, expuesto afuera para ser visto, y dado en ejemplo á todos los fieles en el interior para su imitacion! Ruégote que con cuidado examines cada una de las palabras y golpes descritos en la pasion; porque todo esto se ha obrado por tu salud. Pues te recomienda la gran caridad de Cristo, y te manifiesta que la paciencia se ha de guardar en toda tribulacion. Muy ciertamente consta que en comparacion de los dolores y oprobios de Cristo, de ningun peso son las angustias que tú padeces. Pues es provechoso para tí que con frecuencia pongas aquí la vista, y busques consuelo en la dolorosa Pasion de Cristo; y como paloma habites en los agujeros de la peña, y gimas por las penas de Jesús. Porque más te consolará sólo Jesús en la meditacion de su bendita Pasion, que todo este mundo con todos sus honores y riquezas. En la Pasion de Cristo hallarás lo que te edifique y lim-

pie tu conciencia; mas en el amor de las cosas mundanas es breve la alegría, y queda la conciencia manchada. Porque todo lo que no es de Dios, es vanidad, y se ha de reputar en nada. Pero la Pasion de Cristo, es palabra viva, y eficaz leccion para instruir é inflamar y purificar, y más aguda que toda espada para penetrar hasta lo íntimo del corazon. Porque reprende la negligencia, ablanda la dureza, abre para la compasion el corazon del que ama, y muy á menudo mueve para el llanto. Porque tantas veces el alma devota se compunge, y en cierto modo se llaga interiormente, cuantas se lee ó se predica, la Pasion de Cristo, ó cuando se mira la Cruz, ó se nombra á Jesucristo, y este crucificado. Y es gran consuelo para el alma, si meditando la Pasion de Cristo experimenta en el espíritu el dolor que Cristo padeció y sintió de muchas maneras en el cuerpo.

4. Ahora, pues, atiende y como si se hallase presente, mira á Cristo que padece todo esto por tí. Primeramente considera la dignidad de la persona, y aflígete mucho de que Dios en carne sea tratado con tanta ignominia. Hé aquí que el altísimo sobre todos, es abatido debajo de todos; el nobilísimo es deshonorado; el hermosísimo afeado con esputos; el sapientísimo burlado; el potentísimo, atado; el inocentísimo azotado; el santísimo coronado de espinas; el mansísimo abofeteado; el riquísimo empobrecido; el generosísimo despojado; el castísimo desnudado; el dignísimo blasfemado; el bonísimo vituperado; el doctísimo tenido por fátuo; el aman-

tísimo odiado; el veracísimo negado; el dulcísimo amargado con hiel; el bendito maldecido; el pacífico maltratado; el justo acusado; el inocente condenado; el médico herido; el Hijo de Dios crucificado; el inmortal muerto; y el Señor en el suplicio por el siervo. ¡Oh maldad inaudita! ¡Oh execrable y horrendo atentado de los Judíos! pero que Dios por su benigna misericordia y paciencia convirtió en tan gran bien, cual fué la salud de todos los que creen. Porque de donde se extingue por horas la luz del mundo, de allí se repara en las almas de los fieles la luz eterna. Y de donde por breve tiempo muere la vida, de allí la eterna muerte es destruida para los escogidos. Finalmente, por la Pasión de Cristo el diablo es vencido y confundido; el infierno despojado; el ladrón convertido; el mundo redimido; las almas de los justos libertadas del limbo; abiertas las puertas del cielo; restaurada la ruina de los Ángeles, y se declara á todo el mundo consumada por Cristo la salud eterna.

#### DE QUIÉNES PADECE CRISTO.

5. En segundo lugar considera de quiénes padece Cristo estos males. En verdad de su propia gente, de su pueblo peculiar amado, de sus parientes segun la carne, de los israelitas hijos de Abraham, á los que en otro tiempo enriqueció con innumerables beneficios, sublimó con tantos privilegios, instruyó con preceptos, leyes y ceremonias,

más que á ninguna otra gente. Padece de los hombres que él mismo crió, á quienes entregó la mejor parte de la tierra, por los cuales vino al mundo y deseó salvarlos. Pues de estos tan magníficamente beneficiados y exaltados, es Cristo inícuamente despreciado, envidiosamente acusado, afligido sin causa, y por último condenado á la muerte más infame. No se acordaron de la multitud de sus misericordias que son desde el siglo; ni de sus obras maravillosas que les mostró, aún despues que le ofendieron de muchas maneras. No atendieron cuán humildemente vivió entre ellos, cuán provechosamente los enseñó, cómo amó la pobreza y menospreció las riquezas; cómo huyó de los honores, y eligió á los humildes y sencillos; cuántos enfermos sanó, cuántos ciegos iluminó, cuántos demonios lanzó, cuántos leprosos purificó; y brillando en otros muchos gloriosos milagros, probó con los hechos que él era Dios; y experimentando las necesidades de nuestro cuerpo, demostró que él era verdadero hombre. Ciertamente por estos beneficios é insignes portentos obrados por virtud divina, no mereció contumelia, sino gloria; no pena, sino gratitud; no ódio, sino amor; no burla, sino más honor debió recibir de los hombres. Mas ¡ay dolor! Los perversos é incrédulos permanecieron ingratos á todos los beneficios, y por los muchos bienes, devolvieron muchos males. Tambien por aumentar su malicia instigaron á muchísimos para la misma iniquidad, y con amenazas y gritos pidieron la muerte del inocente. Porque con la per-

suasion de los príncipes de los sacerdotes, el pueblo se agita y se conmueve, todos se oponen á Cristo; los viejos con los jóvenes claman con terribles voces: *Quita, quita, sea crucificado*. Toda la anterior alabanza y honor, se ha convertido en lamento; todo el aplauso y canto de los niños hebreos, en aullidos de crueles lobos. Ninguna edad faltó, ningún sexo calló, ningún estado se olvidó; todos los depravados de corazón, Judíos y gentiles, concuerdan y consienten que pronto sea Jesús entregado á la muerte y el inocente sea colgado en la cruz. Por lo cual todos estos se hacen reos de eterna condenacion en la muerte de Cristo. En verdad son malignos homicidas, y sobre manera crueles deicidas, que en nada perdonaron al Hijo de Dios; sino que ejecutaron en él todo el mal que pudieron. Porque fingieron cosas falsas, y torcieron los más esclarecidos hechos. ¡Oh admirable clemencia de Dios! ¡Oh inestimable paciencia de Cristo! que no pudo conmovearse con tantas injurias, ni ser vencida por las penas. Porque excelente ejemplo y admirable consuelo dió en esta ocasion á todos los que padecen injurias; para que al ménos sufran pocas palabras ligeras, los que aún no pueden sufrir palabras duras.

## CUÁNTO PADECE CRISTO.

6. En tercer lugar debes considerar cuánto padece Cristo, y de cuán numerosos enemigos re-

cibe muchas injurias. Consta en verdad, según testimonio del Evangelio, que primeramente fué vendido en poco dinero por su propio discípulo; después fué entregado á sus enemigos con un beso de falsa paz; reprendido con dureza por los sacerdotes; llamado blasfemo por el pontífice; difamado por los escribas y fariseos; acusado por los ancianos de la ciudad; presentado al juez por los ministros; despreciado y burlado por Herodes; sentenciado á muerte por Pilato; cogido y atado por los armados; azotado y coronado de espinas por los soldados; ultrajado, escupido y abofeteado por los siervos; abominado de las criadas, de tal modo, que le dijeron á Pedro: *Seguramente eres de ellos, y tú estabas con Jesús el Galileo.* Con dificultad se hallará álguien tan bajo y despreciado que no se gozara con las penas de Jesús. ¡Oh dolor sobre todo dolor! ¡Oh pobre y humilde Jesús, que no tiene quien le consuele ni ayude entre los hijos de los hombres! Los conocidos se retiraron, los amigos se pusieron lejos: podían llorar; pero no podían ayudar. Es abandonado Jesús entre sus perversísimos enemigos; desde el mayor hasta el menor, fué acusado reo de muerte. Con tumulto y gritería es conducido fuera de la ciudad, cargado con el madero de la Cruz, despojado de sus vestiduras, suspendido desnudo entre ladrones, fijo con clavos á la Cruz, amargado con hiel y vinagre. Graves fueron las impías palabras, más graves los duros azotes, gravísimos los horrendos suplicios de la Cruz. En su ternísimo, santísimo, purísimo, her-

mosísimo y virginal cuerpo emplearon tan ignominiosos tormentos, que desde la planta del pié hasta la coronilla de la cabeza no hubo parte sana, y aparecía como un leproso á la vista de todos. Mira, pues, ahora y considera, si hay dolor como el suyo; cuenta, si puedes, lo que por tí padece tu Dios, todos los azotes, todas las heridas, todas las llagas, todos los improperios, toda la suciedad conque tantos enemigos le atormentan, y tú compadece con tierno corazón al que todo esto sufre tranquilamente. Copia estas cosas en las tablas de tu corazón para memorial perpétuo; y en toda tribulación fija los ojos del alma en Jesús pendiente de la Cruz. Porque esta crucifixion, despues de tantas penas, fué para Cristo ignominiosísima, amarguísima y gravísima. Le fué tambien tristísima por parte de los amigos que estaban lejos y lloraban copiosamente; porque el llanto y gemido de ellos lo reputaba como dolor suyo. Fué tambien cruelísima por parte de los enemigos, que de tantas penas y dolores no daban muestra alguna de compasion; sino que por el contrario se mofaban de él, le ultrajaban y se congratulaban de su muerte. Hé aquí que has oido ya cuanto, y de cuantos padeció Cristo, á quien justamente debe compadecer todo cristiano. Si alguno viese á su padre, ó á algun carísimo amigo delante de sí atormentado con tantas penas, y colgado en público patíbulo ante la puerta de la ciudad, ¿por ventura, no se conmoveria al punto y desfalleceria de dolor como buen amigo? Pues mucho más la Pasion de Cristo debe penetrar

lo más íntimo de tus entrañas, y moverte á muy saludable llanto. Procura, pues, arrojar de tí todo amor carnal, y rechazar toda vana alegría; hasta que merezcas ser contado entre los devotos amantes de Cristo, que diariamente se ejercitan en la Pasion del Señor; y de tal modo traen en sí todos los dolores de Cristo, que poco ó nada reflexionan en los propios daños é injurias. De quienes dice el Apóstol San Pablo, amante de la Pasion del Señor: *El mismo sentimiento haya en vosotros que hubo tambien en Jesucristo: que se anonadó á sí mismo tomando forma de siervo, hecho obediente hasta la muerte de Cruz.*

#### POR QUIÉNES PADECE CRISTO.

7. Lo cuarto considerarás por quiénes padeció Cristo, y por qué causa sufrió Dios tan amarga muerte. Ciertamente por nuestros pecados que heredamos de nuestros padres, y tambien los que cometemos por nuestra sola y propia iniquidad, en cualquier edad ó estado, órden ú oficio. *Pues todos pecaron* (dice el Apóstol) *y tienen necesidad de la gloria de Dios*, ya Judíos ó Gentiles, ya siervos ó libres, ya pobres ó ricos, ya Reyes ó Príncipes, ya clérigos ó legos, ya sacerdotes ó doctores, ya Prelados ó súbditos; todos, digo, hijos de Adan, todos engendrados por naturaleza hijos de ira; mas por la gracia de Cristo somos libertados, por el bautismo de Cristo somos lavados, por la muerte de Cristo

somos salvos de la muerte eterna. Ya, pues, se diga pasion por Cristo ó sangre de Cristo, ya Cruz de Cristo ó muerte de Cristo, lo mismo significa, y todo esto igualmente nos aprovecha para la salud; porque creyendo en Cristo y amando á Cristo, somos incorporados y vivimos en Cristo. Porque la cabeza padeció por los miembros, la cabeza se dolió por los miembros, la cabeza oró por los miembros en la Cruz, y alcanzó el perdon. Así pues, por todos murió Cristo, para que habiendo gustado la muerte temporal, venciese la muerte eterna, y en el pecado condenase al pecado; esto es, por la pena de su Pasion, pagase todas las deudas de nuestros pecados. Por lo cual el Apóstol San Pedro, recomendando la gracia de Cristo y el mérito de su Pasion, dice: *Cristo una vez murió por nuestros pecados, el justo por los injustos; para ofrecernos á Dios, mortificados á la verdad en la carne, mas vivificados por el espíritu.* Por eso tambien se lee en el Apocalipsis, que las almas de los Santos se postraron delante del trono de Dios, con grande accion de gracias, y en presencia del Cordero cantaron alabanzas por su redencion, diciendo: *Nos has redimido para Dios con tu sangre, de toda tribu, y lengua, y pueblo, y nacion; y nos has hecho para nuestro Dios reino y sacerdotes.* De ahí es tambien que la Santa Madre Iglesia en las letanías de los Santos cuando hace rogativas por diversas necesidades y peligros, dirige especialmente á Cristo esta peticion: *Por tu Cruz y Pasion, por tu muerte y sepultura, líbranos, Señor.* Porque tal oracion agrada suma-

mente á Dios, y da mayor esperanza de conseguir la gracia por el mérito de la Pasion de Cristo. Mas es la Pasion de Cristo el tesoro de la Iglesia, que no se puede agotar ni consumir, sino que es de infinita virtud y dignidad. Pues por ella toda deuda se paga, todo pecado se perdona, y á los penitentes se promete y da el reino de los cielos, que por muchos miles de años se mantenía cerrado. ¡Oh suavísima reconciliacion para aplacar la ira divina! ¡Oh dignísima oblacion para recuperar la gracia perdida! ¡Oh plenísima satisfaccion para limpiar toda mancha de pecados de los hijos de Adan, en quien todos pecaron y cayeron! Porque Cristo á nadie halló libre de pecado, por eso vino á redimir á todos los hombres, con su caridad satisfizo por todos, con su clemencia quiso, con su divinidad pudo, con su humanidad cumplió la obra de la redencion. por lo cual decia el Apóstol San Pablo: *Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo consigo. Os rogamos por Cristo, que os reconcilieis con Dios.* Aquí has visto y has oido por quiénes padeció Cristo, y por qué causa se dignó sufrir esta muerte, que fué por todos los hombres descendientes de Adan, de cualquiera edad y sexo.

POR CUÁN LARGO TIEMPO PADECIÓ CRISTO.

8. Lo quinto has de considerar por cuán largo tiempo padeció Cristo, y hasta cuándo estuvo en penas; porque esto pertenece á la longanimidad de

su paciencia, y comunica gran consuelo á los pequeños y á los tristes. Lee y repasa con cuidado todos los libros del Santo Evangelio, y hallarás claramente, que toda la vida de Cristo desde su misma natiuidad, hasta la muerte, fué ejercitada en gran pobreza, en persecuciones y tentaciones, en trabajos y fatigas, en desprecios y contradicciones de los malos, y por último, consumada con muerte de cruz; y así ningun tiempo pasó sin tribulacion mientras vivió en el mundo. Mas considerando el dia cierto y la hora de su Pasion, entonces desde la tarde de la sacratísima cena principió la tristeza del próximo dolor y cercana muerte; cuando aún cenando los discípulos, les predijo que aquella misma noche por uno de ellos habia de ser entregado en manos de pecadores; y duró hasta despues de la hora de su sepultura, ó más bien hasta el tercero dia en que resucitó de entre los muertos; porque entonces apareció á sus discípulos, vivo, alegre y glorioso. Grave fué, pues, el pecado del hombre, que tanto tiempo y con tantos dolores, apenas pudo ser expiado: por lo cual tambien fué necesario que el Hijo de Dios fuese crucificado y muerto. Y así porque la fragilidad humana es muy grande, é inclinada á lo malo desde su juventud, y además de esto sucede que los hombres por las muchas ocasiones y tentaciones pecan en diversos tiempos y horas, tanto diurnas quanto nocturnas, muchas veces aún con malicia, otras con ignorancia; de tal manera, que apenas pasa un dia ú hora sin pecado y ofensa de Dios. Por eso para que el hombre no desespere de conseguir

el perdon por la enormidad de sus culpas, nuestro Salvador Jesucristo padeció por todos nosotros gravísimos dolores, por largo tiempo, y en diversas horas; porque toda la noche y el dia trabajó padeciendo, y muchísimas veces derramando su preciosa sangre por los pecados de los hijos de los hombres. Entonces tambien cumplió con verdad las siete horas canónicas para alabanza de Dios su Padre, no cantando, sino padeciendo y orando por nosotros. Por lo cual, todos los Religiosos instruidos con el ejemplo de Cristo, deben ofrecer á Dios cada dia estas siete horas; porque Cristo se ofreció á sí mismo en el ara de la Cruz holocausto á Dios en olor de suavidad; y como carnero escogido enredado en el zarzal de los pecados, fué inmolado por Isaac, esto es, por todo el género humano. De lo cual, escribiendo el Apóstol San Pedro á los fieles de Cristo, los exhorta á la gratitud, diciendo: *Porque habeis sido rescatados de vuestra vana conversacion, que recibisteis de vuestros padres, no por oro, ni por plata, que son cosas perecederas; sino por la preciosa sangre de Cristo, como de un cordero immaculado.* Quiso, pues, nuestro Redentor y Señor Jesucristo padecer por tan largo tiempo, tan innumerables penalidades en su santísimo cuerpo, para cancelar la cédula de nuestra condenacion; para estimularnos al fervor de la rigurosa penitencia; para darnos ejemplo de gran paciencia en todos los dias de nuestra vida. Y en verdad, la paciencia es para todos nosotros sumamente necesaria mientras nos hallamos en esta mísera vida, llena de tentaciones. Porque nadie

ciertamente está seguro ni un día ó una hora de los lazos del diablo, y la ruina del pecado; en cualquier lugar que estuviere, ó fuere constituido en órden ú oficio; á no ser que de arriba fuere amparado y fortalecido en todo tiempo con la gracia y la misericordia de Dios. Pero en medio de estos males y peligros se ha de recurrir principalmente á la Pasion del Señor, y ocultarse y permanecer debajo del árbol de la Cruz, como á la sombra de la divina proteccion, y meditar íntima y frecuentemente en la paciencia de Cristo; porque él tiene la virtud sabrosísima de endulzar y mitigar todas las amarguras de nuestras pasiones, y de aliviar las molestias con que uno fuere perturbado por cualquier hombre ó espíritu.

9. Procura, pues, á ejemplo de Cristo y de los Santos sufrir tranquilamente las adversidades de esta vida, y tener por armas la paciencia. No te quejes de la duracion del tiempo, ni de la amargura de la afficcion; sino considera que Cristo padeció por más tiempo cosas más graves, y por eso justo es que sigas el mismo camino. Porque padeciendo por Cristo, mucho merecerás, y muchos bienes conseguirás de allí. Lo primero en verdad, honras altamente á Dios, si recibes con gusto de su mano cualquiera cosa contraria. Alegras á los Ángeles, que se gozan en el cielo por tu paciencia. Edificas al prógimo, si toleras en silencio las injurias. Confundes al diablo, si ofendido y menospreciado das gracias. Duplicas tu corona, porque recibirás aquí mayor gracia, y despues más alta gloria. En verdad

todo trabajo presente es pequeño, y esta vida breve; pero el galardón que sigue es grande, y el descanso infinito. Ciertamente tantas veces te harás mártir de Dios, cuantas padecieres de grado pena por Dios. No pienses, pues, que Dios sea tu adversario, si en este mundo eres molestado y abatido. Antes bien, gózate, porque aquí se te humilla y azota, para que después seas glorificado eternamente con Cristo. Pues muchas veces dañan más las cosas prósperas que las adversas; y antes engañan las lisonjas, que los duros improperios. No desmayes, pues, en tu tribulación por el nombre y amor de Cristo; sino súfrelo todo con ánimo paciente, como Cristo y todos los Santos hicieron, que padeciendo dolores, vencieron al enemigo. Porque padeciendo adversidades se hace el hombre mejor; más bello que el oro, más claro que el vidrio, más purgado de los vicios, más perfecto en las virtudes, más agradable á Cristo, más semejante á los Santos, más fuerte á los enemigos, más amable á los amigos. También se hace uno más cauto para la guarda de sí mismo; más pronto para la compasión; más profundo para la humildad; más inclinado para la discreción; más ferviente para orar; más dispuesto para las cosas celestiales, y más seguro del infierno. Estos son los buenos frutos de la santa paciencia, que principalmente brillan en la amarguísima Pasión de Cristo, y esto se nos propone á todos para la imitación. Porque la misma sacratísima Pasión fué sobre todas las pasiones de los Santos acerbísima en el dolor; profundísima en la humildad; excelentísima

en la caridad; perfectísima en la obediencia; fortísima en la paciencia; inocentísima en la pureza; fecundísima en la utilidad; dignísima en los méritos; eficazísima en los remedios; sufficientísima en la satisfaccion por todos; aptísima para aplacar; gratísima para reconciliar; aceptísima en la oblation; fructuosísima en la redencion; llenísima de misterios; olorosísima en la suavidad de todas las virtudes; preferible á todas las ciencias, artes y medicinas. Tan grande, tan alta, tan larga, tan profunda, tan dulce, tan devota, tan tierna, tan amorosa, tan ferviente, tan consoladora, tan gustosa, tan virtuosa es la Pasion de nuestro Redentor, que con ningunas palabras humanas puede ser plenamente encomiada; ni con lenguas angélicas dignamente explicada; sino que siempre es nueva y viva, siempre alienta y conforta, instruye é inflama; pero principalmente á aquellos que habiendo menospreciado todas las cosas, buscan su consuelo en las llagas de Jesucristo.

#### EN QUÉ LUGARES PADECE CRISTO.

10. Lo sexto observarás todos aquellos lugares en los que Cristo padeció por tí algunas contumelias ó penas. Ciertamente en el monte Olivete oró tres veces; allí sudó sangre de tristeza y pavor, y hecha la oracion, se resignó perfectamente con la voluntad de su Padre. En el huerto fué buscado y hallado por los Judíos; no huyó de ellos, sino que

salió al encuentro. Fué entregado por Judas y besado con falsa boca; por armados ministros preso y atado. Por maligna cohorte es arrastrado y conducido violentamente á la ciudad, como perverso ladrón en noche tenebrosa, con hachas y linternas; y para que no se escape, ó sea arrebatado por alguién, es custodiado con mucha cautela. Primeramente es examinado en casa de Anás, y se le pregunta sobre su doctrina y discípulos; y habiendo respondido bien á esto, uno de los ministros le dió una cruel bofetada en la mejilla. En casa del Pontífice Caifás, donde se habian juntado muchos contra él, es maltratado con innumerables injurias y ludibrios, le cubren el rostro, le arrojan esputos, le hieren á golpes y claman que es reo de muerte. Y venida la mañana, es conducido públicamente con las manos atadas por calles y plazas al pretorio de Pilato, y es acusado gravemente como transgresor de la ley, y alborotador del pueblo. Despues es remitido al consistorio de Herodes, por quien fué burlado, vestido de una ropa blanca, reputado como imbécil y devuelto á Pilato. En todas partes escarnecido, en todas partes vituperado, en ningun lugar defendido, en ningun lugar seguro, para todos odioso, para todos hecho abominable. Por fuera oye gritos, y por dentro padece dolores. Y despues de recibir crueles azotes y muchos tormentos, como si fuera indigno de esta vida, es conducido fuera de la ciudad con el afrentoso madero; y en el lugar del Calvario, desnudo, es levantado en la Cruz, en medio de dos ladrones. Mas habiéndose cumplido todo lo

que de él estaba escrito, es sepultado con reverencia por los justos varones Joseph y Nicodemo en el corazon de la tierra, esto es, en un monumento nuevo labrado en una peña, y con muchas lágrimas y suspiros llorado por las santas mujeres. Hé aquí cuán diferentes lugares visitó Cristo en su Pasion; cuán repetidas veces derramó en ellos su sangre preciosa; cuán innumerables improperios y azotes sufrió para santificar á su pueblo, y purificar los lugares contaminados con los frecuentes pecados de los hombres.

11. ¿Quién contará, ¡ay dolor! todas las culpas que aún se cometen en muchos lugares pública y privadamente; tanto en las casas quanto en las calles; en los huertos y granjas; en los montes y valles; en las campiñas y selvas; en las lonjas y palacios terrenos? Allí no está Cristo, allí no se oye el llanto por la Pasion del Salvador; sino vanidad de vanidades, y las chanzas y risas de los convites de Herodes con sus Príncipes. ¡Ay de ellos! que así se han alejado de aquel que los redimió; que tienen el rostro para el mundo y las espaldas vueltas para Dios. Con todo eso, el clemente Señor no cesa de clamar en pos de estos, y de llamar otra vez á penitencia á las ovejas errantes. Porque ha dejado á los hombres grande esperanza de su misericordia en tan benigno sufrimiento de todos los males y dolores de su amarguísima Pasion; y principalmente en aquellos lugares á donde fué conducido y atormentado. Donde por borrar las maldades de los hombres, y purificar los lugares inmundos, fué

gravísimamente castigado por muchos en su santísimo cuerpo. Y el que en otro tiempo lanzó maldicion al mundo por los pecados de los hombres, ahora por la efusion de su sagrada sangre promete á todos los penitentes la bendicion y remision de los pecados.

12. Ademas, por la palabra de su predicacion destruyó los ídolos de los gentiles y las moradas de los demonios, y borró el culto y la fama de los falsos dioses, y en lugar del sacrílego rito de los páganos y los becerros de los Judíos, instituyó el verdadero y nuevo sacrificio de su precioso cuerpo, para ser celebrado en muchos lugares. Pues por esto hizo que se dedicasen templos y altares en todas partes para honor de su Nombre y de sus Santos; para que permanezca firme la fé de los Cristianos, y florezca el culto divino con las alabanzas de los himnos. Mas tambien para adornar el lugar de la morada de su gloria, é ilustrar con preciosas reliquias la casa de oracion, colocó allí devotas y preclaras imágenes de su Pasion para recuerdo perpétuo; y levantó la Santa Cruz por título triunfal de la muerte vencida, como ara de alianza y paz entre Dios y los hombres; y como un arco de bronce contra el terror del diablo.

13. Digno es, pues, que ya en diversos lugares, y por todos los fieles de Cristo; por pequeños y grandes; por pobres y ricos; por sábios é ignorantes; por robustos y débiles; por Prelados y súbditos; por todo el orbe de la tierra, abiertas las puertas, y con las voces de todas las lenguas, sea predicado

Cristo paciente, se alabe y magnifique; y se eleve más altamente sobre todo nombre en el cielo y en la tierra, por todas las humillaciones y penas que le fueron causadas en muchos lugares, y por muchas personas. Pues tú tambien en este santo dia de Parasceve, estimulado á causa de la devocion, debes representarte en tu mente todos aquellos lugares de la Pasion del Señor, y en espíritu recorrer á Jerusalem, y frecuentemente levantar los ojos á la imagen del Crucificado, y con interna compasion considerar cuán grandes é innumerables fueron las sagradas llagas de Jesucristo. Despues pide gracia, para que él misericordiosamente te perdone cuantas veces le has ofendido en algun lugar ó tiempo. Puedes tambien visitar los altares de tu Iglesia, y postrarte en tierra; besar el pavimento ó tarima del altar, tres ó cinco veces, en memoria de la sangre de Cristo derramada sobre la tierra.

14. Además de esto, debes tener siempre en mucha reverencia, por amor y honor de Cristo, todos los lugares de la Santa Iglesia consagrados á Dios, todos los monasterios y hospitales, donde quiera que se vive religiosamente y se sirve á Dios, congratularte por las buenas obras de estos, y condolerte de sus adversidades; hasta que merezcas participar de todo lo bueno que allí se practica dia y noche en alabanza de Dios. Porque pronto conseguirá de Dios indulgencia, el que doliéndose en verdad de sus pecados, propone firmemente la enmienda en lo venidero. Tambien alcanzará gran confianza en la divina misericordia el que en todo

asunto y peticion se acoje al auxilio de la Pasion de Cristo, y confia más en los méritos de Cristo y ruegos de los Santos, que en su propio trabajo y virtud. Porque nuestras obras extrictamente examinadas, rara vez se hallan del todo puras. Y por eso es necesario recurrir á la humildad, y al remedio de la confesion, pedir siempre á Dios misericordia y poner toda la esperanza de salud en Cristo, que sólo es perfecto en todas las cosas. Porque él puede curar pronta y perfectamente nuestras imperfecciones, y conceder mayor gracia á los humildes y contritos de corazon.

#### EN QUÉ MIEMBROS PADECE CRISTO.

15. En séptimo y último lugar debes atender, y con grande afliccion considerar, en qué miembros padeció Cristo, y qué género de penas toleró por nosotros en cada una de las articulaciones, y de los cinco sentidos corporales. ¡Oh, cuán crueles azotes sufrió en la flagelacion; cuántos miles de heridas le hicieron; cuán frecuentemente fué golpeado en las mismas llagas; cuánto dolor experimentó en este momento; y sin embargo calló! No puso delante la mano ni el pié, ni retiró algun miembro de los azotes; sino que espontánea y libremente entregó todo su cuerpo á los que le azotaban; para satisfacer plenamente por los pecados de todos los hombres. Porque como se le mostró en vision á cierto religioso, cada vez que Cristo recibió un

golpe de los azotes, al punto lo ofreció con amor al Padre por nosotros, pidiéndole que perdonase nuestros pecados. Pues tan amado Hijo nunca murmuró contra el Padre porque lo entregó á tantas penas. No amenazaba á los que le atormentaban tan cruelmente; no se airaba contra los que le escupian con tanta deshonra; no injuriaba á los que le acusaban falsamente; sino que más se con-dolió, excusó, toleró y rogó por ellos, para que recibiesen el perdon, diciendo: *Padre, perdónalos, por que no saben lo que hacen.*

16. Pero, ¿cuál es la causa de tanto mal y de tan inmenso dolor? Ciertamente los innumerables pecados de los hombres, que con mucha frecuencia faltan y ofenden gravemente al Señor con muchos de sus miembros, por los cinco sentidos. Porque los miembros del cuerpo con los que debieran servir á Dios, y pudieran hacer mucho bien, estos, ¡ay dolor!, excluido el temor de Dios, se entregan con arrojío temerario á las vanidades y torpes deleites, y pecando de este modo, se hacen esclavos de los vicios, y miembros y vasos de los demonios. Por lo cual, Cristo Hijo de Dios, compadeciéndose de los hombres, y deseando sanar á los pecadores, y librarlos de los lazos del diablo, tomó sobre sí y padeció graves y prolongados tormentos en su santísimo cuerpo; para que por los dolores corporales en sus cinco sentidos, aplicase la medicina á nuestras almas; y enseñase que se han de reprimir y mortificar todas las delectaciones de la carne que combaten contra el espíritu. Pues para que Dios

no castigase eternamente al hombre por su pecado, que abandonando al sumo bien se entregó á las criaturas, Cristo clementísimo Señor, tomó sobre sí esta pena temporal y muerte de la carne sin ninguna culpa, por nuestras culpas, para aplacar la ira del Padre, y librarnos de las penas eternas.

#### PIÉS DE CRISTO.

17. Mas vuelve ya los ojos del corazon á cada uno de los miembros cubiertos de heridas, y con piadoso afecto de compasion derrama copiosas lágrimas. Principia desde la planta del pié, y sube hasta la coronilla de la cabeza, porque todo el cuerpo de Jesús está repleto de amarguísimo dolor. A la verdad, si tú te encontrases ahora en semejante tormento, ó estuvieses echado en cama agravado por la enfermedad, por ventura, ¿no te agradaria que se condoliesen de tí, y te disgustaria que pasasen sin atenderte? Mira, pues, á Jesús por tí atormentado, por tí llagado y muerto, y exhala sobre todos sus dolores á lo ménos un suspiro, si no puedes derramar una lágrima. Porque cuando el glorioso San Estevan fué apedreado, varones timoratos y fieles hicieron grande llanto sobre él. Y hé aquí al que es mayor que San Estevan, y áun entre todos los Santos, el máximo de los Santos pendiente del madero de la Cruz lleno de heridas, y por eso con razon debe condolerse todo fiel; pero principalmente el devoto Religioso que ha renun-

ciado al mundo. Considera, pues, en primer lugar cuán gravemente padeció y fué llagado Cristo en sus hermosos y limpios piés, con los cuales muchas veces anduvo cansado por la tierra predicando la palabra de Dios; con los que pisó las olas del mar, caminando sobre las aguas sin bajel y sin auxilio humano; porque con la misma virtud y divina potestad con que crió todas las cosas, pudo tambien mandar á los vientos y á la mar, y tenerlos para su uso. Mas ¡ay! cuán admirable mutacion de cosas, y cuán incomprensible dispensacion de Dios, que el Autor de todas las criaturas, y el sumo médico de las almas y los cuerpos, que súbitamente hizo andar á muchos cojos y enfermos, es ahora tan cruelmente herido en sus piés, tan fuertemente es tala-drado con clavos de hierro, que ni puede ciertamente andar ni moverse; sino que á semejanza de un perverso ladron, con duros hierros se le tiene fijo en la Cruz. Y así, con este tormento es traspasado en uno y otro pié el inocente Cristo, que segun el Profeta, *desata á los aprisionados con grilletes, alumbra á los ciegos, endereza á los lisiados y ama á los justos*. Y esto ¿por qué? Ciertamente para desatar las ligaduras de nuestros pecados, y lavar las manchas de los piés que se contraen muchas veces caminando, andando, paseando, jugando y danzando.

18. ¡Oh, cuán gravemente pecan los que conculcan á los pobres, los que se presentan fastuosamente, los que promueven desórden en la iglesia y molestan á los que oran, los que escandalizan á

muchos con su liviana divagacion y maneras descompuestas! ¡Ay de aquellos! que por el hastío á las buenas obras y falta de devocion buscan consuelos en las noticias y negocios exteriores. Por que estos, si estuviesen traspasados con un clavo del temor del Señor, permanecerian en verdad solitarios gustosamente consigo mismos, considerando la Pasion de Cristo, ó leyendo las Santas Escrituras, por donde conmovidos se inflamasen en el amor de Cristo, por quien vencerian todas las cosas ásperas y dulces del mundo. Bienaventurados los piés de aquellos que están dispuestos para oír la palabra de Dios: que dejadas las cosas vanas, acuden con prontitud á la iglesia, se ejercitan con frecuencia en la oracion, reprimen el derramamiento de los sentidos, para decir con buena conciencia: *De todo mal camino prohibí á mis piés, para guardar tus palabras.* Bienaventurados los piés que siguen las huellas de Jesús hasta la Cruz, y quieren mejor estar allí, y llorar con María, que ir á los banquetes y asistir á los espectáculos.

## MANOS DE CRISTO.

19. Tambien padeció Cristo y fué gravemente llagado en sus sagradas manos, con las que muchas veces dió la bendicion, tocó y sanó á los enfermos. Con las que tomó y comió el pan, consagró su cuerpo, y distribuyó á sus discípulos para su consuelo. Mas ¡oh Dios benigno!, ¿por qué permites

que tus manos sean traspasadas con tanto dolor, y bañadas en raudales de sangre, tú que extendiste los cielos sin trabajo, y adornaste la tierra con admirable hermosura? ¡Oh!, Santo Dios, fuerte é inmortal: hé aquí tus manos que formaron al primer hombre en el paraíso, sin defecto y sin vicio alguno; ahora, ¡ay dolor!, por hombres pérfidos y manos inícuas de los Judíos son taladradas con clavos de hierro, y á la vista de tus amigos son extendidas en el madero de la Cruz, entonces maldecido de todos y tenido por muy gran escándalo. Mas, oh dulcísimo y buen Jesús, esta injuria y violencia quisiste sufrir pacientemente por nuestros primeros padres y sus hijos, para rasgar la cédula del decreto, y lavar con tu sagrada sangre derramada el pecado original, contraído por el tacto del árbol prohibido, y la comida de la fruta dañosa; para que de donde habia nacido la muerte por la culpa, de allí resultase la vida por la pena. Y por eso, exigiéndolo la justicia, extendiste ambas manos en el árbol de la Cruz para borrar la culpa, y atrayendo la caridad, rogaste con las manos ensangrentadas por todos los pecadores.

20. ¡Oh, cuán grata y aceptable fué esta oblation por nosotros!, cuando tú, amantísimo Jesús, Hijo único de Dios, te ofreciste á tí mismo en sacrificio sempiterno para aplacar la ira de Dios Padre omnipotente, al que todos hemos ofendido de muchas maneras; de lo que no pudimos justificarnos por nosotros mismos, sino mediante tu sacratísima Pasion y temporal muerte en el árbol de la Cruz;

de la que resultó nuestra santificación y redención, en la adquisición de la salud eterna. Considera aquí la gravedad de nuestros pecados, y la acerbidad de las llagas de Cristo; el afecto de caridad, y su súplica por nosotros sus enemigos, también su benignidad con todos los que le maltrataban. Muchísimas veces oró Cristo, y enseñó á sus discípulos á orar, unas veces de rodillas, otras con los ojos elevados al cielo; pero en ninguna parte se encuentra haber orado de esta manera llorosa y amorosamente como ahora se oye; cuando ruega por sus enemigos extendidas y clavadas sus manos y piés, y dislocados y heridos todos sus miembros en el ara de la Cruz. Porque entonces elevó dulcísima súplica á los oídos del Padre, para que perdonase en él á los pecadores. Pues para reprimir la malicia de los hombres que están prontos para la ira, y tardos para hacer bien á sus enemigos, recibió Cristo dilatadísimas llagas en sus manos, enseñando á todos á obrar el bien, y sufrir el mal; porque se reputa por grandes ganancias si uno no devuelve el tanto de venganza, sino el beneficio de la oración. Guárdate, pues, hombre pobrecillo, frágil y vicioso, de ofender ó contristar á álguien con siniestra palabra ó mala obra, por quien Cristo padeció y murió; porque preciosa es en su presencia toda alma que cree fielmente en él, y guarda con verdad sus mandamientos. Justo es, pues, que tengas en mucha estima á tu prógimo, y pienses de él lo mejor; porque ó este tal ya es bueno, ó pronto puede enmendarse por la gracia. Tú, pues, manifiesta ca-

ridad, y ruega tambien á Dios Padre, para que al que ahora tienes por adversario, lo recibas de nuevo por hermano corregido. Mas si te ha dañado, perdónalo de corazon por el amor de Jesucristo, que te ha perdonado á tí muchas ofensas. Porque él fué clemente y misericordioso para todos; no despreció á los pobres, no tuvo horror á los leprosos, no se mofó de los lisiados; acarició al triste, sosegó al airado, toleró al perverso, recibió al penitente, instruyó al ignorante, defendió al inocente, confortó al vacilante, y mostró para con todos caridad; y lo que es más admirable, ni aún cubierto de llagas y heridas cesó de orar. Hé aquí de qué manera Cristo sufriendo á los malos y consolando á los buenos, presentó á sanos y á enfermos un ejemplo de excelente doctrina en su Pasion; y como con los dos brazos de su caridad atrajo á sí juntamente al enemigo y al amigo; no mirando sus pecados, con tal que quieran reconciliarse con Dios, perdonar todas las ofensas á sus enemigos, y además conservar la caridad mútua.

#### CABEZA DE CRISTO.

21. Tambien padeció Cristo muy dolorosamente en su santísima cabeza, como en el principal miembro de su cuerpo, por todos los miembros inferiores que somos nosotros, que creemos en él, y á él nos unimos por la fé y la caridad. Debe, pues, cualquiera fiel como miembro vivo y sano, padecer

y ser herido mentalmente con Cristo su cabeza, en todos los dolores; porque el miembro que no padece ni gime con su cabeza lastimada y dolorida, ó está corrompido ó enfermo. Luego si eres miembro de Cristo, y vives y gustas del espíritu de Cristo, atiende ahora á la cabeza de Cristo Hijo de Dios vivo, y mira con cuántas puntas de espinas es traspasada por todas partes á causa de tus pecados. No es fácil decir cuán grave, cuán prolongado, cuán agudo fué este dolor en la bendita y noble cabeza de Jesús, consagrada sobre todas las cabezas de los Santos y Nazarenos; á cuya santísima coronilla no tocó navaja afilada; ni cayó en tierra un cabello de su cabeza; á no ser que los impíos Judíos con los ministros del presidente le arrancasen furiosamente algunos; ó tambien le mesasen con indignas manos su santa barba. Porque se cree que causaron á Cristo muchas contumelias y azotes que no expresan en particular los Evangelistas. Pues dice San Lucas, que tambien decian otras muchas cosas blasfemando contra él. Porque unos se mofaban claramente de Cristo como imbécil. Otros más perversos, añadieron palabras contumeliosas. Algunos más crueles que las fieras, rechinaban los dientes, y le causaban no pocas heridas, y acaso con sus inmundas plantas conculcaron los sagrados piés de Jesús, que poco tiempo há María Magdalena lavó con sus lágrimas, y ungió con precioso unguento. ¡Ay, Señor Dios! cuán profundamente penetraron tu cabeza las punzantes espinas; cuán cruelmente rompieron la delicadísima piel de tu carne, con hue-

sos y nervios de tal manera que corrian de las heridas arroyos de sangre por el cuello, por los ojos, oídos y boca, quedando enteramente oscurecido tu hermoso rostro y toda su antigua belleza. ¡Oh generacion maligna y provocadora! ¿por qué castigas con tanto rigor al inocente? ¿Por qué oprimes al manso y humilde, y como con un círculo rodeas su cabeza? En verdad falsamente lo acusas del crimen capital de que se haya hecho Rey; porque aquí nunca tuvo insignias reales, segun la estimacion del mundo; ni llevó calzado, ni deseó corona. Además á ningun hombre maltrató de palabra ó de obra; antes bien, sanó graciosamente á los vejados y oprimidos del diablo.

22. Hijas de Jerusalem, y todas las devotas Matronas, venid y ved á Cristo Rey, á Jesús Nazareno, al verdadero y pacífico Salomon, nacido de la régia extirpe de David: Ved cómo en el dia de su coronacion es coronado con corona de espinas por su impía madrastra la sinagoga, como lo aconsejaba el diablo, y lo pedia la envidia de los sacerdotes. Entonces lloraba muy amargamente su beatísima Madre María, con Santa María Magdalena, y toda su desolada comitiva. Lloraban tambien los discípulos dispersos en la turba judáica, de la consternacion y dolor por la vista de la corona de espinas, que cruelísimamente fué fijada en la sagrada cabeza de Cristo, su Señor y Maestro, clamando el juez en presencia del pueblo enfurecido: *Ved aquí vuestro Rey.*

23. Considerad ahora, fieles de Cristo, si al-

guna vez oísteis ó leísteis tal contumelia y tan acer-  
bísima pena en alguno de los anteriores Santos Re-  
yes y Profetas, como ahora se ejecuta en el Señor  
de los Profetas, en el Rey de los Ángeles, en el  
Príncipe de todos los Sacerdotes, en el Cordero de  
Dios que vino á quitar los pecados del mundo, por  
varios tormentos de pena corporal. Hé aquí que el  
que antes brilló glorioso con grandes portentos y  
maravillas, ahora muy irreverentemente es trata-  
do con muchas burlas, y herido con varas y azotes.  
Al que debieran honrar en gran manera los Prín-  
cipes, y recibir por verdadero Rey y Sumo Sacer-  
dote, ya lo deshonran con inauditos oprobios, y lo  
atormentan con una corona de cruelísimas puntas.  
Pues todo lo hacen de una manera opuesta á los mu-  
chos beneficios recibidos, y se enfurecen con más  
rigor contra el autor de su propia salud. Porque  
por rosas y azucenas, le ofrecen agudas espinas.  
Por brillantes y perlas, le dan crueles bofetadas.  
Por corona real, guirnalda de juncos marinos. Por  
collar de oro, puñadas sin misericordia. Por estola  
de hilo finísimo, túnica blanca de imbécil con igno-  
minia. Por púrpura régia, gotas rojas de sangre.  
Por cinturón de plata, duros cordeles. Por cetro  
real, una caña agitada por el viento. Por caballo  
tuvo un asno; por brida, un cordelillo; por espada,  
una vara; por escudo, unas disciplinas; por botas,  
las piernas desnudas; por guantes, las ligaduras en  
las manos; por espuelas de oro, clavos de hierro en  
los piés; por estandarte de guerra, la Cruz con el  
título escrito; por coraza, la túnica inconsútil; por

celada, el velo de los ojos; por alabarda de rey, la lanza del soldado; por mitra de Pontífice, el sudario de la cabeza desnuda; por cátedra de Doctor, la columna de mármol; por copa, la esponja; por botella, la vinagrera; por vino, el vinagre; por nectar, la mirra; por dulzura, la hiel amarguísima; por ósculos, esputos; por compasion, el dardo de la mofa; por despedida recibió palabras de maldicion.

24. Además de esto que ya se ha dicho, oye todavía otras penas de extrema desolacion. Porque fué desamparado del Padre en la mayor angustia, como si no fuera su Hijo amado. Fué abandonado de todos sus amigos y discípulos, como huésped y extraño. Perdió muy buenos compañeros, y encontró perversos enemigos. Dejó á San Pedro su defensor, y recibió á Malco, acusador de Pedro. ¿Qué más? Por redivario tuvo un ladron; por secretario, un traidor; por porta-estandarte, á Simon Cireneo que llevó la Cruz; por camarero, á un malvado ladron que lo injurió; por enfermero, á un mofador; por ropero, á un despojador; por refitolero á un vendedor de hiel; por dormitorio, un sepulcro; por lecho, una dura piedra en el hueco de un peñasco. Sin embargo, entre estos dolores causados á Cristo, no faltaron piadosos lamentos de amigos; pero se ocultaban y permanecian lejos: callaban y lloraban; porque nunca se vió tanta maldad en Israel, desde el dia en que nació Jesús en Belen. Mas todas estas cosas tuvieron lugar por divina ordenacion, para nuestra salud, y para dar cumplimiento á los santos oráculos de los Profetas. Hé aquí que con estas armas

se vistió nuestro Rey Cristo Jesús Nazareno, habiendo de pelear contra el príncipe de este mundo, y redimir al género humano con su preciosa sangre. Combatió hasta la muerte, venció la soberbia del diablo por la humildad, la crueldad del mundo por la paciencia, la lascivia de la carne por su acerbísimo suplicio de Cruz. Nos dejó santos ejemplos de vida, sagradas palabras, buenas para meditar; y contra cada uno de los vicios, dió excelentes remedios, para evitar los pecados, y conseguir por la Cruz los premios de la vida eterna. A él sean dadas alabanzas y gloria por todos sus beneficios en el cielo y en la tierra, por infinitos siglos de los siglos. Amen.

---

## DISCURSO XXVIII.

---

### EN LA FIESTA DE LAS PALMAS.

De la Procesion de Cristo, y de seis clases de hombres que siguen á Cristo.

1. *Los niños de los Hebreos llevando ramos de oliva salieron á recibir al Señor.* Deleita contemplar en la presente fiesta de las Palmas, la solemne Procesion de la Santa Iglesia, y tambien la devocion del pueblo de los Judíos que seguia á Cristo con

gran gozo y veneracion. Pues el honor que en otro tiempo los Judíos corporalmente tributaron á Cristo viviendo en carne, le debemos ofrecer nosotros espiritualmente reinando ya en el cielo. Y tanto más afectuosamente debemos hacer esto con himnos y cánticos devotos, cuanto que más ama Dios los internos obsequios de nuestro corazon, y desea conducirnos á la celeste Jerusalem. Pues por esto principalmente vino al mundo, para guiar al cielo á los que peregrinan en la tierra. Por esto se apresuró por llegar al lugar de la Pasion, para prepararnos el asiento de la felicísima mansion en los cielos. En muestra de lo cual mandó que le trajesen un asna y un pollino, y modestamente cabalgando los condujo á la terrestre ciudad de Jerusalem, que es la imágen de la celeste bienaventuranza; para que nosotros esperemos por Cristo ser trasladados á la vida eterna con los Santos Ángeles. Que suscitará nuestro cuerpo animal del polvo de la tierra, y lo revestirá con la gloria de la inmortalidad en la futura resurreccion de los justos. ¿Y quién será digno de merecer esto? Ciertamente aquel que se humillare como párvulo en el número de los niños de los Hebreos, y se hiciere como piadoso jumento bajo los piés de Cristo, presentándose aparejado en todo lugar y tiempo para cumplir la voluntad de Dios. Porque cualquiera que se mostrare entre sus hermanos manso y humilde, y se reputare como torpe jumento é inútil siervo, por algun vicio ó ineptitud que en sí conoce; este, por su humilde juicio, agráda más á Cristo, y le es más allegado que

aquel soberbio Fariseo, que, como caballo indómito, se enorgullecia de las buenas obras. Más excusable es la simplicidad del asno si yerra, que la perversidad del caballo soberbio que recalcitra. Eligió, pues, Cristo al jumento para cabalgar, por la mansedumbre; rehusó al caballo que relincharia y morderia á otros. Así tambien ahora toma Cristo para su servicio al sencillo y humilde, y le pone en sus espaldas el yugo de la Santa Religion; para que por la ley de vida y de disciplina vaya por camino llano y recto á la celestial Jerusalem, despues de la muerte.

2. Y así considera cuáles y cuántas virtudes nos manifestó Cristo en esta Pasion por su Humanidad, que siendo elevado y rico, y sobre todos poderoso, como que era verdadero Hijo de Dios, segun la Divinidad; sin embargo no mostró exteriormente delante del pueblo la excelencia de la magestad por el aparato del siglo; sino que con mucha humildad y mansedumbre se dirigió á la ciudad que le era rebelde. Este es nuestro Rey, al que llamó San Juan Bautista el Cordero que habia de venir al mundo; que por la salud del género humano vino al lugar de la Pasion, para cumplir la obra de nuestra redencion, como habia sido revelado á los Santos Patriarcas y Profetas. No se apartó de la presencia de sus enemigos, ni detestó el lugar santo por la malicia del pueblo; sino que con grande caridad y compasion se acercó á los envidiosos y frenéticos, para calmar los ánimos irritados; además se dolió y lloró por las maldades de ellos, y los castigos que les ha-

bian de sobrevenir. No atendió al aplauso y alabanza de los hombres; sino que tuvo fija la vista en los peligros futuros, diciendo así á los que sin temor se alegraban. ¡Ah, si tú reconocieses los males que te amenazan! ciertamente más bien te dolerías y llorarías conmigo. *Porque el corazon del sábio está en donde hay tristeza; mas el corazon del nécio en donde hay alegría.* Pues por la tristeza se corrige el espíritu del que peca; y por la alegría con frecuencia se disipa la virtud del alma devota. Y tanto más distante de Dios viene á estar el hombre, y más frio en sí mismo, cuanto más se ocupare y detuviere en el negocio externo. Dió, pues, el Señor buen consejo á aquellos que gozan de los honores y consideraciones de los hombres, y se deleitan en la compañía de los amigos; para que aparten los ojos de las cosas presentes, y consideren con atenta reflexion cuán prontamente pasan estas vanas alegrías. Por lo cual recurra el ánimo disipado á las obras de Cristo practicadas hoy; deje todas las ocupaciones del siglo; tome de las Santas Escrituras flores de buenos pensamientos; y con internos ejercicios, como con verdes palmas, corra á salir al encuentro del Rey celestial. Y si ves ú oyes por el canto algunas cosas exteriores pertenecientes á la fiesta, no te quedes solamente allí, sino investiga con diligencia el sagrado misterio que en esto se oculta.

3. Se ha de notar, pues, que en esta procesion de Cristo, se encuentran seis géneros de hombres buenos, que por algun acto de piedad obsequian á Cristo que viene. Unos le preceden, otros le si-

guen, estos cortan ramos, aquellos tienden las vestiduras por el suelo, algunos le conducen, otros andan junto al Rey. Ninguno permanece aquí ocioso, nadie atiende á fábulas; cada uno conserva su puesto; cualquiera desempeña alegremente su oficio. Mas esto muy bien se puede entender mística y moralmente, y de esta manera interpretarse para la instruccion de la fé, y la norma de las costumbres. Pues los que van delante de Cristo, son los Patriarcas y Profetas, los cuales anunciaron al pueblo muchos misterios de Cristo, y con grandes ánsias desearon verle. Mas los que van detrás de Cristo, son sus discípulos, y otros fieles convertidos por Cristo, que dejando todos sus bienes y los cuidados del siglo, imitaron perfectamente á Cristo, y con la palabra y el ejemplo atraieron á muchos al buen vivir. Mas los que cortan ramos de los árboles, son los Prelados de las Iglesias y los Predicadores de la palabra de Dios por la redondez de la tierra; los cuales estudiando recogen de los libros Santos y de los tratados de los Doctores hermosas y útiles sentencias, como flores y hojas de árboles, las que despues predicando en la iglesia exponen fielmente delante del pueblo. Y para que los oyentes débiles é indoctos no se lastimen los piés en el camino contra la piedra de escándalo, por la dureza de los preceptos; por eso los buenos Doctores para allanar el camino de la vida celestial, exponen muchos ejemplos de Santos como flores de rosas y lirios de los valles; presentando ya la paciencia de los Mártires, ora los trabajos de los Con-

fesores, bien la castidad de las Vírgenes. Mas los que extendian sus vestiduras por el camino, son los buenos administradores de las cosas temporales que sustentan con comida y bebida á los pobres y mendigos, para que no desfallezcan en el camino por la necesidad de cada dia. Pues estos sacan algunas cosas necesarias que á ellos les sobran, tanto de los vestidos quanto de las bolsas, que reparten misericordiosamente á los desnudos y necesitados; para que por las limosnas terrenas ofrecidas por Cristo, reciban premios eternos en el Reino de Dios, despues de esta vida. En otro tiempo hubo muchos en la Santa Iglesia de tal manera inflamados fervorosamente en el divino amor, que no sólo distribuyeron á los pobres los bienes exteriores y temporales, ó lo dejaron todo con el deseo, sino que tambien en tiempo de persecucion entregaron sus cuerpos á diversos suplicios por la fé de Cristo. Estos á la verdad más que todos los despreciadores del mundo, en el camino de Dios y en la procesion de Cristo, extendieron y arrojaron en tierra sus cuerpos, como vestiduras y cargas pesadas de sus almas, para que fueran pisados por hombres malignos, y de este modo recibir con los Santos Ángeles las eternas coronas en los gozos del cielo, por todos los tormentos sufridos en esta vida. Mas los que llevan á Cristo son el asna y el pollino, teniendo sobre sí las vestiduras Apostólicas, pero que caminan al mando de Cristo. Por estos se designan los buenos y devotos Religiosos, que llamados á Cristo por la doctrina de los Após-

toles, renuncian al mundo y entran en el monasterio. Llevan sobre sí por regla el yugo suave de Cristo y su carga ligera, amando la castidad, guardando la obediencia y viviendo bajo la disciplina de los Prelados; teniendo en la boca el freno del silencio, y encorvando humildemente bajo la vara su espalda y cuello para la correccion; y llevando todo esto por Cristo, que los llamó de la vanidad del siglo, y sujetó á su servicio piadosa y gustosamente por el tiempo de toda su vida.

4. Pero los que en el camino andan junto al Rey, son los Apóstoles, y estos miran extáticos su rostro desde su lado. Estos son los varones contemplativos, enteramente segregados de las cosas del mundo; dados sobre todo á la soledad y el silencio; ocupados frecuentemente en la oracion, leccion sagrada y meditacion; é inflamados con los continuos suspiros por las cosas celestiales, desean con sumo anhelo ver á Cristo en su gloria; y por especial gracia íntimamente recogidos, y alguna vez elevados súbitamente en espíritu sobre sí, contemplan un poco el rostro de Cristo como desde su lado. Porque á causa de su gran dulzura, menosprecian todos los bienes visibles y criados, teniéndolo todo como nada y de ninguna importancia; y desechan todo lo que aparta del sumo bien, é impide vacar á Dios.

5. Colige de lo dicho que son dos los órdenes de los que alaban al Señor: uno que precede, otro que sigue á Cristo. Y todos estos concordemente cantan á una voz, todos publican que Cristo vino

en carne, y confiesan á Cristo Rey, nacido de la extirpe de David. Por estos cantores justamente se designan los Ministros de la Santa Iglesia, ordenados para cantar y celebrar los divinos oficios; los cuales despues que en ciertos tiempos entonan con alegre corazon y boca, himnos y otros cánticos sacados de las historias del antiguo y nuevo Testamento en alabanza de Dios, procuran alentarse á sí y á otros á las promesas celestiales; no sea que fatigados con el tedio y trabajo de la presente vida, se retarde la llegada á la celestial Jesuralen, á donde hoy voluntariamente nos conduce por su Cruz Cristo, Rey de Israel, Criador nuestro. Cada uno por su estado, órden y oficio recibirá su propia paga, segun su trabajo. Debe, pues, cualquier fiel siervo de Dios, ya sea clérigo ó monge tonsurado, ó Sacerdote beneficiado, ser muy diligente y alegre para cantar en la Iglesia, en la presencia de Cristo y de los Santos; y tome ejemplo de los niños de los Hebreos, que alababan á Cristo en alta voz hasta lo más elevado de los cielos. Porque cuantas veces el clérigo ó monge canta ménos vigorosamente ó quita la voz en el coro, ó tambien ocupado con vanos pensamientos revuelve cosas extrañas, y atiende con negligencia á cada una de las palabras divinas; tantas preciosas margaritas pierde de la corona de su cabeza, y permite que sean robadas y arrebatadas por el enemigo hermosas y muy fragantes rosas del santuario de Dios. Guárdese, pues, el religioso de coro, señalado con título de Cristo, deputado por Dios para cantar y orar, que

cuan prontamente se toque á las horas canónicas, no venga tarde al coro, ni esté allí con hastío y espíritu disipado, no sea que el astuto enemigo entre con disimulo, y le quite el salmo de la boca, ó el sentido del corazon; no pierda por negligencia el mérito del santo trabajo, y ofenda á Cristo y á los Santos Ángeles, por cuanto paga malamente su deuda. Sea esto dicho por la alabanza y el canto de los buenos niños, para excitar la devocion de todos los religiosos.

6. Mas ya place considerar mejor el trage y el aparato de nuestro humilde Rey, sentado sobre el pollino del asna, que estando en medio del pueblo regocijado, no mostró la risa, sino el llanto. En ninguna página del antiguo Testamento encuentro Rey alguno de Israel ó de Judá cabalgando tan humildemente, ó marchando contra el enemigo sin armas guerreras, ni trompetas sonantes. Ni áun en toda la vida de Cristo hallo algun hecho tal, qual ahora en este dia obra nuestro Salvador en presencia de tan gran multitud del pueblo que aclamaba; y por eso es estupendo sobre manera un hecho de cosa tan extraña. A lo más se lee que Jesús frecuentemente iba por las ciudades y villas predicando la palabra de Dios: tambien se cansó del camino; mas con todo, no veo que se sirviese de algun jumento para caminar más cómodamente, ó llegar más pronto al lugar deseado. Pero, ¿quién entendió la mente del Señor? ¿ó quién fué su consejero en este hecho? Creo y advierto que esta fué disposicion divina para que se cumpliese

la sagrada palabra del Profeta mucho tiempo antes anunciada, segun el cual, Cristo Rey de Israel habia de venir en humilde condicion y en espíritu de mansedumbre. Acaso ignoraban muchos de qué Profeta hablaba. Mas cuando Cristo cumplió por sí mismo lo que el Profeta habia vaticinado antes á la letra; entonces indudablemente se creyó y se entendió muy bien que estas cosas estaban escritas de él, y que ellos mismos habian concurrido á su cumplimiento, como atestigua el Evangelista San Juan. Vino, pues, Cristo Rey, Señor de reyes, no con mano poderosa para aterrar á los hombres, como hacen los príncipes del mundo, sino para dar ejemplo de humildad, por la cual fácilmente caminasen al celeste Reino. Porque hay gran distancia entre el Rey del cielo y el del mundo, entre el pobre Cristo y el rico Salomon. Pues Salomon habiendo de reinar en Jerusalem, fué puesto á caballo sobre la mula del Rey David; pero Cristo habiendo de pelear contra el diablo, sentóse sobre el pollino del asna. Aquel subió con clarines sonoros; este con el canto de los niños. Aquel se alegró vestido con insignias reales; este lloró por el peligro de la ciudad en la que reinó David treinta y tres años. En el cual hecho, á la verdad, manifestó que él pertenecia á la familia de David, que vindicando la herencia de sus Padres, entró en el templo de Salomon, que tambien honró ilustrándolo con gloriosos milagros y doctrinas, sanando enfermos, y enseñando al pueblo. Por lo cual, tambien el pueblo, congratulándose mucho en la venida

dé su Rey, Cristo, clamaba: Bendito sea el Reino de nuestro padre David, que viene: Hosanna en las alturas.

7. Mas es cosa de admirar, cómo el pueblo sencillo é ignorante no se avergonzó de tan pobre Rey; ni se ofendió de su baja condicion. Porque en él nada de grandeza régia brilló en el exterior; sino que como antes acostumbró andar con los piés descalzos y la cabeza descubierta, así ahora, sin ornato régio se dirige á la ciudad real. Ni se escandalizaron en él, porque vino pobre; sino que pusieron los ojos de su alma en las señales de su deidad, y se edificaron más en la sencillez de su porte. ¡Oh Jerusalem! mira la humildad de tu Rey, su mansedumbre, justicia y pobreza sobre todos los Reyes de la tierra. Porque hé aquí que viene sin la armadura de los hombres valientes, sin sonido de trompetas; sin caballos ni mulas, sin espada ni coraza; sin escudo ni lanza, sin arco ni saeta; sin corona de oro, sin mitra, sin ínfulas; sin cingulo, sin capa; sin bonete, sin capuz; sin botas, sin bridas, sin espuelas, sin bandera, sin cetro; sin ningun estrépito mundano, ni pompa militar. Ninguna de estas cosas pertenecen á su cuidado y uso; pues que venia á predicar con la palabra y el ejemplo é menosprecio del mundo. Tomó pues para su cabalgadura un animal despreciable y de carga, en señal de pobreza é inocencia; para que de su humilde aspecto apareciese más bien piadoso y amable, que Rey terrible y Señor austero. Juntó consigo hombres pobres é inermes, dejando á los ricos y poderosos

porque su Reino no era de este mundo, sino del cielo abeterno. Tuvo muchas cosas opuestas á los Reyes y príncipes terrenos; porque vino á llamar á los humildes y pobres, cuales eran sus discípulos; á quienes prometió dar el Reino de Dios, que nadie les podrá quitar con violencia. Al cual se digne conducirnos por su gracia Jesucristo, Salvador del mundo y Rey de la gloria, que es sobre todas las cosas Dios bendito en los siglos. Amen.

---

## DISCURSO XXIX.

---

De la caballería de Cristo, no en el carro de Faraon, sino en el borriquillo de la humildad.

1. *Id á esa aldea que está enfrente de vosotros, y luego hallaréis una asna atada, y un pollino con ella: desatadla, y traédmelos. ¿Qué es esto, dulcísimo Jesús, Rey mio, y Dios mio, que envias á tus discípulos por un jumento, y no por algun caballo, para que te sirva en este camino, que tantas veces anduviste con los piés descalzos? ¿Por qué te presentas pobre y necesitado en todas las cosas, siendo tuyo*

todo lo que hay en el cielo y en la tierra, así los hombres como los jumentos? Cuando naciste en Belen de Judá, no buscaste un gran palacio, sino un vil establo para morada, y un estrecho pesebre para descansar; y ahora caminando para Jerusalem, envias por un pollino cedido á tí brevemente. Me admiro en gran manera y me conduelo de tu pobreza, que siendo tú el Rey de toda la tierra vivas así tan sencillamente y procures salir sin hábito real. ¡Oh Dios! ¿No habia alguno entre todos tus amigos en Betania ó en Betfage que te preparase una carroza, ó te cediese un caballo, para que á lo ménos así caminases con más honor á Jerusalem, y abandonases este jumento? ¿Quién de los Monarcas obró así? Se lee en el libro tercero de los Reyes, que á Salomon llevaban muchos caballos de Egipto, comprados á gran precio: ¿y cómo ha sucedido que no quede ni un solo caballo para que lo uses en tu venida á Jerusalem? Raro y nuevo espectáculo nunca oido en los siglos, que el Rey de las eternidades no tuviese en todo su ejército un caballo para montar por breve espacio; sino tan sólo un pollino de asna, sobre el cual no habia subido hombre alguno, que no tuvo silla para sentarse, ni freno para contenerlo. ¡Oh admirable clemencia de Dios! el Autor de los siglos se dignó montar en un jumentillo cuando caminaba para la ínclita Jerusalem.

2. Pero muchas, muy razonables y poderosas son las causas por qué montó en jumento y no en caballo. Cristo, sabiduría del Padre, hizo esto para

que se cumpliera la Profecía de su venida, no solamente por el testimonio de las palabras misteriosas; sino tambien que se demostrase á los hombres con algun hecho exterior. Tambien dió en esto gran ejemplo de verdadera humildad, y de santa pobreza, para reprimir la soberbia y avaricia de los hombres, que se deleitan en los honores y riquezas, y tambien en los muchos siervos, buscando la gloria temporal, y el goce de los placeres. Porque si nuestro Rey y Señor Jesucristo hubiera tomado para sí un hermoso caballo, ¿quién por pobre que fuera no desearia montar á caballo, y diria: puesto que Cristo así lo hizo, ¿por qué, pues, no se me ha de permitir á mí? Porque el pensamiento y el corazon de los hombres son propensos al mal; y casi todos anhelan por la elevada posicion. Pues ahora Cristo, Rey humilde y manso, se contentó con venir en un jumento, como de él predijo el Espíritu Santo, que descansa sobre el humilde y pacífico, y pisa con su propio poder los cuellos de los soberbios y elevados, que hace volver las espaldas á los Reyes, y rechaza á los corazones perversos y falsos. Así, pues, nuestro Rey que es Dios antes de los siglos, y hecho hombre al fin de los siglos, tal quiso manifestarse á los hombres en todas sus palabras, actos y hechos, desde la natiuidad hasta la hora de la muerte, para que fuese ejemplo de virtud y santidad para todos, así á los súbditos como á los superiores. Mostró el camino de la verdadera humildad, con aparato de gran pobreza; por la cual como por camino recto pueda subir tambien á la

celeste Jerusalem cualquier pobre sin caballo, sin coche, sin mula, sin jumento, sin alforja, sin dinero, sin prelación, sin púrpura, sin Holanda. Porque él es el conductor, el compañero y antecesor de este santo camino; él es el defensor y gobernador que enviado del Padre vino á este mundo para hacer llano y fácil el camino de la humildad, por el cual se llega seguramente al cielo.

3. Atiendan á esto los pobres, y alégrense; oigan los mansos, y consuélense; porque para consolacion de los pobres, nuestro Rey y Señor Jesucristo, siendo rico y el primero de todos, se hizo por nosotros pobre y paciente, para hacernos con su pobreza ricos en gracia, y de pequeños, grandes en gloria. Pues que él en semejanza de pobre vino á los hombres, pobre vivió entre los hombres y pobre murió por los hombres. No tuvo ciudad, ni castillo, ni casa propia en ilustre herencia; y sin embargo, hoy es honrado por los pobres y sencillos, y llamado á grandes voces Rey de Israel. En suma, para manifestar á todos los príncipes del mundo la excelencia de su pobreza, y hacerla amable, por caballo de soberbia, tuvo un pollino de asna; por generales y soldados, pobrecitos discípulos, ignorantes pescadores; por pajes de armas y escuderos, pueblo sencillo, zapateros y tejedores; por cantores y músicos, niños inocentes, que gritaban diciendo: ¡Hosanna!; por espadas y lanzas, ramos de palmas y olivas, que eran signos de alegría y paz, no de lucha ni contienda. Y así vino Cristo, Rey noble y pacífico, Hijo único y amado del Eterno Padre,

deseando restablecer la paz entre Dios y los hombres, entre Ángeles y pecadores, entre Judíos y Gentiles. No temas, pues, hija de Sion, sino gózate y alégrate, Jerusalen, ciudad santa; porque no viene á castigarte, sino á rogar por tus pecados; no á abrogar la ley, sino á darle cumplimiento; no á destruir el lugar santo, sino á librarlo del poder del diablo; no á disputar de palabras, sino á enseñar con las obras; no á oprimir á álguien por el poder, sino á salvar por la clemencia; no á buscar venganza por la injuria recibida, sino que viene á padecer Cruz y muerte por la iniquidad cometida. Conoce por sus milagros, cuanto excede á todos los Santos Patriarcas y Profetas; y cree que verdaderamente es Hijo de Dios; igual al Padre, nacido de la Vírgen para la salud del mundo, y que ha de morir por la redencion de todos.

4. Considera por las obras de su humanidad, que es manso y humilde, menospreciando la gloria del mundo, sufriendo oprobios; devolviendo bienes por males. Hé aquí, que cual es él, tales han de ser tambien sus siervos. Eligió militares y nobles adornados de virtudes; no con vestidos preciosos; que saben pelear contra el diablo orando, domar la carne ayunando, y vencer menospreciando las riquezas y honores del siglo, como aprendieron de él mismo, y enseñaron á pelear espiritualmente á otros muchos. A estos se juntaron los buenos niños, agenos de malicia y de contienda, cantando y alabando el nombre del Señor, porque grande es su gloria. Porque desde el mayor hasta el menor todos

se ocupan en alabanza y accion de gracias; y á la vista y venida de su Rey se regocijan de corazon, aplauden con las manos, danzan con grandes voces bendiciendo á Dios por todos los portentos y milagros que habian visto y oido de Cristo Rey en sus regiones. ¡Oh cuán estupenda y laudable fué esta devocion, cuán agradable el júbilo del alma, cuando el humilde Jesús, Hijo del Rey Eterno es conducido por niños inocentes al templo de Salomon, y al lugar del tabernáculo admirable! Donde en figura de su bendita Pasion se ofrecian por los sacerdotes de la ley Mosaica hostias pecuarias; las cuales, sin embargo, no habian podido limpiar enteramente á nadie de los pecados, segun la justicia de la carne; sino que segun la fé de los oferentes, por la esperanza en Cristo que habia de dar la salud, se esperaba la firme remision y el consuelo de la redencion humana. Porque despues de esta procesion y de la manifestacion de tan grande honor, pasados pocos dias, fué lleno de mayor confusion y penas, de lo que algun tiempo antes habia sido honrado por las turbas. Por último, maltratado con muchas injurias y azotes, fué clavado en la Cruz; para que se patentizase la verdad de la carne recibida; y se cumpliese la figura de la hostia legal por la inmolation del Cordero Pascual.

5. Pues estas dos obras de Cristo, á saber: la Procesion y la Pasion, se celebran hoy por todas partes en la Santa Iglesia, y contienen en sí grandes misterios, explicados suficientemente por los Santos Doctores. Porque en estas dos cosas se de-

signa el estado de la Santa Iglesia, la cual frecuentemente suele ser ejercitada por Dios en lo próspero y en lo adverso. La Procesion que demuestra alegría, por eso se hace y se celebra con ramos de palmas, para excitar los corazones de los fieles al amor de los gozos celestiales. Mas esta Procesion se verificará perfectísimamente, cuando todos los Santos resucitados de entre los muertos saldrán á recibir á Cristo en los aires con cuerpos gloriosos. Entonces cantando los Ángeles, entrarán los escogidos en el Santasantorun, teniendo palmas en sus manos, y lámparas lucientes llenas de óleo. Entonces recibirá cada uno premios eternos por sus trabajos y méritos, hallándose todos muy contentos en las mansiones que por Dios les fueron preparadas. Mas la Pasion que sigue á la Procesion, esto indica: que por la Cruz y Pasion de Cristo, y por muchas tribulaciones sufridas por Cristo, se nos muestra el camino por el que se llega despues de la muerte al Reino de Dios. En el cual Reino se gozarán eternamente con Cristo los que ahora consideran devotamente su Pasion, gimen de compasion, derraman lágrimas de amor; mortifican la carne á su imitacion, ofrecen oraciones en accion de gracias; oyen Misas de buena gana, celebran con temor y reverencia, se abstienen de cosas vanas é inútiles, se preparan para recibir la Divina gracia por la guarda del corazon; y con piedad se ejercitan en esto cuidadosa y seriamente meditando, leyendo, trabajando y padeciendo en memoria de la Pasion de Cristo; para que conformados de

corazon con los dolores de Cristo en la presente vida, sean glorificados más altamente en la otra. Porque cuando venga Cristo á remunerar los trabajos de todos sus escogidos, entonces limpiará todas las lágrimas de los ojos de ellos. La presente procesion causa una breve alegría; pero la futura procesion de los Santos obtiene una perenne alabanza. Porque ninguna festividad es más solemne, ninguna compañía más grata, ninguna delectacion más grande, ninguna contemplacion más alta, ninguna felicidad más perfecta, que ver á Cristo en su gloria celestial con los Santos Ángeles, estando congregados todos los escogidos que han de reinar con Cristo en la celeste y beatísima ciudad de Jerusalem, por los siglos de los siglos; habiendo sido los impíos é infieles entregados á las eternas llamas, y justamente condenados con el diablo. De tales males nos guarde y preserve; antes bien nos congregue con sus escogidos, y nos coloque á la derecha en su Reino, el que por su Pasion y Cruz se dignó redimirnos, Jesucristo Señor nuestro. Amen.

---

## DISCURSO XXX.

De la Resurreccion de Cristo, y de la consolacion espiritual del alma.

1. *Resucité, y áun estoy contigo: Aleluya.* Esta es la voz de Cristo á la Iglesia, y á cualquier alma fiel, que por su Pasion está muy triste, y como privada de todo consuelo. Pues resucitando Cristo de entre los muertos, á esta habla en espíritu; á esta, con alegre palabra de su boca, benignísimamente consuela diciendo: *Resucité, y áun estoy contigo.* No me he olvidado de tí; sino que acordándome de mi promesa, como victoriosísimo triunfador de la muerte, á tí me aparezco, y te declaro los gozos de la eterna felicidad, para que te congratules conmigo de la inefable gloria de la resurreccion que he recibido; porque esta nunca la he de perder, ni he de morir más. Mucho ciertamente te doliste y lloraste en el dia de ayer, á causa de mi Pasion; pero ya no llores más, porque resucité verdaderamente, y áun estoy contigo por la presencia de la magestad, yo que padecí por la flaqueza de la carne. Ya estoy coronado con más alta gloria, y vestido con la luz de la inmortalidad, yo que el dia antes fuí puesto en la Cruz y condenado á la muerte más infame. Descansé por tres dias en el sepulcro; mas

ahora vivo yo, dice el Señor tu Redentor, para que tú vivas por mí.

2. Yo resucité hoy de entre los muertos por la gloria del Padre; y tú resucitarás en el último día con mis escogidos; por virtud divina saldrás del sepulcro, y por tus méritos serás coronado. Aclama, pues, con voz de regocijo, y con grande acción de gracias entona devotos cánticos de alabanzas, cantando Aleluya, y elevándote en espíritu á las fiestas celestiales. Alégrate, hija de Sion juntamente con el corazón y la voz; porque pasó la hora de la tristeza temporal, y volvió el día de la perenne alegría, la esperanza de tu futura gloria. Aflijanse los Judíos que me crucificaron; confúndanse los gentiles que me escarnecieron; teman todos los que no quisieron creer en mí. Alégrense, pues, los fieles que me aman; consuélense todos los pueblos, que oyendo mi Pasion, se dolieron y lloraron. Acérquense á mí los discípulos que huyeron dispersos, y me abandonaron entre los tormentos. Vengan á mí los humildes y devotos; salgan los sacerdotes y ministros vestidos de blanco. Lleguen á mi mesa con suma reverencia todos los Cristianos, y celebren todos los pueblos este día de Pascua en el cual yo resucité.

3. Porque yo soy la resurrección y la vida. Yo soy el pan vivo que desciende del cielo, y doy vida al mundo. Yo soy el buen Pastor que apaciento mis ovejas dóciles y obedientes, que dejan la propia voluntad y siguen la mía en todas las cosas. Yo soy el maná escondido, el gozo de los Ángeles, la Pas-

cua de los Cristianos, la felicidad de los Santos; que en el cielo alegró á los Angeles en clara vision, y en la tierra me uno á los hombres en mi Sacramento. No te turbes, pues, como despreciado en el mundo. No te aflijas, como si estuvieras desamparado de Dios. No temas, como si te hallaras cercado por enemigos. No te he dejado, ni te dejaré. No te he desechado ni te desearé; sino que te probaré de muchos modos, y te llevaré por varias tentaciones; y como el oro en el fuego, te acrisolaré y purificaré. Y en el tiempo de la tribulacion me apareceré á tí, y te consolaré con mi presencia; infundiendo la gracia de la devocion, embriagándote primero con el vino de compuncion, ungiéndote despues con el óleo de alegría, para que derrames lágrimas, y sientas admirable dulzura, y todo te abrases y liquides Así, así consolaré á los que lloran por mí, en este valle de lágrimas, que se apartan de frivolidades, y se recogen en su interior. Tengo yo mucho cuidado de tí, y mis ojos están fijos en mis fieles; para que se sienten conmigo en el Reino de mi Padre, y vean la claridad que tuve eternamente, y preparé á mis amigos. Les daré cumplida recompensa cuando resucitarán del sepulcro, tambien ellos gloriosos é incorruptos. Por eso sufrí la muerte, quebranté al infierno, vencí al diablo, liberté del limbo á los Santos Padres y abrí las puertas del paraiso, para introducir á todos mis escogidos en la eterna bienaventuranza.

4. Pero no te consideres separado de esta alegría, ni extraño á la feliz congregacion de los

Santos. Que aunque todavía estás vestido de mortalidad y vives entre tentaciones, sin embargo, despues gozarás completamente con mi vista, si permanecieres fiel y constante, siguiendo hasta el fin mis pisadas; como yo tambien permanecí en el amor de mi Padre, obedeciendo hasta la muerte. Permanece, pues, firme en la tentacion, y sufrido en toda tribulacion, para que seas partícipe de mi eterna gloria. No desesperes cuando amenace cualquier adversidad, y se retire todo humano consuelo. No acostumbro dejar triste ni desechar al que ora; sino escuchar con clemencia al que con gemidos me llama en su auxilio. Pruebo al que pelea, coronaré al que persevera. Permito por poco tiempo que sea atribulado mi escogido; y cuando ménos lo piensa, ó se juzga indigno de algun consuelo, súbitamente aparezco é ilumino al que ignora. Así lo hice con mis discípulos, y con las amadas visitadoras de mi santo sepulcro. Porque ellos estuvieron en gran tristeza, perdieron toda esperanza, no experimentaban ningun consuelo; no sabian qué hacer, ó adonde ir. Entre tanto, nada les era más dulce que llorar amargamente, y preguntar muchas veces si habian podido saber algo de mí. Mas cuando vino á faltar todo humano auxilio, luego llegó el divino. Y les sucedió más felizmente, que cuanto ellos pudieron imaginar. Porque hice ir delante á mis Angeles, que anunciasen la buena nueva, para que no permanecieran por más tiempo inconsolables; sino que alentados con esperanza de vida esperasen al Rey de la gloria.

5. No quise aparecer al instante, para que creciese el deseo de buscar, y se hiciesen más puros para ver; de modo que habiéndome visto, se alegrasen más, me conservasen con más devocion, y me adorasen con más reverencia. Yo sabia el tiempo y el modo de consolar á los tristes, y cuánto podrian aguantar los ánimos de los mortales. No desprecié, pues, los ruegos de los devotos, ni rechacé los trabajos de los afligidos; sino que probé la fé, instruí la ignorancia, alenté la pusilanimidad, encendí el amor y deseché el temor. Así pues, orando, buscando, llamando y perseverando, merecieron ver al que deseaban. Y yo cumplí la palabra que os dije: *Que otra vez he de veros, y se gozará vuestro corazon, y nadie os quitará vuestro gozo.* Tú, pues, oyendo esto, prepárate para la gracia de la devocion, espera con paciencia hasta que yo venga, y de nuevo visite tu corazon, librándote de toda molestia, conduciéndote al estado del nuevo regocijo. Entonces podrás cantar alegremente, y por la experiencia conocer cuán verdadero y deleitable sea este intróito: *Resucité, y áun estoy contigo: Aleluya.*

---

## DISCURSO XXXI.

De la alegría del Domingo de Resurreccion.

1. *Este es el dia que hizo el Señor; regocijémonos, y alegrémonos en él.* Gran gozo espiritual nos proporciona ciertamente tan solemne fiesta Pascual. En ella, pues, nos hemos de alegrar, no segun la carne, ni segun la vanidad del siglo; sino segun Dios, con ázimos de sinceridad y de verdad. Ya se ha de pedir mayor gracia y se ha de observar más perfecta pureza. Ya por el estudio de la nueva vida, el ánimo ha de trasportarse en deseo celestial. Porque el Señor con justa causa hizo para nosotros este dia celebérrimo y santísimo, para alegrarnos en él sobre todas las festividades del año. Digan ahora todos y cada uno: Salve, clarísimo dia, que nos iluminaste despues de horrorosas noches de infierno. Porque el mismo Jesucristo Señor nuestro, Rey de la gloria, y Príncipe de los reyes de la tierra, hoy ha resucitado de la muerte; y ha llevado la esperanza de la vida eterna á todos los fieles que creen en él por el orbe. Pues que resucitando él con la carne que tomó de la Vírgen María y ofreció por nosotros en la Cruz, se canceló el decreto de nuestra condenacion, y

vencida la muerte, se nos abrió la entrada de la feliz eternidad. Abre, pues, tu boca, alma devota, y con voz sonora canta con toda la Iglesia católica con verdadera alegría del corazón: *Este es el día que hizo el Señor; regocijémonos y alegrémonos en él: Aleluya.*

2. ¡Oh verdaderamente dulce y admirable verso, que tan alegremente se canta, tan frecuentemente se repite en las horas canónicas, y con sus notillas excita la devoción, recoge á los disipados y atrae con gran vehemencia al amor de Cristo. No escuches, pues, solamente la melodía exterior que resuena bien, sino además considera el sentido de las santas palabras que se oculta en el interior; y por la dulzura del canto, elévate á las cosas interiores del espíritu, no sea que pierdas el fruto del trabajo por la claridad de la voz; que se te manda cantar salmos á Dios en el Espíritu Santo, y alabar con alegría en el corazón á solo el Señor. Bienaventurado el que se ocupa en estas buenas obras, y dirige toda su atención á los gozos de la eterna fiesta; para que por las festividades temporales aspire á la eterna gloria, como dice el Apóstol: *Si resucitásteis con Cristo, buscad las cosas que son de arriba: pensad en las cosas del cielo, no en las de la tierra.* No sé que se cante en todo el año cosa más alegre y festiva, que lo que se celebra en estos días de Pascua. Porque la voz y el canto de todos repite con mucha frecuencia el Aleluya, y todas las cosas se terminan con Aleluya. En lo cual se nos indica figuradamente, lo que hemos de hacer

en la vida eterna, cuando libertados de las presentes aflicciones, y trasladados al celestial descanso, alabaremos á Dios con los Santos Ángeles, repletos del sumo bien por una eternidad. Digna, pues, y venerablemente se alegran los cielos y la tierra con toda su plenitud, en la resurreccion de Cristo, y se les manda alabar á Dios, por quien se nos han concedido tan preciosos bienes de espirituales carismas, y todavía se nos han de dar en el fin mayores y más sublimes.

3. Hé aquí que ya los elementos cerrados con el frio del invierno, poco á poco se abren, y con cierta amenidad de primavera, se disponen para la siguiente festividad. Porque la tierra mucho tiempo há estéril é inculta, muestra claramente la fecundidad de su virtud, y alegre produce yerbas. Los árboles y plantas echan olorísimas flores, y se adornan con verdes hojas, como con nuevos vestidos. Las aves del cielo, tristes por el crudo invierno, gorjean dulcemente; y volando por campos y selvas, se alegran de haber vuelto la serenidad del aire, y la abundancia de las mieses. El sol y la luna, y los astros del firmamento, derraman más claramente su luz. Así es que no se conoce ya criatura alguna que no aplauda con su renovacion á Cristo resucitado. Pues cuando tanta alegría hay en los elementos ¿cuánto regocijo no debe haber en los Ángeles y en los hombres, superiores á las demás criaturas del mundo? Verdaderamente este es el dia que hizo el Señor, como clarísimamente nos lo demuestra por las Escrituras, por las figuras,

por los Profetas, por los Ángeles, por los Apóstoles y los Doctores, que atestiguan y predicán su resurrección. Y donde todas las cosas concuerdan, y tanto las supremas como las ínfimas aseguran lo mismo, ya no debe quedar en el corazón motivo alguno de duda; porque Dios omnipotente es poderoso para obrar muy cumplidamente más de lo que podemos entender, y de lo que no tiene ser, producir nuevo efecto.

4. Estando, pues, ahora Cristo glorificado en carne, y todo el mundo otra vez renovado, glorifica tú también á Dios, hombre mortal, y renuévate en el espíritu. Da siempre gracias á tu Redentor, por sus dones inmensos, distribuidos á tí y á todos los fieles. Eleva hácia arriba los ojos del corazón; mira el camino por donde precedió Jesús, la salud de tu rostro; síguele con los pasos del amor hasta la entrada del cielo. Porque tienes delante de tí el espejo de toda santidad, y la luz de la vida celeste: camina con seguridad en pos de Jesús, dador de la eterna bienaventuranza, y dominador de cielos y tierra. Nadie más santo que él, nadie más puro, nadie más preclaro, nadie más rico, nadie más poderoso. *Seme ha dado* (dice) *toda potestad en el cielo y en la tierra*. Manténgase, pues, firmemente tu fé en Cristo Jesús, florezca la esperanza, regocíjese la caridad. Obra con valor y ten buen ánimo. Pelea contra la carne, contra el mundo, contra el diablo y sus ángeles, sin temer el ímpetu de ninguna potestad adversa. Porque venció el león de la tribu de Judá, á cuya ira nadie puede resistir; ninguno podrá

escaparse de sus manos; porque sujetas están todas las cosas debajo de sus piés. Ahora el cielo se alegra, la tierra aplaude. Satanás se duele, la muerte huye y no se enseñoreará más en Cristo. Pues bajo el mando de tal Rey seguro es batallar; bajo de tal Pastor es muy grato permanecer, ser apacentado, instruido, sujeto y gobernado, que de nada necesita, y abunda en todos los bienes.

5. Imita, pues, tú tambien al Rey de reyes, al Señor tu Dios, resucitando de la muerte; para que en adelante andes en novedad de mejor vida, pisando los vicios, olvidando los males pasados, no volviendo á las acostumbradas impertinencias; sino levantándote con más fervor á los deseos celestiales. Porque Cristo habiendo vencido á la muerte, no volvió al sepulcro; sino que despues de visitar á sus principales amigos en la tierra, subió alegremente á los cielos, poniendo y elevando sobre las Angélicas potestades la forma de siervo; enseñando á subir á la gloria de la eterna felicidad, por las gradas de la humildad, y el ministerio de la debida sujecion. Si pues deseas ser divinamente consolado, y alegrarte para siempre con los espíritus Angélicos, huye de la delectacion carnal, que engendra muerte. Busca la espiritual refeccion del alma, que Cristo preparó para los que se llegan á la mesa de su precioso cuerpo, más dulce que todos los manjares corporales. Porque si no se despoja totalmente el hombre viejo con sus actos, no puede entrar la celestial dulzura. Y si la carne no estuviere sometida al espíritu, y pospuesto todo cui-

dado terreno, el Paráclito prometido no vendrá, ni la comida del Cordero Pascual aprovechará interiormente. Pues para que nuestro interior sea lleno de gozo espiritual, debería quitarse del corazón toda malicia y pecado, para que como niños recién nacidos andemos en novedad de vida, lavados con lágrimas, y cubiertos de vestiduras blancas. Sean por tanto nuestras costumbres humildes y graves; nuestros ojos modestos, y los afectos puros; las voces alegres, los oídos atentos á las divinas palabras; y todos los sentidos bien fortificados por todas partes. Porque los Santos Ángeles, ministros de Dios, se hallan presentes considerando nuestras obras: quién se levanta con más prontitud, quién ora con más devoción, quién canta salmos con más alegría, quién busca á Jesús con más fervor. Aléjense, pues, las pláticas del siglo, evítense las fábulas vanas, sean nuestras palabras edificantes, para que causen gracia á todos los oyentes, y por ello merezca el que habla la bendición de la buena conferencia. Refiéranse los hechos de nuestro Salvador Jesús Nazareno; téngase una buena plática que á todos alegre y deleite.

6. No se aparte de la mente el Crucificado, preséntese en todas partes Cristo que resucita. Y si todavía no se contempla con los ojos, mas con los frecuentes gemidos, secretamente se toca; y no se aparte de su monumento, hasta que se haya manifestado al que ora. Infórmese por los Ángeles santos, que siempre gozan de su clara vista; para

que ellos nos indiquen donde esté el Señor, ó rueguen por nosotros, hasta que se digne aparecer á los tristes; para que con su dulcísima gracia consuele los corazones de los afligidos. Ojalá, Señor mio Jesús, te dignases encender mi corazon, para buscarte al amanecer con María, y confortarme en la fé que diste á los Apóstoles infundiéndoles el Espíritu Santo. Explícame el sentido de las Escrituras, y llévame al conocimiento de toda verdad, como prometiste, que eres sobre todas las cosas Dios bendito en los siglos. Amen.

---

## DISCURSO XXXII.

---

Sobre el místico nombre de Pascua, y el ejercicio de la nueva vida.

1. *Cristo, que es nuestra Pascua, ha sido inmolado.* El sagrado nombre de Pascua, es muy célebre y conocido por los fieles, cuyo misterio debe honrarse sumamente entre los Cristianos. Consideremos, pues, todos, lo que se ha obrado é intituido por nuestra salud. Pues la palabra Pascua significa tránsito del Señor; porque en este dia Cristo

volvió de la muerte á la vida, pasó del mundo al cielo; para enseñarnos á menospreciar las cosas terrenas, y amar las celestiales. Grandes alabanzas, pues, debemos al Padre celestial, que nos dió la vida juntamente en su amado Hijo, padeciendo en la carne, y siendo crucificado, con cuyos cardenales fuimos sanados, y libertados de la eterna muerte por su inocente Pasion, y así de nuevo nos alegraremos grandiosamente, por su gloriosísima Resurreccion.

2. Venció en Cristo el dolor de la cruel muerte quitando las enemistades de la antigua prevaricacion y lavando todas las manchas de nuestra culpa. Siguióse la dulzura de la inenarrable alegría, y la elevacion de la perenne gloria, que á todos los renacidos en Cristo por el Bautismo se ha de dar despues del destierro de este mundo, como volviendo del Egipto al gozo del paraiso. Porque por la inmolacion del verdadero Cordero, el espiritual Israel fué libertado del cautiverio de la diabólica condenacion, y el nuevo pueblo de Dios pasó á la libertad de la celestial morada. Porque Cristo resucitando de entre los muertos pasó la antigua Pascua á la nueva, y trasladó la vida temporal á la sempiterna. Bien, pues, dice el Apóstol, y alegremente canta la Santa Madre Iglesia por todas partes: *Nuestra Pascua es Cristo que ha sido inmolado*. Siempre, pues, debemos tener presente la dolorosa Pasion de Cristo, y tambien su alegre Resurreccion, para consuelo de nuestra mortalidad; á fin de que por el sufrimiento de muchas tribulaciones por

Cristo, tengamos esperanza y cierta seguridad de reinar perpétuamente con él. Procuremos ahora en este santo y alegre tiempo resucitar al deseo de la nueva vida, y con gozo espiritual cantar alegres alabanzas al Señor. Porque poderoso es Cristo para auxiliarnos más, é inflamarnos con más ardor en el deseo de la celestial vida.

3. Pero oscurece la claridad de la fiesta Pascual el que anhela más por comer carnes, que por la comunión del precioso Cuerpo de Cristo, en el que se contiene la fuente de toda suavidad, y la refección del alma. Porque ciertamente sin este sacratísimo manjar, pobre y mezquina está toda mesa de rico espléndidamente preparada. Porque como es mejor el alma que todo cuerpo, así Cristo que es el alimento del alma, excede á todo sabor en suavidad. Y aunque ya por la solemnidad de la Dominica de Resurrección se ha de alegrar más, y se concede más libremente el uso de mejores alimentos; debe sin embargo, ser moderado el uso de los manjares, y con temor de Dios refrenar el apetito de la carne. Porque esto es provechoso para la salud del cuerpo y del alma, y el hombre se hace más apto para las alabanzas de Dios. No te venza, pues, la concupiscencia de la carne; sino por la devoción de la mente vence en virtud del Espíritu Santo cualquier delectación corporal que te ocurra por los sentidos. Bienaventurada aquel alma, que al olor de los unguentos de Cristo es atraída para gustar el celestial convite, y con el Salmista clama y dice: *Los deleites en tu diestra para siempre. Pero seré sa-*

*ciado cuando apareciere tu gloria.* Se engañan ciertamente todos los necios de corazón, que dejando los verdaderos y celestiales bienes, buscan consuelo en las cosas terrenas; y sin el freno de la justa moderación, anhelan por poseerlas en abundancia. *Porque el reino de Dios (dice el Apóstol) no es comida ni bebida; sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo.*

4. ¿Quién es pues, el que celebra la Pascua en espíritu? El que pasa de los vicios á las virtudes; el que de la vida antigua y mala costumbre se levanta al estado de nueva devoción. ¿Quién es el que honra dignamente la Pascua? El que menosprecia los honores del siglo, y en todas sus buenas obras busca la gloria de Cristo. ¿Quién es el que sacrifica el cordero en la víspera de la Pascua? El que se duele verdaderamente de sus pecados, y despues deja de pecar. ¿Quién es el que come el cordero asado con lechugas silvestres? El que considera con dolor á Cristo padeciendo en la Cruz, y viviendo sin culpa se castiga. ¿Quién es el verdadero Hebreo que pasa el mar Rojo? El que pasa del sentido de la carne á la suavidad del espíritu; y olvidando aquellas cosas pasadas se encamina á las futuras. ¿Quién es el verdadero hijo de Abraham? El que adelanta del temor servil, á la libertad de los hijos de Dios. ¿Quién es el verdadero discípulo de Jesús? El que renuncia perfectamente á todas las cosas terrenas y deja su propia voluntad. ¿Quién es digno de sentarse á la mesa de Cristo? El que voluntariamente se humilla por el amor de Cristo.

¿Quién es apto para entrar en el reino de los cielos? El que menosprecia el reino del mundo, y todo el ornato del siglo; este es amigo de Dios, ciudadano del cielo y señor del mundo. ¿Quién es idóneo para contemplar el rostro de Cristo y penetrar los secretos del Cielo? El que es limpio de corazón, fervoroso en la oración y todo entregado á las cosas interiores. ¿Quién es amado de Dios y grato en su presencia? El que es abyecto á sus propios ojos, y menosprecia todo lo transitorio.

---

## DISCURSO XXXIII.

---

De la Ascension de Jesús al cielo.

1. *Subo á mi Padre, y vuestro Padre; á mi Dios y vuestro Dios: Aleluya.* El benignísimo Jesús consolador de los tristes, despues que resucitó de entre los muertos, por medio de su fidelísima amante María Magdalena mandó anunciar gozos de nueva salud á sus discípulos, que estaban muy contristados á causa de su muerte, diciendo así: *Vé á mis hermanos, y diles: Subo á mi Padre, y vuestro Padre. ¡Oh verdaderamente dulce y celestial palabra, llena de*

alegría y amor! ¿Qué cosa puede haber tan agradable á los oídos de los fieles, como la Ascension del Señor al cielo, como el tránsito de Jesús al Padre, para interceder por nosotros, á fin de que lleguemos seguros á aquel á quien hemos ofendido de muchas maneras? Porque cuando nuestros pecados nos separan de Dios, ¿cómo podremos ser reconciliados, sino por el Mediador Jesucristo? Por el cual tenemos la entrada al Padre, que pagó por nosotros la deuda de los pecados, y preparó el lugar para que permanezcamos con él en el reino de los cielos. *Subo (dice) á mi Padre y vuestro Padre.*

2. ¡Oh admirable dignacion de Dios para con hombres pobrecillos, discípulos fugitivos, ovejas dispersas, puestas en desesperacion! No pronuncia el nombre de su autoridad, no los aterra con palabras de amenaza, no echa en cara el crimen de lesa Magestad ni reprende á los reos de delito de infidelidad; sino que acordándose de su natural clemencia, ofrece la misericordia y suspende la venganza: del mismo modo, despues de tan injuriosa partida y meticulosa fuga, ostenta la dulzura de la fraternal dileccion, y extiende á todos la caridad indeficiente, diciendo así: *Di á mis hermanos.* ¡Oh melíflua dulzura del benignísimo Jesús en todos los actos de su vida! Que siendo poderoso, y habiendo sido ofendido gravemente por amigos y súbditos, no envió sus verdugos para arrastrar los reos á la cárcel; ni destituyó á nadie del oficio conferido; sino que como buen Pastor, que ama sus propias ovejas, se conduele de su flaqueza, y atiende á su salud. Ahora,

pues, se manifiesta por los Angeles; ya por María en su nombre propiamente manda anunciar á los tristes hermanos la gloria de su Resurreccion, diciendo: *Vé á mis hermanos y díles: Subo á mi Padre.* El dulce Maestro habla dulces palabras, y llama hermanos á aquellos, que poco antes le habian ofendido; para recomendar más su caridad con la que los amó hasta el fin. Porque en verdad primeramente de la vanidad del siglo los atrajo á su fé; obró entre ellos grandes milagros; les dispensó inmensos beneficios; les enseñó el camino de la verdad, y los eligió entre todos los Santos para el honor de la dignidad Apostólica. Y á estos, despues del torbellino de la tentacion, y la flaqueza de la caida, los llama á penitencia, los levanta al más perfecto estado de santidad y los alegra con la dignacion de su vista; confirma en la fé á los vacilantes, habiéndoles mostrado evidentes pruebas, y las señales de su Pasion; para que más animosamente se levanten les muestra el camino por el cual deban subir á la inmarcesible gloria. *Subo (dice) á mi Padre.* Si me amáseis, os gozaríais ciertamente en esta palabra, porque á vosotros aprovechará que suba al que me envió, para que os prepare el lugar en el reino de mi Padre, donde os gozareis eternamente con todos mis escogidos. No os turbeis, pues, ni os contristeis demasiado por mi partida. Yo rogaré al Padre por vosotros, para que os sean perdonados vuestros pecados. Yo os confortaré en las adversidades. Yo os consolaré en el destierro de este mundo. Yo os coronaré en el reino celestial, donde vuestro gozo

será completo, y seguro de todo enemigo. Porque plugo á mi Padre dar el reino de Dios á vosotros, pobrecillos y humildes; que habiendo despreciado los halagos del mundo, seguísteis mis pisadas.

3. Habiendo entrado Cristo en la gloria del Padre, ya desde este tiempo se elevaron los corazones de los Apóstoles á las cosas del cielo, y se alegraban más de ir á lo alto; esperando que dejado el peso de la carne, le seguirian á la gloria. Gran esperanza tenian ciertamente de llegar al reino celestial, los que habiendo pisado las cosas bajas de la tierra, llevaban pobre vida por Cristo. Además tenian prometido para sí el Espíritu Santo, con cuyo don confirmados, no temieron padecer ni cadenas, ni cárceles, ni horrendos suplicios de muerte. ¡Oh feliz y gloriosa Ascension, por la cual la naturaleza humana ha sido exaltada sobre todos los Angeles, y reparada la ruina de los Angeles malos, por el número de los hombres escogidos, señalados con la sangre de Cristo.

4. Atiende, pues, ahora, tú tambien, alma fiel que esto lees, para que sigas á Cristo con los pasos del amor. Porque la corporal Ascension de Cristo al cielo, es la espiritual elevacion de la mente á Dios. Pues no te deleite más la habitacion de la vida presente; sino más bien te atraiga la mansion celestial con los Santos Ángeles; donde las almas de los Santos descansan de todos sus trabajos y angustias, contemplando el rostro de Cristo por los siglos de los siglos. Considera muchas veces aquella dulce palabra de Cristo que dijo á sus discípulos

antes de su Pasion: *Pues voy á prepararos el lugar.* Y recuerda, que no tienes aquí ciudad permanente. Suspira de lo íntimo del corazon por causa de los muchos obstáculos que te apartan de las cosas celestiales, y pide ser libre de los males presentes, y llegar á Cristo con más presteza. Porque esto es mucho mejor que pelear aquí cada dia contra los vicios, y estar siempre temeroso de varios peligros. Clama con la Esposa en los Cánticos, y di: *Llévame en pos de tí,* donde están todos los bienes, y la alegría sin fin. Mas ¡ay! aún no es llegada esta alegre hora; todavía no es tiempo de reinar, sino de padecer. Por eso conviene esperar el tiempo de la remuneracion señalado por Dios, y orar continuamente, hasta que venga el reino de Dios, del cual muchas veces habló Jesús con sus discípulos, antes que subiese á los cielos; para que habiendo oido las promesas de la gloria perenne, se hagan más tolerables los combates de la vida presente. Y tanto más se enardezca el ánimo por las cosas celestiales, cuanto por más tiempo es afligido en esta vida. Porque esto es una señal evidente en los escogidos para el logro de la eterna salud, si sufren pacientemente tribulaciones y trabajos por el nombre de Cristo. *Pues convino que Cristo padeciese, y así entrase en su gloria.*

5. Y así por la paciencia y el trabajo se va al descanso; porque el Padre á nadie recibe en el cielo, si por la Pasion y la Cruz no hubiere seguido á su dilectísimo Hijo, que entregó para ser crucificado por nuestros pecados. Eleva, pues, tu corazon,

mira hácia el cielo, considera donde se ha ido tu amado. Extiende detrás de él tus manos; ora de rodillas y con muchos gemidos, para que envíe á tu corazon árido y frio el Espíritu Santo Paráclito, que te encienda y dirija para perfeccionar alegremente todo bien. Amen.

---

## DISCURSO XXXIV.

---

### EN LA FIESTA DE PENTECOSTES.

De los dones del Espíritu Santo.

1. *Todos fueron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron á hablar en varias lenguas, como el Espíritu Santo les daba que hablasen.* Hoy se celebra en la Santa Iglesia la gloriosa solemnidad del Espíritu Santo. Hoy por todas partes se alegra la congregacion de los fieles con votivos gozos. Los coros de los Clérigos resuenan con himnos y salmos. Los Sacerdotes celebran Misas, y todos á un tiempo alaban altísimamente á Dios, en la venida del Espíritu Santo. Hoy, pues, los Apóstoles recibieron claramente el Espíritu Santo en lenguas de fuego, y al punto por dentro se abrasaron suave-

mente en el amor; y por fuera predicaron con libertad la palabra de Dios. Hoy comenzó á publicarse la fé de Cristo, y aumentarse en Jerusalem el número de los creyentes. Hoy fué grande la alegría en el pueblo, y por los Apóstoles se hacian muchos milagros sobre los enfermos; porque desde el principio del mundo no fué oida tan abundante donacion del Espíritu Santo. Hoy tuvo principio la Santa Religion y la vida Apostólica, que despues fué el espectáculo de santidad de todos los religiosos, y la norma de la vida comun sin propiedad. Hoy de tal manera fueron los Santos Apóstoles confirmados en la caridad de Cristo, y esclarecidos en la gracia del Espíritu Santo, que no pudieron ser abatidos por ninguna adversidad, ni enterneidos por ninguna prosperidad, ni seducidos por ningun error, ni separados de la integridad de la fé por ninguna razon. Hoy unos hombres humildes y sencillos son hechos sábios; y de pobres pescadores convertidos en grandes Doctores; y lo que no aprendieron en las aulas disputando, lo recibieron del cielo devotamente orando. Hoy unos hombres ignorantes y tímidos, son hechos elocuentes é intrépidos; y los que tan sólo conocian una lengua, enseñándolos el Espíritu Santo, predicán en todos los idiomas. Hoy unos hombres terrenos son hechos celestiales; y los que antes eran despreciados, son la admiracion de todas las naciones de la tierra; y los que eran reputados por indoctos, pronuncian y exponen los testimonios de la Ley y los Profetas que miran á Cristo. Hoy ha nacido en la tierra la

vida angélica, y ha aparecido en el mundo el cielo nuevo.

2. ¡Oh, cuán fervorosos fueron, los que con tan pocas cosas estaban contentos! ¡Cuán devotos y obedientes permanecieron los que libremente se sujetaron á los consejos Apostólicos! Estas son las obras del Espíritu Santo, que juntó en una fé los corazones de los fieles de diversas naciones; los levantó á las cosas celestiales con la esperanza de los bienes eternos, y los inflamó de repente con el fuego de su amor. Por estos Santos Apóstoles fué fundada la primitiva Iglesia y extendida por todo el orbe; inculcada con sagradas enseñanzas, y confirmada en gran manera con muchos milagros. De estos Santos Apóstoles y sus imitadores, los Santos Eremitas antiguos, recibieron primeramente la forma de la perfecta renunciacion, y nos dejaron en pos de sí muchos discípulos para ejemplo. Tambien por estos varones Apostólicos, Eremitas amados de Dios, nuestro glorioso Padre San Agustin, Doctor eximio, llegó á menospreciar el mundo, el cual, hecho despues presbítero y Obispo, fundó un monasterio de clérigos, y principió á vivir en comunidad segun la vida Apostólica con muchos siervos de Dios, á quienes entregó su regla, que habia escrito para que la observasen. Del mismo modo el Patriarca San Benito, diligente imitador de la vida Apostólica, dió á luz otra regla de disciplina monástica, llena de virtudes; por medio de la cual, viviendo religiosamente los monges, marchasen felizmente á la gloria de la eterna bienaven-

turanza. Mas tambien otros muchos varones religiosos, inspirados por la gracia del Espíritu Santo, deseando imitar los consejos de la perfeccion Evangelica, en diversas partes del mundo fundaron órdenes de sagrada Religion. Y tanta gracia consiguieron de Dios, que brillaron con milagros Apostólicos, é ilustraron la Santa Iglesia con doctrinas y ejemplos. Con razon, pues, deben todos los fieles honrar con particular devocion este santísimo dia, é invocar la gracia del Espíritu Santo, para que con su visitacion merezcamos ser enseñados y consolados; con su amor inflamados; con su rocío limpios de toda mancha de vicios.

3. Porque todos los Santos y escogidos desde el principio del mundo, por inspiracion de este Santo Espíritu, fueron atraidos al culto divino, y apartados de los errores gentilicos; y cuantos recibieron divinos carismas, agradaron á Dios principalmente en la humildad. Aun hasta el presente inspira el Espíritu Santo en sus fieles muchas buenas obras de caridad, que son gratas á él, y útiles á los demás; y aunque no sean patentes milagros, sin embargo da muchas veces los consuelos de la interna devocion. Descubre tambien á los que oran y atentamente cantan, los arcanos de las Santas Escrituras, que son muy verdaderas señales de su conocimiento y dileccion. Trae tambien santos remedios de espiritual fortaleza, contra las tentaciones de la multiforme fragilidad humana. Porque él es el que instruye á sus fieles por las divinas pláticas, los gobierna por los Prelados, les administra

los Sacramentos por los Sacerdotes, para que no se aparten del camino recto en la peregrinacion de esta vida, ni desfallezcan en los trabajos. Él compunge el corazon del hombre por los pecados pasados, arguye por las negligencias cotidianas y pequeños defectos, y no sufre que la culpa de la mancha leve permanezca en la conciencia del alma fiel. Él excita á renovar el fervor, á orar devotamente, á leer con aplicacion, á obedecer de buena gana, á buscar las cosas humildes y á observar los ejercicios devotos. Él retrae de las cosas terrenas, atrae al descanso del corazon; reprende por las palabras vanas, mitiga la ira, ahuyenta la liviandad, quita la envidia, reprime la gula. Aconseja evitar la tristeza, guardar la disciplina. Enseña lo que se ha de hacer, ó se ha de precaver, interior y exteriormente. Él asiste á los atribulados de corazon, consuela á los humildes, alienta á los pusilánimes, escucha á los que gimen, se compadece de los que lloran, y perdona á los penitentes.

4. Pues cuantas veces te veas atribulado ó tentado, recurre prontamente al auxilio del cielo; invoca humildemente la gracia del Espíritu Santo; exponle toda tu angustia, y entrégate totalmente en manos de su piedad; para que segun su beneplácito y honor, encamine misericordiosamente todas las molestias, al mayor provecho de tu alma, y todo lo conduzca á un santo fin. Porque él conoce todas las cosas, todo lo escudriña y penetra; y nada permite que te suceda sin justa causa: azota y sana, humilla y exalta. Porque esta es la especial opera-

cion del Espíritu Santo en este frágil cuerpo, inficionado con muchas miserias; para que por la verdadera contricion se limpien las manchas de los pecados; para que los males pasados se conviertan en mayor humildad, y los bienes comenzados suban al grado más perfecto; á fin de que no pase tiempo alguno sin fruto espiritual; sino que toda obra, palabra y pensamiento se dirija constantemente al honor de Dios, y gloria de la Beatísima Trinidad. La cual por su benignísima gracia se digne concedernos, como lo pedimos, el Espíritu Santo, que llenó magníficamente los corazones de los Apóstoles en este dia. Amen.

---

## DISCURSO XXXV.

---

De la consolacion del Espíritu Santo.

1. *Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador.* Habiendo de retirarse corporalmente de sus discípulos Jesucristo Señor nuestro, al verlos contristados por su ausencia, les prometió la espiritual consolacion del Espíritu Santo, que nunca se apartaria de sus corazones, sino que permanecería con

ellos eternamente. ¡Oh cuán feliz promesa de Cristo! no acerca de alegrías del mundo, sino de la consolacion del Espíritu Santo, la cual es tan preciosa y suave, que nada se la puede comparar en las cosas humanas. Tenian los Santos Apóstoles gran consolacion en la Humanidad de Cristo, oyendo claramente de su boca pláticas divinas, y viendo con sus ojos estupendos milagros. Y por eso no sin razon se entristecian de su partida, al haber de ser separados como huérfanos de su dulcísima compañía; temiendo que iban á quedar abandonados sin la necesaria proteccion en medio de las maldades y escándalos de los Judíos. Por lo cual el mismo benignísimo Maestro, conocedor de lo secreto, y sabedor de lo futuro, recrea á sus amados discípulos de la inminente tristeza; y en lugar de su presencia corporal, firmemente les promete la espiritual y permanente consolacion. Porque eran tales, que fueron dignos del celestial consuelo y divina habitacion, como que ya eran verdaderos despreciadores del mundo, y perfectos imitadores de la vida humilde de Cristo. Porque el Padre á estos ama, el Hijo por estos ruega y el Espíritu Santo á estos escucha é ilumina.

2. Advierte ahora la inestimable gracia de la Divina piedad, cómo el Hijo de Dios eligió hombres pobres y sencillos por ministros de su predicacion, para convertir el mundo; á los cuales aún por las pequeñas y humildes cosas del mundo que habian dejado, dispuso darles graciosamente los preciosos dones del Espíritu Santo. ¿Por qué esto?

Para enseñar á menospreciar la gloria del mundo, y mostrar que le agrada sumamente la humildad. Así pues, habiendo oído estos tan divinos oráculos, oh religioso, huye de los honores y delicias. Deja los cuidados del siglo, y prepara tu corazón con devotas oraciones para recibir el don del Espíritu Santo. Y si ya te hallas en buen estado, y dejaste los caminos del siglo, no vuelvas otra vez la cara atrás, ni estés contento con las cosas presentes; sino anhela con más ardor por las más perfectas y santas; y para que ahora merezcas recibir nueva gracia, date á la compuncion; y enciértrate en tu celda, como en el cenáculo de los Apóstoles. Porque es una señal probable de estar presente la gracia de Dios, si alguno desea llegar á lo más perfecto, si se duele íntimamente de sus faltas cuotidianas, si se abstiene de muchas cosas que le son lícitas, si piensa diligentemente en el modo de aprovechar más, si nunca se juzga perfecto en cosa alguna, ni cree haber hecho algo dignamente. Porque conviene que del todo te cuentes entre todas las cosas más bajas, si deseas ser recreado con la consolacion del Espíritu Santo; si quieres ser confirmado en su virtud, si pretendes ser inflamado en su amor.

3. Mas aún se ha de investigar, con qué ejercicio llegaron los Santos Apóstoles á tanta gracia. Porque no subieron á tan gran perfeccion por una súbita mudanza, ni tan sólo en un dia; sino que fueron adelantando poco á poco por el acrecentamiento de las virtudes como buenos discípulos, instruidos diligentemente en la escuela de Cristo por

tan buen maestro. Y ciertamente, en primer lugar dejaron voluntariamente todas sus cosas por Cristo; renunciaron á sus padres y parientes, y á todas las afecciones mundanas, preparados á sufrir con él trabajos y necesidades, y las injurias de los hombres. Por eso antes de su Pasion les dijo: *Vosotros sois los que habeis permanecido conmigo en mis tentaciones.* Hé aquí los buenos principios de los Apóstoles, que despojados de las cosas terrenas, y probados con adversidades, siguieron constantemente á Cristo. Y aunque al tiempo de la Pasion por temor de la muerte se alejaron hasta cierto punto de él; mas de esto se dolieron mucho, y conociendo mejor su flaqueza, volvieron á Cristo con mayor humildad y fervoroso afecto. Porque despues de su Resurreccion fueron de nuevo visitados por él, y fortalecidos con las palabras y las Escrituras; para que así aprovechasen más altamente en la Fé y en la vida espiritual. Por último, subiendo Cristo á los Cielos, ellos pusieron toda su esperanza en las cosas celestiales; no tuvieron entonces tristeza por su partida, sino más bien se congratulaban por la magnificencia de su gloria; de tal manera, que se volvieron á Jerusalem llenos de gozo. Allí congregados todos en el cenáculo estaban aplicados unánimemente á santas oraciones y meditaciones, y con muchos deseos se preparaban humildemente á recibir la gracia del Espíritu Santo que se les habia de enviar desde el cielo. Allí morando con María Madre de Jesús, conferenciaban devotamente sobre los hechos, enseñanzas y milagros de

nuestro Salvador; y como piadosamente se ha de creer, no pocos misterios de Cristo, oyeron y aprendieron de la Beatísima Vírgen.

4. Allí dejados los cuidados del siglo, excluidas las pláticas vanas, dirigieron todo su deseo á las interiores y celestiales promesas; para que sobre los dones que ya tenían, mereciesen recibir aún más plenamente el Espíritu Santo. Y así fué. Porque en su venida todos fueron llenos, y con tantos carismas regalados y esclarecidos, que brillaron en milagros, virtudes y doctrinas, sobre los Patriarcas y Profetas. Porque todo lo misterioso que se ocultaba en la Ley y en los dichos de los Profetas, lo entendieron con la ilustracion del Espíritu Santo, y pudieron hablar en varias lenguas. Lo cual fué muy necesario para edificacion de toda la Iglesia, que ellos al principio fuesen instruidos perfectamente en todos los misterios de nuestra salud, puesto que despues debian predicar el Evangelio de Cristo por todo el mundo, á toda criatura. Y así dió el Padre celestial espíritu bueno á los que se lo pedian; y enriqueció los pechos de los Apóstoles con tan copiosa bendicion, que ya no buscaban cosa alguna de la tierra, ni temian ningunas adversidades del siglo; sino que se gozaban en sufrir afrentas por el nombre de Jesús. Mas tambien les concedió con la plenitud de la ciencia, la armadura de la milicia espiritual; para que posesen la sabiduría divina contra los errores de los gentiles, superasen la elocuencia de los Filósofos, y además conservasen valerosamente la palma de

la paciencia, contra la crueldad de los perseguidores. Verdaderamente fué grande la gracia que brilló en los Apóstoles; porque hombres tan ignorantes segun el mundo, se elevaron en tan breve tiempo á tan alto grado de santidad, que con la cooperacion del Espíritu Santo llegó su predicacion hasta los extremos de la tierra.

5. Despues de lo dicho considera tambien que los Santos Apóstoles, siendo amigos carísimos de Cristo, no recibieron esta consolacion espiritual sin trabajo y la debida preparacion; ni vivieron en este mundo sin combate y afficcion del cuerpo; sino que permanecieron tanto más fervorosos para con Cristo, y la salvacion de los prógimos, cuanto conocieron haber recibido ellos mayores dones que los demás. Por los cuales dones no buscaron la propia gloria, ni el lucro temporal, ni la alabanza humana; sino puramente el honor de Dios y la gloria del cielo, despues de los trabajos de esta vida. Ellos ciertamente en todo su trato con innumerables pueblos, con gran cuidado procuraron conservar la gracia recibida del cielo, con la humildad y mansedumbre del corazon; no entregándose al ócio, ni buscando los regalos de la carne; sino que atendiendo al bien de las almas, edificaron á sus discípulos con palabras y obras, y obtuvieron muy gran fruto para Dios. Pues la diligente consideracion de los dichos y hechos de los Apóstoles es muy útil á todos los religiosos y devotos que se propusieron llevar su Cruz por Cristo y seguir la vida Apostólica; para que siempre se enardezcan

en el aprovechamiento de la mejor vida; y perseverando en la disciplina de la órden, ayudados por la gracia del Espíritu Santo, consigan la vida eterna con todos los justos. Amen.

---

## DISCURSO XXXVI.

---

Sobre la santa y unánime vida de la primitiva Iglesia en Jerusalem.

1. *De la muchedumbre de los creyentes era uno el corazon y una el alma en Dios.* Oh cuán santa y agradable fué aquella congregacion en la primitiva Iglesia, unida en el Espíritu Santo, que nunca pudo ser conturbada mientras que se conservó ilesa la unidad de la Fé, en vínculo de Caridad. Para conservar perfectamente esta Caridad, ayuda en gran manera la renuncia de la propiedad en las cosas temporales, la conformidad en las buenas costumbres, la obediencia pronta en los súbditos, la vida ejemplar en los Prelados, la piadosa condescendencia con los débiles, la severa correccion por las faltas, la debida disposicion en cada uno de los oficios. Y para que á la comunidad nada le

falte ó se pierda, deben todos segun puedan, promover el bien comun, á fin de que brille en todos la caridad por las obras santas, y de ahí sea Dios muy glorificado. Todas estas buenas obras se hallan observadas primeramente por los Santos Apóstoles, y despues trasmitidas por ellos á otros fieles; pero principalmente son recomendadas á los religiosos y á los Prelados de la Iglesia. Porque mientras que brilló la vida Apostólica, habia bienes en la cabeza y en los miembros, y mucha gracia en todos. Y porque buscaban á Dios y menospreciaban las cosas terrenas, se les aumentó con los dones espirituales, los bienes temporales. Y eran tenidos por dignos de tanto mayor honor, cuanto más humildemente juzgaban de sí mismos, y despreciaban toda gloria mundana. Recta y modestamente usaron de los bienes recibidos; no se envanecian con las dignidades y beneficios que les eran conferidos; sino que con solicitud paternal y gran disciplina gobernaban á sus súbditos. Además, compadeciéndose de muchos pobres y enfermos, de muy buena gana los socorrian; tambien dirigian palabras de santo consuelo á los afligidos y tentados; reprimian las palabras ociosas en sí y en los demás, sabiendo que de toda palabra ociosa que hablaren los hombres, cada uno ha de dar cuenta de ella en el dia del juicio.

2. Mas habiendo comenzado en algunos á entibiarse el fervor de la Fé, á entregarse inmoderadamente á los regalos de la carne, á buscar la propia utilidad y pretender los honores, ¡ay!, al punto

nacieron murmuraciones y escándalos, y apareció la zizaña de las disensiones introducida maliciosamente por el enemigo, para corromper los granos de buena semilla en el campo del Señor. Pero á este pestífero mal y lamentable principio, acudieron los Santos Apóstoles con un salubérrimo consejo; y eligieron fieles ministros, que proveyesen á la multitud del necesario sustento. Mas ellos se ocupaban en la oracion y predicacion, segun habian sido instruidos por el Espíritu Santo, prefiriendo las cosas espirituales á las temporales; y contra las cuestiones suscitadas y casos propuestos, alegaban los testimonios de la Ley y los Profetas. Derramó, pues, el Espíritu Santo, aún más copiosamente sus dones sobre los nuevamente convertidos. Porque llenó á algunos de los creyentes del Espíritu de Profecía, para consolacion de la Iglesia primitiva. Constituyó á otros Doctores, para la instruccion de los ignorantes. Convirtió tambien á muchos sacerdotes y maestros de la Ley á la verdad Evangélica. Hizo además muchos milagros y prodigios en paises remotos, para propagar la Fé católica. Vió estas cosas el diablo, cruelísimo enemigo, y tuvo envidia. Se dolió, y conmovió á los Reyes y Príncipes de la tierra, para que cometiesen excesos con las armas y persiguiesen por todas partes á los fieles. Y porque Jerusalem floreció en mayor gracia, y principió á crecer más altamente el fervor Apostólico; por eso Satanás rugió allí con más coraje, y se esforzó por extinguir con el azote de la persecucion los fundamentos de la

naciente Iglesia, y ahuyentarlos de sus lugares á extrañas naciones. Pero esta maldad del diablo y temporal persecucion de los fieles, Dios la convirtió para salud de muchos, y más claro conocimiento de su Santo Nombre. Y la temporal tribulacion de los justos, fué útil purificacion de los vicios; y lo que el astuto tentador habia preparado para la ruina, el piadoso Salvador lo ordenó para corona de los que padecian. Porque si no hubiera sido tan grande la persecucion en el mundo, no habria tantos Mártires coronados en el Cielo. Pues muchos de los fieles resolvieron derramar la sangre, antes que negar la Fé; y sufrir la muerte de mejor gana, que dejar el amor de Cristo.

3. Nunca Dios permita, de ninguna manera, que Satanás con sus satélites sea más poderoso para dañar, que Cristo con sus Santos Ángeles para defender. Pues que nada pudo hacer el espíritu maligno contra los buenos, si Dios justamente no se lo hubiera permitido; que conociendo los ánimos y fuerzas de cada uno, por tales ocasiones afflictivas llevó los escogidos á la eterna gloria; y á sus enemigos con eterna condenacion los sepultó en el fuego del infierno. Así los buenos y los malos por sus méritos son dignos de recibir lo que es justo; porque la justicia de Dios no deja ningun bien irremunerado, ni mal alguno impune.

4. No debe escandalizar á los ánimos débiles el que tan pronto hayan aparecido en la Iglesia la zizaña y muchas murmuraciones; porque con los buenos siempre estuvieron mezclados los malos, y

con los perfectos andan muchos imperfectos. Porque cuanto más santos, tanto más pocos son, como lo experimentamos en diversos religiosos. Pues mayor parece el número de los principiantes, que el de los perfectos; y menor es la abundancia de los contemplativos, que de los activos. También entre muchos súbditos, pocos se encuentran útiles para los oficios; y para gobernarse bien á sí mismos y á los demás, todavía son mucho más raros. En esto aparece la humana fragilidad, y es humillada nuestra soberbia, porque somos tan inclinados á los vicios y tan lentos para seguir á la perfeccion. Mas ninguno puede rectamente afrentar á otro, porque sea defectuoso é inepto; pues que como el otro es frágil, así también tú. Rara ave es en la tierra la verdadera perfeccion; y en todas partes se encuentran vasitos quebrados. Debe, pues, cualquiera poner los ojos en sí mismo, compadecer al prógimo que yerre, y no indignarse si alguna vez tropieza. Por eso dice el Apóstol Santiago: *Todos tropezamos en muchas cosas*. Se ha de recurrir pues á la confesion de la humildad; para que lo que falta de santidad lo supla la confesion de la propia fragilidad. Y seamos tanto más humildes en todas las cosas, cuanto más lejos estamos de la verdadera perfeccion. En el pecar y el caer somos hermanos, y ninguno está seguro de su propia perseverancia. Pues mientras que vivimos aquí, conviene sufrir á los flacos y también tener algunos adversarios. Porque Cristo por mucho tiempo toleró las imperfecciones de sus discípulos; y el que en todas las cosas fué perfecto, oyó

frecuentemente las infamaciones de los Fariseos. Pues conoció Dios que las adversidades de este mundo disponen para muchos bienes, las cuales rara vez faltan á los buenos y rectos de corazón. Porque con estas espinas y torbellinos se retrae el ánimo de las delectaciones terrenas, se estimula el corazón al amor de las cosas celestiales, se ejercita el hombre por la paciencia, aprende á compadecer á los afligidos, se humilla en los dolores, se conforma con las aficciones de Cristo, se hace más compungido, ménos disipado, ora con más fervor, gime con más frecuencia, le es pesado el vivir, desea ser desatado de la carne y estar con Cristo, porque no hay paz en este mundo. Mas el benigno Señor que conoce lo que nos es más provechoso, muchas veces dilata cumplir los deseos de sus siervos, por causa de lo mejor; hasta que se purifiquen aún más claramente para obtener los prometidos gozos del cielo. Oye sus clamores, ve las aficciones de los atribulados; mas no aleja de ellos al punto el dolor, para que merezcan más por el sufrimiento de los males. Se compadece ciertamente, y escucha para la salud; pero no siempre según la propia voluntad. Y porque dispone darles el reino de la eterna bienaventuranza, mezcla la vida de ellos con varias bebidas de amargura, para que no pongan su esperanza en cosas terrenas, ni amen el destierro como si fuera la patria de la celestial alegría.

5. Así pues, las aficciones temporales pacientemente sufridas, sirven mucho para la purificación de los pecados, reconciliación de la Divina miseri-

cordia, disminucion de las penas del Purgatorio, para la consecucion de mayor gracia, para el aumento de más elevada futura gloria. ¿Quién de los hombres es tan puro, tan reservado y perfecto en todos los actos de su vida, desde la mañana hasta la noche, que no peque alguna vez de palabra, ó de obra, ó de pensamiento, por malicia, ó por ignorancia? ¿Quién es de tan buena conciencia, que nada tenga para confesar? ¿Quién es de tanta pureza y abstinencia, que no tema ser reprendido por alguna falta en el juicio futuro? Porque todo será examinado rigurosísimamente delante de Dios, Juez rectísimo; aún aquellas cosas que ahora se reputan por poco, ó casi nada. Pues mientras hay tiempo, y tiene lugar la misericordia, arrepintámonos todos juntamente, y enmendémonos con fervor. Benigno es Dios, y de buena gana perdonará nuestros pecados, si nosotros con verdad los reconocemos y lloramos. Y porque somos hermanos en Cristo, oremos los unos por los otros, como lo exige la caridad fraternal. Sirvámonos unos á otros, sufrámonos unos á otros, aconsejémonos unos á otros, consolémonos unos á otros, alegrémonos unos á otros, aflijámonos unos por otros. Amémonos los unos á los otros, como tambien Cristo nos amó, y se entregó á sí mismo por nosotros; que por mucho tiempo nos sufrió en los males pasados, y aún cada dia tolera nuestras imperfecciones por la esperanza de la enmienda; para que aprendamos á compadecer á nuestros prógimos, y roguemos por ellos. Considerando y practicando esto, cumpliremos la Ley de

Cristo, y seremos sus verdaderos discípulos y amigos carísimos, amados por el Padre, adoptados por el Hijo y encendidos por el Espíritu Santo, predestinados y benditos por toda la Santísima Trinidad. Entonces también podrá decirse y verificarse de nosotros, lo que de la primitiva Iglesia en los Hechos de los Apóstoles se lee: *Que de la muchedumbre de los creyentes era uno el corazón y una el alma en Dios, y todas las cosas les eran comunes.* Amen.

FIN DE LOS DISCURSOS Y MEDITACIONES.



ORACIONES

MUY PIADOSAS Y DEVOTAS

POR EL MISMO AUTOR.



---

---

## ORACIONES

### SOBRE LA PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

---

#### ORACION

al Padre, que se ha de leer en la Misa, de la oblation del cuerpo de Cristo, del mérito de su Pasion y de nuestra resignacion.

1. Clementísimo Padre: desde tu santuario y excelsa morada de los cielos echa una mirada sobre el sacrificio que te es aceptable. Mira la sacrosanta hostia de tu Hijo unigénito, que ofrece á tu justicia por nosotros. Porque él es sumo Sacerdote y verdadero Pontífice, que entregó no una víctima extraña, sino su propia carne para ser inmolada en el ara de la Cruz por la vida del mundo. Muéstrate, pues, hoy propicio á mí pecador por esta saludable víctima. Sé exorable para mí, hombre flaco, muy caedizo y vicioso, que no soy digno de mirar el cielo ni de pisar la tierra, porque te ofendí muchas veces, Criador mio, obrando, ha-

blando y pensando á menudo contra tus preceptos irreverente y neciamente: por todo lo cual he incurrido justamente en tu gravísima indignacion, y he atraído sobre mí la enemistad de todas las criaturas. Porque estando tú ofendido y despreciado, ya en verdad por justo juicio toda criatura se opone al pecador. Mas tú, Omnipotente, y Dios de toda consolacion, apiádate de mí tu siervo, que se arrepiente y duele de todo corazon. Porque caí como hombre frágil, que fué hecho de la nada y concebido en pecado. Perdóname, Señor, perdóname. Recibe al hijo pródigo que vuelve á tí de las algarrobas de los puercos, y permanece ante el trono de tu gloria, pidiendo desde la mañana hasta la noche la mano de tu misericordia, hasta que descienda el rocío de la gracia, y la lluvia del consuelo sobre la tierra de mi corazon, que ya se ha secado y consumido por la multitud de los pecados. Por causa de tí mismo inclina, oh Dios mio, tus oídos á mí, y escucha mis palabras. Haz que sean maravillosas tus misericordias, tú que salvas á los que esperan en tí. Sé que no lo harás por mis obras, si acaso algunas aparecen; sino por tu bondad, Señor, que se anuncia sin medida. Pero escúchame más y más por el singular mérito de tu amantísimo y dulcísimo Hijo Jesucristo, que por los pecadores fué crucificado y muerto, para borrar con su Pasion los pecados de todos.

2. Acuérdate, oh Padre santo, de su inestimable caridad, de qué manera entregó su vida á la muerte, para vivificar á su pueblo, que en nada se

perdonó á sí mismo á fin de que perdonases á los reos y condenados para siempre. Acuérdate de su amarguísima Pasion, cuán graves é indignos ultrajes recibió; de qué modo trabajó por el género humano desde la primera hora de la mañana, hasta que espiró en la Cruz, clamando con la efusion de su sangre por reconciliar contigo á los pecadores; para hacer amigos á los enemigos, y de sus fugitivos, hijos de adopcion. Oh altísimo, venerabilísimo y santísimo Padré: hoy te represento todos los signos de la Pasion de tu único Hijo con nuestra súplica y la peticion de todos los buenos Mártires, que más particularmente imitaron la misma Pasion. Mira y reconoce de quién son estos signos amables y adorables por los siglos. Vé aquí la Cruz, los clavos, la lanza, la hiel, la caña, la esponja, las salivas, los azotes, la corona de espinas, el sudor de sangre, la bofetada, las varas, los cordeles, la columna, la vestidura blanca, la púrpura y la túnica inconsútil. Estos son los preciosos ornamentos y los reales estandartes con los que marchó tu Unigénito en la sustancia de nuestra carne, para vencer á las potestades aéreas. Estas son las armas bélicas con las que fué vencida la muerte y redimida la naturaleza humana. Pues por estas benditas y gloriosas insignias de la Pasion, perdóname todos mis pecados. Sea para mí esta venerable y hermosa armadura, singular fortaleza contra todos los vicios y tentaciones. Sea para mí tan doloroso y triste espectáculo, el espejo cotidiano y el dulcísimo consuelo de mi alma.

3. Recibe Santísimo Padre el gratísimo sacrificio del cuerpo de tu Hijo que se ofrece, el cual tú mismo preparaste para tí, y quisiste que fuese digno y suficiente para sempiterna satisfaccion de todos los pecados. Recíbeme juntamente hoy en santa oblacion con aquella que es la más santa y excelente, que por manos de los Sacerdotes venerablemente se te ofrece cada dia, por vivos y difuntos, y por todas nuestras necesidades. Aprovécheme á mí y á todos los que se encomiendan á mis oraciones, cuya necesidad y fé te es conocida, ya sea que estén presentes á esta solemne celebracion, ya estén ausentes. Lleguen á tí sus súplicas y su devocion, contribuya para la salud de ellos la inefable virtud y eficacia del Sacramento que fué divinamente instituido: no se ha de investigar con la razon humana; sino que piadosamente se ha de venerar, fielmente se ha de adorar, firmemente se ha de creer y ha de durar hasta la consumacion de los siglos. Oh preciosísimo y suavísimo sacrificio, que á tí, Eterno Padre, ofreció por nosotros tu coeterno Hijo, hecho él tambien hostia verdadera, viva, saludable, única y perfecta; que era el solo Pontífice immaculado, santo é inmune de todo delito, no teniendo necesidad de rogar primero por sí mismo, y ofrecer víctima segun la ley; sino que muriendo una vez, intercedió por los deudores de muerte, que no tenian ni encontraban en todas las criaturas cosa que dar por su pecado. Ya, pues, no desespere, ni desesperaré más del perdon y curacion de los pecados, cuantas veces cayere en ellos.

Porque hallé adonde acercarme un poco para sanar, á quien recurriré para estar sano. Sé donde está mi esperanza y toda mi consolacion. Porque en los dolores y llagas de mi Señor Jesucristo consiste y abunda la suma de la salud, y toda la razon de mi esperanza. Por todo seas bendito, Dios mio, que tan grandes é inmensos beneficios de tu largueza me has concedido. Porque con ellos me mueves fuertemente á darte gracias á tí y á tu amado Hijo.

4. Mas, oh Padre fidelísimo, ¿qué haré, pues que nada digno hallo en mí que sea apto para el don de tu gracia? Pero buen Padre, de quien son todos los buenos dones, sé que de ninguno necesitas, y que á tí deben ser ofrecidos. Daré, pues, algo, y sacrificaré á tu amor un poco, que dejado á mí puede perderse. Porque ofrecido á tí se conserva mejor, y además no faltará la futura recompensa al que tan libremente ofrece. Si alguno se resolviese á darse á tí confiadamente, tú en verdad te volverias á él, y sucederia lo que por boca de nuestra cabeza se dijo: *Dad, y se os dará*. Ahora, pues, si te dignas recibir, hé aquí que voluntariamente me ofrezco á mí mismo, y abandono confiadamente á tu disposicion mi alma y mi cuerpo. Tambien desde esta hora en adelante resigno con prontísimo corazon mi propia voluntad (lo más pingüe que se te ofrece) al modo que tu amado Hijo Cristo nuestro Señor, encomendó á tí su voluntad; para que en su abnegacion obtuviese salud la nuestra, dando él la forma á los fieles venideros en la breve

y cumplida palabra que dijo: *Padre mio, no como yo quiero, sino como tú: hágase tu voluntad.*

5. Y así movido en gran manera con este ejemplo, con tu inspiracion y ayuda de nuevo me resigno; renuncio á todas las cosas del mundo. Desprecio los deseos de la carne, desecho todos los actos y perversos consejos del espíritu maligno, me consagro á tu servicio; deseo ardientemente unirme á tí por todos los dias de mi vida, propongo hacer devotamente esto al instante. Mas aun para que cumpla mejor tu voluntad, vé aquí que estoy dispuesto á negar la mia por la verdadera obediencia que á tí en mi Prelado estoy obligado á prestar. Pues cuando obedezco á su voz á tí verdaderamente obedezco. Por lo cual me pongo en sus manos para ser gobernado como párvulo renacido en Cristo, que humildemente se inclinó á las manos de su Bautista. Tambien me sujetaré gustoso con toda humildad y piadosa caridad á los consejos y exhortaciones de mis hermanos, á los cuales conociendo ciertamente que son más santos y mucho más sábios que yo, con justicia los prefiero á mi imperfeccion. Mas entendiendo que te es conocida esta misma imperfeccion mia, me acuso de los defectos, y te pido con mucho dolor el remedio de la más devota meditacion, para que tu benevolentísima mano que cura toda enfermedad y robustece á todo impotente, no abandone mi pobreza. Por el mismo Jesucristo Señor nuestro. Amen.

---

## ORACION

del recuerdo é imitacion de la Pasion del Señor.

1. Señor mio Jesucristo, que por nuestra salud viniste al mundo á padecer, ser crucificado y morir, concédeme considerar á menudo con doloroso corazon tu amarga Pasion, y poder imitarla constantemente. Dame que reciba con buena voluntad de tu mano todo cuanto adverso, grave ó injurioso me sucediere, y me alegre en padecer algo por tu Santo Nombre, que tantas injurias y dolores te dignaste sufrir inocentemente por mí. En verdad para retribuirte dignamente de la misma manera, no podrian igualarse las injurias de todos los hombres inferidas á mí, ¿cuánto más deberé sufrir una breve ó áspera palabra, ó alguna accion molesta sin maldiciente pensamiento? Esté lejos, pues, toda murmuracion, calle la indignacion, cese la sospecha, antes bien hablen la benigna paciencia y la humilde confesion, que más merece recibir mi iniquidad que lo que álguien pueda irrogarme.

2. Despues te ruego que me infundas abundante caridad, para que pida la plena indulgencia y devota compasion, y sepa excusar á los que me ofenden, además te tribute acciones de gracias por los grandes lucros de paciencia; porque soy tu

deudor en muchísimos y lamentables pecados. Porque habiendo recibido los beneficios de los que á tí soy deudor, en cualquiera cosa que doy, aún más de lo que doy, todavía en verdad me acusa de graves deudas la carga de mis pecados pasados y cotidianos, en quien sin embargo confío que gran parte de la paga será el sufrimiento y el perdon de las injurias, y la ferviente oracion por los enemigos. Porque me dejaste un ejemplo memorable, rogando por los que te crucificaron para que no pudiesen. Ojalá que te dignes ahora rogar al Padre tambien por mí pecador, para que me perdone cuanto teme la conciencia, y añada lo que mi pobreza no presume pedir. Porque tú eres mi abogado justo y fiel para con el Padre, que me redimiste con tu sangre, y con tu ejemplo dulcemente me invitaste al camino de la perfecta humildad, mansedumbre y paciencia. Ayúdame, pues, Señor Jesús, esperanza mia y refugio en el dia de la tribulacion, para que no decline del camino de la paciencia en levantándose cualquiera adversidad; sino que prontamente recurra á tí por auxilio y remedio de mis necesidades. Porque son muchos los infortunios de esta vida que no se pueden sufrir. Yo no soy suficiente, tú lo conoces cuando en cosas pequeñas me pruebas, y me hallo no otro que un hombre flaco.

3. Por lo cual te ruego, Señor, que abras para mí el tesoro de tus misericordias y descubras aquel admirable y altísimo misterio de tu Pasion, en el que se contienen los remedios de todos los débiles y atribulados, del cual tambien acostumbró sacar

con frecuencia, devocion el principiante, y mucha consolacion el devoto. ¡Oh Jesús, fuente de gracias! haz que éntre en mi corazon la amargura de tu cáliz, que convierta para mí toda molestia en dulzura. Taladra tambien mis manos y mis piés con los clavos de tu caridad, para que ni en mis obras ni en mi afecto viva cosa alguna de vanidad ó carnalidad; sino que tú vivas en mí y yo en tí; y nada malo sobrevenga que pueda separarnos. Pues ningunas delicias ni penas algunas me separen de tu amor; sino que á cualquier parte donde quisieres, Señor, llamarme, ya sea á la muerte, ya á la vida, allí marcharé en tu Nombre. Séame sabrosa tu gloriosa Cruz, y de tal modo me guste, que lleve la mia de buena gana. La recibí voluntariamente en vista de la eterna salud; mas no la puedo llevar, si no arrimares continuamente tu mano. Ayudando y conduciendo tú, es ligera tu carga, y se hace llano y transitable todo lo que para la carne es áspero. Ahora, pues, oh dulcísimo Jesús, salud y fortaleza de mi alma, confirma mi pequeñez en esta hora con las palabras de tu boca; y principalmente enciéndeme del todo y atraéme de corazon á tí con la memoria de tu Pasion; para que con la frecuente excitacion crezca el gusto de la devocion; á fin de que con tu debida alabanza brille el fruto de la piadosa vida. Que con el Padre y el Espíritu Santo vives y reinas, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amen.

---

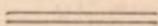
## ORACION

para compadecer á Cristo, y á su amada Madre.

1. A tí doblo mis rodillas, Señor mio Jesucristo, á quien contemplo suspendido en la Cruz por mí. Salúdote, oh veneranda imágen de mi Señor Jesucristo Crucificado, con cuya sangre he sido redimido de mano del enemigo. Salúdote, Salvador del mundo, que sufriste por mí esta amarguísima muerte. Te pido, dulcísimo Jesús, me concedas segun la multitud de tus piedades, compadecerme de tí en todas las penas, y tambien con íntimo afecto del corazon condolerme de tu Santísima Madre, y con el bienaventurado Apóstol San Juan llorar copiosamente al pié de la Cruz. Porque sabrás que habria de ser ahora para mí de mucho consuelo si pudiese derramar tambien lágrimas exteriores delante de la imágen de tu Cruz, por la vehemencia de la compasion, pues por mí derramaste muchas veces copiosamente tu preciosa sangre.

2. Mas porque de tí procede todo buen don, cumple este mi deseo para honor tuyo, á fin de que la memoria de tu sacratísima Pasion, con el singular recuerdo de tu gloriosa Madre, unido siempre tu amadísimo discípulo Juan, su fidelísimo custodio, desde ahora en adelante en mí se inflame

con más fervor, se dilate con más abundancia, se perciba con más vehemencia, y se conserve con más perfeccion de costumbres y vida. Además sea tu crucifixion mi contemplacion, el dolor de tu Madre mi consolacion, y el llanto de San Juan mi intercesion. No sea sin compasion del ánimo la consideracion de tu muerte tan ignominiosa. Pues cuantas veces recuerde tu Pasion, ó vea tu imágen en la Cruz, concédeme sentir en lo íntimo del corazon, lo que á muchos devotos diste á gustar. Que vives y reinas Dios, por todos los siglos de los siglos. Amen.



## ORACION

á Cristo Nuestro Señor.

1. Siempre sea para tí la alabanza y la gloria, Señor mio Jesucristo, que por mí pecador te dignaste descender de los cielos, y subir al árbol de la Cruz para satisfacer por mis pecados, en la cual, desnudo, y todo el cuerpo herido, como un vilísimo ladron, estuviste pendiente entre ladrones; tú que eres vistoso en hermosura más que los hijos de los hombres, verdadero Hijo de Dios, Rey de reyes y Señor de los Angeles. La bendicion y la claridad, la

accion de gracias y la voz de alabanza sean para tí, mansísimo Cordero de Dios; porque digno eres de recibir todo el honor por la pasion de muerte, y mucha confusion que padeciste en la Cruz. Recibe, pues, estas humildes alabanzas, devotas gracias, mentales genuflexiones y piadosos obsequios de mi boca, por la suma é inmensa caridad que me mostraste en tu Pasion. En verdad, estoy obligado á darte gracias por todo, porque vivo, porque entiendo; pero mucho más atenta y frecuentemente, porque fuí redimido con tu preciosa sangre. Gran bondad fué la tuya, porque no existiendo yo me criaste; pero mayor caridad brilla, porque estando perdido me reformaste. Y si en tí la bondad y la caridad siempre fué igual y la misma; sin embargo á mí me ha parecido más amada y provechosa la caridad que así ha superabundado.

2. ¡Oh, cuánto me estimaste que á tan caro precio me redimiste! Diste ciertamente lo que tuviste de más valor; porque nada hay más precioso que tú, y hé aquí que todo tú te entregaste por mí. Por lo cual te ruego, benignísimo Jesús, fuente de bondad y de caridad, que esto nunca se aparte de mi memoria, sino que siempre me ilumine la imágen de tu cuerpo crucificado, y cada una de las llagas imprima profundamente en mi corazon tu amor, pues son señales de tu inmensa caridad para conmigo. Porque todos estos tormentos los recibiste por mí, pues por tí nada de esto habias merecido, por cuanto no cometiste pecado, ni aún señal de pecado contrajiste; en quien no se halló engaño, ni

causa de muerte, como en tu favor decia Pilato. Sino que te ofreciste, porque tú mismo lo quisiste, pues sabias que fuiste enviado para la redencion de todo el mundo. Inocentemente, pues, padeciste y fuiste muerto en el atroz suplicio de la Cruz; mas con todo no moriste infructuosamente, porque por tu Cruz y tu muerte todos hemos sido libertados. ¡Oh dichosa y muy amable Cruz! árbol hermoso y salutífero, en el cual, vida mia, estuviste pendiente muerto por mí, para matar á la muerte y darme á mí la vida. ¡Oh cuán feliz y preciosa fué esta muerte, que venció al autor de la muerte, despojó al infierno de su presa y abrió las puertas del Paraiso! Bendita sea tu Pasion, Señor mio Jesucristo, tu Cruz y tu muerte, que convirtió la antigua maldicion de nuestros padres en celestial bendicion. Benditos sean todos tus miembros en los que padeciste, y todas tus sagradas llagas sean eternamente benditas; porque ellas son mis grandes medicinas contra cualquier género de vicios, y mis mejores consuelos en las adversidades.

3. Buen Jesús, dulce es estar en la Cruz contigo, lo cual yo deseo más que todos los consuelos de la naturaleza. Mejor es para mí estar contigo en grandes dolores, que sin tí en los altos honores del mundo. ¡Ah!, para mí es lo que padezco cuando te contemplo en la Cruz. Al pié de ella me detendré y lloraré, consideraré y examinaré cuánto padeció mi Dios por mí. Muchos Santos padecieron grandes tormentos; pero tú, Santo de los santos, sufriste más; porque tu ternísimo y dignísimo cuerpo de alto

abajo estaba cubierto de muchas llagas y heridas; que aunque los Evangelistas no las cuentan, sin embargo muchos afirman que fué revelado á ciertos devotos, como se contiene en estos versos:

*Cinco mil cuatrocientas setenta y cinco:  
Tantas dicen que fueron las heridas,  
Que por nuestros pecados padeció Cristo.*

Sea, pues, siempre bendito tu santísimo y preciosísimo cuerpo, adornado con gotas de sangre. Porque rotas las venas con las muchas heridas, no pudo contenerse la efusion. Verdaderamente tú eres mi amado blanco y colorado, escogido entre millares. Blanco en la Vírgen, colorado en la Cruz, escogido en la diestra del Padre. ¡Oh nobilísimo cuerpo, que santifica todos los cuerpos de los Santos, y purifica de los pecados todas las almas de los escogidos! Salúdote ahora, santísimo cuerpo del Señor, nacido de la Vírgen María; que padeció en verdad, y fué inmolado en la Cruz por el hombre, sepultado por hombres en el corazon de la tierra, y resucitado por Dios al tercero dia.

4. Precioso es para mí este tu venerable cuerpo, formado por obra del Espíritu Santo con la sangre purísima de la Vírgen María; pero se me hace más precioso, porque fué martirizado tan ignominiosamente por mí en la Pasion. No está súcio para mí tu rostro, en otro tiempo tan amable, y ahora tan despreciado y casi desconocido por las inmundas salivas y duros golpes de los verdugos, por los

irreverentes tirones de los cabellos y cubrirlo por mofa con un paño, con otras muchas ignominias que te causaron los que te improperaban. ¡Oh glorioso rostro de mi Dios, al que desean ver los Angeles, y que en otro tiempo resplandeció como el sol en el monte Tabor! ¿cómo es que ahora estás así tan denegrido, que no aparece tu buen aspecto y hermosura? Por mí está oscurecido el ínclito rostro de Dios en la tierra, para hacerme digno de contemplar tu Divino rostro en el cielo. Así pues, aquellos afrentosos esputos de tu hermoso rostro, fueron el lavatorio y purificacion de las manchas de mi alma. Y todo lo demás que padeciste, fué por mi satisfaccion y redencion. Por lo cual será para mí suma sabiduría el meditar en esto, y considerarte padeciendo en carne. Fuiste despojado, Criador del orbe de la tierra, para que yo me cubriese con vestiduras de perenne gloria. Fuiste desnudado, para que yo me desnudase de todas las cosas de este mundo, y sin tardanza te siguiese. Fuiste burlado, para librarme de la burla de los demonios. Fuiste menospreciado, para enseñarme á amar el desprecio y repulsa de los hombres. Fuiste acusado, para que yo no me excusase ligeramente; sino que pensase cuántas falsedades toleraste. Fuiste condenado á muerte, para salvarme de la eterna condenacion. Fuiste ligado, para desatarme de las ligaduras de los pecados. Fuiste azotado, para que yo no experimentase los eternos azotes con los réprobos, y sufriese pacientemente los azotes temporales con los escogidos. Fuiste coronado de espinas, para que yo fuese dig-

no de ser coronado con una inmarcesible corona, si es que padezco contigo como miembro semejante á su cabeza. ¡Oh Rey de la eterna gloria, cuán punzante y despreciable corona llevaste por mí, ¡vilísimo pecador! ¿Y cómo puedo sin gran dolor del corazón contemplar tu bendita cabeza rodeada de espinas, golpeada con la caña y presentada á todo el pueblo para mofa?

5. Fuiste sacado fuera de la ciudad de Jerusalem para ser crucificado, á fin de conducirme á la Jerusalem celestial para gozarme eternamente. Llevaste la Cruz en tus propios hombros, para que yo me niegue á mí mismo, tome la cruz y vaya en pos de tí. Fuiste clavado en la Cruz, para que el mundo fuese crucificado para mí y yo para el mundo. Fuiste en todo tu cuerpo alzado de la tierra, para que yo con todo mi corazón me elevase á los cielos. Fuiste amargado con hiel y vinagre, para expiar con amarga bebida el pecado que vino al mundo por el gusto del fruto prohibido, y para que me acuerde en la mesa, de tu bebida de hiel. Fuiste desamparado del Padre en la Cruz, para que yo no desespere en la tentación, ó en la sustracción de la gracia. También fuiste abandonado de tus amigos y discípulos, para que mi esperanza no se fije en los hombres. Mas te compadeciste cordialmente de tu Madre y de la flaqueza de tus discípulos, para que yo siempre me conduela de la necesidad de mis prógimos. Rogaste por los que te crucificaban, para que yo perdonase benignamente á los que me ofendieren, y encomendase á tí todo juicio. Después de esto hiciste fiel

testamento; porque encomendaste tu espíritu al Padre, la Madre al discípulo y el discípulo á la Madre; para que yo tambien, aproximándose el artículo de la muerte, te encomiende mi alma, é invoque especialmente la presencia de tu Santísima Madre; cuya clemencia humildemente invoco, para que con tu bienaventurado Apóstol San Juan, y los demás Santos N. N. se digne asistirme en la muerte, como te asistió á tí pendiente en la Cruz. En verdad, tuyo fué su dolor, y tu dolor no ménos era de ella, cuyo corazon traspasó la espada de la compasion. Y habiendo visto á tu Madre y al discípulo amado que estaba allí, de ningun modo bajaste de la Cruz por causa de ellos, sino que permaneciste hasta el fin por la obediencia de tu Padre: dándome ejemplo de perseverancia en la senda y ley tuya, que ahora, habiendo dejado á los padres y amigos, he comenzado á andar. Andaré en ella con la guia de tu gracia, y si perseverare contigo, será, sin duda, eterna mi recompensa.

6. Pues como tú, Señor mio Jesucristo, ni por el llanto de tu Madre, ni por los oprobios de los Judíos, consentiste en bajar de la Cruz; así ni yo debo moverme del estado de tu santo servicio, por las tiernas palabras ó consejos de alguién, ni áun por el vano terror de los contrarios; sino que contigo viviré y moriré en la Cruz; no me suceda perdonar mi vida por tí, que diste la vida por mí, para que yo no pereciese eternamente. Inclina por tanto ahora hácia mí tu cabeza, en señal de particular amor; y yo mi corazon hácia tí, en señal de íntima

compasion; y juntamente muera yo contigo, para que donde tú estás, allí esté yo tambien; ahora por el deseo, y despues por la presencia y beatífica fruicion. Abreme tambien tu costado para descansar en él. Porque por eso fué abierto, para que yo entrase y fuese curado del ardor de los vicios. Brotó de él sangre y agua: el agua para lavarme de las manchas y defectos contraidos; y la sangre para redimirme del yugo del diablo, y de las penas del infierno. Ea, pues, te recibiré ya de la Cruz con singular reverencia. Te pondré dulcemente entre mis brazos, que no tuviste donde reclinar tu cabeza traspasada con la corona de espinas. Te lloraré como el Unigénito del Padre, y el Primogénito de la Vírgen Madre ántes que te pongan en el monumento oculto á mis ojos; y consideraré todo lo que hiciste, enseñaste y padeciste en el mundo desde la hora de tu natiuidad, hasta la hora de tu muerte y sepultura. Desde éntonces sea para mí tu venerable sepulcro la perfecta clausura de todas las cosas mundanas. Aquí descansa, aquí more, aquí, excluido todo estrépito, entre para ser encerrado contigo; á fin de que unido á tí solo, esté muerto y sepultado para todo el mundo. Amen.

---

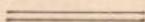
## ORACION

á Cristo Nuestro Señor.

1. Escribe, Señor mio Jesucristo, tus llagas en mi corazon con tu preciosísima sangre; á fin de que lea en ellas tu dolor y tu amor, para sufrir gustosamente por tí todas las cosas temibles y adversas. Hazme partícipe, te ruego, de tu sagrada Pasion, y del acerbísimo dolor que padeciste durante el largo tiempo que estuviste pendiente de la Cruz. Porque entonces tus benditas manos y tus hermosísimos piés fueron clavados por los impíos en el durísimo leño. Porque entonces todo tu cuerpo fué estirado de tal manera, que pudieron contarse todos tus huesos. Entonces, por último, despues que entregaste tu santísimo espíritu, tan fuertemente fué abierto tu costado con la lanza del soldado, que al punto salió sangre y agua, para la redencion de todo el mundo.

2. ¡Oh inestimable caridad! que por redimir al siervo condenado, te entregaste tú mismo á tantos suplicios, y recibiste de muy buena gana la muerte sin culpa, porque no muriese eternamente. Yo, Señor, pequé; yo cometí este gran pecado; yo soy reo de todas tus heridas. ¿Qué te retribuiré, pues, por todo lo que has hecho por mí? Si me diere á mí mismo y todas las cosas que he tenido

y he de tener por esta gran caridad que hiciste conmigo, como nada seria. Aunque me entregare yo mismo á tí en perpétuo siervo, no podria ser precio digno. Además si yo tuviese todo el mundo, y te lo pudiese dar, aún no seria digna retribucion por la mínima gota de tu preciosísima sangre, que por mí derramaste en la Cruz. Porque una sola gota de tu preciosísima sangre, hubiera podido purificar á todo el mundo. Sin embargo, no bastó para tu amor dar la equivalente satisfaccion, sino que pagaste superabundantemente el precio, con el que determinaste salvar á todo el mundo, en el cual tambien me dejaste á mí la única esperanza. Porque de las cinco llagas de tu sacratísimo cuerpo quisiste que manase muy copiosamente la dulzura de tu caridad, que abeterno tuviste oculta, con el Padre, mas tambien la revelaste especialmente en el tiempo de tu Pasion muriendo en la Cruz.



## ORACION

de accion de gracias.

1. Y así te doy gracias ahora, benignísimo Jesús, por todos los dolores y oprobios, tambien por todas tus rubicundas llagas, de las que fuiste lleno desde la planta del pié hasta la coronilla de

la cabeza, por reconciliarme y conducirme á tu eterna gloria. Mas ¡ay Señor! que no puedo darte las debidas gracias. Porque tan excelente y preciosa es tu santísima Pasion, que si yo tuviese tambien las virtudes de todas las criaturas, aún no bastaria para tributarte gracias cumplidamente. Porque excede á los méritos y deseos de todos los hombres, y supera á la dignidad de todas las criaturas. Mas para que no sea del todo ingrato, al ménos en mi pobreza deseo darte gracias por tanta caridad y tan amarga Pasion, con palabras de oracion y meditacion devota, que tú inspirarás y harás sabrosas á mi corazon; para que de aquí provenga á mi alma copioso fruto; y resuene sin fin con perfecto amor la accion de gracias á tí. Acuérdate de mí en tu reino, Señor mio Jesús, que respondiste al ladron que te confesaba en la Cruz: Hoy estarás conmigo en el paraiso. Amen.

---

---

---

## ORACIONES

### Á LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

---

#### ORACION

del amor y la alabanza de la Beatísima  
Virgen María.

1. Ruégote, benignísima Virgen María Madre de Dios, que te dignes ahora y para siempre manifestarme á mí tu pobre y débil siervo tu piedad y dulcísima caridad, de la que siempre estás llena, y destilar en los íntimos secretos de mi corazón la dulzura que llevas en tu pecho, y tienes oculta en tu santísimo seno, para que con puro é íntegro corazón pueda amarte y devotísimamente alabarte, á tí, Madre sobre todas bendita, y á tu único Hijo, nuestro Señor Jesucristo, y así desde ahora me vaya bien sobre la tierra, todos los días de mi vida, sirviéndote á tí y á tu Hijo, con amor y fervor de espíritu.

2. Oh rosa de oro toda suave y hermosa, Virgen María; ruégote que oigas las preces que te dirijo con fervor, con las que llamo á la puerta de tu tabernáculo que está en la casa del Señor en esta presente hora, confiando en tu abundante misericordia, en cualquier tribulacion y angustia que me hallare. Porque tú eres la Madre de misericordia, y por tí se sostiene el pecador en gran esperanza de perdon. Mas tambien es mayor tu bondad y clemencia, que la fama que yo habia oido en mi tierra. Porque superas á toda alabanza y gloria de los Santos, y aventajas por eso, Virgen Bienaventurada y Señora veneranda, en la virtud de la dulzura y mansedumbre, aún á la Angélica criatura. Pero si así no fuese ¿de dónde se infundiria á los miserables y culpados tanta dulzura de consolacion, y podria ofrecerse tanta alegría de perdon? Pues tu clemencia nunca podrá agotarse, porque en tí descansó por nueve meses la fuente de infinita bondad, Jesucristo. Tú eres el ornamento del cielo de los cielos. Tú eres el gozo y el júbilo de todos los Santos. Tú eres el reclinatorio de oro del Santo de los santos. Tú el vaticinio y la expectacion de los Padres antiguos. Por tí, Madre bendita, Virgen singularmente predestinada, se da á todos, y se promete á cuantos piden la Divina misericordia, el perdon de los pecados, la suerte entre los hijos de Dios y la bienaventuranza que ha de durar sin fin en el reino de los cielos.

3. Oh Reina del cielo, clarísima estrella que brillas en el firmamento. Oh Señora del mundo,

ninguna de las Vírgenes adornadas con virtud celestial, puede compararse á tu virgínea hermosa, Porque tú eres despues de tu único Hijo Jesucristo. la primera entre todos los Santos y Santas, y la más noble criatura; que Dios Padre conoció en su presciencia antes de los siglos, y crió en la plenitud de los tiempos, para que fueses Madre intacta de su Hijo Unigénito; al que ciertamente pariste con inefable gozo, y estupendo y eterno milagro, para la salud de todos los creyentes. A tí, pues, oh beatísima y hermosísima Reina de todas las Vírgenes, constituida ya mediadora de todo el orbe, á tí, oh perpétua Vírgen María, con alegrísimo júbilo del corazón y purísimo afecto, te alabe y glorifique, y sumamente venere, é íntimamente ame todo el género humano. Y todas las criaturas del cielo y de la tierra que Dios crió para alabanza y gloria de su altísimo Nombre, te canten dulcísimas melodías de gracias. Amen.

---

### ORACION

á la Bienaventurada Vírgen María, para que nos asista en la hora de la muerte.

1. Oh amantísima Madre de Dios, siempre Vírgen María, que superabundas en admirable dulzura, la cual no puede comprender ni explicar la inteligencia humana. Aquí me presento yo tu

siervo con íntimo afecto de mi corazón, inclinándome humildemente ante tu gloriosísimo trono, elevado sobre todos los coros de los Ángeles en el reino celestial. El cual justamente mereciste, dignísima Madre de Dios, porque fuiste hallada la más humilde entre todas las hijas de Jerusalem, y agradaste á sus ojos, Vírgen muy hermosa, pues no hubo semejante á tí en toda la tierra. Ve aquí que de nuevo me postro ante el escabel de tus piés, deseando saludarte y alabarte debidamente con devotos lábios y puro corazón. Bien sé, escogida Madre, que no soy digno de levantar mis impuros ojos, que manché muchas veces con la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida, á tu serenísimo rostro radiante de luz divina, y admirable para toda la celestial milicia, que con mucha gracia lo adornan purísimos lábios, rosadas mejillas y dorados cabellos. Y por eso me avergüenzo de mi impureza, considerando mi triste indignidad. Mas nuevamente por la muchedumbre de tu misericordia concibo una buena y firme esperanza de conseguir más pronto la gracia y la plena reconciliacion, apareciéndote á mí benignamente, é intercediendo por mí. ¿Qué otra cosa puedo sentir de la misericordiosísima Madre, y de la dulcísima Vírgen, sino misericordiosa y dulcemente, en aquel que tambien es el consuelo de todos los pecadores? Confiado en esta clemencia y mansedumbre, me pongo bajo tu proteccion, donde los débiles reciben fortaleza, y los cautivos libertad. Sé, pues, clemente para conmigo, y buena Madre

para mi corazon, á fin de que por una feliz experiencia ahora conozca que eres la consoladora de todos, y el fidelísimo amparo de aquellos que te sirven y esperan en tí.

2. De nuevo te ruego, gloriosísima María, Madre de Dios, que desde esta presente hora, hasta la última de mi vida, no te canses de mirarme con semblante propicio y sereno, y con dulcísimo corazon; sino recíbeme bajo tu proteccion, y extiende maternalmente tus santísimos brazos sobre mí, por donde quiera que anduviere. Mas cuando llegare mi último dia que ignoro, y la muy temible hora de la muerte, que no puedo evitar, ¡oh clementísima Señora mia! singular confianza en toda angustia, pero principalmente en la hora de la muerte, acuérdate entonces de mí, y asiste al fin de mi vida, consolando á mi temerosa alma. Defiéndela de aquellos tenebrosos é inmundos espíritus, para que no se atrevan á acercarse á mí; á la cual te dignes visitar con tu graciosa presencia, acompañada de muchos Ángeles y Santos. Apresúrate tambien por aplacar con tus eficacísimas súplicas, antes que yo salga de esta vida, el divino rostro de tu Hijo, á quien tantas veces y tan gravemente ofendí con mis pecados. Despues de esto, recibe la pobre alma que sale de este destierro, é introdúcela por las puertas del cielo á las delicias del Paraiso. Colócame junto á tí, y dí por mí á tu Hijo, al Rey de todos los siglos, una buena y dulce palabra, aquel bendito Ave, que recibiste de la boca de Gabriel. Por cuya virtud te dignes conservarme en la vida y en la

muerte; y concédeme, te ruego, que yo lo repita muchas veces con devocion del corazon, en alabanza y gloria de tu melífluo y bendito Nombre. Recibe por tanto la súplica de tu siervo que hago en tu presencia; y mírame, misericordiosísima Madre de Jesús, sobre todos amada, y acuérdate siempre de mí. Que si alguna vez yo me olvido de tí, esto ciertamente es con gran disgusto mio. Mas con todo, tú no te olvides de mí, que pariste para todos la misericordia. Ya me despido, Vírgen María, y te saludo de rodillas, ante tí me postro con devotas inclinaciones de cabeza, y á tí doy gracias cruzadas las manos. Y para que gustosamente oigas y confirmes mi oracion, áun te honraré con una reverenda salutacion: Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre Jesús. Amen.

---

---

### ORACION

á la Bienaventurada Vírgen María por la especial consolacion.

1. Recibe, misericordiosísima María, Madre de Dios, á tu siervo que acude á tí en toda tribulacion. Recíbeme, Vírgen piadosísima, como el único que no tiene consolador. Mira, Señora mia, mi afliccion,

y ábreme el seno de tu clemencia. Ve aquí que llamo, clamo, pido y adoro. No me retiro, ni desisto, sino que á tí me llegaré, hasta que te apiades de mí. Sé cuanta es tu incomparable dulzura; conozco el afecto maternal de tu corazon, de tal manera liquidado por la abundancia del divino amor, que desconfiar de tu consolacion seria cosa sumamente indigna. Y por eso, con mucha frecuencia y con muy gran deseo me acerco á tí; para que ya sea que me fuere bien, ya mal, merezca siempre ser rodeado de tus graciosísimos auxilios, y excitado con los dulcísimos consuelos de tu boca. Porque hablando tú palabras consoladoras, ¿qué tristeza podrá haber ya en el corazon? ¿O cómo dañará el enemigo á aquel á quien siempre se le manifiesta libre la entrada para tí? Inclina por tanto ahora, benignísima Madre, tus humildes oídos á mis ruegos. Inclina, ilustre Vírgen, tu hidria, y dame un poquito de beber: esto es, de tu copiosa gracia que en tí se oculta y superabunda, derrama para mí un pequeño consuelo. Porque es al presente muy necesario, y en todo tiempo aceptable, nunca es despreciable por la poquedad. Ciertamente es de tanta eficacia y excelencia, áun destilando una gotita de tu boca sobre mis lábios, que en su comparacion es vil y nada, todo lo deleitable en esta vida. Por eso, dilectísima María, rica y generosa en dones, tambien admirablemente suave en las palabras de gracia; en cuyo virginal útero habitó la suma sabiduría, para lo cual el Espíritu Santo la consagró desde el principio, el Ángel la guardó, el Arcángel la informó,

la virtud del Altísimo la hizo sombra: fortaléceme con tus saludables consejos. Di tan sólo una palabra y se consolará mi alma. No pido cosa difícil, ni algo imposible; sino solamente ruego, Señora mía, que me hables palabra de interior consuelo, que á mi oído dé gozo y alegría. A tí acudo en mi necesidad. Ea, pues, recíbeme con rostro benigno. En esto conocerá tu siervo que halló gracia delante de tus ojos; si le dirigieres algunas palabras amistosas; si la consolacion que de tí espera, no se la retardares por mucho tiempo.

2. Ven, amadísima María, con tu melíflua uncion á visitar mi corazon en su angustia. Porque tú sabes muy bien mitigar los dolores del corazon y restituirle la paz primera. Ven, clementísima Señora, con la nueva gracia de Cristo, y levanta con tu santa diestra á tu abatido siervo. Ven, escogida Madre de Dios, y muéstrame la acostumbra largueza de tu misericordia. Porque como ves, he sido reducido á la nada; pero de tí no me he olvidado, ni me olvidaré jamás. Ven, pues, ven, esperanza mia y gozo mio, amada y dulce Vírgen María. Porque en viniendo tú y hablando conmigo, vendrán juntamente todos los bienes; pero los males quedarán fuera y muy léjos. ¡Oh, cuán deseable, cuán sublime y alegre seria para mí oír la palabra de la Madre de mi Señor Jesucristo! Pero ¿cuál palabra? La palabra verdaderamente piadosa, muy dulce y consoladora, que oyó el beatísimo Apóstol Juan de su amado Maestro, tu Hijo, cuando le dijo: Hé ahí tu Madre. Esto oyó él del Señor; pero yo pido oír lo

mismo de tí, Señora mia, en espíritu y devocion de la mente. Dime, pues: Hé aquí tu Madre. Aquí estoy yo. A esta tu benignísima voz, reconvezca mi alma, y se alegre delante de tí, como suele alegrarse el hijo habiendo hallado á su Madre. Entre, éntre esta consoladora voz en los oidos de mi corazon, y con la dulce plática de tu boca penetre juntamente cierta espiritual consolacion del Espíritu Santo. Adquiera mi corazon nueva confianza, rêtírese el temor, no me turbe más la incertidumbre, ni desespere por las muchas tentaciones; sino que me consuele esta palabra que te pedí oír, y recomendar más cuidadosamente para mi corazon: Hé aquí tu Madre. Atiende ahora, alma mia á esta recomendacion; entrégate á la dulcísima María; entrégate á la Madre de Dios con su pequenito Hijo Jesús, más hermoso que todos los hijos de los hombres, dándole siempre gracias. Porque ella es la que acostumbra oír los ruegos de los pobres, y no deja desconsolados á los que ve que la llaman con perseverancia. Esta es aquella Divina Vírgen, y vara mística que nacida de real extirpe, produjo la almendra de divina flor, al mismo Cristo, Rey y Salvador de todos, á quien sea el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amen.

---

## ORACION

á la Bienaventurada Virgen María, en  
cualquiera tribulacion.

1. Dios te salve, María, llena de gracia, el Señor es contigo. Dios te salve, benigna Madre de los huérfanos. Oh María, cuando todas las puertas del cielo están cerradas, y por mis pecados se me niega por todas partes la entrada á Dios; cuando todo consejo y fortaleza de ánimo me falta, y en nada puedo socorrerme; cuando el tedio de esta vida y la congoja del corazon de tal modo me oprime, que casi nada me place en este mundo; cuando el Sol de la alegría se oculta en la noche del pavor y la tristeza; cuando se retira el celestial consuelo, y amenaza la grave desolacion; cuando se levantan los vientos de las tentaciones, y se despiertan los estímulos de las pasiones; cuando sucede la flaqueza imprevista, y ocurre cualquiera otra adversidad; cuando todas estas cosas vienen sobre mí, ¿á dónde huiré, y á quién me volveré sino á tí, benignísima consoladora de los pobres? ¿Y hácia dónde miraré para llegar al puerto de salud, sino á la preclarísima estrella del mar, siempre brillante, y que nunca oculta la gracia de su luz? ¡Oh amada María, y dulce Madre! Tú eres esta brillantísima estrella del mar, que consuelas á todos los que te miran y te invocan, y los conduces prontamente al puerto de serenidad. A tí, pues, hoy acudo, y te ruego hu-

mildemente que me ayudes; porque fácilmente alcanzarás de tu Hijo todo cuanto quisieres. Si tú, oh gloriosa Señora, estuvieres por mí, ¿quién estará contra mí? Y si conmigo hicieres gracia, ¿quién me podrá desechar? Extiende, pues, ahora tus brazos sobre mí, para que huya bajo de ellos. Di á mi alma: Yo soy tu Abogada; no temas. Como la Madre consuela á su hijo, así yo tambien te consolaré. Esta es tu voz, oh dulce María. ¿Quién diera á mi corazon oirla siempre? ¡Cuán dulces son tus palabras á mi paladar! Habla, Señora mia, al corazon de tu siervo, que tu siervo oye. Siervo tuyo soy yo, y de tu Hijo. Digo más: Tú eres mi Madre, y Jesús tu Hijo, mi hermano. Con seguridad lo he dicho; porque lo engendraste, no solamente para tí, sino tambien para todo el mundo. No quiero por eso llamar mi madre sobre la tierra; rehusó tener otra fuera de tí, única Madre de Dios. No hay otra semejante á tí en virtud y hermosura, en caridad y mansedumbre, en dulzura y clemencia, en fidelidad y materno consuelo, en misericordia y muchas piedades. Hoy te elijo y te acepto. Hoy me entrego á tí confiadamente, y deseo que esto sea confirmado por tí para siempre. Porque basta para mi flaqueza si estuviere yo bien unido contigo. Por eso me alegraré y consolaré sobremanera en tí, y entonaré magníficamente alabanzas á tu santo Nombre.

2. ¡Oh cuán hermosa y amable eres, mi Señora Santa María, llena de toda gracia! Si álguien puede contar las estrellas del cielo, podrá tambien explicar tus virtudes. Porque cuanto están altos

los cielos de la tierra, tanto está elevada tu vida sobre las vidas de los hombres; y el esplendor de tu gloria brilla sobre todos los coros de los Ángeles. Suba, pues, ahora mi pobrecilla oracion á mi opulentísima Señora, y llegue á tí mi deseo; para que sentencies mi causa en la presencia de tu Hijo, ante cuyo exámen nadie por sí mismo es hallado inocente. ¡Oh clementísima Señora! por tu extremada caridad y la singular confianza que en tí he puesto, á tí he revelado mi causa, y en adelante con más seguridad la revelaré. Porque conozco tu grandeza y extraordinario poder, y que la memoria de tu nombre ha de ser el consuelo de mi alma. ¡Oh dulcísimo nombre de María! que siempre se ha de recordar, siempre se ha de nombrar y venerar como nombre de uncion y de gracia. ¡Oh nombre celestial y verdaderamente Angélico!, que de la boca del Evangelista consta haber sido piadosamente recomendado á los fieles. Y el nombre de la Virgen, dice, era María. ¡Oh sacratísima y dignísima de toda alabanza, María! Tú eres la puerta del cielo; tú, la entrada de la vida; tú, el templo de Dios; tú, el sagrario del Espíritu Santo. Pues todo lo hermoso y agradable que veo en las criaturas; todo cuanto grande y virtuoso considero en los Santos de Dios; todo lo deseo adaptar á tu soberana grandeza. Porque es justo que yo me aplique con todas las criaturas á tu perpétua alabanza, habiéndote elegido ahora por especial Madre y fidelísima abogada, y despues de esta vida para merecer la gloria de tu bendito Hijo Jesucristo. Amen.

## ORACION\*

de las eximias virtudes del bienaventurado  
San Juan Bautista.

1. Oh santísimo y preclarísimo Juan Bautista, especial amigo de Jesucristo, fidelísimo pregonero de Dios y escogido Precursor del Señor. Oh sumamente venerable y siempre amable protector, grande y excelso en toda la extension de la tierra; pero mayor en las alturas del cielo, donde ahora entre los más grandes Santos brillas con muy clara luz, y especial honor. Porque tú, el más insigne de todos los Profetas, en el órden del tiempo seguiste á los primeros Patriarcas y Profetas; pero en el esplendor de las virtudes y en la gloria de los méritos, los precediste. Pues á la manera de un celestial lucero fuiste enviado de Dios al mundo, y con obras admirables y palabras fidedignas anunciaste la venida de nuestro eterno Rey, y el Sol de justicia nacido en las tinieblas. Tú fuiste anunciado por el Arcángel San Gabriel en el Templo de Dios. Tú fuiste santificado en el útero materno. Tú fuiste lleno del Espíritu Santo, y al oír la voz de la Madre de Dios María, diste saltos de gozo en el vientre de tu madre. Tú, niño, fuiste llamado Profeta del Altísimo, y á tu padre que estaba mudo, restituiste el habla perdida con la publicacion de tu sagrado

nombre. Por lo cual tú naciste maravillosamente; pero mucho más santamente viviste. Tú habiendo dejado la casa paterna y toda tu parentela, niño todavía de siete años, te retiraste al desierto; donde privado de todo humano consuelo, pasaste solitario una vida Angélica, hasta el día de tu manifestacion en Israel. Tú emprendiendo un áspero camino, contento con despreciable comida, y ceñido de tosco vestido, desechaste con fortaleza las delicias de los reyes; y la molicie de los ricos. Tú, inspirado del Espíritu Santo, para mostrar al pueblo el camino de la eterna salud, para que hiciese penitencia, y consiguiese el reino de los cielos, predicaste valerosamente, anunciando con mucha exhortacion la palabra de Dios. Tú mostraste á las turbas el Cordero de Dios que habia de venir, y á quien los demás Profetas desde el principio vaticinaron mucho tiempo con palabras, señales, vida, costumbres y grandes deseos. Tú, fidelísimo siervo de Dios y solemne precursor, señalaste con el dedo á Cristo ya presente en carne, diciendo: Hé aquí el Cordero de Dios, hé aquí el que quita los pecados del mundo. Este es aquel de quien yo hablé. Tú, oh venerable Bautista é ínclito Juan, viniendo á tu bautismo Jesús Hijo de Dios, lo bautizaste con tus santísimas manos en el Jordan, con suma reverencia y temor, como convenia. Tú oiste la voz del Padre que sonó de los cielos y dijo: Este es mi Hijo amado, en quien yo mucho me he complacido. Tú viste con tus dichosos ojos al Espíritu Santo en figura de paloma descender y posar sobre el Señor,

Salvador nuestro. Tú conociste por celestial revelacion el inefable misterio de la excelsa Trinidad, y diste indudable testimonio de Jesucristo Señor nuestro, que este es Hijo de Dios. Mas tambien Jesús á su vez dió de tu santidad tan magnífico testimonio, cual ninguno de los Santos mereció oír en esta mortal vida: Entre los nacidos de mujeres, dice, no se levantó ninguno mayor que Juan el Bautista.

2. Oh abanderado de los Mártires, ilustre Juan. Tú, inflamado en el celo de la justicia y en el amor de la castidad, con voz intrépida reprendiste el detestable incesto del impiísimo rey Herodes. Y por la constancia de la verdad, sufriste pacientemente oscura cárcel y duras cadenas, y por último, á petición de mujeres muy infames, sedientas con furor de tu sangre, entregaste gustoso á la espada del soldado para ser cortada tu bendita cabeza consagrada á Dios desde la infancia. Y así purpurado con tu propia sangre, y hecho digno de la palma del martirio, como brillantísima antorcha del mundo, descendiste tranquilo al limbo de los santos Padres. A los cuales entonces llevaste un nuevo gozo, cuando les anunciaste, que el mismo Redentor del género humano, bajaria muy en breve para librar á sus escogidos de la boca del infierno; á quien primero precediste en el mundo, naciendo, bautizando, predicando, señalando y muriendo, como nuncio de la buena nueva. ¡Oh el más elevado de los varones santos! ignoro enteramente cómo te magnifique y alabe; porque de tal manera

te encuentro rico y grande en toda gracia de santidad, que entre todos los coros de los Santos te veo singularmente esclarecido y adornado de gloria. Mas ni puedo ya mirarte bien por causa del esplendor de tu escelente gloria; ni soy suficiente para admirar de lleno tu dignidad. Porque en todas partes se oye tu nombre; en toda iglesia resuena excelentemente la alabanza de San Juan Bautista. Si te buscare entre los Ángeles, justamente es anunciado Juan semejante á los Ángeles, compañero de los Ángeles y el mayor de los hombres. Si entre los Profetas, aún más que Profeta eres, segun el testimonio de Cristo. Si entre los Apóstoles, dignísimamente eres llamado voz de los Apóstoles y primicerio del Evangelio. Si entre los Mártires, tú eres celebrado insigne mente fortísimo atleta de los Mártires. Si entre los Confesores y Doctores, eres llamado con razon sagrado Confesor y preclaro Doctor de Cristo. Si entre las Vírgenes, tú eres aprobado legítimamente Vírgen purísimo, legado y pariente de Vírgen. Si entre los Monges y Eremitas, eres señalado devoto morador del desierto, y santo fundador de los Monges. Si entre los inocentes y puros, no se halló hombre semejante á tí más inocente y puro. Si entre los penitentes y abstinentes, tú aventajas á los primeros en austeridad de vida, y en pureza de conciencia.

3. Oh varon santísimo, sobre todo y en todo laudable, amadísimo de Dios, agradable á los Angeles y muy querido de los hombres. Oh antorcha de Dios omnipotente, que arde y alumbra, ilumi-

nando la tierra, alegrando el cielo, convirtiendo á los pecadores, conservando á los justos, levantando á los caidos, fortaleciendo á los que están de pié, y atrayendo á todos juntamente á Dios, deseando conducirlos al reino celestial. Acuérdate piadosamente de mí, te ruego, y con tus santas súplicas ante el severo Juez, alcánzame el perdon de todos mis pecados; y procura plantar en mí los gérmenes de las virtudes; para que libre de todos los vicios, me haga digno de la uncion del Espíritu Santo; y despues de los muchos peligros de este mundo, merezca llegar salvo, con tu favor, al puerto de la eterna bienaventuranza. Socórreme, te pido con fervor, columna de apoyo celestial, en la hora próxima de mi muerte, y por la salud de tu necesitado siervecillo, habla confiadamente una palabra buena y suave ante el Rey de los Ángeles. A fin de que al que se agrava y teme mucho por el peso de sus propias obras, defienda de los asaltos de los enemigos el escudo de tu santísima oracion; y por tus gloriosísimos méritos, mi alma que ha de salir de la cárcel del cuerpo, acompañada de los Santos Angeles, merezca llegar feliz y seguramente al eterno palacio del cielo. Amen.

---

## ORACION

de los señalados privilegios de amor del bienaventurado San Juan Evangelista.

1. Dios te guarde, dulcísimo Apóstol Juan. Dios te guarde, el más sublime de los Santos Evangelistas. Dios te guarde, custodio fidelísimo de la Santísima Madre de Jesús, María. Te saludo con devotos obsequios de mi alma. Te honro de todo lo más íntimo de mi corazón. Te invoco con afectuosos ruegos y suspiros. Vé aquí que quiero cantar tus alabanzas; deseo referir tus virtudes; pretendo publicar tus grandezas. Ruégote, pues, benignísimo Apóstol, te dignes que yo te alabe, Virgen sacratísimo. Porque tú eres aquel amado discípulo, y entre todos el más amado; á quien Jesús Hijo de Dios atrajo de las nupcias del siglo á la vida célibe; y por los halagos de la carne te llenó de celestiales carismas. Tú, por el amor de Jesús dejaste á tu padre en el barco con las redes, y hallaste al Padre celestial con su Hijo Jesús. Tú no te cansaste de seguir á Jesús Señor nuestro predicando el Evangelio del reino de los cielos. Tú, con sus milagros fuiste maravillosamente deleitado. Tú, con su doctrina y saludables máximas frecuentemente fuiste instruido. Tú, en sus persecuciones y afrentas vehementemente te compadeciste. Tú subiste con Jesús

al monte Tabor, para ver el resplandor de su cuerpo. Tú al oír la voz del Padre, arrebatado en éxtasis, casi desfalleciste por tan magnífica gloria. Mas después de esta estupenda visión mucho aprovechaste en el conocimiento del Hijo de Dios.

2. ¡Oh sagrado y muy feliz Apóstol! cuántas cosas te fueron reveladas de tu Jesús, que el entendimiento humano entregado á las cosas bajas, ni puede comprender ni percibir! Por lo cual te pido, Juan dulcísimo, que ruegues ferventísimamente por mí, para que pueda arrojar enteramente del corazón todo el siglo, con todas sus vanidades y delectaciones; y enciéndeme interiormente con las saludables enseñanzas de Jesús, con que tú fuiste embriagado; para que menospreciadas y olvidadas todas las cosas terrenas, pueda con tu auxilio subir fácilmente al monte de la virtud, y á la cumbre de la vida más pura. Porque son vanas y de ninguna importancia todas las cosas que en este mundo parecen apetecibles. Por eso ciertamente, Cristo, eterna sabiduría de Dios, te reveló la gloria de su claridad, que ha de darse á los Santos en la otra vida; para que con la vista de estos secretos celestiales, te encendieses en deseos de sufrir adversidades por su nombre, y no desfallecieses al ser maltratado con azotes ó injurias. Tú también, acercándose el tiempo de la Pasión en el cual Cristo había de pasar de este mundo al Padre, fuiste enviado á la ciudad con Pedro, para preparar la Cena del Cordero Pascual. Donde acabada la santa Cena, el piadoso Señor y humilde Maestro se dignó la-

varte los piés á tí y á sus demás discípulos; dando en esto una señal de su grande amor, y dejando tambien un memorable ejemplo de profunda humildad. ¡Oh venerable Apóstol Juan, convidado del Rey eterno, que te sientas al lado del amado Maestro! Tú eres aquel amado discípulo, que en esta Cena para siempre memorable, te recostaste dulcemente sobre el pecho de Jesús, y dijiste: Señor, ¿quién es el que te entregará? Que despues como señal de particular amor, te dió á conocer secretamente la persona del traidor. Aquel es, dice, á quien yo diere el pan mojado. ¡Oh en verdad singularmente predilecto Apóstol, distinguido entre los demás amados discípulos con mayor gracia de castidad, y con el don de familiaridad, á quien se revela al oído la palabra oculta para los demás!

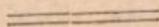
3. ¡Oh dulcísimo Juan: cuántos arcanos de sabiduría sacaste entonces del pecho de Jesús! Lo atestiguan los sagrados raudales de tu Evangelio extendidos por toda la redondez de la tierra. Porque como un gran presagio de la futura gracia, reclinaste cariñosamente tu cabeza sobre el pecho de Jesús, de donde provino para tí tanta abundancia de doctrina celestial. Ruégote, Santo Apóstol, dulce amigo de Cristo, que confortes la necesitada alma de tu siervo con la suavidad de la plática divina, y haz que con frecuencia me halle yo presente á la Cena de Jesús, y me deleite con aquel hermosísimo sermon, que Nuestro Señor Jesús últimamente predicó delante de los discípulos, y tú brillantemente escribiste para que lo leyéramos nosotros.

¡Oh apreciable y amado discípulo! Tú, habiendo salido Jesús á la otra parte del arroyo de Cedron, le seguiste al huerto con los demás discípulos. Tú fuiste particularmente escogido por él para acompañarle con otros dos en el lugar retirado de la oracion. Tú, habiendo sido Jesucristo Señor nuestro preso y atado por los Judíos, no temiste seguirle hasta el palacio del sumo pontífice, é hiciste que entrase tu amado compañero Pedro. En verdad el amor á Jesús hizo que le siguiéseis juntamente con más valor que los demás; pero la gran fragilidad humana, que aún no podia sufrir la muerte, os obligó á huir y temer. Y de este modo quedó Jesús solo en su Pasion, abandonado de los amigos, porque así fué voluntad del Padre, para que el inocente fuese muerto por los culpados.

4. ¡Oh beatísimo Apóstol Juan! Tú, habiendo sido Jesús condenado á muerte de Cruz, y todo lleno de heridas, le seguiste con espíritu afligido y rostro lloroso, hasta el lugar de la crucifixion; acompañándote juntamente su afligidísima Madre la Vírgen María, con la piadosa Magdalena, ya casi desfallecida de dolor. Verdaderamente en esto se manifestó la gran vehemencia de tu amor, y el cordial afecto de maternal compasion; porque habiendo sido por último crucificado Jesús, tan próxima y firmemente asististe á la Madre Vírgen, traspasada con la espada de dolor. Y por eso, estando Cristo ya para espirar, á tí especialmente encomendó su Madre, para que el vírgen guardase á la Vírgen, y en adelante cuidases de sus necesidades y la sir-

vieses filialmente con aplicacion de diligentísima caridad como á propia Madre. ¡Oh fidelísimo y castísimo custodio de la Beatísima Vírgen María Madre de Cristo! cubiculario del Esposo de la Iglesia, tesorero del Rey eterno; que despues de Cristo eres como otro hijo delegado; á tí se confió el arca de Dios que contiene el maná celestial; á tí se encomendó para que guardases la puerta luminosa del cielo, por la cual entró el Rey de la gloria, cuando él mismo muriendo en la Cruz dijo: Hé ahí tu Madre. ¡Oh, Madre tuya la Madre de Dios, la Madre sagrada, la Madre para siempre bendita, á tí confiada, á tí encomendada, á tí asociada! ¡Oh, quién me diera tener tal Madre, y con ella tal custodio, á los cuales pudiera yo entregar sin peligro mi pobrecilla alma para que la defendiesen; no sea que en la hora terrible de la muerte me espante aquel fiero enemigo! ¡Oh clementísimo y buen Jesús! Acuérdate de mí en mi postrimería, y en tanto que me falta la voz y pierdo todo sentido, entonces me fortalezca la benigna súplica de tu dilectísima Madre, y me asista poderosamente la segura proteccion del bienaventurado Apóstol San Juan. Ea pues, Madre clemente y misericordiosa Vírgen María, te ruego por tu amadísimo Hijo, y por su Apóstol encomendado á tí en la Cruz, que me socorras en todo lugar y hora, principalmente en la última agonía, como asististe á tu amado Hijo Jesús con el bienaventurado Juan y María Magdalena. Oh dulcísimo Juan Apóstol, clemente custodio y siempre fiel amigo, protégeme

con las armas de la celestial milicia, y arroja de mi presencia con la señal de la Santa Cruz al enemigo del nombre Cristiano; y líbrame en el nombre de Jesús, cuando llegue la terrible hora de la muerte. ¡Oh dos hermosas olivas de suma piedad y misericordia! A vuestra intercesion y perpétua proteccion devotamente me encomiendo, para que rechazados todos los enemigos, me lleveis felizmente con vosotros al reino de Cristo. Amen.



## ORACION

de las alabanzas del Apóstol Santo Tomás.

1. Dios te guarde, glorioso Tomás Apóstol, dignísimo de toda alabanza y honor. Dios te guarde, ilustrísimo predicador de la verdad Evangélica, luz y honra de la Iglesia universal. Dios te guarde, ferventísimo amador de Cristo, cuyo santísimo costado mereciste tocar. Dios te guarde, clarísimo contemplador de la abismal verdad, profundísimo penetrador de la Trinidad, segurísimo explorador de la glorificada Humanidad. Dios te guarde, firmísimo confesor de la Fé, magnífico reparador de la Fé, poderosísimo desvanecedor de toda duda. Dios te guarde, esplendidísimo iluminador de los

hombres, que con prodigios y doctrina convertiste para el Señor el potentísimo reino de la India. Dios te guarde, insigne obrador de milagros, resucitando muertos, limpiando leprosos, iluminando á ciegos, ahuyentando demonios y curando toda enfermedad en el nombre de Cristo. Dios te guarde, sapientísimo arquitecto de la celeste fábrica, que por palacio terrenal preparaste al Rey de los Indios perpétua mansion en el cielo. Dios te guarde, purísimo celador de la castidad, altísimo ensalzador de la virginidad, honestísimo conservador de la integridad, y devotísimo venerador de la dignidad sacerdotal. Dios te guarde, perfectísimo menospreciador de las riquezas, generosísimo repartidor de limosnas, benignísimo sustentador de pobres y solemnísimos edificador de iglesias. Dios te guarde, pacientísimo sufridor de persecuciones, infatigable trabajador por la salud de las almas y fidelísimo pastor de pueblos creyentes. Dios te guarde, fortísimo atleta de los mártires, ahuyentador de demonios, extirpador de errores, destructor de ídolos, vencedor de tiranos, que superas las llamas y no sientes los incendios; que atravesado con una espada por el amor de Cristo, coronaste con el martirio tu gloriosa vida.

---

## ORACION

de los méritos y virtudes de Santo Tomás  
Apóstol.

1. Oh excelso, venerable y siempre amable Patron Santo Tomás, Apóstol de Cristo, y escogido discípulo de Jesús; á tí presento con afecto mis humildes súplicas, y por mis cuotidianos obsequios de alabanzas, imploro tu gloriosa proteccion. Hazte para mí exorable, y preséntate siempre amable para mi corazon, á fin de que nunca falte de mi boca tu alabanza; sino que de dia en dia se excite con nueva devocion. Inflámese mi afecto en la oracion, y en mi meditacion se encienda el fuego del amor divino; y del mismo modo se llenen todas mis entrañas de dulce júbilo, en la veneracion de tu santo nombre. Porque tú eres discípulo escogido de Jesús, y mi amado Apóstol, á quien elegí por mi especial Patron y abogado; á quien tambien fiel y devotamente encomiendo mi alma para que la guarde, y toda mi vida para que la proteja. Tú puedes muy mucho para con el Rey de la gloria. Y por eso te ruego que te acuerdes de mí pecador, aplacando el rostro del benigno Criador con tus santas súplicas. Tú, por Dios Padre fuiste previsto y escogido desde la eternidad. Tú, por su Hijo Unigénito encarnado en el tiempo, fuiste llamado,

y unido al colegio Apostólico, cumpliste fielmente el ministerio de la predicacion. A tí te instruyó Cristo con sus propias palabras, te confortó con dulces coloquios, te afirmó en la recta fé, y frecuentemente te alegró con su presencia corporal. Tú con tus dichosos ojos viste á Cristo obrar muchos prodigios; á tí tambien te dió la facultad de hacer milagros, el poder de curar enfermos y lanzar demonios. Tú habiendo abandonado todas las cosas, fervorosamente seguiste las pisadas de Cristo, abrazando con gusto su pobreza y humildad. Tú toleraste pacientemente con Jesús los ultrajes de los Judíos, tambien el ódio del mundo, por parte de los amadores del siglo. Así como estuviste dispuesto á ser apedreado y morir con Cristo, diciendo á tus condiscípulos: Vamos tambien nosotros, y muramos con él.

2. Tú en la Cena del Señor sentado á la mesa de Cristo, cenaste con los Apóstoles como uno de los convidados del Rey celestial; y despues del Cordero figurativo recibiste con mucha fé y gran reverencia el sacratísimo Cuerpo y Sangre de Cristo, de sus santas y benditas manos. Tú, por Cristo Sacerdote Sumo, fuiste allí ordenado Sacerdote del nuevo Testamento, para que celebrases tan gran misterio; y por el Sumo Pontifice Jesús consagrado Pastor y Obispo de las almas fieles. A tí se dignó Cristo lavar los piés, dando señalado ejemplo de su grande humildad, y perpétuo amor; enseñando tambien en tal misterio que los afectos del alma se han de purificar de vicios. Tú vehementemente te con-

tristaste de la entrega, separacion, pasion y muerte de Cristo, que claramente predijo, teniendo tú el ánimo dispuesto para ir con él á la cárcel y á la muerte, como tambien dijeron todos los demás discípulos. Por lo cual, lo que entonces justamente fué negado á tu afecto, despues con más fervor consumaste con un triunfal martirio. Tú, estando Cristo hablando y ofreciendo mucho consuelo contra las aflicciones del mundo, le preguntaste con la confianza de un alma devota, acerca de su tránsito al Padre, diciendo: Señor, no sabemos adonde vas; pues ¿cómo podemos saber el camino? ¡Oh cuán ferviente amor el de tu corazon por seguir el camino de tu amado Maestro! El dulce Señor y Maestro te responde: Yo soy el camino, la verdad y la vida: Nadie viene al Padre, sino por mí. ¡Oh beatísimo Tomás, cuán sublime respuesta mereciste! ¡cuán sagrado y profundo misterio oíste! A tí se manifestó Cristo á sí mismo; á tí mostró el camino para el Padre; enseñó que él era una cosa con el Padre, y prometió que habia de dar la vida eterna á los que le amasen. Tú tambien, dicho el himno, saliste con Jesús al monte de las Olivas, y acercándose la hora de su prision quedaste afligidísimo. Mas él, que habia venido á padecer por la redencion del mundo, no rehusó sufrir el suplicio de muerte. Ni quiso diferir su resurreccion de entre los muertos más allá del trídúo; sino que el dia tercero apareció á sus discípulos en cuerpo glorificado; y en el dia octavo te concedió á tí especialmente la vista de su Humanidad.

3. Te mostró las señales de su victoriosa Pasión, te invitó para que le palpases; te dió claramente á tocar sus manos y costado señalados con las sagradas llagas, y desterró de tu pecho todo escrúpulo de duda. ¡Oh sagrado palpador de las llagas de Cristo! ¡Cuánta gracia y dulzura sacaste de las llagas del Salvador! Pues que por el tacto del verdadero cuerpo de Cristo, recuperaste la fé de la resurreccion, recibiste la esperanza del perdon, y adquiriste de nuevo gran fervor de caridad. En el costado de Cristo fuiste reconciliado, en las llagas tocadas fuiste del todo curado é íntimamente unido á Cristo. Del costado abierto de Cristo salió la amplitud de la Divina caridad; y del sagrado tacto de las llagas brilló para tí la certeza de la glorificada Humanidad. Tú por la duda te has hecho más cierto, por el tacto más firme, por la vista más alegre, por el oido de las palabras de Cristo, más sábio. Nada, pues, te dañó el haber dudado, cuando de ahí han provenido tantas señales de credibilidad. ¡Oh fortísima columna del colegio Apostólico, con cuán vigorosas pruebas confirmas nuestra Fé! ¡Cuán gustosamente recibes á los que rectamente creen! ¡Cuán misericordiosamente compadeces á los flacos! ¡Cuán perfectamente alientas á los que vacilan en la fé, y con tu ejemplo, para que no desesperen, dulcemente los consuelas! Tú eres escudo inespugnable de nuestra fé. Tú, áncora firmísima de nuestra esperanza. Tú, antorcha de caridad. Tú, espejo de castidad. Tú, norma de justicia. Tú, esplendor de virtud. Tú, gloria de los milagros. ¡Oh lámpara luminosísi-

ma de la Iglesia, llena del bálsamo de la gracia celestial! ¡Cuán fervientes y llenas de fragancia son las palabras de tu fidelísima confesion! Porque cuando tocaste el costado de tu amado Maestro, le confesaste verdadero Dios y hombre, diciendo: Señor mio, y Dios mio. ¡Oh amorosísima y dulcísima palabra, llena de fé, agradable al oido y deleitable para meditar. Verdaderamente fuiste todo trasportado de admiracion, todo liquidado de amor, todo embriagado de divina dulzura, cuando penetraste los arcanos de nuestro Redentor; y de la fuente del costado del Señor, recogiste la palabra dulcísima de fé, diciendo: Señor mio, y Dios mio. ¡Oh cuán saludables medicamentos hallaste en el costado abierto de Cristo! ¡Cuán melífero gusto de la eterna sabiduría sacáste de las fuentes del Salvador!

4. Bienaventurado eres, Apóstol Santo Tomás, y benditas las palabras de tu boca, que nos mostraste la suma de nuestra salud, y el precio de la eterna redencion en la Pasion y Resurreccion de Cristo. En la Pasion de Cristo está ciertamente nuestra salud y redencion; en su Resurreccion nuestra vida y la esperanza de perenne gloria. De esta gloriosísima Resurreccion del Señor, tú fuiste testigo veracísimo como José Esposo de la Vírgen María, fué tambien custodio y testigo fidelísimo de su virginidad. José fué instruido por el Angel en el misterio de la Encarnacion; tú por el Señor de los Angeles, en la verdad de su Resurreccion. A José se le manda recibir á María su Esposa; á tí se te ordena tocar la carne gloriosa de Cristo. José despues de

la revelacion del Angel, recibió con reverencia á la Bienaventurada Virgen María, para su custodia; tú despues de la reconocida aparicion del Señor, recibiste más claro conocimiento de la fé, y la invencible constancia de evangelizar. María Magdalena llena de amor quiso tocar á Jesús, y se le prohibe. A tí sin prohibicion se te manda tocar á Cristo, para que se afirme tu fé, y se cumpla muy pronto el deseo de tu corazon. Por cierta causa de misterio, ella es impedida por poco tiempo de tocar los piés, para que aprendiese prudencia, y ya no buscarse á Cristo segun la carne. Tú al punto que viste al Señor, para que no continuases por más tiempo dudando, por causas necesarias y para instruir en la fé á los pequeños, extendiste tu diestra á las sagradas llagas, diciendo: Señor mio, y Dios mio. ¡Oh feliz Apóstol! á quien todo sucede para la gloria y el mayor conocimiento de la Divinidad de Cristo. Tú tambien subiste al barco con San Pedro y San Juan y otros dos discípulos, como buen compañero, para pescar en el mar de Tiberíades; y allí viste á Jesús de mañana, que se puso en la ribera; hiciste lo que habia mandado, y te alegraste con los discípulos por la gran cogida de peces; y exhortando el Señor para el convite, comiste alegremente del pan y pez asado de Cristo, preparado allí mismo divinamente. Tú viste á Jesús Señor nuestro, despues que confirmó su Resurreccion con muchas apariciones, y varios prodigios y testimonios, elevarse á lo alto de los cielos, y con omnipotente virtud llegar á la diestra del Padre; tambien viste á los Santos Ange-

les que aparecieron con vestiduras blancas, y oíste anunciar á los que juntamente habian asistido á tan gran espectáculo, palabras de reverente magestad sobre la segunda venida de Cristo, diciendo: Así vendrá como le habeis visto ir al cielo. Tú, habiendo subido Cristo á la gloria del Padre, al punto lleno de gozo regresaste del monte Olivete al gran Cenáculo, donde el Señor celebró solemnemente la Pascua con sus discípulos, y se les apareció despues de su Resurreccion, estando las puertas cerradas, y tambien te mostró á tí sus sagradas llagas para que las tocases. Allí con María Madre de Jesús y los Apóstoles, conferenciaste familiarmente sobre las virtudes y hechos del Salvador, y perseverando en devota oracion, esperaste con gran deseo la venida del Espíritu Santo. Tú en el dia santo de Pentecostes recibiste el Espíritu Santo en lenguas de fuego, y fuiste perfectísimamente instruido en el conocimiento de todas las lenguas; abundantísimamente enriquecido con los carismas de todas las virtudes celestiales, y tambien fuiste inflamado con tanto ardor de fé, que sin miedo alguno á los Judíos predicaste con firmeza la palabra de Dios, y con gran constancia diste testimonio de la Resurreccion de Jesucristo. Tú, revestido con el espíritu de fortaleza, y defendido con el escudo de la paciencia, ni tuviste miedo á las amenazas de los pontífices, ni al poder de los magistrados; sino que preferiste obedecer á Dios, antes que á las órdenes de los príncipes, eligiendo padecer por el nombre de Jesús contumelias, cárceles, y aun la muerte, más bien

que dejar de predicar al pueblo la palabra de Dios.

5. Tú, inspirado del Espíritu Santo, sembraste la semilla Evangélica por diversas regiones, y finalmente apareciéndosete Cristo, fuiste enviado á la lejana India, donde recogiste para el Señor copiosísimo fruto de pueblos, confirmando la verdad Evangélica con muchos gloriosos milagros y prodigios. Tú, por disposicion de la Divina Providencia, á los tres Santos Reyes y venerables Magos, que guiados por una estrella visitaron á Cristo recién nacido, los instruiste perfectísimamente en la vida, Pasion y Resurreccion de Cristo, y en todos los misterios de la Fé; á los que tambien despues de lavados en la fuente del santo Bautismo y renacidos en Cristo, aprovechando la gracia de Dios, devotamente los consagraste sacerdotes y Obispos (1). Tú fundaste por la India muchas Iglesias con idóneos y aprobados ministros para la celebracion; y perseverando con diligencia en la predicacion de la divina palabra, tambien con el favor del gobierno, como piadoso Pastor, levantaste los ánimos de los fieles de las cosas terrenas á las celestiales. Tú, como médico espiritual, aplicaste saludables remedios de virtudes contra varias enfermedades del alma, y procuraste clementísimamente consolar con los perpétuos gozos del paraiso los corazones affigidos. Tú, muy generoso con los pobres, no deseabas los bienes terrenos. Tú, misericordioso con los peca-

---

(1). Segun piadosa tradicion.—*Nota del Censor.*

dores, no despreciabas á ninguno por la enormidad de sus culpas; sino que exhortando á todos á la enmienda con piadosos consejos, humildemente ofreciste á Dios el gratísimo sacrificio del lucro de las almas. Tú, fuiste sereno de aspecto, instruido en las costumbres, discreto en las palabras, diligente en las obras, humilde de corazon, casto de cuerpo, sublime de inteligencia, devoto en la oracion, copioso en lágrimas, puro en la meditacion, fervoroso en la predicacion, y elevado á Dios en la frecuente contemplacion. Tú apareciste rico en méritos, exímio en virtudes, santo en la vida, claro en la fama, admirable en los prodigios, lleno de gracia y del Espíritu Santo, amado de Dios, y muy venerado de los hombres. Tú, despues de muchos trabajos y varias batallas sufridas por Cristo, mereciste subir al eterno descanso de los Bienaventurados. Allí gozas de la divina claridad, y con pura inteligencia contemplas á Cristo en su gloria; seguro ya de la eterna mansion del Padre, y de la feliz vision de la Divinidad, de la cual ántes de la hora de su Pasion, Cristo orando al Padre decia: Padre, quiero que aquellos que tú me diste, estén conmigo en donde yo estoy; para que vean mi gloria, que tú me diste.

6. Gózate, beatísimo Tomás Apóstol, sentado á la mesa de Cristo en el Reino de su Padre, no habiendo de beber más del cáliz de la vid terrena, ni habiendo de gustar jamás la muerte; porque cesó la hora de la persecucion, pasó la noche de la tentacion, y el poder de las tinieblas fué reducido á la nada. Ya el príncipe de este mundo ha sido

lanzado fuera, yace bajo tus piés, fué vencido con su rey; y tú, trasportado de alegría, magníficamente eres coronado en el cielo. Ya brillas en el coro Apostólico como un astro clarísimo, obteniendo un lugar dignísimo entre la multitud de bienaventurados Mártires. Ya te alegras con el fruto de tus multiplicados trabajos; y como valiente militar que ha ganado la victoria, te glorías de la copiosa multitud de fieles que contigo llevaste á los cielos, libertada de la boca del infierno. Alégrese y congratúlese de tu gloria la Santa Madre Iglesia, y por la magnificencia de tus virtudes, ofrezca á Dios solemnes acciones de gracias y alabanzas. Congratúlese con especial devocion la ínclita region de la India, enriquecida con las venerandas reliquias de tu sagrado cuerpo, y todo el pueblo Cristiano esparcido por el orbe, se fortalezca con tu gloriosa intercesion. A Dios, glorioso y siempre venerable Apóstol Tomás: alcanza gracia para tus siervos, y en la venida del severo Juez, asiste fielmente á los que han de ser juzgados, con la intercesion de la piadosísima Madre de Dios, Vírgen María, cuyo fruto de su vientre sea eternamente bendito. Amen.

## COLECTA.

7. Oh Dios, que despues de tu Resurreccion apareciste á tu bienaventurado Apóstol Tomás, y te dignaste mostrarle las señales de tus llagas para

que las tocase: concédenos por sus gloriosos méritos y ruegos, conservar firmemente la recta fé, y llevar continuamente en la memoria las sagradas señales de tu Pasion; para que siguiendo tus santas huellas, merezcamos llegar á la gloria de la Resurreccion. Que vives y reinas, Dios, por los siglos de los siglos. Amen.

## OTRA.

8. Señor mio Jesucristo, iluminador del mundo y dador de la vida eterna, que á tu bienaventurado Apóstol y amado discípulo Tomás en la Cena respondiste: Yo soy el camino, la verdad y la vida: concédenos mediante los méritos del mismo Santísimo Apóstol, que subamos por la humildad de tu Humanidad, á la magestad de tu Divinidad; y tambien ser participantes de la mesa celestial en tu reino. Que vives y reinas, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amen.

## OTRA.

9. Oh Dios, que á tu bienaventurado Apóstol Tomás enviaste á la remota India para que predicase á los gentiles la fé, y lo sublimaste con la gloria de muchos milagros: concede á todos tus fieles que imploran su intercesion, que sean hallados firmes en la fé, y activos en las obras. Por Cristo Señor nuestro. Amen.

## ORACION

sobre los grandes privilegios de la bienaventurada Sta. María Magdalena.

1. Dios te guarde, beatísima María Magdalena, preelegida y llamada por Cristo, y sublimada con muchos y grandes privilegios de la Divina familiaridad. Te venero y alabo, te invoco y ruego humildemente, te abrazo y amo con afecto de purísima devocion; porque Jesús, amor eterno, te amó muchísimo, y te atrajo á la cumbre de la vida celestial. Tú eres aquella noble y muy famosa María Magdalena, de la cual nos refieren los Santos Evangelios muchas obras de piedad y santidad. En tí concibe el pecador la esperanza del perdon, y el justo la uncion de la gracia para con la fuente de la misericordia. Porque tú eres aquella que en algun tiempo fuiste llamada pecadora; pero ahora Santa y mil veces feliz; porque al punto miró el Señor desde el cielo, y el Altísimo dió su voz, mudándote el corazon, para que contrita y humillada vinieses á penitencia; además justificada y consolada volviesses en paz á tu casa, y ya no fueses más en adelante pecadora; sino fervorosísima enamorada de Jesucristo. Tú eres, pues, aquella Santa penitente y llorosa muger, María, que regaste con abundantes lágrimas los piés del Señor, los enju-

gaste con los cabellos, los estrechaste con frecuentes ósculos, y lo ungió con precioso unguento, ofreciendo á Dios tantos holocaustos, cuantos fueron los placeres de la vida que antes tuviste. Recibió el benignísimo Señor tu agradable penitencia, diciendo: Perdonados te son tus pecados; y, tu fé te ha hecho salva; vete en paz. ¡Oh dulcísima y clementísima palabra, llena de confianza y de gracia, que han de apropiarse todos los corazones! ¡Oh médico celestial, misericordioso, compasivo y humilde! que siendo el más excelso y santo de todos, sin embargo, no se desdenó ser tocado por las manos de una pecadora. Alégrate, pues, beatísima María, por tan copiosa clemencia de Dios. Ruega por mis pecados, y por todos los que hemos caído en el abismo de la culpa; para que la Divina misericordia, por tu intercesion, no solamente impida que nosotros caigamos en la boca del Leviathan; sino que tambien nos conceda salir de ella.

2. Oh María, tú eres aquella religiosa y bendita mujer, que seguiste al Señor por las ciudades y aldeas asistiendo con tus bienes á aquel que era Criador y dador de todas las cosas; por lo que le hospedaste algunas veces con tu venerable hermana Marta. La cual, como estuviese muy afanada en las haciendas de la casa, comenzó á quejarse de tu ociosidad; pero el Señor respondió por tí, como lo hacia muchas veces, recomendando más tu ócio, que la ocupacion de Marta. María (dice) ha escogido la mejor parte, que no le será quitada. Ruégote ya,

¡oh feliz y celestial María! que me hagas partícipe de esta mejor parte; para que despues de esta trabajosa vida, llegue al descanso de la eterna contemplacion. Oh María, tú eres aquella fidelísima y carísima hermana de Lázaro, á quien nuestro Señor y Salvador resucitó de entre los muertos. Porque allí el benigno Señor tanto se compadeció con tus lastimosos ruegos, y angustiados lamentos de tu hermana, que derramó lágrimas; manifestando cuán verdaderamente estaba unido á nosotros en su humanidad. Te ruego, piadosísima María, familiar y amada de Cristo, que pidas para mí y me alcances la gracia, que es la vida del alma; para que merezca vivir y morir en ella, y resucitar con los Santos en la gloria de la futura resurreccion.

3. Oh María, tú eres aquella odorífera unguentaria, que en casa de Simon el leproso ungieste ya por segunda vez los piés de nuestro Señor Jesús, y con tu acostumbrada devocion practicada con más libertad, derramaste muy abundantemente un precioso unguento sobre su cabeza estando recostado á la mesa. Entonces se llenó la casa del olor del unguento; más tambien ahora diariamente se llena toda la Iglesia de Dios de la fragancia de tus virtudes. Ojalá que yo tambien indigno pecador merezca ser ungido siquiera un poco en el interior tálamo de mi corazon con bálsamo de tan santo y admirable olor; para que se disipe todo el hedor de los vicios, y por tus méritos se derrame en mí la suavidad de las virtudes. Oh María, tú eres aquella incansable imitadora de la Pasion de Cristo,

que seguiste de léjos al Señor llevando su Cruz por la puerta de Jerusalem, muy llorosa y afligida por su ignominiosa muerte, sin haber tenido mancha alguna de culpa, y tambien por la vehemencia del dolor de su bendita Madre. ¡Oh cuán gustosamente hubieras llevado aquella Cruz en pos de Jesús si te hubieran admitido! Elevado ya en la Cruz, le acompañaste con su Madre y el amado discípulo. Por último, habiendo sido sepultado, nueva tristeza inundó tu corazon. ¡Oh cuán amargo fué el llanto de todos los amigos de Cristo; cuán grandes los lamentos en especial de las santas mujeres! Pero lloraron más que todas, aquellas que amaron con mayor ternura, á saber: María Madre del Señor, y María Magdalena.

4. ¿Quién me diera á mí pecador, leño seco, una fuente de lágrimas, para llorar siquiera por una hora del dia la Pasion de mi Señor Jesucristo con María Magdalena inundada en devotas y amorosas lágrimas? Oh María, oye mis deseos aun por esta vez, para que yo aprenda á llorar contigo. Oh santa y prefulgente María, tú eres aquella fervorosísima visitadora del Sepulcro del Señor, que muy de mañana, antes que el sol saliese, fuiste con aromas al monumento. Allí viste á los Santos Angeles testigos de la Resurreccion del Señor; pero poco fué para tí el ver Angeles, no habiendo visto tambien al Señor de los Angeles. Por eso permanecias á la puerta del monumento y llorabas, porque lo juzgabas quitado. De nuevo te inclinabas y mirabas hácia dentro; porque para la amante no bastaba

haber buscado una sola vez. Mas, oh María, no llores ya más; hé aquí que resucitó el Autor de la vida, y tú serás la mensajera de tanta gloria. Lo cual tambien creemos que lo hiciste muy bien, y en tí glorificamos á Dios. Porque resucitando Jesús al amanecer el primer dia de la semana, se apareció primeramente á tí, y tú anunciaste á los demás la gloria de la Resurreccion. Fuiste hecha pues, Apóstola de los Apóstoles, y entre tres mujeres, la más ilustre y la primera. Ahora postrado humildemente á tus piés te pido, que intercedas por mí, y por todos los que te aman y veneran, que contigo se congratulan de los dones y privilegios con los que nuestro Señor y Salvador admirablemente te glorificó, bendijo y exaltó. Oh feliz María, oh piadosa patrona, acuérdate de mí ahora, y en la última separacion, cuando mi alma haya de ser presentada á Dios. Amen.

### COLECTA.

5. Oh Dios, que recibiste benignamente la penitencia de la bienaventurada María Magdalena, y despues del perdon de sus pecados le infundiste muy copiosamente tu gracia: concédenos por su intercesion hacer rigurosa penitencia de nuestras culpas, y despues de la penitencia, respirar con la esperanza del perdon; y tambien alegrarnos con la posesion de la vida eterna, que vives y reinas, Dios, por todos los siglos. Amen.

## ORACION

de las virtudes y costumbres de la nobilísima Virgen Santa Inés.

1. Gózate, Inés, vírgen de Cristo, que mientras viviste en el mundo amaste á Jesús. Gózate, Inés, vírgen suave, que con tus costumbres ajustadas, agradaste á Dios. Gózate, Inés, azucena de la castidad, que nunca perdiste el candor de tu pureza. Gózate, Inés, hermosa de rostro, que no pudiste ser vencida por ninguna figura del mundo. Gózate, Inés, bella rosa, que habiendo recibido preciosa muerte, subiste á los cielos. Oh devotísima y dulcísima Inés, á tu piedad suplico de todo corazon, á tu caridad me entrego enteramente, á tus oraciones devotamente me encomiendo. Escucha á tu siervo que te llama, que desea obsequiarte, que persevera en tus alabanzas y te ama de todo corazon. En tí encuentro lo que amo, en tí observo lo que deseo, en tí leo lo que admiro, en tí considero lo que alabo. Tú eres espejo de castidad, Tú, hermosura de la virginidad, Tú, esplendor de la fé, Tú, ornamento de la casa de Dios, Tú, gloria de los Angeles, y ejemplo de santidad para nosotros. Tú, amante de los devotos, gobernadora de los viadores, sustentadora de los débiles, ahuyentadora de los vicios y suscitadora de los tibios. Tú eres

hija de los Apóstoles; Tú, compañera de los Mártires; Tú, amiga de los Confesores; Tú, hermana de las Vírgenes; Tú, honor de las viudas; Tú, protectora de los continentes.

2. Oh Vírgen mansa, humilde y devota. Oh Vírgen prudente, inocente y casta. Oh Vírgen ilustre, menospreciando todas las cosas terrenas como estiercol. No atendiste al oro, ni á las riquezas, ni á las posesiones, ni á las familias, ni á las bodas ó cualquiera otros placeres; sino que preferiste el amor de Jesucristo á todas las cosas que hay en el mundo; así pues fuiste muy amada de Cristo, y consagrada su esposa desde tu infancia. Brillaste tambien por tu noble familia romana; pero fuiste más noble por la fé y castidad. Por último, el inmenso amor de Cristo hizo que por él sufrieses el fuego y la espada. Dulce y deseable fué para tí el morir por Cristo; porque los Santos Angeles esperaban tu bendita alma para llevarla á los gozos del paraiso. Adornada, pues, con la palma de los Mártires entraste en el tálamo del celestial Esposo. A quien te pido que te dignes rogar por mí; para que me conceda la salud del alma y del cuerpo, reprima las tentaciones del diablo, extinga los apetitos de la carne, destierre las vanidades del siglo, me guarde de malas compañías, me junte con los buenos y santos; me dirija por el camino de sus mandamientos, me otorgue tiempo de verdadera penitencia y la enmienda de vida, me conceda la indulgencia y remision de todos mis pecados, infunda con frecuencia en mi corazon la gracia y

consolacion del Espiritu Santo; haga que me abstenga de todo mal y me acostumbre á todas las virtudes; me asista propicio para alcanzar un buen fin y la feliz hora de la muerte; me prepare un próspero y seguro camino para subir á la celestial morada; mande que sea yo recibido por los Santos Angeles, y me introduzca en la mansion de la eterna bienaventuranza. Donde asociado á los gozos de todos los Santos, merezca contemplar sin fin su alegre rostro de gloria. Amen.

FIN DE LAS DEVOTAS ORACIONES.

ODA  
Á LA VIDA FUTURA.

---

Celestial Patria mia  
De donde vivo, sin vivir, ausente,  
Pensando noche y dia  
En tí continuamente,  
Sin que nada del suelo me contente.

Desterrado, cautivo  
Con esposas, con grillos, con cadenas,  
En clima muy nocivo,  
Y en un golfo de penas  
Que no puedo explicar, tú me serenas.

Si, porque la esperanza,  
Que en mi Dios tengo, por la bondad suya,  
De verme sin tardanza  
Cantando en tí *Aleluya*,  
Hace que mi pesar se disminuya.

Siempre, Sion gloriosa,  
Que te contemplo, que recapacito,  
Tan digna, y tanta cosa  
Como de tí se ha escrito,  
No hago sino exclamar: ¡Cuándo te habito!

Ah! ¡cuándo cara á cara,  
No ya por fê, por sombra ni figura  
Veré, con vision clara,  
Tu inefable hermosura,  
Trinidad individua, Santa, pura!

Nada sin tí en el cielo  
 Ni en la tierra apetezco; de tal modo,  
 Que tú eres mi consuelo,  
 Mi herencia, mi acomodo,  
 Mi gloria, mi solaz, mi solo todo.

Ea, pues, alma noble,  
 Capaz de ver á Dios y de gozarle,  
 Mira que no te doble,  
 Ni retraiga de amarle  
 Lo que sufres aquí por agradarle.

Sin guerra no hay victoria;  
 Ni sin victoria palma; demas de eso  
 La vida es transitoria,  
 Y el premio con exceso,  
 De un consumado gozo eterno peso.

Cristo tu vivir sea,  
 Y morir tu interés y tu ganancia;  
 Que eso es lo que franquea  
 Luego el paso á la estancia  
 Destinada abeterno á la constancia.

Sí, sí, ven, muerte, y corta  
 La débil hebra de mi frágil vida,  
 No tardes, que me importa  
 Muy mucho la salida  
 Del calabozo donde estoy metida.

Abre la jaula y deja  
 Volar por esos aires á su nido  
 A un ave que se queja  
 Con arrullo y gemido,  
 Del encierro tan largo que ha tenido.

No te turbe la cuenta  
 Que al Juez has de rendir en espirando;  
 Porque él la data aumenta  
 Su Pasion aplicando  
 A quien al fenecer, le coge amando.

Tampoco si se oculta,  
 O hace del enojado; porque mira  
 Al bien que te resulta:  
 Pues no es que se retira,  
 Sino que prueba al alma que á él aspira.

Reniego de tí, mundo:  
 Enemigo soy tuyo declarado,  
 Por vano, soez, inmundo,  
 Fementido, taimado,  
 Maligno y en maldad todo fundado.

En tí vivo yo, pero  
 No vivo para tí, ni por tu norma;  
 Sino para el Cordero  
 De Dios, y por la forma  
 Con que él me vivifica y me transforma.

A tí, Señor, me postro,  
 Admiteme á besarte piés y manos,  
 Y en el Empíreo el rostro  
 Que besan mis hermanos  
 Unos contigo, cuanto más cercanos.

Ven yá, Salvador mio,  
 A enjugarme las lágrimas que vierto  
 A la márgen del rio  
 De Babilonia, incierto  
 De si estoy á tus ojos vivo ó muerto.

Los días me parecen  
 Años enteros, y siglos los años  
 Con que mis ansias crecen,  
 Y el miedo de los daños  
 Que me aporte Luzbel con sus engaños.

¡Oh bienaventurada  
 Vision de paz, Jerusalem triunfante!  
 Donde no llega nada,  
 Ni por un solo instante,  
 Que pueda contristar al habitante.

Ni enfermedad, ni muerte,  
 Ni sed, ni hambre, ni dolor, ni llanto,  
 Ni otra ninguna suerte  
 De azar, plaga, quebranto,  
 Riesgo, susto, ni temor ni espanto.

Allí noche ninguna,  
 Día, sí, claro y siempre duradero,  
 Sin luz de Sol, ni Luna,  
 Que es resplandor grosero,  
 Para con el de Dios y el del Cordero.

Lejos de allí discordia,  
 Lejos envidia, lejos competencia;  
 Union todos, concordia  
 Y mútua complacencia,  
 Aunque entre ellos hay grande diferencia.

En premio desiguales,  
 Porque hay de treinta, de sesenta y ciento;  
 Pero son tan cabales,  
 Que está el menor contento  
 Con que goce el mayor de aquel aumento.

Felicísimo estado,  
 En que, cual es Dios, tal le ve y le ama  
 El bienaventurado:  
 Y viéndole se inflama,  
 Y *Santo, Santo, Santo*, le proclama.

Ve aquel piélago inmenso,  
 Ve aquel Ser Uno y Trino en que creia  
 Atónito y suspenso,  
 Cuando aquí en fé vivia,  
 Y creyéndolo, verlo merecia.

Ve patente el secreto  
 Del Padre concebir; nacer el Hijo:  
 Ambos al Paracleto,  
 Con sumo regocijo  
 Espirar, y á él quedar en ellos fijo.

Ve á la diestra del Padre  
 Sentado al Redentor; y ve encumbrada  
 Junto al Hijo, á la Madre,  
 De todos acatada,  
 Y por Reina de todos aclamada.

Ve aquella peregrina  
 Angélica milicia, repartidos  
 En gerarquía trina  
 De á tres coros lucidos,  
 Y á servir y asistir constituidos.

Que al pié del trono puestos,  
 Del Altísimo, de su voz pendientes,  
 Y á sus órdenes puestos  
 Las oyen reverentes,  
 Y salen á cumplirlas diligentes.

Ve Padres, ve Profetas,  
 Ve tanto Apóstol, Mártir, Confesores.  
 Monges, Anacoretas,  
 Pastores y Doctores,  
 Virgenes, Viudas y otros moradores.

Pues cuales por conquista,  
 A costa de continua violencia,  
 Logran aquella vista,  
 Y cuales por herencia  
 A título no más que de inocencia.

Por último, ninguna  
 Tribu, lengua, poblacion, ni gente,  
 Carece allí de alguna:  
 Ni hay tampoco quien cuente  
 Multitud tan inmensa, ciertamente.

Desde aquí te saludo,  
 ¡Madre Sion mia! Válme, pues me veo  
 Pobre, ciego, desnudo,  
 Temiendo ser trofeo  
 Del dragon infernal, si al fin flaqueo.

Aunque sé que no entra  
 Allá nada no limpio ni acendrado,  
 Y aunque todo se encuentra  
 En mí astroso y manchado  
 Por ti espero yo ser mundificado.

Haz que mi nombre sea  
 En el volúmen de la vida escrito;  
 Que en el juicio me vea  
 Electo, no proscrito;  
 Y oiga al Juez que me llame: VEN, BENDITO.

# ÍNDICE

## DISCURSOS Y MEDITACIONES.

<u>Discurso.</u>	<u>Página.</u>
	v
I Al piadoso lector. . . . .	v
II De la Encarnacion de Cristo, segun los testimonios de las Sagradas Escrituras del antiguo y nuevo Testamento. . . . .	9
III Del deseo de los Profetas, y la devota preparacion para la venida de Cristo. . . . .	52
IV Del encuentro y recibimiento del Rey celestial. . . . .	57
V Esta meditacion ó discurso puede acomodarse á cualquier fiesta. De la Natividad de Cristo y de las fiestas del alma. . . . .	66
VI De buscar al Niño Jesús en la noche de su Nacimiento. . . . .	72
VII De la devota visita al recién nacido Niño Jesús. . . . .	76
VIII De la mansion junto al venerable pesebre de Cristo. . . . .	80
IX De los gozos de este dia, y del devoto obsequio para Jesús. . . . .	87
X Del deseo de ver y besar á Jesús. . . . .	95
XI A la Beatísima Virgen, para que nos muestre á Jesús su Hijo. . . . .	102
XII De la pérdida y hallazgo de Jesús en el templo . . . . .	108
XIII De cuatro modos de ver á Jesús, segun el afecto de la devocion . . . . .	116
XIV De la sagrada institucion del ayuno, segun la forma de Jesucristo. . . . .	123
XV De emprender ahora la más fervorosa enmienda de la vida. . . . .	130

<u>Discurso.</u>	<u>Página.</u>
XV De la subida de Moisés al monte Sínai. . .	133
XVI De las palabras de Jesús, y la limpieza del corazon. . . . .	137
XVII Del amor de Jesús, y la propia abnegacion.	141
XVIII Cómo se ha de seguir la pobreza de Cristo y dejar los cuidados de las cosas tem- porales . . . . .	144
XIX Del cansancio de Jesús, y de su saludable doctrina. . . . .	148
XX De la escritura de Jesús y de su miseri- cordia con la pecadora. . . . .	152
XXI De la guarda de la humildad, y considera- cion de la propia flaqueza. . . . .	157
XXII Del llanto sobre la Pasion del Señor. . .	160
XXIII De la Cruz de Jesús, que él llevó por nos- otros. . . . .	173
XXIV Del mérito de la Pasion del Señor, y de la dignidad de la Santa Cruz. . . . .	179
XXV Del copioso fruto que reporta la memoria de la Pasion del Señor, y de su agrade- cimiento. . . . .	188
XXVI Del útil ejercicio de la Pasion de Cristo. .	192
XXVII De siete notables puntos para meditar en la Pasion de Cristo. . . . .	199
XXVIII De la Procesion de Cristo, y de seis clases de hombres que siguen á Cristo. . . . .	232
XXIX De la caballería de Cristo, no en el carro de Faraon, sino en el borriquillo de la humildad . . . . .	243
XXX De la Resurreccion de Cristo, y de la con- solacion espiritual del alma. . . . .	251
XXXI De la alegría del Domingo de Resurreccion.	256
XXXII Sobre el místico nombre de Pascua y el ejercicio de la nueva vida. . . . .	262
XXXIII De la Ascension de Jesús al cielo. . . .	266
XXXIV De los dones del Espíritu Santo. . . . .	271
XXXV De la consolacion del Espíritu Santo. . .	276
XXXVI Sobre la santa y unánime vida de la pri- mitiva Iglesia en Jerusalem. . . . .	282

Oracion al Padre que se ha de leer en la Misa, de la oblacion del cuerpo de Cristo, del mérito de su Pasion y de nuestra resignacion. . . . .	293
Oracion del recuerdo é imitacion de la Pasion del Señor. . . . .	299
Oracion para compadecer á Cristo, y á su amada Madre. . . . .	302
Oracion á Cristo Nuestro Señor. . . . .	303
Oracion á Cristo Nuestro Señor. . . . .	311
Oracion de accion de gracias. . . . .	312
Oracion del amor y la alabanza de la Beatísima Vírgen María . . . . .	314
Oracion á la Bienaventurada Vírgen María, para que nos asista en la hora de la muerte. . . . .	316
Oracion á la Bienaventurada Vírgen María, por la especial consolacion. . . . .	319
Oracion á la Bienaventurada Vírgen María, en cualquiera tribulacion. . . . .	323
Oracion de las eximias virtudes del bienaventurado San Juan Bautista. . . . .	326
Oracion de los señalados privilegios de amor del bienaventurado San Juan Evangelista. . . . .	331
Oracion de las alabanzas del Apóstol Santo Tomás. . . . .	336
Oracion de los méritos y virtudes de Santo Tomás Apóstol. . . . .	338
Oracion sobre los grandes privilegios de la bienaventurada Santa María Magdalena. . . . .	349
Oracion de las virtudes y costumbres de la nobilísima Vírgen Santa Inés. . . . .	354
ODA á la vida futura. . . . .	357



*Acabóse de imprimir esta obra,  
en Sevilla, en casa de Francisco Alvarez,  
á XXI dias de Enero de este año del  
Señor de MDCCCLXXXII,  
fiesta de Santa Inés,  
Virgen y Mártir.*

Se halla de venta en Sevilla, librería de D. Francisco Alvarez, Tetuan 24, y en todas las principales librerías del reino, al precio de 10 reales.

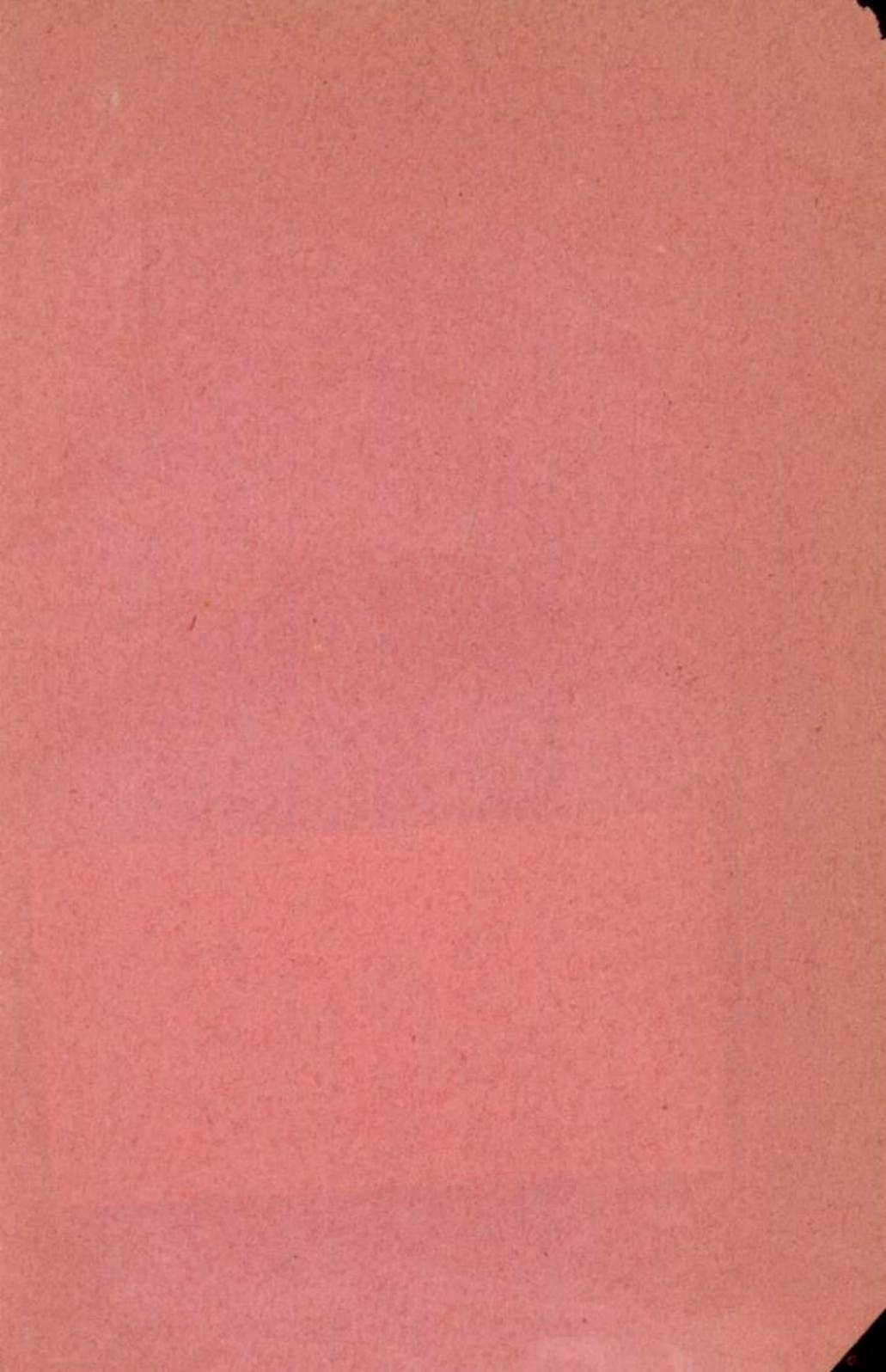
---

Se han publicado del mismo Autor los siguientes tratados: EL HUERTECILLO DE ROSAS, seguido de EL VALLE DE LIRIOS, EL SOLILOQUIO DEL ALMA y LOS TRES TABERNÁCULOS. Todos unidos se venden en los mismos puntos al precio de 10 reales.

Los pedidos, acompañados *precisamente* de su importe en libranzas ó letras, se dirigirán al Traductor, calle de Rodrigo Caro, núm. 1, Sevilla.

A quien tome diez ejemplares de cualquiera de estas obras, se le dará uno grátis. A los señores del comercio de libros se les harán rebajas proporcionadas al número de ejemplares que pidan; pero satisfaciendo previamente su importe, pues no se venden en comision.





Facultad de Teología de Granada  
Compañía de Jesús



1034321



